Lady Elisabeth
y el Capitán
Verónica Mengual

© VERÓNICA MENGUAL
LADY ELISABETH Y EL CAPITÁN
ASIN: B0BG873LMQ
Sello: Independently published

Primera edición, diciembre de 2022.
Impreso en España.
Corrección y edición: Verónica Mengual.
Diseño de portada: Pamela Díaz.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lady Elisabeth y el capitán

Soldados en la Batalla del Amor III

Verónica Mengual

Porque cuando dos personas están destinadas,
nada las separa,
porque siempre hay una nueva oportunidad
en la guerra del amor.
Dedicado a los tercos y cabezotas
que no se rinden en la lucha por la conquista.

Índice

Prefacio: Todo tiene un principio
Capítulo 1: Un cuento de hadas
Capítulo 2: Un amargo despertar
Capítulo 3: Una dulce sensación
Capítulo 4: La popularidad de Beth
Capítulo 5: Una fiesta para lady Briana
Capítulo 6: Enredos de pareja
Capítulo 7: Una boda demencial
Capítulo 8: Un refugio lleno de espinas
Capítulo 9: ¿Esposos?
Epílogo: Una visita inesperada
No te pierdas la siguiente historia
Nota de la autora
Sobre la autora

Prefacio
Todo tiene un principio

Ser la hija de un noble no era una tarea fácil, más cuando el padre era un duque. Ser la hermana mayor tampoco era una labor alentadora cuando la pequeña de la familia era una belleza sin parangón, aunque el alumbramiento de ambas hubiese sido a la misma vez. Y acudir a una boda que suscitaría muchas suspicacias porque era la menor de las hermanas la que se iba a casar... eso iba a ser muy complicado de superar.

Lady Elisabeth, de apellido MacGlen, se alegraba del éxito de su hermana, en la vida y en el amor. Las dos se llevaban medianamente bien, se querían mucho, pero eran muy diferentes y esto a menudo suponía desacuerdos. Allá donde Beth era simple, sencilla y sincera, Violet era sobria, correcta, de alta etiqueta y compleja. Una rubia, la otra morena, una de ojos claros, la otra, oscuros... se podría decir que eran como la noche y el día. En el reparto de cualidades fue Violet la que mejor parada salió, puesto que sus rasgos angelicales la definían como la perfecta rosa inglesa. Beth se había contentado con ser más de... ¿cómo expresarlo? De belleza exótica, tal y como decía su padre.

Acababa de cumplir los diecisiete años, y su hermana melliza llevaba más de un año comprometida con uno de los hombres más solicitados del momento. Su futuro hermano por matrimonio, el conde Lugmed tenía veinte años, era rico como Creso, apuesto, elegante, de modales impecables y no dejaba nunca entrever sus sentimientos o pasiones. Este último rasgo suponía para la mayor de las hermanas una cualidad nada aceptable. La joven prefería un hombre que no temiese expresarse, directo, que supiera lo que deseaba y no dudase en luchar por ello. Desde luego su príncipe recitaría bellos poemas y la agasajaría con lindos gestos.

Beth creía que a los futuros lord y *lady* Lugmed les iría bien juntos porque eran muy parecidos, no solo físicamente, sino también de carácter. La mayor de las hijas del duque de Shepar estaba contenta por la caza de marido que había logrado hacer Violet. La madre de ambas era, lógicamente, la que más pletórica se mostraba con el enlace y a su padre le daba igual todo, porque como era un duque, si su hija pequeña no fuese feliz, John le haría la vida imposible al esposo de su niña. Sin contemplaciones ni agobios, que para eso era el duque de Shepar.

Lo que de verdad preocupaba a Beth, y mucho, era que iba a tener que coincidir en la boda que ese día se organizaba en la catedral de Londres con el primo del novio.

Lady Elisabeth nunca se tuvo a sí misma como una muchacha temerosa y jamás un hombre la hizo sentirse cohibida. Hasta que lo vio a él, por supuesto.

Era más bien tímida, pero su enorme boca la metía en serios aprietos, sus amigas decían que era sincera, pero ella sabía que una era la desastrosa —esa era Oliva—, la otra era la inquieta —Briana—, y a ella le había tocado ser la charlatana.

—Beth, ¿me estás escuchando?

—Claro que sí, Olivia.

—Seguro... —dijo sarcástica— a ver, ¿qué te estaba preguntando?

—Está bien, me has pillado. No te atendía, estaba pensando en mis cosas.

—En lord Perth. —Olivia bufó. Siempre la misma melodía con su amiga.

—No —mintió.

—En Sebastian.

—¡Por Júpiter! No lo llames por su nombre de pila. —No lo conocía, pero lo sabía todo de él.

—Admite que estabas pensando en tu amorcito, como haces siempre.

—No, Olivia, no lo hacía. ¡Y no es mi amorcito! Deja de decir tonterías.

—Ajá, tonterías... —La otra no se creía nada de nada a estas

alturas.

—Esta vez pensaba en Violet y en que va a ser todo un escándalo que se haya casado antes que yo. Moriré sola y mi nombre será arrastrado por el fango sin dilación ni contemplaciones.

—Por amor de Dios, es tu hermana melliza. Se casa pronto en mi opinión. Y no vas a morir sola. —Beth era un ángel, pero era demasiado dada a los dramas. Únicamente ella veía un problema.

—¿Estás segura? —preguntó con ilusión—, porque yo empiezo a pensar que sería mejor recluirme en el campo y que todo el mundo olvide que la fracasada hija mayor de Shepar alguna vez existió.

—Con una de nosotras que quiera estar en el campo es suficiente. Esa es Briana, el puesto de rarita del campo está ocupado, por lo que tienes que buscar otro. —Era inútil tratar de hacerle ver que su vida no estaba hundida, pero en el último año Olivia lo había intentado tantas veces que no tenía ganas de seguir con la tarea. ¡A mártir, no ganaba nadie a Beth!

—Moriré sola. No tengo opción. —¿Es que nadie entendía que era una pesadilla lo que le estaba pasando? Era la mayor, la que primero debería desposarse, que su hermana lo hiciese antes, era una catástrofe de proporciones bíblicas.

—No vas a morir sola. Tienes muchas amigas que te apoyarán. Además, probablemente serías una solterona la mar de graciosa.

—Te agradezco de nuevo los ánimos, Olivia —ironizó—, pero ambas sabemos que no voy a encontrar un esposo nunca. —Llevaba el mismo tiempo que su hermana intentándolo y había sido del todo improductivo, bochornoso y horroroso. En las fiestas hubo pocas invitaciones para bailar con caballeros que no tuvieran compromiso con su padre, y ningún ramo de flores llegó a su casa en toda la temporada.

—No vas a morir sola porque yo siempre voy a estar contigo. Así que las tres tendremos compasión las unas con las otras y moriremos recluidas en una cabaña, en una montaña apartada y viviremos rodeadas de gatos que nos devorarán a nuestra muerte.

—¡Vaya por Dios! Tú sí que sabes cómo alentar a una amiga —punzó Beth. Ella era la sincera y lo que acababa de decir su buena

amiga Olivia no era sinceridad, era un mal augurio.

—Mírate, Beth, no sé de qué te preocupas, estás preciosa hoy. —No era la única que lo pensaba porque se había fijado en que varios caballeros habían examinado a su querida Beth muy detenidamente, uno de ellos Perth, pero no lo diría porque no quería darle esperanzas, entre otras cosas porque no se fiaba de ese hombre.

—¡Por Júpiter! ¿Insinúas que los demás días estoy horrible? —preguntó con un puchero.

—No he dicho eso, pero lo cierto es que deberías quemar todos tus vestidos y comenzar a ponerte más del estilo que llevas. —Con razón los hombres no la habían visto hasta este momento..., si ella se dejase aconsejar por los demás... Olivia no entendía de qué se quejaba tanto su amiga, Beth era bonita, lo que fallaba eran sus atuendos.

—Fue idea de mi hermana. Tuve una pelea grandiosa con Violet y al final ella se salió con la suya, como siempre. —Todavía recordaba aquella mañana en la modista.

Beth había elegido una tela de tono rosa pastel y de corte recto. Su hermana la obligó a aceptar un tono verde muy escandaloso que además dejaba mucha piel a la vista. Aunque llevaba guantes y una chaquetilla para resguardarse del fresco, se sentía desnuda.

—Deberías entonces dejar a tu hermana elegir tu guardarropa. —«O a mí», quiso decirle—. Como mínimo tendrías más posibilidades de tener un pretendiente.

—Tú eres la desastrosa, yo la sincera, no me quites mi papel en la vida —le espetó porque no quería oír posibles verdades. Beth era recatada y correcta como una buena dama de alta cuna debería ser.

—Todavía no he roto nada. No seas pájaro de mal agüero, Beth.

—Presta atención e intenta ser... —No quería molestarla y optó por callar.

—No es como si no lo intentase, es que simplemente me persigue la mala suerte.

—No es cuestión de suerte, es que te quedas embobada y te despistas. Tu mal se llama falta de atención. Sé más atenta.

—Siempre me estás regañando.

—Te estoy ayudando.

—No hay nadie que me pueda ayudar.

—¡Vaya par de dramáticas estamos hechas! —Ambas se rieron cómplices.

—Tienes razón, Beth. Ahora es momento de entrar a la iglesia.

—Las dos estaban a las puertas de la catedral y ninguna tenía ganas de acceder. Una con miedo a meter la pata y la otra con temor a que la llamaran fracasada en su cara.

—No me apetece, Oli.

—A mí menos que a ti. Es probable que tropiece con mi vestido y acabe en el suelo. Tu hermana me dio un buen sermón. Si le estropeo su día me hará picadillo. Hoy pretendo estar atenta, no quiero caerme, pero...

—No lo permitiré. Además, es a mí a quien todos van a señalar con el dedo porque mi perfecta hermana se ha casado con el mejor de los partidos de todo Londres.

—Tenéis la misma edad. Nadie dirá eso. Peor es lo mío que tengo casi tres años más que tú —dijo con la boca pequeña. La sociedad siempre estaba atacando a todo el mundo. Incluso cumplir años estaba mal visto.

—Pero tú no quieres buscar esposo. Lo mío es más grave, soy la hermana mayor. Todos me tendrán lástima. —Estaba mortificada. Su mundo era tan rígido y duro.

—Pues mira, ahí tienes un admirador. —Le guiñó el ojo mientras señalaba en una dirección con un sutil movimiento de cabeza. A ver si así su amiga se animaba.

—¿Quién? —Se volvió sin pensar y un caballero la pilló husmeando. Beth se volvió a centrar en su amiga—. No debiste hacer que me girase de ese modo. Ha sido vergonzoso. —La joven estaba roja hasta las cejas.

—La culpa no es ni tuya ni mía. Es de ese hombre. Lleva como veinte minutos sin dejar de mirarte.

—Tal vez sea ciego. —Nadie se paraba a mirarla y menos durante todo ese tiempo que Oli indicaba.

—Podría ser, no te digo que no, aunque no lo creo porque nos han examinado muy bien. Ambos, de hecho, no nos quitan ojo. —Se

colocó de puntillas para examinar al otro hombre que la miraba a ella. Olivia era muchas cosas, pero tímida no era una de sus múltiples cualidades.

—¡Por amor de Dios, Olivia! Deja de espiarlos.

—Son ellos los que se muestran interesados. Es la boda de tu hermana. ¿Qué tal si encontramos un pretendiente? Parecen dos hombres normales. Bueno, el que te mira a ti no me gusta... quédatelo tú, yo me quedaré con el otro. —Ese que no miraba a su amiga parecía más cordial. Las facciones duras del otro no le causaban simpatía. Beth era la que se ganaba a la gente con su bondad. Estaría bien con el otro, determinó la muchacha.

—Esto no es un reparto de pan, Olivia.

—Ellos lo hacen a todas horas.

—Ellos son hombres, pueden hacerlo. Nosotras no.

—Yo lo acabo de hacer. No me digas que no te gustaría darle celos a Perth con ese hombre. Míralo bien, es alto, fornido, con aspecto de fiero, de ojos claros y pelo rubio. Tu caballero andante verá que hay competencia y tal vez así reaccione. —Podría ser cierto, ¿no?

—No es correcto acércanos sin ser presentados. Somos damas.

—¿Quién va a enterarse? No hay nadie aquí. Analiza las ventajas, son mejores que los impedimentos. Perth celoso... Perth celoso —le susurró en su oreja para tentarla. Sabía que Beth estaba a un paso de acceder a lo que la mente de Oli había maquinado. Sería la desastrosa, pero también era la maquiavélica.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —¿Qué? Su amiga tenía razón, las ventajas eran mucho mayores... Si Perth se ponía celoso... ¡Todo valdría la pena!

—Déjamelo a mí.

—Espera, Olivia. —Su amiga se estaba encaminando hacia ellos. Beth se arrepintió al momento de haber accedido, pero nadie era capaz de frenar a Oli.

—Caballeros, es muy descortés por su parte hacer sentir intranquilas a dos jóvenes damas con tanta miradita y tanto cuchicheo. —Ambas muchachas estaban ya ante dos hombres que tenían los ojos como platos. Los dos hablaban acerca de ellas, pero

nunca, ni en un millón de años imaginaron que las dos se les acercarían y menos que les plantarían cara por estar contemplándolas.

Los dos caballeros estaban impecablemente vestidos. Uno de ellos gruñó, pero el otro parecía divertido con la escena. Olivia pensó que hizo bien en decantarse por ese que la miraba sonriendo, el otro amargado se lo quedaría Beth, porque ella no lo quería ni conocer.

—Lo lamento si las hemos contrariado, señoritas.

—Mucho. Merecen un castigo por ello. —Olivia era la que hablaba. Su amiga estaba muda y el otro caballero parecía desairado.

—Soy el teniente Ryan Cross, a sus pies, *milady*, y este es el capitán Kirk Baldrick. Regimiento 69. —Los dos hicieron una reverencia y ellas les correspondieron.

—Mi amiga es *lady* Elisabeth MacGlen y yo soy *lady* Olivia Carrington.

—Bien, ahora ya no las haremos sentir incómodas por nuestras miradas. Aunque no me parece que las hayamos hecho sentir de ese modo, sino todo lo contrario.

—¡Es usted un descarado! —le dijo Oli exhibiendo su mejor sonrisa.

—No soy yo quien se ha dirigido hacia aquí con el motivo evidente de conocernos, *milady*.

—No soy yo la que ha iniciado esas miraditas con el único motivo de que nos acercásemos, milord. —Ambos seguían divertidos. Sus dos acompañantes eran los que estaban abochornados.

—*Touché* —contestó el teniente.

—Es hora de entrar en la iglesia —comentó el capitán con voz seca. A Beth le recorrió un escalofrío en la columna. Si ese iba a ser su acompañante mejor le iría sola. Cierto que era un hombre más que apuesto. Alto, vigoroso, rubio, con unos ojos azules increíbles. Cuando se acercó a él, Beth creyó que había ganado en el reparto, pero en estos momentos en los que lo había oído... ese hombre era de muy mal carácter, todo en él así se lo indicaba.

Su amiga Olivia se cogió del brazo con que el teniente la había obsequiado. Beth esperó a ver si el hombre hacía lo mismo... eso no sucedió.

—Kirk, haz el favor de escoltar a la señorita —le llamó la atención el teniente por su falta de modales con la dama. El otro militar gruñó, pero puso a su alcance su brazo y Beth se quedó quieta. No quería ser su acompañante. ¡Ese hombre le daba miedo!

—Beth —le susurró su amiga al verla a ella dubitativa.

—No muerde, *milady*, solo gruñe —le indicó el teniente y acto seguido un nuevo aullido salió de la garganta de su amigo—. ¿Lo ve, *milady*? No tema. —Le sonrió al capitán. A uno y a otro les encantaba mofarse entre ellos. Cuando estaban los cinco que componían el grupo masculino todo era más gracioso, pero los otros que faltaban tenían sus propios entresijos también.

—No olvides, Ryan, a qué hemos venido hoy aquí.

El capitán solo quería conocer a un primo lejano que era el siguiente en la línea de sucesión del ducado que su familia ostentaba. Quedaban pocas semanas para regresar de nuevo a la guerra contra Napoleón y era imperativo que Kirk conociese al susodicho sobre el que podría caer la carga del título. Le habían dicho que ese hombre estaría en la boda más famosa de todo Londres y tuvo que venir a conocerlo. Kirk, que fue en su momento el tercero en la línea de sucesión, había conseguido por azares del destino ser duque, y pretendía desentenderse, pero quería asegurarse de que el legado de la familia estuviera en buenas manos porque le debía eso a su padre. Además, odiaba las bodas y tenía muchas ganas de irse de esta. Pensar que en los próximos días acudiría a otro nuevo enlace le daba dolores de estómago. A esa cita debía ir porque uno de sus mejores amigos, Samuel Pierce, conde de Monty había decidido hincar rodilla y proponérselo a su amada Angela Stuart y sería el último acto social antes de inmiscuirse en la gran guerra.

Kirk sabía que no se tenía que haber quedado mirándola tanto tiempo. Sin embargo, no pudo evitarlo. La estaba viendo de espaldas y le pareció una mujer muy peculiar. Esos gestos que hacía cuando hablaba con su amiga, indicaban que algo le sucedía y se sintió tentado a ir a socorrerla. Ryan lo había pillado in fraganti observándola y comenzó a fastidiarlo como siempre hacía. Sin embargo, cuando observó al bueno del teniente centrar su atención en

la otra muchacha... ahí las cosas se equilibraron un poco. Llevaban tiempo debatiendo sobre si ir a presentarse o entrar en la iglesia. Ya habían decidido entrar en la catedral cuando las dos se presentaron ante ellos.

No era el momento de coqueteos y mucho menos de encaprichamientos. Se marchaban a la guerra y una mujer, dos en este caso, no era algo a tener en cuenta. Lo ideal era averiguar algo sobre ese familiar al que habían venido a investigar y salir de allí a la mayor brevedad posible.

—¿Quién de esos pavos reales será Perth? —El capitán Baldrick lanzó la frase sin ser consciente de que lo dijo en alto. Lo que hizo que Beth tropezase al oír lo que su acompañante acababa de preguntar.

—¿Estás bien, querida? —Olivia se apresuró a preguntar, porque la que tropezaba y acababa en el suelo era ella, nunca Beth. Ese amargado debía haber dicho algo que la incomodó y Oli no iba a permitirlo.

—Sí, Olivia. Ha sido un descuido. —Beth le hizo un gesto a su amiga para que no interviniese. Las dos damas siguieron caminado tranquilas con sus respectivos acompañantes.

—¿Conoce a Perth? —Kirk era un hombre directo, nunca se había andado por las ramas y esa reacción de la joven ante la pregunta que se le había escapado dejaba clara su sospecha.

—No personalmente, pero sí puedo decirle que creo que es el caballero sentado en el tercer banco del lado izquierdo. —Ella no miró hacia el lugar de la iglesia que acababa de identificar.

—¿Es un buen hombre? —¿En qué estaba pensando al preguntar algo tan íntimo a una mujer que acababa de conocer?

—No sabría decirle, capitán. No lo conozco. —«Lo acecho y lo persigo, pero él no me ve», pensó la muchacha.

—Pero sí sabe exactamente quién es.

—Soy la hermana de la novia y sé que es un primo del futuro esposo de Violet. —Lo sería por parte de madre, dedujo él.

—Seguro que sí. —Por algún extraño motivo no le gustaba la idea de que esa joven supiera quién era ese hombre. Y menos le gustó cuando lo examinó. Era el hombre ideal. De similar apariencia que él

mismo, pero con facciones más atractivas y apostaba su cordura a que era un hombre más sociable que él. Lo cual no era difícil porque Kirk era considerado un... En fin, que no gustaba a la gente y menos a las damas.

Beth decidió callar. No sabía cómo interpretar lo que él acababa de decir y ese militar le daba pánico. ¡Se veía un hombre terrible!

Los cuatro se tragaron toda la ceremonia en silencio. Beth no se atrevía ni a mirar a su acompañante, pese a que sentía que él la vigilaba por el rabillo del ojo. Tampoco se atrevió a buscar con la mirada a Perth, y eso que se moría de ganas por verlo.

Los votos fueron dichos, la novia lloró, el novio la besó y toda la catedral suspiró al ser testigo de uno de los enlaces más importantes de la toda la alta sociedad. Posteriormente la fiesta se trasladó a casa de los duques de Shepar para celebrar el almuerzo nupcial.

Un padre estaba satisfecho por tener a una de sus hijas casadas. El duque de Shepar buscó a su otra pequeña. La vio acompañada de un hombre que eclipsaba a todos con su presencia. ¿Quién sería? Y lo más importante, ¿por qué su Beth estaba temerosa junto a él?

El padre de las mellizas no era bobo, se lo hacía cuando le convenía y comprendía que el interés de su mujer en hacerlo partícipe para que su hija bailase con el hombre hacia el que se dirigía, debía ser algo de casamenteras. Se acercó al conde de Perth y se lo llevó en dirección a su hija soltera.

—Hija mía. —El duque se quedó mirando al hombre que llevaba colgada del brazo a su Beth. Cuando vio que ni se inmutaba con su presencia le causó respeto, lo normal era que al saberlo un par del reino se amilanaran. Como ese zoquete de Perth. No entendía qué había visto su esposa en él para querer emparejarlo con su hija. Le gustaba más ese que lo miraba desafiante. Con este que tenía delante se divertiría más que con el tarambana que estaba a su lado.

—Padre.

—Lord Perth ha pedido bailar contigo expresamente.

—Lo siento, milord, pero su hija me ha concedido a mí el baile. —Kirk no la iba a soltar y menos para que se fuera con ese mequetrefe.

—Pero... —Kirk le echó una mirada y ella agachó los ojos. No osó

molestar a ese furioso hombre. No se atrevía a hacerlo, ni aunque eso supusiese no bailar con el objeto de sus deseos más íntimos.

El capitán se la llevó de allí sin más preámbulos dejando estupefactos a los dos hombres que habían ido en busca de la joven. Una animada danza comenzó y ella solo tuvo ojos para Perth. El hombre seguía conversando con su padre y parecía muy contrariado, ¿al fin la habría visto? Podría ser, porque él no dejaba tampoco de observarla... y por culpa de este terrorífico ser que bailaba con ella no pudo disfrutar de su compañía... la mala suerte no perseguía a Olivia, la tenía presa a ella misma.

—Es de muy mala educación buscar las atenciones de un caballero cuando se está con otro, *milady* —lo dijo de una forma tan autoritaria y tirana que de nuevo ella agachó la cabeza y aguantó la reprimenda.

¡Ella no buscaba las atenciones de nadie! Únicamente hubiese querido bailar con el hombre más maravilloso que había conocido hasta la fecha.... Sí, sí, no se conocían, pero es que el terrorífico no le había dado la opción a su padre ni de presentarlos... Mala suerte, no, era una desdicha mucho peor.

Cuando la danza terminó, ella trató de alejarse de él. El terrorífico no se lo permitió.

—Accedió a ser mi acompañante. No está bien ir a buscarlo a él. —¿Por qué sonaba celoso? Si se acababan de conocer... en buen lío se había metido. Y lo más importante, ¿tan evidente era el interés de ella por el conde de Perth? De nuevo la joven inclinó la mirada y se dejó guiar por él. Al menos la estaba conduciendo junto a su amiga Olivia.

—Beth, ¿qué ocurre? —Oli se preocupó al percibir que la joven no se encontraba a gusto e intuía el motivo.

—Nada. —Era el día de su hermana y no quería empañarlo. Intentó sacar la mano del brazo del hombre terrorífico... no lo consiguió.

—Ven, vayamos a tomar una limonada. —Esta vez Kirk la tuvo que dejar libre. No podía retenerla sin dejar ver que él... no sabía bien el qué, pero algo le sucedía con ella. Estaba turbado. Sería por ese dulce olor a lavanda.

Las dos muchachas se alejaron y la vista del capitán se fue tras

ella.

—Nunca te había visto así. —Ryan le dedicó una sonrisa malévola.

—No sé de qué me hablas.

—Seguro que no —expuso bufón—, pero esa joven te tiene bien agarrado.

—Como a ti la otra.

—Yo he sido cortés.

—Lo mismo que yo.

—Tú no sabes ni el significado de esa palabra.

—Soy educado. ¿Ves como si lo conozco?

—Lo veo, sí. Aunque si estuvieses siendo educado, la dama no se asemejaría a un hombre que siente una soga alrededor del cuello.

—Ella no parece que tenga una soga en su cuello —rebatió molesto.

—No sé cómo lo has hecho en tan poco tiempo, pero la has atemorizado.

—No he hecho nada por el estilo. —Cierto que el capitán no era un hombre socialmente competente, pero no creía que fuese como para... —. ¿Lo he hecho?

—No solo ha escapado de ti a la más mínima oportunidad, sino que tu dama está bailando con el próximo duque de Kensington. —Kirk se giró para seguir la mirada de su amigo y cuando lo hizo algo se instauró en su corazón. Sintió una punzada de... de una especie de... de... de... no sabía cómo identificarlo, pero la sensación no le gustó ni un pelo.

—Ese tunante de tres al cuarto no va a tener el ducado. —Que se quedase con la dama. Seguramente él no iba a volver con vida del campo de batalla, pero si lo hacía, no iba a dejarle el título a ese inútil de Perth.

—Me alegra ver que al fin has entrado en razón, y que si sobrevives y regresas no te desharás del patrimonio por el que tanto luchó tu padre.

—Ya sabes que... —se detuvo porque no lograba continuar la frase.

—Lo sé, Kirk. La guerra es dura, pero somos buenos en lo que hacemos. El coronel Burns no dejará que muramos y tus habilidades

son...

—Sé lo que soy capaz de hacer. —Era único con todo tipo de armas. En especial con el manejo de un cuchillo o un puñal. Todos le tenían miedo, todos menos el club de los cinco. Sus cuatro amigos lo conocían y lo apreciaban. Con sus numerosos defectos y sus escasas virtudes.

—¿Vas a declararte? —Era una locura considerarlo, pero habían oído decir que en su regimiento se encontraban tres soldados que se habían casado con sus mujeres sin apenas conocerse porque ansiaban tener algo por lo que volver a casa.

—¿Vas a hacerlo tú? —Ni en un millón de años admitiría que se le había pasado esa idea por la cabeza.

—No creo que sea el momento. Tal vez no volvamos y bueno... —observó a Olivia y ella estaba conversando anímicamente con un caballero— parece que ya nos han olvidado.

—No me agrada ese Perth para ella.

—No te agradaría ningún caballero para ella, porque lo has sentido.

—¿Qué he sentido si puede saberse? Ilústrame, Ryan. —No debió preguntar esto, lo supo en cuanto terminó de hablar.

—La flecha del amor directa atravesando tu corazón sin compasión.

—Tonterías. —Su amigo manejaba el don de la palabra. Había hecho en Eton varias cartas de tipo romántico para muchos amigos a fin de ayudarlos en sus conquistas.

—Te ha gustado desde que la has visto.

—No es nada del otro mundo —expuso casualmente, mientras se encogía de hombros.

—No parecía eso. Entre otras cosas porque no has podido dejar de admirarla desde que la viste. Admítelo.

—Como tú a la otra. —Era inútil negar la mayor. Mejor contraatacar.

—Yo he sido cortés.

—No vamos a volver a ese punto.

—Supongo que es mejor así. Hay hombres que no están hechos

para…

—Yo, si fuera tú —decidió cortarlo en este momento—, querido amigo mío, cuidaría mucho mis palabras. Voy a ser yo quien vigile tus espaldas.

—Vamos, Kirk. No te molestes… pero mírala. —Su amigo se giró para seguirla.

—Es hermosa. Lo reconozco. Me gusta mucho, sí. —Ryan hacía que él mostrase sus sentimientos a base de presionarlo.

—No lo decía por eso. Lo que has dicho lo suponía de antemano. Simplemente es que la dama está sonriendo y hablando cómodamente con él y cuando tú has bailado con ella… la muchacha te tenía pavor.

—Sé que soy un tipo duro.

—Estaba aterrada. He tenido que contener a Olivia varias veces para que no la sacase de la pista y la apartase de ti. Creímos que te la ibas a comer. —Fue entonces cuando a Kirk se le hizo la boca agua con el pensamiento. Algo en la zona media de su cuerpo hizo acto de presencia. Se controló.

—¿Olivia? —Así que el teniente había adelantado camino con la joven, puesto que se permitía el lujo de llamarla por su nombre de pila y prescindir de su título. Se sintió molesto porque él con la suya no había hecho más que… Kirk no había hecho nada más que ahuyentarla.

—Sí, *lady* Olivia —se rectificó de inmediato—. Te he dicho que yo he sido cortés y ella no quería huir de mí. Estaba a gusto entre mis brazos —lo aguijoneó un poco más en su orgullo.

—Pues también está la mar de animada y divertida con otro caballero. —Inclinó la cabeza hacia donde la muchacha se encontraba.

Los dos observaron a la otra joven. Justo cuando Olivia se iba a dar la vuelta para marcharse, tropezó con un camarero y tiró todas las copas al suelo provocando un verdadero desastre. Todo el mundo la miró juzgando su torpeza como solían hacer habitualmente. La muchacha se alivió al ver que en esta ocasión al menos no se había caído ella misma junto con las finas copas. Levantó altiva la cabeza y siguió como si fuese una poderosa reina. Eso sí, no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rosa.

—¡Qué torpe! —El capitán supo que no debió decir eso cuando el teniente lo miró y le perdonó la vida.

—Si me disculpas, capitán... Tengo una dama a la que rescatar. Va a sonar un vals y no creo que haya mejor manera de despedirse.

Kirk se quedó solo en un lateral del salón. No se había perdido detalle de todo lo que acontecía con la hermana de la novia.

El bobo de Perth la había dejado para ir probablemente en busca de una copa. Era su momento. Le apetecía sostenerla cerca. Esa muchacha le iba como anillo al dedo porque era dócil y él podría dominarla con facilidad. Si no se marchase a la guerra... tal vez...

—*Milady,* es hora de mi baile.

—Pero... pero... —Era una pérdida de tiempo tratar de negarse. ¡Por Júpiter! Ese terrorífico ejemplar la estaba llevando a la pista. ¿Un vals? A su amiga Olivia no le perseguía la mala suerte. El mal augurio era ese condenado hombre que acababa de conocer y que la atormentaba como el mismísimo diablo. Beth no estaba muy ducha a la hora de blasfemar, pero si el ángel negro existía, seguramente era parecido a este capitán. ¡Maldición! En estos precisos momentos en los que justamente Perth la había visto y conocido... y el terrorífico la tenía que apartar de su hombre ideal.

—Accediste a ser mi pareja en la boda. Deberías sentirte honrada. —Beth agachó la mirada y no respondió. El gesto le agradó mucho a Kirk. Si volvía de la guerra la buscaría. Ese tipo de mujer era el que él necesitaba. Una esposa obediente y abnegada que se replegase a sus deseos y que no replicase. Tranquilidad. No es que él estuviese interesado en el matrimonio, pero si el ducado llegase a depender de su futuro, la joven que tenía entre sus brazos sería su duquesa, sin ninguna duda. Dócil, mansa, serena... ¿qué más podía pedir en una mujer? No le extrañaba ni un ápice que Perth hubiese puesto sus ojos en ella. Cualquier hombre lo haría, puesto que era perfecta. Este pensamiento lo llenó de ira. Los celos pulsaron en su interior al imaginarla con otro que no fuese él.

Kirk inspiró profundamente para oler su aroma. Olía a lavanda fresca con un toque de ¿limón? Era un aroma dulce con una pizca de cítrico. No lo podía descifrar. Era algún tipo de brebaje que lo iba a

atormentar por el resto de sus días. Al igual que esa danza que estaba compartiendo con ella. Sus brazos la sostenían. Era ligera, se movía como una pluma y aunque muchos dirían que su hermana era la mujer perfecta —alta, delgada, rubia y de ojos claros— le gustaba más esta. Su aspecto era más acorde con lo que él era por dentro. Kirk pensó que había sido el destino. Allí donde él era angelical y de aspecto atractivo, ella era más ruda, más oscura. Estaba seguro de que él por dentro era todo lo contrario a ella. Kirk era un hombre bruto, desagradable, según muchos, y seguro que Elisabeth era dulce, buena y agradable. Estaba seguro de que acoplarían del todo. Indudable era que se complementarían.

Tenía unas curvas que lo desestabilizaban y ese vestido que dejaba entrever el nacimiento de sus pechos... no le hacía gracia que Perth ni ningún otro pudiese admirar la bella vista que él tenía. La estrechó un poco más entre sus brazos porque quería sentir el calor de ella.

A Kirk le estaba molestando que su pareja mantuviese la cabeza baja. Tuvo que poner remedio.

—Mírame. —La orden fue tan cruda que Beth hubo de levantar la cabeza para posar la vista en él —. Tu color de ojos es extraño.

—Marrón oscuro, son casi negros.

—Me gusta. El negro es mi color favorito. —Beth abrió entonces los ojos como platos. ¿El terrorífico le hacía un cumplido? No los quería, ninguno de hecho. Agachó de nuevo la vista hacia el pecho de él. Quería esfumarse. Por nada del mundo quería despertar el interés de él. ¡Olivia y sus ideas alocadas! Ya ajustaría cuentas con ella...

Kirk estaba nervioso. Entre la danza, el aroma y ella... suspiró. Maldijo cuando la joven centró su mirada en el bobo de Perth al hacerla girar. Kirk gruñó. Beth lo oyó, pero no osó decir ni una única palabra al respecto.

—Mírame a mí. Te he dicho que no está bien buscar las atenciones de otro hombre cuando se está con uno. —Beth levantó de nuevo la mirada—. Así está mejor. Pero me agradaría que sonrieses un poco. A las mujeres les gusta ver que las atenciones de un caballero son bien recibidas y premian a su acompañante con una bonita sonrisa.

—Pero es que no lo son —susurró.

—¿Has dicho algo?

—No.

—Eso me pareció. Ahora quiero mi sonrisa. —La muchacha suspiró y puso una sonrisa mientras lo miraba a los ojos. Él la contempló durante unos instantes y luego la estrechó aún más sobre su pecho.

—No puedo respirar.

—Yo tampoco, pequeña, yo tampoco. —Justo en ese momento el baile finalizó y el capitán se marchó de allí sin despedirse ni mirar atrás. Kirk nunca soñó con llevarse al campo de batalla semejante dulce y vibrante recuerdo. Esperaba que fuese suficiente para poder aguantar lo que se les venía encima a Frederick, a Ryan y a él.

Se avecinaban años duros.

Capítulo 1
Un cuento de hadas

Londres, Inglaterra, cuatro años más tarde.

La vida no era justa. Este pensamiento no surgió de la mente de una dama voluble, juvenil y malcriada. La reflexión estaba hecha desde el punto de vista de una mujer de veintiún años que llegaba a su cuarta temporada dispuesta a salir libre de todo cuando conocía. Había establecido un trato con sus padres y esperaba de verdad que los duques de Shepar lo respetasen.

Desde que su hermana se casase, su existencia se limitaba a pasar de puntillas por todos los lugares a los que había ido. Pese a que sus amigas, tanto Olivia como Briana, le dijeron en su momento que no podía estar más equivocada cuando pensó que la boda de Violet resultaría todo un impedimento para que ella tomase un esposo en el futuro, Beth sabía que mentían. Que una hermana menor, por muy melliza que fuese, contrajese nupcias antes que ella, fue el detonante para que nadie se fijase nunca en su persona.

Bailes, fiestas, reuniones campestres, salidas al teatro, paseos por Hyde Park... todo resultó inútil porque además de no ser físicamente relevante, la sociedad la consideraba como la acabada hija mayor de Shepar. Su madre, Lylian la había alentado, apoyado y arropado en estas tres temporadas pasadas. Numerosos caballeros pasaron por delante de ella sin tan siquiera mirarla, más allá de por ser la hija de un hombre importante y ni tan siquiera por la codicia de las relaciones de su familia, nadie se interesó. ¿Qué tenía ella de malo?

Sacudió la cabeza intentando quitarse todas las cosas que le venían a la mente. No era bonita, no era simpática, excesivamente tímida y cuando vencía esa barrera, su honestidad y su sinceridad la ponían en

evidencia.

¡No! se negaba a pensar en el pasado, en qué pudo haber hecho mejor para lograr estar casada con un respetable y noble hombre. Las exigencias de su familia estaban claras, no permitirían que Elisabeth se casase por debajo de sus posibilidades. El tiempo cambió el pensamiento de su padre y de su madre. En la primera temporada le presentaron a condes y a algún que otro duque. En la segunda pasaron ante sus ojos varios vizcondes, barones y algunos caballeros bien parecidos. Y en la última, respetables y ricos comerciantes llamaron su atención a medida que las presentaciones se hacían. Ninguna petición de mano llegó. Definitivamente, Beth no era un buen partido.

Sobra decir que su padre fue doblando su dote a medida que el tiempo pasaba. Le suplicó que no hiciera eso porque podría atraer la atención de cazafortunas. Su padre se rio de ella. El duque alegó que él tenía un sexto sentido para saber si un hombre era del tipo aprovechado.

La fortuna que ella llevaba colgada de su brazo no resultó tampoco atrayente para el género masculino. Ríos de tinta desfilaron sobre las páginas de cotilleos de Londres, convirtiéndola en el eje de las suspicacias más descabelladas.

Ya daba igual el pasado. Esta sería su última oportunidad para lograr casarse y para ser sinceros, Beth no tenía ninguna apetencia de volver a esas tediosas batallas con su madre. El mercado matrimonial era un auténtico campo de batalla y ella quería retirarse.

La joven comenzaba a pensar en que si Napoleón hubiese nacido mujer y su única misión hubiera sido la de convertirse en una amante y obediente esposa, el mundo habría sido más tranquilo. No es que ella entendiese acerca de política, pero ser una mujer —nacer con ese sexo— limitaba mucho las acciones de una persona a la hora de ser libre para hacer determinadas cosas. Tenía una lista de prohibiciones que su buena madre le había ido confeccionando desde que asumió la tarea de casarla hacía cuatro años. Después de enlazar a su hermosa hija, la duquesa de Shepar decidió ponerse el reto de que su otra hija —la de belleza exótica— se casase en los meses sucesivos.

Lylian no admitía sus fracasos y mientras que Beth había pedido a

su padre que le diese su dote para llevar a cabo un proyecto que tenía en mente y que todavía no había compartido con nadie, su madre le dijo que antes de esta última temporada, la casaría. La aseveración de la duquesa fue tan contundente, que a Beth le recorrió una corriente fría por la espalda. La sensación extraña se le pasó hasta que recordó que eso que pretendía su progenitora, a estas alturas, cuando ya contaba con veintiún años, no iba a ser posible. El paso de los años no la había hecho ni más deseable ni más notoria para los hombres.

Se miró al espejo una última vez antes de salir de la habitación. Su vestido de cuello alto en color rosa pálido la hacía parecer una joven virginal pasada de moda. ¡Mejor! Sus planes no podían contener ridículas y estúpidas ensoñaciones. ¿Un marido? Imposible. Saberse con menos presión para convertirse en una mujer casada, dio lugar a una paz interior curiosa.

Esta cuarta y definitiva temporada afrontaría las reuniones sociales desde otro prisma. Tan clara tenía su postura sobre ser una solterona, que había aceptado su aspecto, su carácter, con sus virtudes y, sobre todo, sus limitaciones.

El espejo le devolvió la visión de una joven extraña que deambulaba entre la juventud y la madurez. Una sonrisa se asomó involuntaria en su rostro. Su cuerpo tenía unas medidas un poco más anchas de lo que marcaba la moda, aun así, se veía bien. Su piel nunca fue cremosa ni blanca como la de su hermana. Era más bien algo bronceada. Herencia de su padre. Su cabello oscuro era abundante y tenerlo entre una mezcla de rizado y liso, le confería muchas posibilidades a la hora de acomodarlo de una forma y otra. Ese día llevaba el pelo en un recogido que terminaba en tirabuzones cayendo por la nuca. Sus ojos eran grandes, si hubiesen tenido el color azul de su hermana...

¡Bah! No tenía caso pensar en qué sería de su vida en estos momentos si la belleza hubiese sido repartida en el seno de su madre. Violet se quedó con todo y nada cambiaría eso.

—*Milady*, los duques me mandan para que la avise de que es hora de marchar.

—Gracias, Betsy. —Decidió que la temporada arrancaba y que ella

sería una nueva Beth dispuesta a disfrutar y a olvidarse de cualquier intención de matrimonio. Tal vez incluso disfrutase al fin... ¿Quién sabía?

—Está usted diferente.

—¿Diferente? —preguntó extrañada ante la observación de la sirvienta.

—Disculpe mi atrevimiento. —Las mejillas de la joven se pusieron escarlatas.

—No te preocupes.

—Usted está bella. —Sonrió a su joven ama de manera amigable.

—¡Oh! —No sabía qué contestar porque no esperaba algo como eso.

—Buenas noches, *milady*. —Betsy se retiró.

Se miró una última vez para ver su reflejo en el cristal. Ella no hubiese dicho bella, pero francamente había algo nuevo ahí. ¿Madurez? En palabras de su madre, los años echaban a perder a las mujeres... ¿podría ser que ella fuese la excepción, y que desde el principio hubiese salido mal para acabar convirtiéndose en un cisne cuando lo normal era lo inverso?

Se olvidó de esta tontería nada más le vino a la mente. Corriente o atractiva, el matrimonio había quedado descartado de una vez por todas.

El carruaje los transportó a la fiesta de los Murray. Eran comerciantes y curiosamente tenían un hijo en edad casadera. Sí, por lo visto su madre no cejaría en su empeño ni hasta el fin de los días.

Se serviría una copiosa cena, pensada para hacer alarde ante los numerosos asistentes. Todo Londres sabía que estos nuevos ricos querían encajar en sociedad y buscaban una dama con pedigrí para su primogénito. Beth no conseguía recordar el nombre del campeón al que querían emparejar, pero su hermana, Adele —que estaba en su segunda temporada— era una muchacha dulce y agradable.

—Gracias al cielo, no han invitado a *lady* Olivia hoy.

—¡Madre! —Se pararon en la entrada de la mansión de los anfitriones y Beth tuvo que regañar a su madre por la observación realizada.

—Tu amiga es desastrosa, Elisabeth.

—No es así, simplemente tiene un poco de mala suerte.

—Si me hubieses hecho caso y te hubieses apartado de ella después de la boda de tu hermana tal y como te sugerí, seguro que tendríamos más nietos.

—No debería culparla a ella por mis desastrosas temporadas. Olivia no es responsable de que no me haya casado.

—¿Shepar? —Se giró hacia su esposo para aclarar el punto.

—Beth, los acontecimientos ocurridos con tu amiga indican que está atravesando una crisis...

—¿Una qué? —lo interrumpió.

—Conocemos a Olivia desde hace mucho tiempo —continuó su padre—, pero has de admitir que esa joven es una auténtica calamidad. Hay infortunios que arrasan menos que ella.

—¡Padre!

—No discutas. Esta es tu última oportunidad para encontrar esposo, debes aprovecharla.

—Lo sé. —«Y me he resignado a que estaré sola el resto de mi vida». Lo pensó, pero no lo dijo. Tendría a sus dos sobrinos para malcriarlos. Su hermana Violet la invitaba infinidad de veces para tener una institutriz de reemplazo para Duncan y Peter.

—No te pedimos que dejes de lado la amistad con ella. La valoramos. Aunque sí estaría bien que mantuvieses un poco las distancias.

—Es mi mejor amiga.

—Bien lo sabemos —intervino su madre—, pero tú misma debes ser consciente de que es un estropicio andante.

—¡No es así!

—En la boda de tu hermana no pudimos degustar la tarta nupcial porque Olivia chocó con la mesa y acabó recubierta de merengue. —Beth hizo una mueca. Al bochorno de Oli se unieron los gritos de Violet diciéndole lo torpe que era.

—Adoro a Oli. La quiero, no podéis pedirme un sacrificio tan grande.

—El acuerdo al que llegamos implica que intentarás con todas tus

fuerzas cazar a un esposo.

—Madre, lo hace sonar tan... tan... tan mercenario.

—Si hubieses sido mínimamente mercenaria, probablemente estarías concibiendo tu tercer hijo como Violet.

—La vida es más que un esposo e hijos. —Al menos debería serlo. Porque en caso contrario, ¿qué harían esas mujeres que no habían conseguido casarse y ser madres? ¿Qué esperanza le quedaba a ella?

—¡Oh! ¡Qué tonterías dices! La única misión en la vida de una dama como tú, es aspirar a un buen matrimonio, ¿qué puede haber más bello y reconfortante que ser una magnífica esposa para un hombre y criar a sus herederos?

—Y si son niñas como nosotras, ¿qué, madre?

—No me lo recuerdes, Elisabeth. Todo pasará a tu primo cuando tu padre fallezca.

—Lylian, falta mucho tiempo para que eso ocurra. —El duque encontraba de mal augurio hablar sobre la muerte y su esposa, en los tres años pasados solo sabía poner de relieve la importancia de que su hija encontrase esposo por si él fallecía. Tantas veces había llamado a la muerte su duquesa, que comenzaba a inquietarlo.

—Shepar, ya te lo he explicado muchas veces. Tu hija necesita un empujón, porque no es consciente de que no tendrá nada si tú mueres y ella no está convenientemente casada.

—Se equivoca, madre. Padre me dará mi dote y podré establecerme por mi cuenta.

—¿Qué ibas a hacer tú con 50.000 libras? —El trato al que su esposo y su hija habían llegado, le parecía una aberración. ¿Es que James no entendía que eso le daría a ella un motivo para no seguir buscando esposo? ¡Por encima de su cadáver su hija se quedaría para vestir santos!

—Creo que es momento de entrar. —Shepar estaba más que cansado de esta discusión entre ambas que tenía lugar a cada instante. Fuera como fuese, el destino de su hija quedaría decidido en este año y al fin él tendría un poco de sosiego.

Los tres entraron. Las presentaciones fueron hechas. ¡Brandon! Sí, ese era el nombre del hermano de Adele. Le vino a la memoria nada

más lo tuvo enfrente. Se había olvidado de su aspecto. Esa nariz aguileña, los ojos pequeños y labios finos le conferían un aspecto... carecía totalmente de atractivo el pobre hombre.

Mientras veía a su madre sonreír, un mal presentimiento la asaltó. Beth no estaba tan desesperada para acabar con un hombre tan... no le gustaba ser superficial ¡pero es que ese espécimen no tenía nada que salvar en su apariencia! Además, era una cabeza más bajo que ella. Su madre no podía pretender eso. ¡Era un disparate!

Hacía tiempo que había renunciado a encontrar el amor, pero en su marido necesitaba encontrar algo que la atrajese y Brandon no tenía absolutamente nada. ¿Su carácter? Era huraño, reservado y antisocial.

Esa gélida mirada que le dio, le dejó cristalino lo que el hombre sentía por ella. Lejos de sentirse ofendida se tranquilizó. Los planes de su madre no podrían llevarse a cabo si a él también le disgustaba.

Siguieron el camino hacia donde los invitados a la cena se iban concentrando. La fiesta tenía dos partes, por un lado, se serviría una cena íntima y posteriormente se llevaría a cabo un baile al que habían sido invitadas más personalidades. Su madre se acercó a ella con disimulo. ¿Desde cuándo su madre era discreta?

—¿Ese hombre de ahí es lord Perth? —El pulso de Beth se aceleró con la sola mención del título. No miró hacia el lugar donde la duquesa señalaba con la cabeza. Era imposible que un hombre importante como el conde estuviese en una cena tan poco importante como esa.

—No alcanzo a ver, madre. Además, no recuerdo el aspecto de lord Perth, no puedo serle de ayuda.

—No seas mentirosa. Todos sabemos que adoras a ese hombre.

—¿Disculpe?

—Vamos, Elisabeth. Las conversaciones con tu amiga la desastrosa giran en torno a ese conde.

—¿Me ha espiado?

—Por supuesto que no. Una madre tiene el derecho legítimo de conocer los detalles íntimos de sus hijos y más cuando trae al mundo a dos hembras que debe casar. ¡Oh! No te atrevas a mostrarte tan

ofendida. Estoy segura de que harás como tu hermana y acabarás dándome las gracias. ¿Quién crees que ayudó a Violet a cazar a lord Lugmed?

—No soy una yegua y tampoco pretendo cazar a ningún hombre. Yo me he resignado. Haría usted bien en hacer lo mismo.

—Por supuesto que no, ni lo uno ni lo otro. Además, una yegua sería más mansa y manejable que tú. Ahora si me disculpas tengo trabajo que hacer.

La vio incrédula dirigirse hacia donde el hombre que ocupaba sus sueños y que se encontraba rodeado de cuatro caballeros. Entre ellos, el difícil de mirar Brandon. El pánico la inundó. Beth quería ser en estos momentos un avestruz y esconder su cabeza bajo tierra.

La presión del momento estaba inundándola de auténtico terror. Según las conversaciones que había mantenido con su padre, Lylian no necesitaba ser poseedora del título de duquesa que adquirió con el matrimonio, puesto que su madre era única a la hora de tejer sus telas de arañas a su antojo. Convertirse en la duquesa de Shepar tan solo le confirió el don de la legitimidad para salirse con la suya, dado que ser una duquesa la hacía estar por encima de todo y de todos.

Su madre y Violet eran tan diferentes a ella misma, que Beth no se sorprendería si le dijesen que ella fue recogida de un hospicio. Tenía más puntos en común con su padre, pero, ni aun así, lograba congeniar del todo con él.

—Buenas noches, Beth. —La hija de los duques de Shepar se giró para ver quién la saludaba.

—Buenas noches, Adele —Se alegró que la joven la apartase de su angustia. La miró y fue un error, porque comenzó a pensar en que la muchacha se había quedado con todo lo bueno que físicamente podían dar a sus hijos unos padres. Sin lugar a duda, eso le había pasado a estos dos hermanos. Adele era muy bonita mientras que su hermano era... ¡Oh! Era horroroso. Esto le hizo revivir sus propias conjeturas. Por lo pronto, posiblemente todos los que conocían a las dos hermanas habrían pensado lo mismo sobre ella. Una mueca cruzó su semblante.

—¿Te he molestado en algo? ¿No debí usar el diminutivo de tu nombre de pila? —La menor de los señores Murray había visto la

reacción de incomodidad de ella. Beth chasqueó la lengua, ¿es que no sabía hacer nada bien?

—En absoluto, Adele, te invité a usar mi apelativo en tu primera temporada, ¿recuerdas?

—Sí, claro. —La joven estalló en risas discretas—. Todavía soy capaz de oír la retahíla de argumentos que pusiste en contra de mí cuando señalé que no era oportuno llamar a la hija de un duque de forma tan íntima.

—Y puse especial énfasis en que seríamos buenas amigas.

—Sí. Entonces, ¿qué te ha perturbado?

—Estaba pensado en que esta será mi última temporada.

—Lo lamento.

—No, en absoluto, no lo hagas. Estoy deseando que termine para ser libre.

—¿Libre? ¿De qué?

—De la presión de tener que buscar un esposo como si fuese la única razón de mi existencia.

—Ser esposa es la misión de toda mujer.

—Suenas como mi madre. —Arrugó la nariz ligeramente.

—Deduzco que te has enterado de que tal vez, con un poco de suerte, pronto seremos hermanas, ¿no te alegra? —Confirmado, su madre le había colocado un gran cartel de ganga sobre su lindo cuello. Cualquier hombre serviría para hacerla salir de casa. ¿Aceptaría la duquesa a uno que estuviese bajo sospecha de asesinato y que le hubiese hecho una proposición de matrimonio?

—Sería muy afortunada de poder llamarte hermana. —Beth no había sido descortés nunca y menos iba a serlo con una muchacha que le caía tan bien y que a todas luces se veía sincera.

—Aunque tal vez no tenga tanta suerte. —Dos personas se aproximaron hacia ellas. Beth no pudo completar la cuestión que pugnaba por salir de su boca.

Lo tuvo delante y entonces su mundo se puso del revés. Cuatro años sin verlo. En la boda de su hermana sintió alguna conexión, un breve interés. No obstante, todo quedó en agua de borrajas porque él despareció. Cierto que temporada a temporada ella había bajado

escalones sociales porque al ver que no despertaba la atención de ningún hombre, su madre probó en otras esferas. Beth tragó saliva, presa de un nerviosismo que no esperaba encontrar en su última temporada.

Ella tenía un propósito para este año: disfrutar y no pensar en el matrimonio. ¿Qué se había torcido en el camino? Su madre. La duquesa era como un perro con un hueso y sinceramente esperaba que sus miras no estuvieran puestas en lord Perth, porque ese hombre no tenía pinta de ser un hueso. Era tan atractivo que podría tener a la mujer que quisiera con solo chasquear los dedos. La acabada hija de un duque que llevaba en el mercado matrimonial tanto tiempo no iba a tentarlo. Más le valía pensar en convertirse en la esposa del poco agraciado Brandon Murray, porque Perth no la consideraría para el papel de condesa, ni aunque ella fuese la última mujer del planeta y la especie humana se extinguiera.

—¿Elisabeth? ¿Estás bien? —Su madre frunció el ceño. No era normal que su hija no correspondiera a un saludo y menos del hombre que copaba sus anhelos. ¿Se habría enfermado?

—Perfectamente. Buenas noches para usted también, lord Perth. —Beth suponía que mientras tenían lugar sus cavilaciones, el hombre había iniciado el saludo.

—Verás. El conde se ha enterado de que la hija del duque de Shepar está en la fiesta y se ha ofrecido a ser tu escolta en la cena. Es el noble de mayor rango, después de tu padre, por supuesto. —Olía a trampa por todas partes. La mortificación comenzó a ser evidente. Su bendita madre probablemente había obligado al pobre hombre a ser su pareja en la cena. ¡Cómo le gustaría convertirse por arte de magia en un avestruz! O mejor, en un ratón de biblioteca, porque así es como realmente se sentía. Minúscula y avergonzada. Se veía ante ese despampanante conde que más parecía ser un elefante seguro de sí mismo... ¡Un momento! Había leído en algún libro que los elefantes tenían miedo de los ratones. ¿Sería ella capaz de darle miedo a él? La pregunta le hizo esbozar una involuntaria sonrisa.

—Celebro que le guste ser mi pareja —la potente voz masculina la regresó del cielo a la tierra. Su madre ya se había marchado. Los cerca

de veinte invitados estaban colocándose para iniciar la entrada al comedor. Perth le ofreció el brazo gentil.

—Es un placer, milord.

—El gusto es completamente mío, *lady* Elisabeth. —Autorizarlo para el uso del diminutivo de su nombre le picó la punta de la lengua. No era correcto hacerlo, así que puso su mejor sonrisa e hilvanó su brazo con el de él. Nada más tocar esa fornida parte sintió calores. Las rodillas flojearon y se tuvo que obligar a hacer una mayor presión en el punto donde descansaba su mano con tal de no caer al suelo. Sería una catástrofe caer al suelo, por lo que decidió que el mal menor sería usarlo de punto de apoyo. Por descontado, él notó que algo sucedía.

—¿Está todo bien? —preguntó extrañado.

—Sí, disculpe mi torpeza. Me lastimé la rodilla ayer y todavía la siento un poco débil. —Era impensable que ella hubiese hecho tal afirmación. Una dama no debía hablar sobre las partes de su cuerpo. Si la duquesa la oyese...

—Estaré encantado de velar por usted, *milady*. —Acompañó la frase con una sonrisa seductora. Una vez más, Beth hubo de sujetarse fuertemente de su brazo. No pudo contener la vergüenza y las mejillas se convirtieron en volcanes. En estos precisos instantes, ella no quería ser un avestruz, deseaba ser invisible. Cerró los ojos ligeramente para ver si sus deseos se convertían en realidad. Nada ocurrió.

La última temporada no se presentaba ni tranquila ni sosegada. Así lo advertía por la cara de superioridad y satisfacción de su madre. ¡Si ella ya se había conformado! ¿Qué derecho tenía a aparecer él precisamente a estas alturas?

—¿Es la cena de su agrado, *lady* Elisabeth? —Por lo visto, tampoco se iba a cumplir su voluntad sobre tener una cena en la que ella parecería muda.

—Los cuatro platos que han traído han sido magníficos. —Por las dos cucharadas que dio a cada uno supo que estaban buenos. La sopa de almejas no le gustaba en demasía, pero la razón de que apenas comiese era porque tenía su estómago cerrado por la tensión.

—Come como un pajarillo, *milady*. —«Fabuloso», él había prestado atención a que ella no había probado apenas bocado.

—Esta noche sí. —¿Por qué dijo esto? «Ya puestos, dile que es por culpa de él que no puedes ni respirar», se recriminó a sí misma.

—Ciertamente en el almuerzo de bodas de su hermana usted se mostró con más apetito.

—¡Oh! —Beth se lamentó de comenzar a sonar como Briana. Entendía mejor en estos momentos que cuando su otra mejor amiga se quedaba sin palabras esta expresión era recurrente. Se giró para mirarlo debido al desconcierto. ¿Él la recordaba?

—No tengo por costumbre olvidar a una mujer interesante cuando la descubro. —«¿Un hombre coqueteaba con ella? ¡Bah! Seguro que no, simplemente era amable».

¿Eso era una sonrisa varonil dirigida a ella? No... Se fijó un poco mejor en el caballero que estaba a su derecha. Ese que conocía a la perfección. Llevaba gran parte de su vida obsesionada con él. Tenía una mancha de nacimiento que no había descubierto hasta este momento. Desde la patilla derecha se asomaba una piel que tenía una coloración más oscura y con forma de óvalo. Sus ojos verdes oscuros seguían siendo lo más bonito que ella alguna vez contempló. Tenía el rostro libre de vello, se había quitado el bigote que lució la última vez que lo vio en la fiesta de Violet. Le agradaba más así. Era demasiado atractivo para cualquier mujer y más para una que estaba más que acabada socialmente.

Dado que no supo qué responder a esto que él había dicho sobre ella, agarró la copa de vino para escudarse en el silencio.

—Tengo la intención de estar pendiente de usted toda la noche —le dijo en un susurro que solo ella pudo oír.

Se atragantó. El vino subió por el conducto que no era el adecuado y comenzó a toser. Tragó gran parte del líquido que había llevado hasta su boca, no obstante, algo sí salpicó el fino mantel. Los comensales se fijaron en su brillante actuación. ¡Pobre Olivia! Si era así como se sentía la mayor parte del tiempo...

—Lo lamento. —Trató de disculparse. Cuando vio la severa mirada de reprobación de su madre se sintió empequeñecer como una hormiga.

Beth se fijó en el semblante de Perth. Él estaba molesto e irritado.

Tanto o más que su propia madre. Discretamente bajó la mirada hacia su vestido. La parte frontal parecía no haberse ensuciado.

El resto de la cena transcurrió sin pena ni gloria. El baile, ya fue otra cosa.

La primera pista de que algo sucedía fue cuando después de pasar el resto de la cena sin hablar ni mirarla, Perth se colocó a su lado y le solicitó la primera danza de la noche.

—Me parece, *milady*, que habíamos acordado que sería su pareja de baile —recordó él serio cuando la vio extrañarse ante la petición.

Beth se mordió la lengua porque tenía demasiadas ganas de preguntar si eso había quedado implícito antes de que le retirase la palabra por haber tosido y llamado la atención de los demás invitados.

—Por supuesto. —La joven hizo una brillante reverencia y marchó hacia la pista de baile.

—Tengo entendido que es su cuarta y última temporada —expuso de modo rígido y sin más. Beth le ofreció una mirada furiosa porque no era correcto que un caballero comentase un hecho vergonzoso y menos cuando era una humillación para la dama con la que estaba departiendo.

—Sí —contestó como si él hubiese formulado una pregunta.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Busco una esposa y según tengo entendido sus opciones para tener marido se agotan.

—Disculpe, milord, ¿pero le parece que es adecuado hablar tan libremente de cosas tan personales en medio de un salón atestado de gente mientras danzamos?

—Suponía que a su edad habría olvidado cualquier fantasía romántica.

—Lo que yo haga o deje de hacer a mi *edad* —arrastró la palabra— me incumbe tan solo a mí.

—Otra en su lugar se mostraría amable y entusiasmada.

—No puede suponer que una dama en mis mismas circunstancias se echase en sus brazos por la simple mención de una boda porque por el contrario podría abandonarle en mitad la pista, milord. —Nunca

había sido tan directa, pero no era justo que él le hablase de la forma impertinente que lo estaba haciendo. Tal vez hubiera soñado con Perth cuatro largos años, pero se había hecho el ánimo de acabar sola. Que el hombre perfecto la ridiculizase y a la vez sembrase esperanzas en ella, no era para nada justo y, por supuesto, no era la manera correcta de tratarla.

—Tenía entendido que era usted mansa y obediente.

—Lo soy, pero cualquier mansa y obediente mujer mostraría su lengua afilada si sospechase que la están menospreciando, ¿no le parece?

—Supongo que tiene razón. —Él suspiró. Creyó que sería más fácil llevar a cabo el plan. Evidentemente estuvo equivocado.

—De acuerdo. —Beth quería tener la última palabra al respecto.

—¿Aceptaría una proposición de matrimonio, *milady*?

—¿Cómo dice? —«¿Esto sería un sueño?» Si era así, no tardaría ni dos segundos en despertarse, porque esto lo había vivido ella, pero no en la vida real.

—Le he dicho que estoy buscando esposa. ¿Habré de hincar la rodilla, *lady* Elisabeth? Creo que somos ambos mayorcitos para esto.

—¿Mayores? Según sus averiguaciones, ambos compartían la misma edad. ¿Él se consideraba mayor? Cierto que en una mujer pasar los veinte años y seguir soltera era como tener una diana sobre su espalda, ¿pero para un hombre?

—Le agradezco su oferta. Lo pensaré. —En este momento terminó el baile y ella pudo hacer una retirada elegante.

Salió huyendo del lugar en busca de una estancia privada en la que sosegar su corazón. Insultante y humillante, pero Beth era consciente de que había recibido una propuesta de matrimonio del hombre por el que felizmente se dejaría sacar los dos ojos. ¡Necesitaba calmarse!

Se paró para preguntar al servicio dónde estaba la biblioteca. ¿Qué habría más tranquilo que un lugar lleno de silenciosos libros? No estaba de moda leer. Probablemente, el lugar estaría desierto y ella podría tranquilizar sus pobres nervios allí.

Se quedó atónita con lo que vio. Inmensas columnas de grandes libros inundaban las muchas estanterías. Tal vez había descartado al

hijo de los Murray demasiado pronto. ¿Serían ornamentales o la familia haría uso de ellos?

Ojeó la sección de horticultura y árboles frutales. ¡Pero si había un volumen que ella había solicitado hacía dos meses en la librería del señor Magnum!

Cogió el libro olvidando por completo lo que la había hecho dirigirse al lugar en primera instancia. Su formación sobre estos menesteres era de vital importancia. Se sentó cómodamente dispuesta a instruirse.

Debió pasar una hora, o tal vez más. Beth perdió toda noción del tiempo y cuando oyó una puerta cerrarse fue cuando sus ojos lograron separarse de las hojas de papel.

—Eres muy escurridiza. —Las alarmas comenzaron a dispararse. Una dama no debería quedarse jamás sin carabina a solas con un hombre.

—Tenía curiosidad por ver la biblioteca.

—Ciertamente eres curiosa, ¿verdad, *milady*? —Él no era un elefante que tenía miedo a un ratón, era un gato que se la iba a comer. Esa mirada... en cualquier otro momento la hubiese entusiasmado, pero en estos instantes...

—Creo que es momento de regresar al salón. Como bien ha dicho, me he escurrido durante demasiado tiempo.

—Por unos pocos minutos más no pasará nada.

Beth se levantó cuando lo tuvo delante. Error. Se quedó frente a él en una posición demasiado íntima. El aliento le acarició la nariz. Olía a alcohol.

—Permítame el paso, milord. —Dos manos se posaron en sus antebrazos y pegaron su cuerpo a ese pecho cuya consistencia soñó tantas veces poder probar. Duro. Los labios de él cayeron sobre los suyos sin que pudiese impedirlo. Húmedo. Demasiada saliva. Su primer beso era algo húmedo y muy... ¿asqueroso? Una lengua se paseaba por los labios que ella mantenía fruncidos. Los brazos de Perth la tenían presa. De hecho, su agarre le estaba haciendo daño allí donde sus dedos descansaban.

—Abre la boca para mí. —La orden no salió ni seductora, ni

dulcemente. Fue un tirano queriendo imponer su voluntad.

—No. —Responderle fue otro error para que él aprovechase y realizase su incursión.

La lengua de él la tenía mareada. No paraba de moverla avariciosamente y cuando la sintió cerca de su campanilla, casi sintió el contenido de su estómago removerse.

—¡Cielo santo! —gritó una voz que ella bien conocía. Beth cerró los ojos. No porque estuviese disfrutando del momento, sino porque en este punto quería morirse. Oía los murmullos a su alrededor y supo que todo cuanto había conocido hasta el momento había llegado a su fin.

El conde la separó de su cuerpo, la giró sobre su pecho y la colocó entre la multitud y él. La joven se negaba a abrir los ojos.

—No cierres los ojos, jovencita. Lo que has hecho es muy grave.

—¡Gravísimo! —Estuvo de acuerdo otra voz con su madre.

—¡Qué desvergonzada! —apuntó alguna otra mujer de las presentes.

—¡Esto es un escándalo! —Un hombre habló en este punto.

—¡Terrible! —coincidió otro.

—La reputación de la muchacha ya era endeble, pero ahora no sobrevivirá a esto.

—¡Un convento sería lo adecuado!

—¿Y que pervierta al resto de las religiosas con su comportamiento indecoroso? —Esta frase fue la que la hizo abrir los ojos y enfrentarse a la realidad.

En la estancia, evaluándola y crucificándola, había una docena de personas. Su madre estaba... ella no parecía enfadada. De hecho, Beth diría que estaba... ¿aliviada?

—Bueno, bueno. Esto debe tener una explicación coherente —su madre al fin tomó la palabra. Beth esperaba que la defendiera—. Milord es un modelo de rectitud, seguro que hay una explicación razonable.

—Su hija, mi querida duquesa de Shepar, ha decidido aceptar mi petición de mano. Lamento lo que haya podido suponer esta escena. Pero más allá de dos personas enamoradas celebrando la futura unión,

les aseguro que no hay nada.

Plenamente consciente a todo cuanto ocurría a su alrededor, Beth no podía hablar. ¿Qué iba a decir? Negar la palabra de un conde era algo impensable y explicar que ella no había aceptado la petición de mano era un suicidio mayor que el hecho de ser soltera. ¡Estaba acorralada!

Condenada a casarse con el hombre con el que soñaba. Eso debía ser algo bueno, ¿no?

Beth puso una temblorosa sonrisa triste. El primer día de la temporada y acababa de comprometerse con Sebastian Freid, el hombre por el que llevaba media vida suspirando de amor. Debería mostrarse satisfecha y pletórica. Algo en su interior le decía que aquello no era tan idílico como parecía.

La velada se convirtió en un motivo de celebración. El champán se sirvió con contención. El conde iba a convertirse en el nuevo yerno del duque de Shepar y la maltrecha hija, al fin, conseguiría un esposo. No. Beth no oyó murmuraciones sobre este tipo, no obstante, no hacía falta ser muy inteligente para saber que era lo que todos los allí presentes opinaban.

—¿Cómo has podido hacer algo semejante, Beth? —Su padre no pudo esperar hasta llegar a casa. Cuando la portezuela del carruaje se cerró y supo que nadie lo oía arremetió contra su hija.

—Lo lamento mucho, padre.

—¿Acaso no entiendes que eres la hija de un duque? Mi hija y que tu moralidad, acción y decoro deben estar por encima de todos y todo. ¿En qué demonios estabas pensando cuando dejaste que ese hombre te manosease de tal manera? —El padre no alzó la voz. No por ello la reprimenda dejó de ser suave. Las palabras estaban cargadas de desconcierto y lamentación. La joven su hundió en su asiento al saber que había fallado a su padre.

—No tengo excusa posible.

—Una trampa. Todos señalan que tú y tu madre le habéis tendido una trampa a ese pobre hombre.

—¿Cómo dice? —La joven abrió los ojos como platos y su boca quedó ampliamente separada. La buena sociedad estaba inventado un

chisme malvado. En todo caso había sido a la inversa... ¿Al revés? ¿Por qué un hombre como Perth estaría interesado en arrinconar a cualquier mujer? Eso no tenía ninguna lógica, era más plausible que la próxima solterona de Londres armarse un brillante plan para atrapar a un excelente partido. Ante esta deducción hubo de callar la boca. Beth sabía que no había sido así, no obstante, nadie la creería, porque todo apuntaba en su contra.

—Sabía que estabas desesperada por casarte, pero nunca imaginé que llegarías a este extremo. Mañana hablarán de nosotros en todos los periódicos.

James la miró. Vio a su hija bajar la cara en señal de vergüenza y lamentó sus duras palabras. Estaba lleno de ira. ¿Tan infame era su hija que había conseguido engañarlo para que pensase que no quería un matrimonio para urdir una maquiavélica hazaña? Shepar no entendía nada.

Desplazó la mirada hacia su esposa.

—¿Tienes algo que compartir, Lylian?

—No.

—¿¡No!? —levantó la voz—. La sociedad te acusa de algo perverso y simplemente dices que no tienes ninguna explicación que ofrecerme.

—Tu hija está comprometida con un hombre al fin. Si bien la situación ha sido delicada, por así decirlo, finalmente todo ha salido bien y no hay nada que lamentar.

—¿Un escándalo de esta magnitud no es nada que lamentar?

—Su reputación se resentirá un poco. Pero con nuestro apoyo y el de su hermana. Incluso con los condes de Monty arropándola y los padres de *lady* Olivia, creo que Elisabeth saldrá airosa. Sí, sé que estará en boca de todos en los primeros meses de esta temporada, pero con una licencia especial todo quedará arregla...

—¿Una licencia especial? ¿Te has vuelto loca?

—Es lo que procedería hacer para acallar las habladurías, Shepar.

—¡Beth no va a casarse como si fuese una fulana que hubiese perdido la virtud! —La soez afirmación unida al grito hizo que la joven diese un salto de terror. Nunca vio a su padre en un estado similar.

—¿Quieres una boda con la lectura de amonestaciones después de lo que ha pasado?

—Entendí por tu explicación, esposa —hizo especial mención a esta palabra—, que hubo un beso entre ambos para celebrar la feliz noticia.

—Y así fue. —La duquesa se removió inquieta.

—Mi hija, de la que siempre he alardeado de que es un modelo de virtud, ¡besándose por los pasillos!

—Yo estaba leyendo en la biblioteca. —Se arrepintió nada más habló.

—Había un baile, Beth. Un precioso baile donde las señoritas exhibían sus maneras, con sonrisas inocentes, ¿qué diablos hacías en una biblioteca? —«Escapar», quiso contestar ella. Sin embargo, su huida había resultado ser una cárcel.

—Leer, padre.

—¿Fue una treta, Beth? Mírame a los ojos y dime la verdad. Creeré lo que me digas y si la respuesta no me agrada, me tragaré mi ira y no diré palabra alguna, pero necesito saber que mi hija, mi adorada hija no es capaz de hacer semejante argucia. Y en caso afirmativo, quiero saber la verdad. No me mientas, te lo ruego.

—Padre, entiendo perfectamente lo que ha podido parecer, pero le juro por mi honor y mi estima hacia usted, que yo nunca intentaría atrapar a un hombre en contra de su voluntad. Por favor, le ruego que me crea. Soy culpable de permitir que me besase.

Evitó decir que no pudo luchar contra la fuerza de él. Si bien era cierto que ese beso configuró el grueso de sus sueños fantasiosos, no resultó placentero. Algo no terminaba de encajar.

Capítulo 2
Un amargo despertar

Meses después de la fatídica noche, llegó hecha una furia Olivia. ¿Qué estaría haciendo que había tardado tanto en ir a visitarla?

El té fue servido en la salita de las damas. Dado que eran poco más de las cinco de la tarde, pidieron unos bocadillos para acompañar la bebida. Cuando el servicio se retiró comenzó el verdadero interrogatorio.

—¿Eres feliz, Beth? —preguntó con cautela *lady* Olivia.

—Creí que vendrías más animada.

—Y vengo animada.

—Has tardado mucho en venir a verme. Fui a tu casa y me dijeron que habías partido al campo, ¿por qué te fuiste en plena temporada?

—Mi madre ha contratado una institutriz, bueno, decir que la señorita Mary Shelly es una maestra es un eufemismo, ¡es peor que un teniente!

—¿A tus años te ha puesto en manos de una institutriz?

—Te recuerdo que no está bien aludir a la edad de una dama y más cuando es mayor que tú.

—¿Te he ofendido?

—Por supuesto que no. Pero no eres la única que está desesperada por escapar de la soltería. —Olivia seguiría fiel a las directrices de la sociedad donde una dama no renunciaría a la ilusión de convertirse en esposa tuviese la edad que tuviera.

—¿Oíste los chismes, verdad?

—¿Que la decorosa hija de Shepar dejó al lado el pudor para agenciarse un marido? —preguntó con una sonrisa divertida.

Oli no la juzgaba, tal vez ella en su situación hubiese hecho lo mismo porque ese hombre era el amor de su vida, así que...

—¡Por Júpiter! ¿Llegaron los rumores hasta Derbyshire? —Increíble la velocidad con la que se esparcían las desgracias de los demás.

—Sí, así fue. Quise venir de inmediato para asegurarme de que estabas bien. No me fue posible. Además, intuí que estarías en una nube.

—Fue todo muy extraño.

—No te veo como una prometida entusiasmada. ¿Sebastian no es lo que pensabas? —volvió a tantear.

—No lo llames por su nombre. Es lord Perth. —En uno de sus únicos paseos, ella lo llamó más íntimamente y él la reprendió.

—Definitivamente no luces como una mujer enamorada que ha obtenido el premio a su perseverancia.

—¡Oh! ¿Tanto se me nota?

—Llevas toda la vida hablando de él, entusiasmada cuando lo veías o alguien de nuestro círculo lo nombraba, aunque fuese de pasada... Creí que saltarías loca de contenta por ser su futura esposa.

—Ni tan siquiera vino a nuestra fiesta de compromiso —expuso mortificada.

La jornada tuvo lugar hacía dos semanas en su casa. Su madre se afanó por preparar todo. Flores frescas, más servicios, una limpieza a fondo, un cocinero francés... La duquesa de Shepar no escatimó gastos ni esfuerzos para que ella tuviese una fiesta igual de suntuosa que la de Violet. Todo fue perfecto, salvo porque su prometido no hizo acto de presencia. Un gran ramo de bonitas flores llegó a la mañana siguiente con una nota en la que excusó su ausencia por una dolencia pasajera que le impidió acudir.

Todos a su paso señalaron que el plan de Beth no había conseguido domar al salvaje Perth. ¿Desde cuándo él estaba considerado un salvaje? Al oír esa afirmación al ir al servicio de damas, se quedó impresionada.

Violet, su perfecta hermana que acudió al día siguiente de anunciarse su compromiso, llegó a casa eufórica. La felicitó ardientemente y la alabó en su sabia elección al tiempo que le guiñaba un ojo. Beth le aseguró que no hubo trampa y ella contestó guiñando

de nuevo, al tiempo que señalaba que por supuesto no hubo ninguna jugarreta. Ni por un minuto la creyó y Beth no intentó convencerla. ¿Cómo sabía ella que Violet no la creía? Además de por los dos guiños, cuando en la fiesta él no hizo acto de presencia, le indicó lo inconveniente que resultaba ponerle el lazo a un caballero que se resistía con todas sus fuerzas a ser cazado. La regañó por su elección. ¡Ella no había puesto ningún lazo a nadie! ¿Por qué no la creían?

—Siempre pensé que Perth no era carne de matrimonio. Demasiado joven y muy estúpido para mi gusto. ¡Oh! Lo siento, lo siento —se apresuró a disculparse al ver su metedura de pata.

—¿Me creerías si te dijese que no lo cacé, Oli? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto que te creeré. Siempre te consideré muy inteligente, por lo que en el caso de haber intentado adueñarte de un caballero, probablemente habrías elegido a uno con algo de sesera.

—¡Oli!

—Sí, lo sé, lo sé, es tu prometido.

—No, no es eso. —Sus ojos comenzaron a lagrimar.

—No llores, Beth, te prometo que no lo insultaré de nuevo. Me comportaré. Aunque para cerrar el capítulo sí señalaré que no es digno de ti.

—No, amiga mía, no lloro por lo que dices sobre él. Me importa poco que te burles de él, es que soy feliz, Oli.

—¿Eres feliz? ¿Con Perth como prometido? ¿Un hombre que ni acudió a tu fiesta de compromiso? —Olivia silbó llegado a este punto. Su amiga tenía la piel muy dura, porque si su hombre no hubiese acudido a festejar el futuro enlace...

—No, no. Deja que me explique.

—¡Pues hazlo de una vez porque no alcanzo a entender nada!

—Soy feliz porque eres la primera persona que de verdad me cree cuando afirmo que no le tendí ninguna encerrona.

—Eso tiene sentido para mí, porque te he escuchado hablar todo el verano de tu interés por comprar una enorme finca, espero que al final sea la que tanto te gusta y que linda con la de mi padre, y crear allí un lugar para...

—Eso ya no va a poder ser —la cortó.

—Entonces deduzco que te vas a conformar con él, ¿es eso lo que estás sugiriendo?

—No tengo otra opción. Madre dice que el amor surge poco a poco. Ella se casó con padre sin conocerlo y creo que ellos... no sé si se aman, pero sí son felices.

—Pero tú no eres tu madre. Justamente eres todo lo contrario a tu madre y a Violet. Si el amor finalmente no surge, acabarás marchitándote.

—¿Crees que no lo sé? Tal vez él me permita tener vidas separadas. Está de moda en Londres.

—Ajá... —Olivia no se atrevía a exponer lo que había venido a decir. ¿La odiaría Beth si le contara que...?

—Olivia, ¿qué sucede?

—No puedo consentir que te cases con él. Lo siento, no es por ser egoísta, ni porque esté celosa de tu compromiso. Es simplemente que la decencia me impide callar.

—¿Es muy malo lo que vas a contarme? —La vehemencia de su amiga la puso sobre aviso.

—Es lo último que una recién prometida quiere escuchar, pero es lo que yo quisiera saber antes de que fuese más tarde.

—Adelante, Olivia. Lo soportaré.

—Perth está arruinado.

—¿Cómo dices?

—Las 50.000 libras que tu padre dará como dote, las necesita para no dar con sus huesos en la cárcel de deudores.

—Tuve que haber previsto algo como esto.

—Según me dijo mi hermano esa rata esperaba convertirse en el futuro duque de Kensington, pero algo se torció porque su pariente no lo nombró heredero. Es un jugador empedernido, un mujeriego que se pasea por los burdeles sin impunidad y... —No sabía si seguir.

—¿Hay más?

—Mantiene a una amante tres calles más arriba de tu casa.

—¡Por Júpiter!

—Una viuda francesa llamada... *madeimoselle* Allard.

—¿Es bonita, verdad?

—No la he visto, pero oí a mi hermano decir que es una delicia francesa.

—¡Maldición!

—¡Oh, Beth! Nunca oí semejante expresión de ti.

—Estoy enfadada, disgustada, ¿cómo voy a competir con un bombón francés?

—No digas eso. Cualquier hombre sería afortunado por tenerte como esposa.

—Eres una mentirosa.

—Lo sé. —Estalló en risas—. Alégrate, mi buena amiga, porque por lo menos tú has estado prometida.

—Esto es horrible, Oli. No te rías —dijo, limpiando una lágrima producto de la risa. Tan desesperada como era la situación y su amiga fue capaz de sacarle una risa franca—. ¿Cómo voy a librarme de ese indeseable sin empeñar más mi honor y reputación?

—Dile lo que te he contado a tu padre. Shepar es estricto, pero te adora. De las tres, eres su preferida. —Era verdad, porque ni su madre ni Violet hacían con él lo que conseguía Beth.

—No me creerá sin pruebas. Estamos hablando de un conde.

—Bueno... hay otra solución plausible, pero me temo que no te va a gustar...

—Haré lo que sea para desembarazarme de ese lastre, Oli.

—¡Vaya! Estás desconocida, *lady* Elisabeth. Nunca pensé en que te oiría semejantes afirmaciones.

—Prefiero acabar repudiada y sola en el campo a permitir que él se salga con la suya. Además, mis planes no incluyen mucha compañía que digamos. Si no fuera porque mis padres y mi hermana sufrirían las consecuencias de mis actos, huiría.

—Eso, y que no tienes un solo penique.

—Sí, mis planes necesitan de mi dote. Así que supongo que tendrás un plan para librarme de Perth.

—Él es un conde y habrá de ser otro noble el que le cuente las hazañas a tu padre.

—No entiendo.

—Lo harás muy pronto. Mira, lo que vamos a hacer es... —Oli se acercó a la oreja de su amiga para contarle los detalles de lo que había pensado. No quería que nadie las oyese y menos el servicio, pues tenían la lengua muy larga.

Horas más tarde, en medio de la oscuridad cobijadora, un trío formado por dos damas y un caballero accedían a uno de los lugares más populares de todo Londres. La expectación y las ganas de descubrir los secretos que en esos lugares se escondía tenían a las dos mujeres muy ansiosas. Prácticamente estaban obligando al hombre a caminar a pasos agigantados.

—Pienso cobrarme este favor con oro si hace falta.

—Vamos, Angus. Es lo menos que puedes hacer por mí.

—Olivia, explícame de nuevo cómo me he dejado convencer. — Se corrigió. Su hermana era un castigo divino. No debió prestarse a ayudarla con Beth.

—¿De verdad quieres que te recuerde lo que he hecho por ti, hermano? —Angus miró a la joven que llevaba sujeta en su otro brazo. Esperaba que las máscaras protegiesen la identidad de ambas.

Los jardines de Vauxhall eran conocidos por ser traicioneros. Citas y fiestas impúdicas se llevaban a cabo ahí. ¿En qué estaría pensando para dejarse arrastrar por Olivia?

—Creo que hubiese sido más práctico ir a ver al duque y exponerle los rumores sobre su futuro yerno.

—¿Y perderme los fuegos artificiales y demás? No, Angus. Lo haremos a mi manera. Necesitamos testigos que avalen tu palabra para que él no salga indemne.

—¿Está conforme, *lady* Elisabeth, con las maquinaciones de mi hermana?

—Confieso que tenía mucho interés en ver los jardines de Vauxhall y que de otro modo no los habría conseguido ver. —No era correcto que las jóvenes estuvieran en este lugar porque muchas acababan deshonradas. Además, no creo que nadie llegue a saberlo.

—Supongo que son tal para cual.

—Deseo desenmascararlo —expuso Beth.

—Su padre se enfadará si llega a saber que ha estado aquí. —He

venido custodiada por el hermano mayor de mi mejor amiga, un futuro conde y actual vizconde Pembroke. Confío en que su protección sea bastante para contener a mi padre.

—Yo también lo espero.

—¿Cómo haremos para encontrar a Perth? —preguntó Beth con ganas de pillarlo.

—Hay tres fiestas esta noche. Él estará en la de los condes de Bredlox, mi fuente es fiable.

—¿Podremos bailar, hermano?, por favor.

—No vais a separaros de mi lado.

—¡Yuhu! —Una preciosa rubia con dos grandes... atributos, llegó hasta el hermano de Olivia con los brazos en jarras. Angus masculló una maldición.

—Querida mía, ¡qué agradable sorpresa! —señaló, soltando a las dos damas que llevaba consigo.

—¿Tan insaciable eres que a la menor oportunidad me cambias por dos...? ¿Dos insulsas? —Por lo visto, la amante del vizconde era celosa. Vio a Olivia con la intención de rebatir la afirmación y Beth la sujetó ligeramente para llamar su atención. Su amiga asintió en mudo entendimiento y las dos se separaron de lo que iba a ser una pelea de enamorados.

Pembroke se disculpó de todas las maneras posibles y le explicó a la mujer que no había nada que temer. Mientras mantenía la conversación, no quitó el ojo a esas dos muchachas que sabía que lo iban a acabar metiendo en un buen lío. En especial no se fiaba de su hermana, por razones que no venían en estos momentos al caso.

—Creí que no nos permitiría un instante libre. ¿Qué te parece si inspeccionamos por nuestra cuenta la fiesta? —Olivia estaba pletórica.

—Es peligroso.

—Esa arpía va a tenerlo un rato ocupado. Mientras no nos alejemos, nada malo nos pasará, Beth.

—Pero...

—¿Qué hacen dos damas seductoras sin un acompañante masculino? Podrían ser víctimas de algún indeseable, ¿verdad, amigo mío? —Un gruñido del otro caballero se oyó como respuesta.

Las dos cesaron en su discusión y fijaron su vista en esos dos hombres que habían osado interrumpir la conversación.

—¿Qué les hace pensar que no hemos venido acompañadas? —Olivia, sensual, tomó la palabra porque *lady* Elisabeth se quedó muda. Era sincera, pero si no conocía a su interlocutor se volvía extremadamente tímida.

—Si han venido con algún caballero, se merece que lo abandone, *milady*, porque un hombre que voluntariamente se prive de su compañía sería un auténtico asno.

—Supongo que las adulaciones le han dado sus frutos en el pasado.

—No es una forma de lisonjearla, *milady*, expongo la verdad. —El hombre inclinó la cabeza y le ofreció una sonrisa que desarmó por completo a *lady* Olivia.

—¿Van a bailar con nosotros o no? —preguntó arisco el segundo hombre. Su brusquedad le valió una reprimenda con las miradas de los tres allí presentes. El bruto se sintió empequeñecer hasta que recordó quién era él.

Se colocó junto a la que parecía que iba a ser su pareja en la fiesta de los Bredlox y la llevó hasta la pista de baile.

—No creo que sea correcto que me avasalle.

—Esto es Vauxhall, *milady*.

—Además, ¿cómo sabe que soy una dama?

—Su vestido, sus maneras, su dicción y, por supuesto, la posición. Ninguna dama que no sea tal, tendría esos andares. Debo confesar que ha captado mi atención desde que la vi acceder a los jardines y hace muchos años que nada consigue eso.

—¿Me ha estado espiando?

—Es un cumplido. Hará bien en tomarlo como tal. —Cuando el hombre la cernió sobre él y sus pechos quedaron prisioneros sobre el torso masculino, fue cuando Beth supo por qué no debería haber ido a Vauxhall nunca. La sujetó con tal firmeza que le fue imposible rebelarse. Se sintió molesta y atosigada por el comportamiento de su... ¡De su nada! ¿Qué derecho tenía él a tratarla como a una... como a una... como a una ¡falda ligera!? Tenía la protesta en los labios cuando:

—¿Lavanda? —la pregunta hormigueó en su oreja y la sensación se sintió maravillosa.

—Ajá... —Lo oyó aspirar su aroma otra vez, nuevas cosquillas se produjeron en su cuello.

—Lo siento. —Acto seguido, los labios de él se desplazaron en un reguero de besos por su cuello. Beth dio un respingo.

Él la sujetó porque no podía permitir que escapase de sus brazos. Ese maldito olor lo transportó a un lugar lejano con el que había soñado... ya casi no lo recordaba conscientemente, pero una inhalación le sirvió para desear hacer lo que estaba haciendo y no pudo ni deseó contenerse. La necesidad era algo superior a él. Instintivamente, Beth ladeó su cuello para darle mayor acceso. Su piel estaba tan suave... sus labios se movían con tal gracia y delicadeza que... ¡Dios mío, el resto de las parejas estaban haciendo cosas mucho peores en medio de la fiesta!

Incluso los hombres estaban... ¿Eso eran pechos descubiertos siendo lamidos por una lengua? Una pareja tropezó con ellos y el hombre, borracho, se excusó de inmediato. La voz le resultó familiar... ¡Por Júpiter! Ese era...

—Mira por dónde andas, Perth —acabó de pronunciar el título su acompañante.

—Mirad por donde andáis tú y tu estúpida fulana. —Kirk paró el baile para centrarse en ese bobo que le había tocado por pariente. Colocó segura a su espalda a su compañera para protegerla y procedió a medir sus fuerzas con el conde. No se atrevió a soltar la mano de la joven porque estaba seguro de que la dama huiría a la menor oportunidad y no había acabado con ella.

Su amigo Ryan no tardó en llegar hasta donde estaban los dos hombres. Se había formado un corrillo de curiosos a su alrededor, que se moría por presenciar una pelea. Por todos era conocida la animadversión entre el conde y el duque de Kensington, después de que este último no lo nombrase su heredero antes de partir a la guerra para enfrentarse a las tropas de Napoleón.

Todo el mundo dijo que estaba loco por no nombrar un heredero y poner en peligro su ducado, pero que el legado de su familia regresase

a la Corona era mejor opción que dejarlo en manos de ese despilfarrador inepto. Kirk había oído que él se había prometido con una dama y lástima era lo que la pobre tonta le inspiraba. ¿Qué tipo de mujer estaría tan desesperada para atarse a un engendro como ese?

—No has conseguido tu propósito, *duque Demente* —arrastró deliberadamente las dos últimas palabras para asestar más daño a su interlocutor. Su amigo, el teniente Ryan se adelantó. Ese hombre era un necio por ofender a una persona de la que decían que no estaba cuerda. ¡Menos mal que Kirk no renunció al título a favor de esa babosa!

—Quieto, teniente —le ordenó, al ver que se colocaba delante de él y su familiar.

—Me han dicho que has regresado perturbado, ¿es cierto? —«El loco era él por desafiar a un duque tan peligroso como Kensington», pensó de nuevo Ryan—. No lo has conseguido, mi querido tío, ¿o eras un primo segundo lejano? No lo recuerdo, tanto más da... no has conseguido destruirme porque he dado con la forma de salvarme. Pronto seré dueño de 50.000 libras. Así que métete tu estúpido título donde te quepa. Me caso con una fea mujer, poco inteligente, necia y que me dará ganas de no consumar mi matrimonio, pero rica como Creso. Con un poco de suerte incluso mi futuro suegro me delegue su título… si el parlamento cambiase la ley… —se quedó pensativo—. Tiene dos hijas, ¿sabes? Así que imagínate si el milagro sucediese y yo acabase siendo el duque de Shepar no es menos importante que ser el mandamás del ducado de Kensington.

—Una pobre infeliz es lo que has conseguido pescar, Perth. Supongo que, si es tan tonta como para haber accedido a convertirse en tu esposa, os merecéis los dos. ¡Brindaré por tu felicidad! Espero que puedas disfrutar de ella en la cama, 50.000 libras bien valdrán la pena para meterse en el lecho con una mujer tan horrenda. Disfrutaré, pues, cuando sepa que te enfrentas a tal suplicio con tu horrorosa dama. —Sintió que la compañera que mantenía su espalda trataba de soltarse con un brusco movimiento. Se giró y con una simple mirada le explicó que debía estarse quieta.

—Bien, ha quedado todo dicho, ¿verdad, Perth? —El hermano de

Olivia, gracias al cielo, apareció en este mismo instante. Un suspiro de alivio salió de Oli.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó el duque al nuevo interlocutor.

—Soy un amigo de la familia de la joven a la que ambos han calumniado y les aseguro que esto no quedará así. Aquí todos han sido testigos de cómo usted —señaló a Perth— ha expuesto sus malas artes para atrapar a una joven dulce y hermosa que, digan lo que digan ambos, no merece que la coloquen en el centro de las habladurías. Me pregunto qué dirá mi buen amigo Shepar cuando se entere de sus intenciones para con su hija.

—¿Qué le hace pensar que mi futuro suegro no las conoce ya? —La arrogancia de ese conde de tres al cuarto no tenía parangón.

En esta ocasión, sí, Beth consiguió soltarse de la mano que la mantenía sujeta.

—Miente, milord —acusó la joven sin reparos al embustero. «¿Cómo pude estar enamorada de ese hombre alguna vez?», se preguntó la muchacha.

—¡No! —Negó Angus colocándose delante de ella. No podía dejar que hablase y menos que entrase al trapo. El propósito de la velada había sido conseguido. Lo oportuno era sacar a su hermana y su amiga del lugar.

—Veo que tu ramera tiene lengua. ¿Le has tenido que pagar mucho para que consienta en dejar que se la satisfagas? ¿Te funciona tu hombría, Kensington? —Perth quería provocarlo.

—¿Mejor quieres comprobar si mi puntería sigue siendo tan buena como era? —El duque estaba furioso.

—Tal vez le gustaría probar a un hombre de verdad y no a uno demente. —La mirada obscena de Perth le dio náuseas a Beth.

—¿Un mentiroso, aprovechado y horrendo como usted, que solo dice sandeces? No, gracias. Ni, aunque fuese de vida o muerte le tocaría, ni tan siquiera con un palo lo haría. —La joven no pudo quedarse callada.

—¡Maldita furcia del demonio! ¿Cómo osas calumniar a un noble que te aplastaría como a una mosca? —El borracho se atrevió a

levantar la mano para intentar pegar a la joven. Kirk lo interceptó al momento.

—Atrévete a ponerle un solo dedo encima y te cortaré lo que más estimas, maldito inútil.

—Perth, es hora de marcharnos —señaló la pelirroja que se mantenía a su lado.

Beth la miró en este momento. Creyó que sentiría celos al verla. Era hermosa, su pelo era puro fuego, pero después de descubrir el verdadero carácter de él, la joven no quería saber nada más sobre ese elemento. —Sí, mi palomita. Es momento de irnos. Mañana tengo que visitar a mi suegro y pedir un adelanto de la dote del ratón de biblioteca. Te prometí una casa en Mayfair y la tendrás.

—Yo, si fuese usted, milord, no iría mañana. Ni mañana ni nunca a casa del duque de Shepar. No le gustará ver lo que allí se encontrará. Es un hombre violento. —Beth no podía seguir callando ante tan insulto.

—¡Suficiente, *milady*! —El hermano de Olivia la agarró de la cintura para llevársela del lugar. Si dejaba que la joven hablase finalmente haría una estupidez.

—Y yo si fuese usted me apartaría de ella. —Kensington no estaba dispuesto a renunciar a la primera mujer que lo había tentado desde que había regresado de la guerra.

—Por un instante me he sentido obligado a hacerle caso y poder ver su cara de estupefacción. Pero esta dama no es ninguna mujer de mala vida y ha llegado el momento de que nos marchemos.

El duque avanzó. Angus no se amedrentó. Conocía el carácter de ese que se medía con él. Sujetó con firmeza a Beth y aprovechó la cercanía de su hermana para cogerla con la otra mano.

—No, me parece que no podemos tolerar que se marche de aquí con estas dos encantadoras mujeres. —Ryan se posicionó frente a él también, a la misma altura que su amigo. Angus se tragó una maldición. «¿Cómo diablos se había metido en semejante lío?», se preguntó el hermano de Olivia.

—No, teniente, él es mi… —comenzó a explicar Oli.

—¡Suficiente, *milady*! —la cortó el vizconde Pembroke. Entendía

que ella quería protegerlo, pero si mencionaba el nexo familiar que los unía, su reputación quedaría soterrada y eso era lo que convenía en estos instantes, porque Angus tenía planes muy importantes para Olivia.

—Veamos quién es la fulana que se esconde tras la máscara. —Perth aprovechó el momento de tensión entre los tres hombres para arrebatarle la máscara a ella. Su identidad fue descubierta, los cuchicheos comenzaron prestos.

El maldito conde, lejos de ponerse lívido o sentirse avergonzado, comenzó a carcajearse. Angus colocó a su hermana tras de sí para evitar que alguien pudiese quitarle su antifaz. Ryan se quedó asombrado ante lo que vio y Kirk... El capitán deseó haber muerto en el campo de batalla. Reconoció esos ojos en el instante en los que quedaron desnudos de las dos tiras de cuero. ¿Cómo no se dio cuenta antes?

—Ahora sí, *milady*, su padre me suplicará de rodillas que acepte su mano y creo que estoy en disposición de exigir que doble su dote porque no es lo mismo casarse con una mustia mujer que con una fulana que acude a los jardines de Vauxhall en busca de un hombre que se cobije entre sus piernas. Tal vez deba pedir incluso más dinero, porque cargar con el bastardo de otro...

Un puño colisionó contra la mandíbula del conde y este se precipitó al suelo, donde cayó en estado inconsciente.

—Alégrense por mí, damas, caballeros, señoras y señores porque he decidido aceptar la propuesta matrimonial de su excelencia el duque Kensington. —Una sonrisa trémula acompañó el anuncio. ¿Cómo lo había llamado el malvado? Ah, sí, el duque Demente. Si él era el duque Demente, ella era la mujer loca, porque la mirada de furia que ese hombre le dispensó le dejó muy claro lo que opinaba de su treta. A Dios y a todos los ángeles comenzó a rezar para que él no la desmintiese.

—Enhorabuena, *milady*. Y ahora es momento de marcharnos. —Angus trató de cogerla una vez más. De nuevo él lo impidió.

—Ponga un dedo sobre mi prometida —«¿por qué esa simple palabra había sonado como diez?», se preguntó Beth— y es hombre

muerto.

—Es momento para que todos nos retiremos. —Olivia fue la que habló mirando con súplica a Ryan.

—Sí, Kirk. Coge a tu dama y salgamos de aquí. —Una mano cayó sobre su cintura y la presión ejercida le hizo comenzar a andar. Estaba preparada para rechistar cuando:

—Di una palabra que no me guste y diré la verdad. —Beth tuvo el buen juicio de callar. Bajó la mirada y dócil atendió la orden implícita que la frase contenía. Una sonrisa involuntaria se formó en los labios de Kirk. Al menos, ella seguía igual, lástima que él no pudiese casarse jamás.

Los cinco se metieron en el carruaje en el más absoluto de los silencios. Ese hombre temible no la saltó ni un instante y la sentó a su lado. Él era tan inmenso que hizo que los otros tres se tuvieran que acomodar en el asiento de enfrente.

—Supongo que eres *lady* Oliva Carrington. —El teniente decidió romper el hielo.

—En efecto. ¿Nos conocemos?

—Han pasado unos cuantos años —dijo molesto el teniente. —Cuatro —señaló el hombre que por lo visto hablaba gruñendo.

—¿De qué os conocéis? —Beth se quedó un poco fría cuando divisó esa mano falsa que reposaba sobre el regazo del hombre.

—¿Le incomoda mi mano, *milady*? O, mejor dicho, la falta de ella. —Levantó la prótesis.

—Por supuesto que no. Simplemente me ha pillado desprevenida. Disculpe si lo he hecho sentir molesto.

—Vaya, una dama que se disculpa por hacerme sentir incómodo... eso es nuevo —dijo, al tiempo que miraba a su amiga Olivia. ¿Qué había pasado entre ellos? Porque eso sonaba como un látigo. Angus notó la tensión en su hermana y decidió que era momento de cambiar los asientos.

—Será mejor que me siente en el medio.

—Eso no será necesario, milord —se apresuró a decir el teniente.

—¿Quiere acabar comprometido como su amigo? —preguntó el vizconde con una ceja alzada.

—Será buena idea que cambie el lugar, sí.

—Cobarde —siseó ella.

—¿Ha dicho algo, *milady*? —preguntó molesto Ryan. Tenía agallas para señalar que un hombre que había vuelto de la guerra manco fuese un cobarde.

Kirk observó en silencio la escena y no pudo evitar pensar en que no era el único que estaba en problemas.

Cuando el hermano de Olivia sirvió de pantalla, fue el momento de comenzar la conversación.

—Hablaré yo. Soy el vizconde de Pembroke y esta de aquí es mi hermanita que me lleva siempre por derroteros peligrosos. La joven con la que parece haberse prometido es...

—Sé quién es —lo interrumpió Kirk fieramente.

—De acuerdo. ¿Qué relación les unen a Perth y a usted? —El carruaje se detuvo.

—Su parada. —Angus miró por la ventanilla y vio que habían llegado a su casa.

—¿No va a responder, verdad? —Kirk se quedó callado y serio—. Vamos, Oli.

—No, Angus, no podemos dejarla sola con...

—El duque llevará a casa a su amiga. No tenga ningún temor. —Ryan bajó el primero y le tendió la mano a Olivia. La joven sintió una descarga allí donde él hubo sujetado su mano. Los dos se quedaron mirándose. Un carraspeo los sacó de la ensoñación.

—Entremos, Olivia.

—Sí, sí. —Pero ella no se pudo mover.

—Ahora, Oli. —Su hermano la arrastró con él. Ryan se sonrió. Si sus circunstancias fueran diferentes…

—Regresaré andando a casa —dijo al capitán desde abajo del carruaje y mientras la observaba entrar en la mansión. Esos andares eran dignos de una reina.

—Aguarda, teniente.

—¿Sí? —Kirk bajó del carruaje para reunirse con su amigo. La dejó dentro y cerró la puerta tras de sí. Se movió con Ryan para que ella no pudiese oír la conversación.

—Esto es culpa tuya.

—No te obligué a venir conmigo a Vauxhall. Tú elegiste venir. Además, no sé de qué te quejas, deberías estar agradecido.

—¿Agradecido por recibir las sobras del bastardo de Perth?

—No creas ni por un momento que me engañas. Frederick te conoce bien, pero yo te conozco mejor. Hemos estado codo con codo en el campo de batalla. No te atrevas a mentirme. Sé perfectamente que las has reconocido.

—Ella ni se acuerda de mí.

—Así que es tu orgullo herido el que habla por ti.

—No digas estupideces. Sabes muy bien que no puedo casarme.

—Eso que dices es una majadería. Hace meses que no...

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez, verdad? —lo cortó categóricamente.

—Sí.

—No voy a arriesgarme.

—Haz lo que debas.

—¿Qué, en nombre de Lucifer, es lo que se supone que debo hacer? ¿Aclarar la mentira y dejar que se hunda en la miseria o casarme con ella y arriesgarme a que muera?

—Hagas lo que hagas, ella... —No quería ofender a su amigo. Esa dulce muchacha no estaba preparada para tratar con un hombre con el carácter tan agrio como el de Kirk—. Medita bien lo que vas a hacer.

—Debí haber perecido en la última batalla. Todo sería mucho más fácil.

—No vuelvas a decir eso jamás, Kirk, o dejaremos de ser amigos.

—Es lo que siento.

—Puedes tener la vida a la que estás destinado. El designio te ha recompensado con una mujer. Ella es tuya si decides aceptarla.

—Ambos sabemos que no puedo hacer eso.

—Buenas noches, amigo. —No tenía caso discutir más.

—Buenas noches, teniente.

Kirk subió al carruaje. La encontró en el mismo lugar mirando por la ventana. Dudaba que algo fuese tan interesante para que llamase de forma tan abrupta su atención.

Dio un golpe en el techo a fin de que el cochero procediese con la marcha.

—Yo… lo siento —dijo, mirándolo.

—No digas nada. —El duque saltó al asiento de enfrente. Contenerse en los jardines ante ese olor mezcla de lavanda con algo cítrico fue complicado, pero los ocupantes que iban con ellos consiguieron que él mantuviese sus impulsos bajo llave. Si se quedaba a su lado acabaría cometiendo una locura de la que no podría liberarla.

¡Por Júpiter! Tal era el enfado de ese hombre que no quería ni estar a su lado. Beth se había propuesto no llorar, ni tan siquiera cuando oyó que él se tenía que contentar con las sobras de Perth, dejó que las lágrimas resbalasen. Decidió en ese momento apartar la oreja o cuando él regresase la encontraría llorando a moco tendido. Pero saberlo enfadado y que no quisiera ni compartir el mismo lugar que ella… eso era duro. ¡Por supuesto que él iba a estar enfadado! ¿Cómo no iba a estarlo un duque al que le habían puesto una soga al cuello? Una vez su hermana la acusó de lanzar un lazo, pero en estos momentos y a juzgar por la reacción del duque, él sentía la presión de la mentira que ella había maquinado para salir airosa del escándalo. ¿Cuándo se convirtió en una arpía?

Cuando el maldito hombre con el que había estado un mes prometida comenzó a decir todas esas cosas horribles de ella. La furia de Beth creció hasta un punto en el que deseó asestarle el puñetazo que el duque le dio. ¿Lo habría hecho por defenderla? ¡Imposible!

El carruaje se detuvo. Él descendió y no se giró para ayudarla. Otra punzada sacudió su corazón. Debía odiarla.

Los dos entraron a la casa. Beth entró sumisa y con la mirada caída al suelo. El duque entregó su tarjeta al lacayo.

—Diga a su excelencia que el duque de Kensington viene por un asunto de extrema urgencia.

—Por supuesto. —El sirviente se marchó a cumplir con el mandado.

Era de madrugada y estaba cansado. Más bien harto de tener que contenerse. Ya no lo resistía más. Kirk miró la escalera y cuando el

hombre se marchó, la estrechó contra su pecho.

—Esto no significa nada. —Presionó sus labios sobre los de ella con un hambre voraz.

Un suspiró salió de la garganta de Beth. Algo cálido la envolvió de repente. Las rodillas comenzaron a fallarle. Echó los brazos al cuello del hombre que la besaba, no porque tuviese una necesidad de mantenerlo pegado —que también— pero, sobre todo, para no caer sobre la lujosa alfombra que daba cobijo al desnudo suelo. ¿Desnudo? ¿Cómo sería el cuerpo de él? ¿Qué sentiría si sus pechos rozaran ese pecho fornido sin nada de ropa entre ambos? Un calor insoportable se instalaba en la parte baja de su vientre. Beth tuvo que pegarse más a él para... para... ¡no sabía para qué!, pero algo en su interior la instaba a acoplarse a él. Un bulto presionó sobre su vientre.

—¿Llevas pistola? —consiguió preguntar cuando él la despegó.

—Cuando tú estás cerca, sí.

—¡Oh! —¿Qué significaba eso?

—Sube a tu habitación. —La separó de él.

—Será mejor que yo…

—¿Eres sorda además de una mentirosa?

Con la culpa aun reconcomiéndole, la muchacha bajó la vista y siguió a pies juntillas la petición sin poner una sola objeción. Probablemente tendría todavía unos diez minutos hasta que el padre de ella descendiese de los pisos superiores. Se concentró en recordar los horrores que había visto en la batalla: muerte, miembros amputados, dolor, lloros, hombres más robustos que él, de uno y otro bando, yacían en el suelo implorando por sus madres. La erección consiguió remitir justo a tiempo.

—Espero que sea algo grave para haber interrumpido mi sueño. Mi lacayo, ese que entró en medio de la noche y al que casi asesino por atrever a despertarme me dijo que era urgente y no veo la urgencia por ningún lado, señor...

—Kensington, excelencia, y acabo de mandar a la urgencia a dormir a su habitación.

—¿Cómo ha dicho?

—Será mejor que hablemos en su despacho. Ciertamente es algo

muy delicado.

—¿Beth está involucrada?

—*Lady* Elisabeth es el motivo por el que me he atrevido a invadir su casa y sacarlo de su cama a estas horas tan intempestivas. Lo lamento, el asunto no podía esperar.

—¿Perth?

—Es más grave.

—No viene con buenas noticias por lo que veo.

—Me temo que no. —«Y cuando sepa que no tengo intención de casarme con su hija me matará usted mismo». Se ahorró decir esto último en alto.

—De acuerdo. Sea lo que sea con un buen brandy lo solucionaremos.

En pocos minutos estuvieron en el elegante despacho con dos copas de un buen licor al alcance de ambos.

—¿Qué título posee? No recuerdo ni lo que leí en la tarjeta.

—Soy el duque de Kensington.

—Un duque. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me temo que... —Esto era muy complicado.

—¡Un momento! Es usted el duque Demente. —No era una pregunta.

—No es un apelativo que me guste utilizar, tampoco mi título de verdad, prefiero que me conozcan como el capitán Kirk Baldrick.

—Su fama le precede.

—Sí, me consideran un loco.

—Sí, sí, eso también, pero yo me refería a su destreza con los cuchillos. Tengo entendido que los apodan los soldados valerosos en algunos círculos.

—¿Nos apodan?

—Sí, a los tres, pero las malas lenguas prefieren otros apelativos.

—Yo soy el demente como bien ha dicho, mi teniente es el manco y mi coronel es el tullido, ¿es eso a lo que se refiere, excelencia?

—Veo que no se anda por las ramas. —Ah, Shepar al fin lo ubicó, él estuvo en la boda de Violet.

—Usted tampoco y por ello he decidido corresponder a su

franqueza.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro, camino de los veinticinco en menos de una semana.

—Un joven no debería haber visto esa barbarie. —Shepar sacudió la mente.

—¿Ha estado en batalla, excelencia?

—No en primera fila, pero como diplomático estuve en París los días más negros... Bien, no hablemos del pasado. Centrémonos en el presente. ¿Qué ha hecho Beth?

—Me temo que su prometido la ha calumniado ante toda la sociedad esta misma noche.

—¿Dónde?

—En un evento público.

—He preguntado dónde.

—Y yo he respondido que en un evento público.

—Siga. —No se enzarzaría en una discusión. Podría averiguar los detalles cuando quisiera.

—Alegremente la rata... lord Perth ha alardeado de que se iba a casar con una dama que... dado que soy un caballero, uno demente, pero caballero, al fin y al cabo, no repetiré los insultos.

—Mataré a ese bastardo.

—No merece la pena ensuciarse las manos con la sangre de esa escoria.

—Continúe con el relato, por favor.

—Igualmente de contento ha señalado que utilizaría parte de la dote de *milady* para comparar una casita para su amante, quien en esa velada iba de su brazo.

—¡Maldita sea su suerte!

—La posición de *lady* Elisabeth era muy delicada, como comprenderá, pues ante los ojos de todos ha quedado dicho y confirmado que esa sabandija únicamente quería el dinero.

—¡Maldición, maldición y maldición!

—Lo lamento.

—¡No podré casarla!

—Dado que ha sido mi propia estirpe la que ha lastimado el buen nombre de la dama he creído que era mi deber proporcionar... digamos tiempo hasta que el escándalo se olvide.

—¿Qué insinúa, Kensington?

—Por favor, tenga la bondad de dirigirse a mí como Kirk o simplemente como capitán Baldrick.

—De acuerdo, capitán.

—He anunciado que es mi prometida.

—Cuatro años sin pretendientes y ahora está prometida a un maldito duque. No se ofenda.

—No lo hago. Pero me temo que el arreglo es temporal.

—¿Cómo? ¿Está insinuando que es un caballero que retirará su protección en cualquier momento?

—Espero que el bullicio quede olvidado cuando haya algo más suculento y entonces su hija será libre para tomar al esposo que ella desee.

—A ver si lo he entendido. Mi maltrecha hija ha sido arruinada por alguien de su propia familia.

—Es un primo muy lejano y comienzo por pensar que él pudiera ser adoptado...

—Como sea. Su primo.

—Muy, muy lejano, no olvide eso, excelencia.

—Su primo, muy, muy, muy lejano ha dejado a mi Beth por los suelos. Usted se ha ofrecido a nombrarla su prometida.

—Así es.

—Debe estar usted muy, muy, muy demente, si considera que yo voy a permitir que salga de este compromiso.

—¿De verdad quiere atar a su hija a alguien como yo? —preguntó alzando una ceja—. Créame, su hija estará mejor sin mí.

—Verá, Kensington, la felicidad de mi familia me importa mucho, mucho, mucho. —Kirk se removió incómodo. Se sentía como un escolar siendo llamado al despacho del director. Confiaba en que no sacase una vara y le atizase con ella en las palmas de las manos.

—Lo comprendo.

—No, no lo comprende en absoluto.

—¿Disculpe, excelencia?

—Le he dado diez minutos de cortesía antes de bajar por la escalera para que sosegase su... —hizo una pausa dramática— a su amiguito, ese que tiene entre los pantalones —aclaró, por si aún el duque tenía alguna duda—. Supongo que no me creerá tan imprudente como para que mi lacayo aparezca en el borde de mi lecho en plena noche y yo tarde quince minutos en bajar... sin una buena razón para esperar en la escalera.

—Lo siento por eso también. Supongo que eso explica por qué no ha aprovechado el tiempo para vestirse mejor... —Shepar estaba medio en cueros. Kirk bebió su copa de un trago. ¿En qué embrollo se había metido?

—Mi hija no es ninguna mujerzuela. —Olvidó el comentario sobre su atuendo. Creyó que algo malo le había pasado a Violet. Con lo que Shepar no contaba fue con encontrarse a Beth en medio del pasillo azorada—. Mi pequeña no va a servir para el entretenimiento de nadie, por muy duque o demente que sea el caballero. Cuando todo Londres dijo que mi niña le tendió una trampa a ese bastardo no hice nada para sacarla de su error, del compromiso.

—Comprendo. —La confesión le sentó como un jarro de agua fría a Kirk.

—No, sigue sin asimilar los hechos. Pero lo hará en breve, no se preocupe. Como le decía, pese a que esa *rata* —arrastró la palabra— no era de mi agrado y sabía que estaba en bancarrota, decidí callar porque la madre de mi adorada niña me convenció de que Beth estaba plenamente enamorada de él. Esta noche, por algún milagro divino, mi pequeña, que es junto con su hermana y mi esposa, lo que más me importa en el mundo, ha decidido abrir los ojos. —Shepar levantó la copa para hacer un brindis al aire.

—Y lo celebro, pero simplemente he sido un salvoconducto para la dama. —Su autocontrol estaba al límite. Le apetecía hacer con su buen amigo el coronel Frederick, que calmaba la ira rompiendo cosas. Cuando más caras eran mayor satisfacción encontraba su superior.

—Lo dudo mucho.

—No lo entiendo. ¿Dónde quiere ir a parar?

—¿Ha puesto mi hija algún impedimento cuando usted ha proclamado que ella era su prometida? —Se tragó un aullido porque no podía contar la verdad. No era correcto hacerlo.

—Todo lo contrario —hubo de confesar.

—¡Magnífico!

—¿Magnífico? —El militar no entendía nada.

—Ha probado la mercancía y ya no hay posibilidad de devolución. ¿He sido lo suficientemente claro, capitán?

—Me temo que no le sigo. —Era imposible que ese hombre lo estuviese aceptando. ¿Estarían todos los duques dementes como él?

—Maldita sea. No puede ir besuqueando a mi hija, y menos de la manera en la que lo ha hecho y no casarse con ella. Es una dama, por amor de Dios, no una falda ligera.

—Me apodan el duque Demente, excelencia. Creo que un padre sensato no confiaría uno de sus mayores tesoros a un hombre al que llaman así.

—¿Ha matado a alguien fuera del campo de batalla?

—No.

—Entonces, tal y como yo lo veo, a no ser que mi niña venga a mí rogando para anular el compromiso, considere a *lady* Elisabeth como su futura duquesa.

El padre de la joven premió su cara de horror con una sonrisa franca en la que enseñó prácticamente todos los dientes, de tan amplia que fue.

Capítulo 3
Una dulce sensación

Hacía poco menos de seis meses que había regresado a la civilización. Kirk Baldrick, octavo duque de Kensington estuvo recluido en Camp Kent, la finca que había sido de la familia. Él era el último de su linaje. Cuando falleciese todo revertiría a la Corona.

Marcharon a la guerra tres jóvenes ilusionados. Tres hijos menores cuya compra de la comisión en el ejército les iba a dar una ocupación a la vez que servirían a su reino.

Su grupo de amistades se componía de cinco. El club de los cinco, se hicieron apodar. Con dieciséis años estaban dispuestos a comerse el mundo. Del único que no tenían noticias recientes era de Thomas Foster, vizconde Portman, pero sabían que estaría disfrutando de las mieles del matrimonio.

Su otro mejor amigo, Samuel Pierce, actual conde de Monty estaba casado con la mujer que amaba, Angela, una dama a la que se debía tener cuidado de enfadar. Esos dos tenían una historia en común peculiar... *lady* Monty era peligrosa. Él tomó nota mental de no enfurecerla en un futuro después de conocer los detalles de su enlace con su esposo.

Samuel y Thomas fueron los únicos que no partieron a la batalla. Monty hubiese ido, pero las obligaciones familiares no le permitieron marcharse. Se quedó siendo el cabeza de familia y atendiendo sus obligaciones.

El coronel del regimiento 69, Frederick Burns, actual conde de Exeter, fue un mando soberbio además de ser un amigo íntimo. Tuvo la habilidad de diseñar las campañas y conseguir que las tropas salieran airosas de todas las incursiones.

Todos ellos eran sus mejores amigos, sin embargo, con el que tenía

más relación de los cinco, era el teniente Ryan Cross. A este último que consideraba como a un hermano, la noticia de que heredó el condado de Albemarle le llegó por carta cuatro meses después de asentarse en el primer destino. Su padre falleció a consecuencia de una mala caída de caballo.

Tres jóvenes salieron ilusionados, tres hombres regresaron a casa con el corazón lleno de cicatrices. En especial, Kirk, a quien la cabeza no le funcionaba excesivamente bien.

Cierto que nunca fue un hombre amable, jovial o simpático. Era hosco, rudo y se enorgullecía de ello además que no había conocido otra cosa en su infancia. Ryan se refería a él como uno de los mayores tiranos del reino.

El manejo de las armas nunca tuvo secreto alguno. Su puntería era diez sobre diez y con los cuchillos era sublime. En la batalla quedó confirmado que tenía un talento natural para matar al enemigo. Era puro instinto. Sabía lo que había que hacer a cada instante. Mientras todo a su alrededor era caos y muerte, su temple se mantenía centrado en sus objetivos. Recordaba todas y cada una de las vidas que había segado. También el número exacto, pero eso jamás lo confesaría a nadie.

Ser tan bueno en un aspecto tan cruel tenía que pasar factura. Por las noches sus víctimas se le aparecían. No era capaz de dormir más que unas pocas horas por miedo a cometer una locura.

La primera noche que regresó olvidó cerrar con llave la puerta de su alcoba. Por la mañana, cuando su valet ingresó en sus aposentos para despertarlo se lanzó a su cuello y a punto estuvo de asfixiarlo.

Vivía atormentado. Entre botellas de *whisky* y pesadillas muy reales subsistía con una existencia apesadumbrada. No confesaría ni al espía más sanguinario que ejercitase con él técnicas persistentes de tortura, que en todos esos años un único recuerdo era capaz de mantener alejados los horrores. El momento más feliz de su vida: un baile con un ángel de ojos oscuros. En los instantes más sombríos esa luz daba esperanza a su pobre cabeza maltratada por la guerra, por la muerte, por los gritos y por otras muchas cosas que no venían al caso. Sangre, miembros mutilados, infiernos sangrientos, todo eso

desaparecía cuando su ángel regresaba a sus brazos para revivir una y otra vez ese delicado momento en que se sintió tentado de tomar una esposa.

Sobre el terreno de lucha no había espacio para la intimidad personal. Frederick tenía su propio talismán, una cadenita que atesoraba como un objeto de valor incalculable y Ryan tenía una pulsera. Su recuerdo, el de ella, era lo que lo mantenía anclado a la realidad, lo que lo impulsaba a seguir y no perecer. Tal vez habría sido mejor no tener eso, la esperanza, habitando en él, porque tal vez, quién sabe, su vida hubiese acabado en el campo de batalla y no se sentiría como un peligro para los demás.

Un único instante bastó para saber que si todo hubiese sido diferente la habría elegido a ella. El corazón sabe lo que quiere cuando lo tiene delante. Su cabeza era consciente de que no era posible. Por una burla del destino estaba en estos momentos comprometido con un ser de luz, tan lleno de vida que lo llamaba con fuerza. Su sombra era demasiado extensa y acabaría por ensombrecerla si no ponía medidas. Kirk era un asesino experto, un tirano, un gruñón, un demente, pero no un desalmado. ¿Un monstruo como él qué iba a hacer con un ángel como ella?

Ese que no se convertiría en su suegro jamás entendería el problema. Una noche con ella, un descuido y su fino cuello podría acabar partido con sus duras manos como única arma.

Sí, Ryan era el manco, Frederick el tullido y él, que no exhibía ninguna tara física, había regresado con la peor parte: era el duque Demente.

Las mujeres y los caballos fueron el eje central de su vida. Antes de marcharse a la contienda, por supuesto.

Su aspecto, sus ojos azules y su cabellera rubia le habían permitido conquistar a cuantas damas había querido. Era un poco calavera... bien sí, probablemente el libertino del grupo era él y Ryan le seguía a la zaga. Pese a esto, llevaba cuatro años sin probar las delicias de una mujer.

Ryan se presentó en su casa de campo dispuesto a recuperar las correrías, algo que resultaba difícil, pero Kirk se dejó arrastrar por el

ánimo de su amigo y fueron a parar a los jardines de Vauxhall. Se celebraban allí tres fiestas descaradas donde el teniente estaba seguro de que encontrarían un par de mujeres para divertirse.

¿Qué probabilidades había de que las dos en las que se habían fijado en la entrada fuesen ellas? Mentiría si dijese que no solía pensar en ella a cada rato. Cuando la oscuridad se cernía, cuando los recuerdos le provocaban una crisis, revivir el baile era lo único que conseguía calmarlo. ¿Tan poderoso era el recuerdo de la joven que la había conjugado esa misma noche? Con máscara incluida supo que la dama que iba del brazo de ese zoquete le gustaba. Ryan debió sentir lo mismo con la otra porque pronto se vieron discutiendo sobre la mejor manera de separar a ese hombre de las dos mujeres sobre las que habían puesto sus ojos.

Kirk no sabía la identidad de su acompañante hasta que el bastardo de Perth le quitó la máscara. Perth, con ese elemento tenía una batalla pendiente e iba a ajustar cuentas en breve. No solo por meterlo en el embrollo en el que se encontraba, sino también por haberla insultado y herido. Lamentaba que ella estuviera enamorada de él. Los celos se lo llevaron cuando el duque de Shepar señaló ese hecho que el capitán se negaba asimilar.

En honor a la verdad estuvo gratamente satisfecho. Su cuerpo funcionaba bien. Su hombría estaba ahí, lo sabía porque algunas mañanas se levantaba erecto. Pero no había sentido la necesidad de buscar una mujer para saciar su necesidad. Hasta que la vio, claro.

Algo se removió en su ingle. ¿Qué mal había en retozar con una bonita mujer a plena luz de la luna? El cazador que habitaba en él regresó fiero preparado para la conquista y la seducción. Si fuese preciso la robaría ante los ojos de ese bobo.

Una rubia se colocó delante de aquel hombre que resultó ser hermano de una de ellas y las dos preciosidades estuvieron a merced de Ryan y él. Dejó los preliminares a su amigo. El teniente era, de los cinco, el que gozaba de la buena palabra, mientras que las maneras hoscas de él distanciaban a las mujeres. Fue una suerte que la naturaleza lo hubiese bendecido con la apariencia que tenía, porque su aspecto hacía la mayor parte del trabajo a la hora de llevarse una

mujer a la cama.

Nada más la tuvo cerca captó su aroma y de nuevo aquel vals regresó a su cabeza. La fantasía sería completa porque Kirk estaba dispuesto a bailar con esa diosa, al tiempo que recordaba a la mujer que nunca tendría.

Dado que era pronto, las parejas que estaban en Vauxhall aún se estaban comportando y salvo algún pecho descubierto, no se veía nada más pecaminoso. El capitán no podría acostarse con una fémina si no había intimidad. Respetaba a quien le daba igual hacerlo en público, pero él no era de esas necesidades, por lo que planeó bailar con ella y luego ir a un lugar discreto para seducirla.

Tenerla entre los brazos y aspirar ávidamente su olor, lo hizo olvidarse de las formas. La trató como a una vulgar mujerzuela, pese a no querer hacerlo. No pudo resistirse a posar sus labios en su delicado cuello. Se sintió pletórico cuando ella gimió ante su toque. Kirk sabía que no era ella realmente, esa mujer que no había mancillado ni en sus fantasías, pero en su mente estaba esa dulce muchacha jovial, inocente y alegre. Su ángel.

El choque con Perth fue un detonante imprevisto. Bueno, todo había sido una catástrofe de consideraciones nefastas. Él mismo la insultó, ante la sociedad. Cierto que no conocía la identidad de la prometida de esa rata asquerosa, pero, aun así... cuando la vio sin la máscara, cada palabra que fue dicha sobre ella lo atormentó de la manera más cruel posible.

Él no necesitaba castigo porque su mente ya lo había regañado bastante y su corazón estaba maltrecho por cada palabra envenenada que dijo sobre ella.

—¿Señor, ensillo su caballo? —El sirviente llamó su atención. Dejó sus tostadas a medio comer y sorbió el café antes de contestar. Ryan le había regalado un árabe magnífico digno de ser un pura sangre campeón en las carreras. El buen teniente tenía la esperanza que él pudiese olvidar aquello.

No. Igual que las mujeres no tenían aliciente para él, los caballos, su otra gran pasión, habían pasado a segundo plano.

En las últimas semanas, antes de regresar de la guerra, su montura

cayó al suelo. Ese animal era parte de él, una extensión de su propio cuerpo, y se propuso mantenerlo con vida hasta el final. Se lo llevaría a su Camp Kent al finalizar la guerra y viviría el resto de su vida plácidamente. Era lo menos que Kirk podría hacer por un animal que amaba con toda su alma. Cuatro años velando por él para acabar teniendo que sacrificarlo con su propio sable. La misma bala de cañón que dejó cojo al coronel hizo que su montura sufriera heridas severas. Tanto el coronel como el teniente se ofrecieron a acabar con el sufrimiento de Sultán. No, debía ser él, su caballo era su responsabilidad. Se despidió de su montura mientras contenía las lágrimas y terminó con su vida.

Desde ese momento no pudo montar. Ryan era persistente. El animal que le había regalado era precioso, muy parecido al que tuvo durante la guerra, pero no era el mismo.

—No. Iré andado. ¿Ha llegado ya el teniente?

—No, milord.

—Bien. Dígale que nos veremos en el club Northwest.

—Como guste.

—¿Preparó la bolsa como le pedí?

—Sí, excelencia.

—Gracias Norris. —El sirviente inclinó la cabeza cortésmente.

¿Desde cuándo Olivia la tentaba a hacer cosas que sabía que no debía hacer? Su vida estaba patas arriba. Elisabeth se comportó con decoro desde la cuna. Prácticamente pedía permiso a sus padres para todo y la opinión de su hermana era importantísima. Estar en la calle vestida de lacayo no era algo que una dama de buena crianza haría. La nota que le envió su amiga, junto con el atuendo que lucía, consiguió despertar su interés. Si alguien la reconociese su reputación estaría perdida. ¡Un momento! Su buen nombre ya estaba siendo arrastrado por el fango, así que...

—Vamos, Berty, entra, entra muchacho. —Se fijó en el blasón del carruaje que se había parado frente a ella. Era del vizconde Pembroke. La muchacha se subió de un salto. La verdad es que ir en pantalones tenía sus ventajas. Los movimientos eran mucho más fáciles de hacer.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó Beth.

—Berty —le respondió Olivia desde dentro del carruaje.

—Eso me pareció.

—Eres un lacayo.

—Tú también, por lo que veo. —Su amiga llevaba una vestimenta similar a la suya.

—Yo soy Oliver.

—Tu nombre me gusta más que el mío.

—Si te hubiese puesto otro que no se pareciese al que habitualmente utilizas no lo recordarías.

—Pero...

Un carraspeo paró la discusión.

—No entiendo cómo me dejo convencer siempre. —El vizconde las miraba, a ambos de hecho, porque realmente parecían jóvenes muchachos. Afeminados, pero hombres, al fin y al cabo. Cuando su hermana se plantó en el despacho de su casa vestida de esa forma, y le pidió ayuda... supo que nada bueno podría salir de allí.

Angus, lord Pembroke, creía que iba siendo hora de que hablase con su hermana de una manera seria, porque ella estaba comprometiendo muchas cosas con sus actuaciones, no únicamente su reputación, sino mucho más. Llevaba unos días en los que su vida se había convertido en un torbellino de infortunios. Anoche prometió que no volvería a cometer una temeridad... y en estos momentos estaba rodeado por dos apuestos lacayos. ¡Infiernos y condenación!

—Chicos. Esto es muy simple. No os vais a separar de mi lado en ningún momento. No haréis como anoche que a la menor oportunidad desaparecisteis. —El hermano de Olivia fue tajante en ese punto.

—Tu amante requería toda tu atención ayer, no tenemos la culpa de que tú nos desatendieses.

—¡Olivia! —Angus se sentía como si tuviese sesenta años cuando estaba con ella. Acababa cansado por tener que soportar sus locuras improductivas.

—De acuerdo, de acuerdo, obedeceremos. —Señaló de mala gana su hermana.

—¿Alguien me puede decir qué se supone que vamos a hacer? —Beth no comprendía la situación.

—Te envié una nota, amiga mía.

—Correcto, en ella escribías que era un asunto de vida o muerte. ¿Qué es tan importante, Oliver? —usó el nombre masculino para comenzar a ponerse en situación.

—Tu exprometido y tu actual prometido han organizado un combate.

—¿Disculpa? —Un sentimiento de incertidumbre consiguió causarle temor.

—¿Verdad que es romántico? El duque Demente ha organizado un combate de boxeo para defender tu honor ante el bobo de Perth. ¡Oh, amiga mía, qué envidia te tengo! —Olivia no podía decir de dónde había conseguido la información, pero ciertamente todo era como un bello cuento de hadas... Ciertamente lo calificaría así, si en verdad creyese en este tipo de cosas, aun así, Beth sí que era partidaria de historias de amor verdadero. Al menos trataría de animarla.

—¿Qué es un combate de boxeo? Y no lo llames duque Demente.

—Los dos hombres pelearán con sus puños en un *ring*, es decir, en una superficie acotada y preparada para la lucha —explicó Angus. Era una locura llevarlas, pero si él no las acompañaba, Olivia acabaría yendo sola, así lo había amenazado.

—¡Hay que parar eso!

—Todo Londres lo hace y hay muchas apuestas. —Olivia hizo una con su hermano a favor del duque, pero lord Pembroke no quiso apostar por Perth.

—Nosotras no somos todo Londres.

—Eres una aguafiestas.

—¿Se puede remediar la pelea, Angus? —preguntó sin hacer caso a su amiga.

—Me temo que no. Es una cuestión de honor.

—Beth ¿A qué ahora te alegras de que te haya tentado a venir?

—No sé si podré ver semejante salvajada.

—Oh, vamos. El boxeo está de moda.

—¡Olivia! ¿Cómo sabes tú eso? —Quiso averiguar su hermano.

—Porque tú no paras de ganar dinero con las apuestas —lo retó ella con una ceja alzada.

—Y eso lo sabes porque... —la invitó a explicarse.

—Es lo que haces.

—Yo hago muchas cosas, además de esa. Tengo negocios en...

—Sí, sí —lo cortó—, no eres un noble ocioso, lo sé, lo sé.

—Ha de haber alguna manera de suspender la pelea —dijo Beth más para sí que para los demás.

—¿Te refieres al combate o a tu futura boda? —indagó Olivia.

—A este pobre caballero sí le tendí una trampa y me siento horriblemente culpable, si algo le sucediese por mi causa... —confesó.

—Es un duque. ¿Recuerdas a ese caballero, verdad Beth? —Olivia estaba dispuesta a abrirle los ojos sobre su identidad porque parecía que su amiga no lo recordaba.

—¿Es que acaso conocías al duque Demente, Beth? —preguntó lord Pembroke sin creerlo posible, porque... ¿era imposible que ambos se conociesen, no? Pero a estas alturas ya nada lograría sorprenderlo.

—¿Lo conozco? —Frunció el ceño mirando a Oli. Esta asintió—. La verdad es que hay algo familiar que... ¿estás segura de que hemos sido presentados? No acabo de...

—La boda de tu hermana, Beth. Trata de recordar lo que allí pasó y con quién.

—¡Cielo santo! ¡Es el terrorífico hombre! —El recuerdo cayó en ella como una tempestad sobre un mar en calma. Aquel baile, su primer baile donde al fin tuvo un compañero de danza aceptable físicamente... Sí, era él, sus bellas facciones, pero duras. Se sintió aterrada cuando la sostuvo entre sus brazos en la boda de su hermana, sin embargo, anoche la cosa fue diferente, ¿sería por los besos que aturdieron sus sentidos?

En toda la noche no pudo pegar ojo porque nunca la habían besado y su reciente prometido lo había hecho un par de veces en el cuello y una en su casa, donde sus padres dormían... ¡Qué escándalo!

El beso que él le dio la dejó completamente a su merced. Comenzaba a entender por qué las jovencitas inocentes acaban perdiendo la virtud a manos de esos hombres seductores. La muchacha era consciente de que ella misma no hubiese sido capaz de pararlo ni aunque su vida dependiera de ello.

Cuando subió y se cruzó con su padre agradeció la oscuridad. Afortunadamente la mandó a la cama tal y como hizo su prometido. ¿Por qué resultaba tan fácil referirse a Kensington como su futuro esposo?

—¿Beth, Elisabeth, Beth, amiga? —Olivia estaba sentada ante ella haciéndole señas.

—¿Sí, Olivia? —Beth dejó sus cavilaciones al margen.

—Es evidente que está enamorado de ti.

—No está enamorado de mí, no digas tonterías.

—¿Qué hombre retaría a otro a un duelo si no fuese por el amor de su vida?

—No es un duelo, Olivia —dijo desdeñoso su hermano. ¡Mujeres! Siempre pensando en ñoñerías. Y lo más importante, ¿desde cuándo su hermana pensaba en ñoñerías?

—Es una pelea por una dama, Angus. —Se giró hacia su amiga—. Te convertirás en la mujer más popular de toda la ciudad, estoy segura.

—Creo que me convertiré en una paria social. Toda la buena sociedad debe estar al corriente de que lo hice y me castigarán por ello.

—Nada de eso. Estoy completamente segura de que las jóvenes casaderas sueñan con vivir una experiencia como la tuya, y que las matronas están celosas que no hayan sido sus propias hijas las protagonistas de este altercado. —Esperaba sinceramente que fuese verdad lo que acababa de decirle a su buena amiga Beth.

—¡Estábamos en los Jardines de Vauxhall en una fiesta...! —No supo cómo continuar, pero respetable no era palabra para referirse al acto social.

—Muy interesante, porque la fiesta fue realmente instructiva. —Oli volvería a ir.

—¡Olivia! —volvió a reprenderla su hermano.

—¿Qué? Era una fiesta diferente. Ahora entiendo, hermanito, por qué te gustan tanto. —Le levantó una ceja retándolo a desmentirla.

—No vas a volver a ir nunca más. —Ella no dijo nada, pero dudaba mucho que no regresase... demasiado tentador para dejarlo correr. Ese

teniente tenía la culpa de que ella se muriese por volver a ir.

—Como decía —retomó la charla Beth—, mi reputación está acabada. Fui vista en una fiesta indecorosa en una actitud comprometedora con un hombre terrorífico y...

—Él te gusta, Beth. —Olivia estaba harta de ver que su amiga no admitía lo obvio.

—¡No me gusta! Me da miedo.

—Mentirosa.

—¡Olivia! —No podía creer que su amiga la hubiese insultado.

—Sé que te atrae, porque a mí me gusta el teniente Ryan, su amigo. —Una sonrisa picarona fue esbozada. Al levantar la mirada y observar a su hermano se removió inquieta en su asiento.

—¡Olivia Susan Marie Carrington! —la llamó de nuevo al orden Angus.

—Yo lo admito. No como tú. —Centró su atención sobre su amiga olvidando el grito aterrador que había dado su hermano cuando oyó la confesión que se le había escapado.

Beth decidió quedarse callada. El carruaje se detuvo.

—¿Nos descubrirán, Angus?

—Nadie lo hará si os quedáis a mi lado y permanecéis calladitas.

—Lo haremos —dijo con convicción Beth.

—¿Olivia? —Angus no se fiaba de ella especialmente.

—Sí, sí, lo haremos, hermano. Quédate tranquilo.

Entraron por la puerta principal. El hombre que custodiaba el local era reticente a dejar acceder a dos lacayos. Las dos mujeres vieron alejarse a Angus con el matón y darle un billete. Le dijo algo al oído y fue entonces cuando aceptó dejarlos pasar a los tres.

—¿Qué le has dicho para que nos permitiese la entrada?

—Eres muy curiosa, Olivia, demasiado. No encontrarás marido así. —Nunca, ni en un millón de años confesaría que dijo que traía dos jóvenes muchachos para una fiesta privada que había pensado con unos amigos... Además de ser una flagrante mentira, estaba hablando de su hermana y la mejor amiga de esta en unos términos que le dieron auténtica repulsión. Fue la única manera de que el gorila les permitiese la entrada.

—¡Por Júpiter! —El sótano del club era un lugar enorme. Cientos de hombres se colocaban en torno a... ¿Cómo lo llamó Angus? Sí, un *ring*.

Los dos contrincantes estaban vestidos en finos pantalones que dejaban entrever apenas las calzas. No había camisa. Dos torsos desnudos captaron la atención tanto de Beth como de Olivia.

—No te quejarás, amiga. Es un hombre... —silbó pecaminosa.

—Es perfecto —señaló en un susurro. Sus músculos estaban perfectamente marcados. El terrorífico era uno de los hombres más apuestos que había visto, y su cuerpo era todo un deleite para los ojos de una mujer. Se alegró de que solo ella fuese a ver ese espectáculo. Se acordó de que su amiga estaba con ella y tuvo la tentación de taparle los ojos para que no mirase a su hombre. ¿Su hombre? ¿Desde cuándo ese ser tiránico, gruñón, antipático y angosto era su hombre? Desde este momento, porque no podía despegar los ojos de él.

Se movía de un modo increíble. Esquivó varios golpes de Perth —a quien ella ni había examinado porque solo existía el terrorífico—. Le dio en la cara al conde en dos ocasiones y este le devolvió otro golpe certero que aterrizó sobre el ojo derecho de Kensington. Beth saltó cuando vio la sangre en el rostro de su prometido. El capitán se limpió la sangre con el antebrazo y comenzó a castigar a su rival. Llevaban unos guantes puestos, pero seguro que con el ímpetu que atizaba al contrincante, eso debía dolerle a Perth. Kirk lo tumbó en el suelo y no se detuvo. Si no lo detenía lo mataría, de eso Beth estaba segura.

Buscó un modo de impedir que él cometiese una locura. Vio al que su amiga llamaba teniente y corrió hacia él sin pensarlo un momento.

—Párelo de inmediato, teniente, o lo matará.

—Tranquilo, muchacho. Él se está divirtiendo un poco, el capitán no lo matará y ese mequetrefe necesita una lección —señaló divertido.

—O lo para usted, o subo yo misma y lo detengo.

—¿Qué demonios...? —Ryan se giró para mirar detenidamente a su interlocutor. Sí, lo miró con mucha atención. Sus bellas facciones lo dejaron... ¡Por todos los infiernos!

—¿Subo yo, teniente?

—Está loco, joven —expuso, cambiando su sexo porque no quería

descubrirla ante el resto de los caballeros.

—Es mi segundo prometido. No consentiré que mate al primero y él acabe en la cárcel. —Beth dio un paso para tratar de colarse entre las cuerdas que acotaban el área de la pelea.

—Me debe una, porque no va a haber quien lo aguante si lo paro.

—La pagaré encantado. ¡Suba!

—Harán una bonita pareja —expuso divertido al ver la determinación de la belleza. ¡Y su amigo que la consideraba dócil y servicial! Se tragó una carcajada, al tiempo que accedía al *ring* para detener la pelea.

Ryan consiguió sujetar al capitán con mucho esfuerzo. Durante el agarre se llevó un puñetazo porque el demente no estaba por la labor de renunciar a una pelea. Llevaba seis meses sin ejercitarse en este campo y la furia que sentía porque él la hubiese podido besar, abrazar o incluso bailar con ella era algo difícil de controlar.

—¡La tocas, la miras, la nombras y eres hombre muerto! Es mía, ¿me oyes? Jamás dirás una palabra en contra de mi prometida. —Detuvo las amenazas. Seguía sujeto por su amigo y miró al público que lo vitoreaba—. ¿Me oís todos? *Lady* Elisabeth, hija del duque de Shepar es mi prometida, una sola palabra en su contra y desafiaré a muerte a aquel que se atreva a ofenderla con su sucia lengua. —Kirk bajó del *ring* y se marchó.

Elisabeth se quedó congelada en su lugar. Las palabras de su prometido quedaron grabadas a fuego en su interior. La vehemencia con la que fueron dichas causó un extraño sentimiento en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Tan atractiva era ella que anoche logró conquistarlo? ¿Ella podía tener ese poder en un hombre? No, seguramente él en verdad estaba demente porque ningún hombre, y menos uno tan atractivo, apuesto, con dinero y título, se fijaría en ella, a no ser que la cabeza no le anduviera bien. Después de la gran proclamación, seguro que toda la sociedad diría que él estaba loco. Perturbado por centrar su atención en una mujer a punto de ser considerada una solterona y sin ningún atractivo.

La mirada del teniente se cruzó con la de ella y vio furia cuando se desplazó hacia la derecha. ¿Qué habría visto el teniente?

—Enamorado es quedarse corto, Beth. —Olivia se había acercado. Estaba a su lado—. Ese hombre te ama y lo ha proclamado a los cuatro vientos.

—Nos vamos —ordenó Angus cuando llegó a la altura de ambas. Si el duque se enteraba de que ella había escuchado tal declaración, o peor aún, que él la había traído a la pelea, acabaría colgado de algún techo, porque el duque de Kensington lo usaría como un saco para practicar los derechazos.

El teniente se bajó de la lona e interceptó a los tres.

—Seguidme. —Fue una orden que no dio opción a réplica. Pembroke maldijo por lo bajo.

Llegaron hasta una habitación donde estaba caminando nervioso su prometido. Los tres se quedaron en la puerta. Ryan entró.

—¿Por qué demonios has tenido que subir a detenerme? —lo increpó Kirk.

—Me lo han ordenado.

—Y un cuerno, ¿desde cuándo haces caso a Caster?

—No fue Caster.

—¡Maldita sea! Iba a soltarlo y hubiera podido tener un nuevo asalto porque el bobo se hubiese puesto nuevamente en pie. Me has privado de la diversión. Te costará caro.

—Sí, sí, como digas. Pero te aseguro que subir fue lo único que podía haber hecho. Ya lo comprenderás. —El teniente dejó un cuenco con agua, unas toallas, vendas y ungüentos en la mesa y se giró—. El mozo entrará en un momento a curarte.

—No he acabado contigo, teniente.

El amigo del campeón de la mañana salió del lugar y ordenó al mozo que entrara a curarlo. Pembroke fue a protestar, pero una mirada del teniente lo frenó.

—Lleve a su otro lacayo de regreso a casa, milord.

—Tú no mandas sobre mí —protestó Olivia.

Beth entró y no oyó más acerca de la discusión. Él se había tumbado en una camilla y estaba con los ojos cerrados.

—Vamos, ¡quítame los guantes de una maldita vez! —decretó el capitán cuando sintió unos tímidos pasos cerca. «Así que él no era

amable con nadie», pensó la joven. Con paciencia investigó cómo hacer eso y lo consiguió, aunque tardó más de lo necesario.

—Eres muy torpe, chico. No sé cómo diantres has conseguido que Caster te contrate.

—Estabas tardando en no criticar a mi personal. —El aludido entró en ese momento. El duque ni se movió ni abrió los ojos para contestar.

—Es un club de mierda. No sé por qué continúo abonando los derechos.

—Tú no has pagado ni un penique aquí toda tu vida.

—Menos mal, porque si no, me lo ibas a tener que devolver.

—Tú siempre tan amable —ironizó Ian Caster.

—¡Vamos, chico, límpiame el corte de la ceja! —ladró cuando vio que el joven no estaba atendiéndolo. El dueño del local suspiró.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —Ian tendría que doblar su sueldo porque tratar con ese hombre sería peor que limpiar orinales.

—Berty, señor —contestó ella con voz grave.

—Haré que te paguen una buena suma, es lo que mereces por atender a un demonio como el capitán Baldrick.

—¿Capitán? —la pregunta salió sin que pudiera evitarla... ¿No era un duque?

—Supongo que su rango militar es menos conocido. El duque Demente es como se refieren a él comúnmente.

—Tiene agallas, Caster.

—¿Quieres más pelea? He visto que te has quedado con ganas de más, si el teniente no llega a subir lo habrías matado. La mujer debe ser digna de admirar para llevarte hasta ese estado. Aunque te advierto que yo soy un adversario más temido y te plantaría cara.

—No es por una mujer. —No aludió a la segunda punzada. Kirk vencería a cualquiera que se le pusiera delante. No era arrogancia, fue lo que ocurrió durante los últimos cuatro años pasados.

—No es lo que proclamaste ahí fuera.

—Fue por su honor. Son cosas diferentes.

—Como quieras.

—¿Vas a atenderme, muchacho, o tendré que darte unos azotes?

—Beth se quedó quieta y no se atrevía a interrumpir.

—Te pagaré el triple, jovencito, soportarlo, bien te hará ganar cada moneda. —El dueño del club se marchó.

Beth cogió una venda y la sumergió en el agua. Limpió la zona.

Ella estaba situada en la parte derecha de la camilla. Los utensilios reposaban sobre la mesilla que estaba a su mano izquierda.

—El corte no es profundo. No necesitará puntos.

—¿Sabes suturar?

—En efecto. —Iba a decirle que bordar era algo que se le daba muy bien.

—Tal vez no seas tan inútil después de todo —señaló con condescendencia.

La muchacha cogió el linimento o lo que fuese aquello. Se acercó a escasos centímetros para examinar la herida y evaluarla con atención. Notó que el improvisado paciente inhaló con fuerza. Al exhalar el aire le hizo cosquillas en el cuello.

Beth se separó para coger de nuevo una gasa limpia porque había vuelto a salir sangre. Cuando regresó la mirada lo vio sentado sobre la camilla mirándola de hito en hito. Bajó la cabeza intentando que él no la viese.

—¿Llevas perfume?

—Por supuesto que no. —Mentira, el ritual de cada mañana era perfumarse antes de salir de la habitación. Cuando se dio cuenta de que iba disfrazado de lacayo fue demasiado tarde.

—Lavanda. ¿Eres de esos muchachos que divierte a otros hombres?

—¿¡Qué!? Desde luego que no. —¿Eso era posible? ¿Un hombre con… otro hombre? ¡Por Júpiter!

—Llevas perfume.

—No lo hago.

—Ven aquí. —Una mano se cernió sobre su cintura. Beth se quedó frente a frente situada entre sus dos piernas. Era un hombre grande y no había posibilidad de escapar. Ella no deseaba huir.

—¿Es acaso usted uno de esos hombres que se entretiene con jovencitos? —Esperaba enfurecerlo y que la soltase. Lo curaría y saldría de ahí lo más rápido que alcanzasen sus piernas.

—No lo soy. —Su boca cayó sobre sus labios. Beth cerró los ojos

para concentrarse en el beso. Kirk se separó de ella brevemente—. Porque tú no eres un muchacho. —La volvió a besar con ímpetu, con pasión desmedida. Era un tirano reclamando lo suyo. Sin contención.

Un gemido de puro placer se oyó en el silencio de la habitación. Las grandes manos del capitán se aferraron a sus posaderas. Era un buen lugar desde el que sostenerla.

Beth, tal y como hizo la otra noche, echó los brazos a su cuello.

La boca de Kirk paseó sin impunidad sobre su piel. Las manos de la joven acariciaban el pelo de él. Se mordió el labio inferior cuando recordó que él estaba solo en sus pantalones. Sus manos tomaron el control y se pasearon libres por toda la espalda del capitán. La lengua del duque llegó hasta su lóbulo. Esta parte de su cuerpo fue asaltada sin piedad, lamida, mordida y excitada sin tregua. Cuando la lengua se hundió en el interior de su oído una gran sacudida cruzó su endeble cuerpo y se sintió desfallecer.

El duque lo sintió y la cogió para situarla en su regazo. Los besos comenzaron a rendir pleitesía en el lado izquierdo del cuello femenino. Su otro lado ya había sido adorado y era momento de que diese las mismas atenciones a su hermano.

—¡Aaaah! Por fa... vor... por... fa... —La muchacha imploraba por algo, por alguien, pero era incapaz de saber qué era lo que pedía con tanta urgencia. Tras su súplica los besos se terminaron. Estaba tan aturdida bajo el encantamiento que él había comenzado a esparcir, que simplemente tuvo ganas de cobijarse bajo su cuello. Enterró la nariz en él. Su mano izquierda estaba en esa poderosa espalda que había podido acariciar y la derecha se aferraba a la nuca de su prometido.

El corazón de él martilleaba casi tan fuerte como el de ella. Casi. Unos pocos segundos después fue cuando Beth comenzó a echar de menos sus besos. Su nariz se movió por la barba incipiente que comenzaba a brotar en el cuello. Sus labios, sensualmente, se posaron en ese mismo punto que su nariz acababa de abandonar. Imitó los movimientos que él había hecho unos instantes antes sobre ella. Besó esa parte algo áspera y su lengua jugó con un trozo de carne que quedó apresada entre sus labios.

Un largo gemido, que parecía de dolor, retumbó en la estancia. Envalentonada, ella comenzó a jugar más. Alcanzó su oreja e hizo lo mismo que él le acababa de hacer.

Beth sintió una mano sobre uno de sus pechos. La falta de la camisola, el corsé y un vestido hizo que el contacto fuese demasiado cercano y hubo de suspirar y jadear por la sorpresa. Llevar camisa y una sencilla chaqueta que no estaba atada, resultó ser útil también. Sus pezones se enderezaron al momento.

—¡Aaaah! —susurró en su oreja llena de gozo. Sintió la necesidad de suplicar cuando de un brinco se vio de pie en medio de la sala y despertada de una dulce fantasía. El corte fue tan brutal que regresó a la realidad rápidamente.

—¡Fuera! —ordenó el duque que acababa de ser consciente de lo que estaba haciendo con Beth.

—Pero... —Trató ella de obtener alguna explicación. ¿Habría hecho algo mal? No era una mujer mundana, aun así…

—¡Fuera he dicho! Vete de una maldita vez. —Los gritos eran tan atronadores que Beth se tapó las orejas y sintió la necesidad de hacerse un ovillo ante ese lobo. Encogió su cuerpo y cerró los ojos.

Pasados dos segundos abrió uno con auténtico temor.

—¡Fuera! Vete de una maldita vez —volvió a rugir.

La muchacha salió a la carrera con las lágrimas cayendo en cascadas. No, Beth no podía casarse con un hombre como ese. Acabaría con ella a la menor oportunidad. Tenía que escabullirse de ese compromiso como fuese.

¿Cómo iba a ser capaz de salir de dos compromisos y no llevarse por delante la estabilidad de su familia?

—¿Te has vuelto loco? —Un incrédulo y ofuscado amigo apareció ante él unos pocos segundos después.

—Ya estoy demente, ¿recuerdas, Ryan?

—Haz el favor de sentarte, capitán. —El teniente se tapó los ojos para intentar no ver esa monstruosidad que se revelaba insatisfecha ante su mirada.

El capitán tomó asiento en la camilla. Se sentía inquieto y no podía estar parado, pero entendía que... bueno, trató de disimular su

erección lo mejor que pudo cruzando las piernas.

—Dime que esos gritos no han sido porque ella se ha negado a complacerte. —¿Qué esperaba su amigo? ¿Que una muchacha virginal clamase para que un hombre se llevara su virginidad?

—Desde luego que no, ¿acaso el perturbado eres tú?

—¿Qué le has hecho? —rebatió con presteza.

—¡Salvarla de mí! ¿No te das cuenta de que soy un peligro para cualquiera? —Cerró los ojos pensando en la suerte que había tenido al detenerse a tiempo. Ella estaba siendo moldeada en sus manos y él... demasiado tiempo soñando con una mujer, con ella. Beth, Beth, Beth. Ese nombre lo atormentaría por el resto de sus días en este mundo cruel.

—No eres...

—Sí, lo soy —lo interrumpió—, y tú me la has servido en bandeja.

—Ella lo hizo cuando proclamó el anuncio anoche. Es tu prometida.

—Por eso la he tenido que echar. Si no llego a recuperar el control a tiempo, la hubiese mancillado, Ryan, ¿y entonces qué hubiese pasado? Yo te lo diré, la condenaría a estar a mi lado hasta el fin de sus días. Y esto último tú y yo sabemos que podría producirse por mi propia mano. Prefiero su ira ahora. —Su corazón se estremeció cuando captó el dolor que cruzó su pacífico semblante cuando la apartó tan bruscamente de su regazo. Era un patán, y merecía la horca por causarle sufrimiento a su ángel, pero era lo mejor que podía hacer por ella. ¡Por Lucifer que lo era!

—Estás equivocado.

—¡Basta! —Él no quería que lo hiciese entender—. Todo esto es culpa tuya.

—¿Mía? Yo no la he echado a punta de grito de aquí. Tú eres el único responsable con tu monstruoso comportamiento con una joven buena. —Cargó contra su amigo inapelablemente.

—Fue tu idea ir a la boda de su hermana para conocer al bobo de Perth, fue tu ocurrencia sacarme de Camp Kent para venir al Londres, fuiste tú quien sugirió que acudiésemos a los jardines de Vauxhall para divertirnos un poco. Has sido tú quien la ha metido en la boca

del lobo hoy después de la pelea y la ha puesto a mi alcance. ¡Tú eres el responsable de lo que ha pasado! ¡De todo ello! Desde el inicio.

—¡Entonces deberías darme las gracias, maldito loco! Porque es por mí que estás comprometido con la mujer por la que suspiras desde que nos marchamos del reino.

—Eso no...

—¡No te atrevas a negarlo! ¿Acaso creías que no me di cuenta de lo que te pasaba? Llevas obsesionado con ella desde que la viste. Te reto a que me desmientas, demuéstrame que eres valiente y di la verdad. ¡Confiésate! —Decidió que era hora de empujarlo al límite. Total, no había peligro mientras no hubiese cuchillos en la sala...

—¡Maldita sea sí, sí, sí y mil veces sí!, me encapriché con ella aquel día de hace cuatro años y sí, maldito infierno, vendería mi alma a Lucifer para poder ser digno de ella y poder casarme. ¿Estás contento? ¿Satisfecho al fin porque confiese que me enamoré de ella nada más la tuve delante, y que la quiero tanto que me sacrificaré para que ella pueda tener el futuro que merece, junto a un hombre que no sea capaz de asesinarla mientras duerme?

Los gritos de uno y otro cesaron en este punto de la agitada discusión. Cada uno trató de recuperar el aliento. Habían tenido cientos, miles tal vez, de desencuentros, pero nunca uno que expusiese los sentimientos del otro con tal aplomo.

—Haznos un favor a todos, Kirk —comenzó a decir tranquilamente el teniente—, piensa con esa cabezota tan inteligente que te dio tu maldita madre, cásate con ella, instalará en la habitación contigua a la tuya y haz que te encierren cada noche bajo llave. Ella no sufrirá daño así. Y antes de hacer lo que te sugiero, ¡por amor de Dios!, date una ducha porque apestas... —Se dio la vuelta para marcharse—. ¡Ah!, mi último consejo, envía cuatro o cinco ramos de rosas, las mejores que puedas pagar, a su casa para disculparte, porque si el padre la ve en el estado en el que se ha marchado, el que acabará siendo asesinado serás tú. Harías bien, además, en poner por escrito en la nota la declaración pública que has hecho ante todos en el *ring*, y que por si no eres consciente, ella ha oído. Eso, con un poco de suerte, servirá para que te perdone.

—¡Maldición! —Fue lo último que Ryan oyó antes de abandonar la estancia.

El teniente pensó que su amigo era corto de entendimientos. En las batallas que lucharon juntos, los instintos de Kirk habían sido fundamentales para mantenerse con vida, pero cuando era momento de ser el más inteligente, ¿se echaba atrás?

Él sí que lo tenía mal, que era un inválido. Sin su mano izquierda era un bicho raro, alguien a quien todos miraban con repulsión y extrañeza. Ryan sí que tenía claro que jamás encadenaría a una mujer a él en esas condiciones. El coronel Frederick Burns y el teniente, sí que lo tenían francamente mal en cuestiones del corazón debido a sus limitaciones físicas.

Capítulo 4
La popularidad de Beth

Corrió tan rápido como pudo. Las piernas dolían, el corazón ardía de molestia, de incomprensión. La rabia la hizo ser rápida y en poco tiempo ingresó por la puerta de servicio de casa sin que nadie la detectase.

Se metió en su habitación y comenzó a quitarse la ropa. Las lágrimas seguían cayendo, pero no venían de demostrar pena o tristeza. Era una sensación diferente que hasta el momento no había sentido jamás. Sentía rabia y otra cosa que no podía identificar.

Al parecer, era el día de comenzar a tener experiencias nuevas. Ver a su prometido sobre el *ring* peleando le causó... ¿preocupación? Se preguntó, mientras se sentaba en la cama con dosel y trataba de recuperar el aliento. Sí, eso fue lo que su corazón le transmitió. Estaba seriamente alarmada por si a... ¿Cómo se llamaba? Kirk, sí, ese fue el nombre que recordó, capitán y duque, ¿demente dijo el hombre que entró en la sala? Recordaba que así lo catalogó y si volviese a verlo le diría que ciertamente su prometido estaba trastornado.

En fin, cuando el teniente Ryan concluyó su preocupación deteniendo la pelea, llegó la hora de sentir orgullo y admiración. Nunca un hombre se había interesado por ella y este, no solo se interesaba, sino que la posesividad de sus palabras la abrazaron tan fuerte que verdaderamente se sintió suya, su futura esposa. El corazón se calentó de tal modo que no veía la hora de casarse con él. Un hombre decente que la quería y la protegería. No pudo estar más segura de que el cambio del destino se había producido para beneficiarla.

Posteriormente estuvo atendiendo las heridas de él. Ese pecho desnudo, musculoso y terso la hacía sentir cosas que una dama, una

futura correcta esposa no debería admitir ni en su fuero interno. Tocarlo fue como una pulsación ardiente y cuando la descubrió en su disfraz, en su engaño... eso sintió en el paraíso terrenal.

Sus besos no tenían nada que ver con el único que había recibido hasta la fecha. Lord Perth concluyentemente no tenía la pericia de este hombre. Además de ser placentero, sintió una... una... una especie de conexión. Algo le gritaba que aquello estaba bien, que no se resistiese. Se rindió a sus necesidades propias y a las de él, una serie de apetencias que su cuerpo le imploraba que cubriese. Era algo parecido a ardor en su bajo vientre y otra zona que de pronto se sintió mojada. Estaba adormecida, encantada y lo mejor es que percibía protección, ese amparo que prometían los brazos fuertes de él.

¿Debería haberlo desalentado o parado? Ninguna mujer puede perder su virtud antes de su noche de bodas o caerá en desgracia. Beth no fue capaz de detener esa pasión desgarradora. Él sentía hambre y consiguió que ella cayese en el mismo estado. Sí, lo mejor hubiese sido plantarle cara y decirle que no estaba bien tratarla como a una falda ligera. Poco importaba que ella muriese por recibir ese trato por parte de él. Sin embargo, en caso de haberlo colocado en el lugar en el que se supone que debe estar un digno caballero, se habría ahorrado los gritos que vinieron tras las pletóricas sensaciones.

Beth apretó los puños y emitió un bufido nada femenino. ¿Por qué le tenía que dar tanto miedo él? Era desagradable y terrorífico, ¿entonces por qué le gustaba tanto? Cuando Olivia le abrió los ojos sobre dónde lo había conocido y lo que pasó entre ellos, se dio cuenta de que en aquel entonces el capitán era ya aterrador. Esa furia que destilaba en sus palabras, en sus gestos... ¿qué hizo mal ella? ¿No le habrían gustado sus besos?

—Buenos días, *milady*. —Entró Betsy ofreciéndole una mirada censuradora.

—¿Me has cubierto? ¿Alguien sabe que me escabullí? —La muchacha agradeció la interrupción de sus pensamientos.

—Si su madre se entera estaré en la calle en menos que canta un gallo. No debería ponerme en estos compromisos —se quejó la sirvienta.

—Lo siento, y te prometo que te lo compensaré.

—Su madre ha pedido que se reúna con ella en la salita.

—Supongo que se habrá enterado de mi nuevo compromiso.

—Sí. No está nada contenta.

—¿Preguntó por mí mi padre?

—Efectivamente, pero le dije que estaba indispuesta.

—¿Has podido averiguar lo que habló con...? —En su mente el duque era su prometido, pero todavía no se lo acababa de creer. Debería estar pensando en cómo librarse de un hombre que la aterraba, sin embargo...

—El servicio no sabe nada de la conversación que mantuvieron anoche los dos duques, pero sí se rumorea que *milady* llegó de madrugada...

—No sigas. Prefiero no saber que mi reputación está por los suelos.

—Sí, en efecto, es lo que se comenta.

—¡Madre va a asesinarme!

—Lo hará si no baja de inmediato. Supongo que no dará tiempo a que se dé un baño.

—Ayúdame a cambiarme, por favor.

—Le he preparado el vestido de mañana gris.

—¿El gris? Parezco una religiosa.

—Le vendrá bien parecerlo ante la duquesa.

—Sí. Tienes razón. Gracias, Betsy.

Nerviosa y alterada la joven se dejó ayudar por su doncella. Bajó las escaleras preparada para la reacción de su madre. La duquesa era un ejemplo de decoro y estaba segura de que hasta sus oídos habrían llegado las maledicencias —que en este caso no eran del todo falsas— sobre su comportamiento. Se acercó al marco de la puerta con la cabeza alta. Si su padre no la había llamado al orden, la situación no era tan grave como podría temerse, ¿verdad?

—Entra y cierra la puerta, Elisabeth. —Que la duquesa de Shepar utilizase su nombre completo no era indicador de nada, puesto que su madre nunca se había saltado la etiqueta y no se refería a ella nunca como Beth.

—Buenos días, madre.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. ¿Pero qué...? —la interrogación no pudo ser concluida porque la joven se quedó sin habla. ¿Sería el aniversario de sus padres? El duque solía enviar a su esposa en el mes de mayo un precioso ramo de orquídeas, pero ni estaban en ese mes ni su padre era tan sumamente detallista, porque en la salita, sobre el mueble central que coronaba la estancia, había una docena de flores, a cada cual más bella y bonita que la anterior.

Un golpe en la puerta interrumpió la inminente conversación entre madre e hija. La duquesa autorizó el paso y el lacayo entró para darle a su excelencia una bandeja con una tarjeta.

—Supongo que es mejor así —expuso cuando dejó de vuelta el papel y leyó el nombre de la visita—. Que traigan té y unos pasteles, Robinson.

—Enseguida, excelencia. —El sirviente se retiró.

—Toma asiento, hija mía, porque nos visita la razón de que te haya solicitado una reunión.

—Excelencia —saludó a la dama de más rango de la habitación y a continuación se giró hacia la más joven—. *Milady*, es un placer volver a verla. —El caballero galante se acercó para depositar un breve beso en el dorso de la mano de Beth.

—Kensington, el honor de recibirlo es nuestro. Por favor, tome asiento. —El recién llegado tuvo la tentación de acomodarse junto a su prometida, mas no lo hizo. Optó por situar sus posaderas sobre un cómodo y precioso sillón que estaba situado entre la madre y la hija. Beth lo miró de reojo. Era tan apuesto que le quitaba la respiración. Estaba impecablemente vestido. Su torso lo custodiaban capas y capas de finos ropajes y ella tan solo podía imaginarse ese pecho desnudo que había estado a su merced... Sintió los colores de su cara al rojo vivo y decidió pensar en huertos. Árboles frutales siendo plantados, hortalizas siendo recolectadas, semillas, tierra...

—Elisabeth, el duque te ha hecho una pregunta.

—¡Oh! Disculpe, excelencia. ¿Decía usted? —Si él podía actuar haciendo como que no se habían tocado, besado y discutido, ella también... al menos lo intentaría.

—Su madre ha comentado que esta mañana su salud estaba delicada y por ello le preguntaba si ya estaba mejor. —Le sonrió de una manera que la dejó absorta. ¿Quién era ese hombre y dónde estaba el aterrador? Incluso parecía preocupado…

—Estoy bien. Gracias —señaló apurada y enfurruñada.

—Celebro oírlo. Verá, excelencia —centró la postura hacia la duquesa—, he venido especialmente a presentar mis respetos a usted. Anoche hablé con su esposo y convenimos en que… en fin que… —Otra vez Beth se quedó perpleja, ¿él estaba dudando sobre algo? ¿Su madre le daba miedo, a él? ¿Al temible capital Baldrick?

—Sí, mi esposo me ha asegurado que, aunque es muy arriesgado y poco ortodoxo, por decirlo de alguna manera, lo mejor ha sido cambiar el prometido de mi hija, por el bien de la reputación de *lady* Elisabeth y su futuro. Supongo que es una suerte que mi marido sea un duque y que otro duque haya reclamado para sí la mano de Elisabeth. —Decidió ir al grano.

—En efecto —expuso, al tiempo que cogía la taza de té que había traído el lacayo. Kirk odiaba el té, pero necesitaba distraerse con algo. Si le llegan a decir que estaría cómodamente sentado discutiendo sobre la conveniencia de ser el prometido de la hija de un duque, se habría reído en la cara de quien lo hubiese dicho. Estuvo a punto de pedir una copa del brandy que le dio su excelencia anoche. Necesitaba algo fuerte para poder seguir interpretando el papel.

Beth hubo de apretar fuertemente la mandíbula. ¿El monstruo que le había gritado hacía apenas unas horas estaba bebiendo té, y comiendo dulces como si nada hubiese pasado entre ellos? Le pediría el secreto a su madre para mantenerlo manso. ¡Menuda fachada! Tuvo ganas de descubrir ante su madre el verdadero carácter de él. No lo haría.

—Mi esposo quiere una boda convencional. Las amonestaciones se leerán en su momento, tras un tiempo prudencial de cortejo. —La madre de Beth giró la cabeza misteriosamente hacia la derecha. El gesto llamó la atención del hombre y siguió la mirada.

La taza de té sufrió la presión y quedó rota en varios pedazos.

—¡Por Júpiter! —Beth se levantó presta para sacar un pañuelo y

limpiar la sangre que corría por la mano derecha de él.

La madre de ella sonrió y se levantó con la excusa de ir a llamar a alguien del servicio para que limpiase el estropicio.

Kirk retiró la suave mano femenina y le arrebató el pañuelo.

—No es necesario que me ayudes —sentenció cuando supo que la duquesa estaba fuera.

—Lo siento. —¿Qué le pasaba? ¿Por qué se disculpaba? ¡Si el único crimen de ella había sido el de ir a socorrerlo! Tenía una réplica en la punta de la lengua cuando...

—No queremos que pase lo que sucedió la última vez que me atendiste, ¿no crees? —expuso severo. Beth agachó la vista avergonzada y regresó a su lugar—. No vamos a casarnos. —Su visita tenía un propósito y debía ser directo.

—¡Oh! —Su bonita boca se quedó en una O perfecta.

—Busca otro pretendiente cuanto antes y libérame de tu engaño.

—Pero esta mañana en el club tú dijiste que... —comenzó a decir ella con voz tenue.

—Tú no sabes lo que dije esta mañana, porque una dama de tu posición no debería haber ido donde se suponía que no debería ir. De manera que no lo sabes.

—Comprendo. —Así que él no había proclamado que era suya durante el combate contra su exprometido.

—Del mismo modo que no expondré tu perfidia a la hora de intentar cazarme, entiende esto, *milady*, no soy un hombre fácil, y menos uno que quiera casarse. Lo que busco en una mujer es diversión y no estoy dispuesto a pagar el precio que ello supone en caso de elegirte. No me casaré ni ahora ni nunca contigo. No eres la adecuada. Llevas dos prometidos fallidos, elige mejor al tercero y cuanto antes. Buenos días. —Se levantó y salió impidiendo cualquier réplica posible.

—Elisabeth, ¿qué le has hecho a tu prometido? —Su madre se apresuró a ingresar en la estancia. Había ido hasta la cocina para darles un poco de intimidad y cuando regresaba lo vio salir por la puerta central de la casa.

—El duque ha pedido excusas, madre —improvisó—. Tenía un compromiso que atender y debía cambiarse de ropa. —Sí, el té lo

había derramado sobre el chaleco, la camisa, la chaqueta y un poco sobre los pantalones. Al menos le quedaba el consuelo de saberlo manchado cerca de sus partes íntimas, pero ni aun así dejaba de encontrarlo atractivo y atrayente. ¿Qué, en nombre del Altísimo iba a hacer ella?

—Bien. Tendrás que acostumbrarte a ser la esposa de un hombre ocupado.

—Supongo. —Si es que su futuro esposo era de este tipo, porque él había dejado bastante claro el punto de que no sería su esposo.

—Debo confesarte —siguió la duquesa— que creí que estabas enamorada de lord Perth.

—¿Cómo has dicho? —¿Tan evidente fue aquello que era de dominio público?

—Soy tu madre, Elisabeth. Sé qué sucede con mis hijas a cada instante. —Alzó una ceja sardónica. La joven no comentó nada al respecto—. Además, debo aplaudir tu magistral actuación. A mí me costó un poco más convencer a tu anterior prometido para que se declarase.

—Madre, ¿usted tuvo algo que ver con lo que sucedió aquella noche? —Quiso saber gravemente alarmada.

—No me dejaste alternativa.

—¿Qué fue lo que hizo? —Esto era una pesadilla.

—Lo que debía hacer.

—Explíquese, por favor. —Trató de no perder la calma.

—Asegurar tu felicidad con el hombre que querías —alardeó con absoluta tranquilidad.

—¿De qué forma lo hizo? —Todo tenía que ser una coincidencia, porque lo que Beth estaba imaginando, su madre no sería capaz de urdirlo...

—Tu padre dijo que él estaba arruinado y vi la oportunidad de señalarle el buen partido que eras. —La joven cerró los ojos temiendo lo peor y deseando que su madre no continuase o que la explicación tuviese otro cariz.

—Continúe, madre. —Sospechaba que lo humillante estaba por llegar.

—Lo haré porque quiero que entiendas que eres igual de importante para mí que tu hermana.

—Nunca me he quejado. —Era la verdad.

—No hace falta. Te conozco muy bien.

—Siga con la explicación, se lo ruego.

—Sugerí a los Murray lo conveniente de invitar a un conde a su fiesta y fue una suerte que aceptasen, porque no podía casarte con el hijo mayor. Demasiado... no es que no sea atractivo es que es horrendo.

—Así que optó por él. ¿Le sugirió sutilmente al conde de Perth que se asegurase el triunfo comprometiéndome? ¿También fue obra suya el beso?

—Él dijo que iba a declararse —evitó decirle que fue cuando oyó el importe de su dote— y que lo único que debería hacer yo era reunir una comitiva para festejar la feliz noticia. No me creas tan rastrera, ni te atrevas a acusarme cuando tú misma has decidido cambiar a un conde por un duque. Y te recuerdo que lo has hecho en medio de una indecente y perversa fiesta. Tienes suerte de que nadie ponga en duda tu honor, querida.

—Si sabe los detalles concretos de lo sucedido con el duque anoche, cosa que adivino que así es, sobra decir que mi honor está hecho trizas.

—No, Elisabeth, algo has hecho bien porque todas esas flores de ahí detrás —señaló el lugar con ahínco— provienen de dos duques, unos cuantos condes y varios barones y señores importantes que han mostrado su interés por ti.

—Imposible. —¿Ella era popular? Por supuesto que sí, el rumor de que sería una falda ligera se habría extendido como la pólvora y habría llamado la atención de unos cuantos libertinos que muy probablemente estarían al corriente del montante de su dote.

—Lee tú misma las tarjetas si no me crees.

Unas rosas llamaron su atención. Eran de color rojo muy oscuro, tanto que se apreciaban casi negras. Entre tanto colorido ellas fueron las que eclipsaron al resto. ¿Qué clase de persona enviaba rosas negras?

Pronto quedó descubierto. En efecto, el terrorífico era el emisario de semejante extraño envío:

«Soy como ellas, negro y oscuro. No quiero apagar tu luz. Capitán Baldrick ».

Cierto que era rudo, duro, hiriente, pero era a la vez hermoso como ellas. Suave y con espinas. Contradictorio como el obsequio que le había enviado a su casa. ¿A qué debía atenerse con él? Suspiró. Una de las cosas que había descubierto es que a él no le gustaba emplear su título nobiliario.

—Madre, debe creerme cuando le digo que no le puse ninguna trampa, bueno, ciertamente sí lo hice, pero no fue premeditado. El duque estaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. La situación era crítica e improvisé para no traer más vergüenza a la familia. No sé bien cómo he acaparado la atención de tantos pretendientes —había muchos ramos, pero después de leer esa tarjeta los demás le traían sin cuidado— pero no es lo que merezco. Temí acabar repudiada si no pregonaba que él era mi prometido y, como caballero que es —con todos menos conmigo, quiso decir— no me descubrió. No puedo obligarlo a casarse, he de encontrar el modo de liberarme.

—Atiende tú ahora. Me tomé muchas molestias para hacer que Perth, ese hombre por el que llevas años suspirando acabase atado a ti. Por alguna extraña razón que desconozco lo cambiaste por un duque que es mejor partido. No permitiré ni ahora ni nunca que salgas de ese compromiso. No por mí, ni por ti. Porque hacer algo tan descabellado verdaderamente será tu ruina y no lo permitiré.

—Madre. Perth me calumnió de la manera más vil posible anoche. Estuve equivocada. Me doy cuenta de que fue un mero encaprichamiento infantil sin sentido. —«Lo veo y lo comprendo así porque el capitán me hace temblar con una sola mirada, de temor y pasión». También se calló esto—. Le daré las gracias por haber hecho lo que creyó mejor para mí, pero le aseguro que mi verdadera intención esta última temporada era la de coger mi dote e instarme en una finca y dedicarme al cultivo de la tierra y tener animales.

—No puedes seguir con esa tontería. ¡Por amor del cielo, eres la

hija de un duque! Tu deber es casarte y establecer un matrimonio excelente acorde con tu posición.

—Tengo dotes y quiero ver si soy capaz de establecerme por mí misma y tener mi propio negocio.

—¿Con frutas y verduras? No puedes estar hablando en serio.

—Con aquello que sé hacer, ¿o acaso pretende que venda mis bordados?

—Ninguna hija mía se dedicará al comercio jamás.

—Es una lástima que lo vea así, madre, porque no osaré condenar a un hombre inocente a tener que conformarse con un futuro a mi lado por la mala suerte de hallarse en el lugar equivocado y ser un caballero honorable.

—¡No lo consentiré!

—Llevo toda la vida callando y asintiendo, pero no más, madre.

—Soy tu madre y me debes obediencia.

—Es mi progenitora y le debo mi amor. Le aseguro que cuenta con él, pero no puedo traicionar lo que sé que debo hacer. No seré traidora a mí misma. Lo siento.

—Recapacita, Elisabeth. Te lo suplico. —La madre, viendo la determinación en su hija, se acercó a ella y la abrazó suplicante. Amaba a sus dos hijas por igual y no quería ver a Elisabeth echar por la borda su futuro. Su responsabilidad era guiarla y darle un futuro brillante.

—No puedo casarme con el duque, no sería justo para él.

—Lo entiendo.

—¿Lo hace? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Sí. No te cases con él, pues. —Su madre había aflojado su abrazo y tenía a su hija cogida por las manos.

—¿Permitirá que me exilie al campo?

—Llegamos a un trato antes de comenzar la temporada.

—Lo hicimos, sí.

—Te ruego y sabes que no soy una persona que suplique.

—No recuerdo ni una sola vez que lo haya hecho.

—Entonces recuerda que dos veces te lo he pedido durante esta conversación.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Termina la temporada aquí, busca un hombre que te convenga.

—Un hombre que me convenga... —repitió. En tres años no halló ninguno...

—Sí, dijiste antes de lo sucedido con Perth y Kensington, que si no encontrabas a un hombre con el que quisieras casarte te marcharías de la ciudad. Por favor, sigue el plan inicial. Tienes pretendientes, date una última oportunidad para encontrar un esposo.

—Pero...

—Te lo ruego, Beth. —Si la duquesa la estaba manipulando debía admitir que había hecho un trabajo magnífico. Abrazarla, suplicarle y en estos momentos emplear el diminutivo de su nombre.

—Con una condición.

—Lo que pidas. —La duquesa estaba desesperada.

—No se inmiscuirá nunca más. Por mucho que piense que sus acciones me hacen bien, no volverá a emplear una treta como la de Perth.

—Por supuesto.

—Y prometerá por su honor que si al final no encuentro un esposo que pueda considerar óptimo, dejará que siga mi vida en paz, aunque implique retirarme al campo.

—El trato al que llegaste con tu padre fue que si algún hombre te hacía una proposición, aceptarías.

—Las cosas, como bien ha señalado usted han cambiado. —Miró con uno sonrisa los ramos de flores—. Ahora soy popular y tengo derecho a disfrutar de mi momento y podré elegir.

—Deberías estar agradecida de no haber caído en desgracia. Has tenido una suerte inmerecida.

—Y esa suerte inmerecida que usted alude, es la que me permitirá a mí elegir a un posible —puso especial atención a esta palabra— futuro esposo.

—¿Te dejará el duque de Kensington salir del compromiso? Porque dudo mucho que él esté a disgusto con tu decisión. —Lo había pescado examinándola detenidamente y luego él rompió la taza...

—Créame, madre. Ese hombre está deseando que lo libere de su

palabra.

—No… —comenzó a decir.

—Se acabó. La que le ruega en estos momentos que se detenga soy yo. ¿Tenemos un nuevo acuerdo?

La duquesa asintió en muda aceptación. Su labio inferior se movió involuntario al recordar la imagen de ese hombre enorme rompiendo su fina taza de porcelana. No sabía los pormenores de la discusión que habían tenido los dos. Algo había pasado en su ausencia en la salita, pero fuera lo que fuese tenía que estar relacionado con los celos que él sintió al ver todas esas flores destinadas a su hija. Elisabeth se equivocaba al decir que él se conformaría. Ese hombre estaba prendado de su hija y cuando viese un poco de competencia… Rezó por estar en lo cierto, porque jamás podría soportar que una hija suya fuese una solterona o peor, decidiese trabajar en la tierra y ganar su propio dinero.

¿Es que el mundo se había vuelto loco? No, solamente su hija. ¿Trabajar una mujer de alta cuna…? ¡Habrase visto mayor despropósito!

***

Salió de la casa sintiéndose el hombre más miserable y cruel del planeta. Dos veces en pocas horas la había lastimado de la manera más sanguinaria posible. Kirk era consciente de ello. Tuvo más clemencia con algunos enemigos que con ella y se odiaba por eso.

No estuvo dispuesto a seguir el consejo del teniente sobre una disculpa. Aun así, acabó él mismo visitando el puesto de flores que había fuera del club de caballeros. Cuando vio las extrañas rosas negras supo que debía enviárselas. Así era él, lleno de dolor y amargura y ella era el sol que daba vida a esas flores, pero si no se alejaba, mejor dicho, si no hacía que Beth se apartase de él, la joven acabaría marchitándose como esas flores y Kirk no permitiría ni en un millón de años que ella pereciera a su lado.

El pensamiento de sacrificio era alentador, hasta que divisó el resto de las flores. Los celos lo poseyeron para apaciguar una lujuria que

había estado tratando de contener desde que la vio sentada en ese sofá.

Deseó estar solo para soltarle las horquillas, desnudarla con parsimonia y delicadeza. Le hubiese encantado quitarle cada pieza de ropa al tiempo que besaba la piel que quedaba al aire. Las manos le picaban al recordar el puntiagudo pezón en una de sus palmas, y su lengua moría por volver a hundirse en la sensual cavidad de su boca.

Nunca una tortura fue tan placentera y angustiosa a la vez. Sabía que debía alejarse, pero le resultaba imposible. De ahí que hubiera optado por clavarle el puñal imaginario en su tierno corazón. Siempre fue bueno con los cuchillos, pero Dios sabía cuán difícil le había resultado infligir esa herida.

Lo mejor sería que se olvidase de ella un par de semanas. Retomaría su vida y... ¿qué vida? ¿Ir al club a luchar, beber y apostar de vez en cuando? Esa rutina le había servido desde que el teniente y él llegaron a la ciudad, pero ya no era lo mismo porque ella, ese ángel le había hecho soñar, querer más, la ansiaba. ¡Infierno sangriento!

Unos meses separado de la dulce tentación podrían hacerle recapacitar, ¿verdad?

***

Dos semanas fue lo que tardó en volver a reencontrarse con ella. Kirk no debió dejar entrar a su amigo en casa aquella tarde. Pensó que era un farol, pero el muy necio sí había organizado una fiesta en su mansión de Londres. El teniente Ryan también había perdido la cabeza. ¿Desde cuándo el militar utilizaba el título de conde de Albemarle para acaparar la atención de la sociedad? Luego decían que el demente era él...

No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que entre los invitados estaría cierta jovencita que él no deseaba ver. Declinó la invitación de Ryan en un primer momento de manera cortés y eso que todo lo que quería decirle es que se fuera al infierno si creía que él caería en una nueva trampa. No debió subestimar el poder de maniobra de su amigo. El teniente apeló a que nunca le había pedido

nada, a que le debía mucho —la verdad es que ambos se debían demasiado el uno al otro— y así siguió hasta que Kirk se quedó sin argumentos a los que poder apelar para amparar su negativa para asistir a la fiesta.

Llegó pronto al baile porque finalmente claudicó ante la persistencia del maldito teniente, pero dado que no se comprometió a permanecer demasiado... con un poco de suerte no la vería.

El capitán miró su reloj. Había pasado media hora y consideraba que la petición de Ryan había quedado cumplida. Se dio la vuelta para marcharse. Craso error.

Era demasiado. Beth se sentía desnuda. Su madre no solo había vuelto a intentar manipularla con sus ideas, sino que había hecho venir a su hermana Violet a casa para convencerla de idear un nuevo guardarropa. En la modista estuvo en clara desventaja, con las dos confabulando en su contra. La francesa, una tal... bah, ni recordaba el nombre, fue la tercera en ponerse en su contra. Es la moda, *milady*, decía a cada rato la costurera. Una afirmación que era secundada por la duquesa y *lady* Lugmed. Violet nunca fue amigable, pero aquella tarde estuvo la mar de solícita. No había duda alguna de que madre la había hecho partícipe en su complot para que encontrase esposo.

Las compras realizadas incluyeron doce vestidos de colores vivos con escotes rectos pero pronunciados, con su ropa interior, pellizas, medias de seda, guantes... un auténtico derroche que Beth veía innecesario. ¡Si a ella ya le daba igual casarse! Incluso prefería no hacerlo. No tuvo corazón para privar a su madre de sus caprichos.

Acababan de hacerse las presentaciones oficiales. El teniente Ryan, su madre y su hermana fueron los perfectos anfitriones y cuando se enteró de que él era conde se quedó sorprendida. Pasó hacia el salón en busca del único hombre que no quería saber nada de ella. No debería buscarlo, ni tan siquiera estaba bien que su corazón latiese alocadamente por la anticipación de poder verlo.

Con las prisas acabó dándose de bruces con el último caballero que creyó que no vería nunca y menos en una fiesta del mejor amigo del capitán... Beth se chocó con lord Perth y no hubo tiempo para evitar el encuentro. Las personas que habían sido partícipes del tropezón entre

ambos los miraban muy atentos y Beth supo que debía actuar con naturalidad, aunque le diesen ganas de darle un puntapié.

—Disculpe, *milady* —se excusó cuando chocaron.

—Ha sido culpa mía. Lo lamento.

—¿*Lady* Elisabeth?

—Lord Perth. —La muchacha decidió tomarse la sorpresa de él como un saludo y le correspondió.

—A su servicio, *milady*. —Hizo una reverencia cordial.

—Es un placer volver a verlo, aunque sinceramente no lo esperaba. —Beth oía los murmullos discretos que comenzaban a hacerse ensordecedores.

—El conde de Albemarle en persona transmitió sus deseos de que... acudiese. Intuyo en este momento por qué lo hizo. —La mirada evaluativa dejó a Beth sin respiración—. ¿Me permitiría el atrevimiento de solicitar un baile?

—¡Oh! —Eso sí que no se lo esperaba. Una noche ella era una pobre mujer no deseable y ¿él quería bailar con ella en estos momentos? Ah, sí, cierto: las 50.000 libras de la dote.

Sin tiempo a que ella contestase, él la arrastró a la pista.

—Lo mejor sería que olvidemos todo aquel desafortunado asunto y nos mostremos serenos y cordiales. Acepte mis disculpas por mi mal comportamiento —explicó, solo para que ella lo oyese.

—¿Eres sordo, Perth? ¿O te gustaría volver a probar mis puños? —El capitán Baldrick les cortó el paso.

—Caballeros, señorita —llegó el teniente para apaciguar las aguas —, esto es una agradable fiesta. El *ring* está en Nothwest y como anfitrión, exijo decoro y corrección —esto último lo dijo mirando únicamente a su amigo.

—Me comportaré si la suelta —expuso gruñendo el capitán.

—Esta vez soy culpable de intentar enmendar mi error del otro día. Creí que un saludo cortés y un baile serían la mejor manera de que nadie especulase sobre nosotros tres. Confieso que su interrupción simplemente avivará las llamas.

—Kirk, lord Perth tiene razón.

—Él no va a bailar con ella y es mi última palabra.

—¿Disculpe? —preguntó incrédula la dama. ¿Qué derecho tenía él sobre ella? Puesto que era su prometido sobre el papel no debía imponer su voluntad. ¡Si él no la quería!

—Me has oído perfectamente bien. Eres mi futura esposa, está a punto de sonar un vals y hago uso del compromiso que tienes conmigo. Vamos. —Le ofreció su brazo. Beth deseaba romper algo. Dos semanas sin verlo, sin saber nada de él... dos semanas en las que quedó cristalino que el capitán no era su prometido porque ella no era una mujer con la que él quisiera recitar sus votos y ¿ahora esto?

La joven sacó su mano del brazo de Perth, sonrió al capitán y...

—Disculpen, he de buscar una pareja adecuada para el baile. —Avanzó ligera y solemne como si fuese una reina y todo a su paso le perteneciese. Una sonora carcajada eclipsó un rechinar de dientes.

Perth agradeció la extraña invitación a Ryan y se marchó. El capitán parecía un asesino en esos momentos y la última vez que se enfrentó a él, el conde estuvo cinco días tratando de recuperarse de los golpes. La lección había sido aprendida, así que Sebastian se marchó para no pelear con Kirk.

Lord Montgomery se acercó a ella encantador y atento para solicitarle el vals. La joven hizo una reverencia y aceptó la petición.

Esa noche bailó todo lo que no consiguió danzar en las tres primeras temporadas. Era maravilloso ser popular, estar rodeada de jóvenes que buscaban acaparar su conversación y atenciones. ¡Era de lo más entretenido estar en este lado de la balanza!

Cuando se cansó de bailar se quedó en un lateral del salón con mucha compañía.

—*Milady*, creo que me prometió este baile. —El teniente apareció seductor. Los demás hombres tuvieron que resignarse a ver cómo los dos emprendían el camino hacia el centro del salón.

—Es muy osada.

—¿Osada?

—Tal vez hagan buena pareja después de todo. —Ryan estaba convencido de eso.

—¿Quiénes? —preguntó escéptica.

—El duque Demente y usted.

—No lo llame así.

—Todo el mundo lo hace.

—No es correcto. Mi amiga Briana los llama los soldados valerosos.

—Sí, pero la sociedad nos llama el manco, el demente y el tullido.

—¿Quién es el tullido? —Enrojeció hasta las cejas cuando se dio cuenta de lo poco cortés que había sido. Tal vez las maneras del terrorífico se le estaban contagiando.

—No se apure —él notó su incomodidad—, el coronel Frederick Burns no se lo tendrá en cuenta y la culpa ha sido mía.

—Aun así no es correcto que yo... en fin. Lo lamento.

—Lo tiene enfermo de amor.

—¿Qué ha dicho?

—No se haga la boba porque no conseguirá engañarme. Oyó perfectamente la declaración de él después de la pelea.

—Oí a un hombre tratando de reparar la maltrecha reputación de una dama.

—Fue mucho más que eso y usted lo sabe.

—No quiero seguir hablando acerca de aquello. No es oportuno ni de buen gusto.

—Como quiera. No obstante, le daré un consejo: no se rinda con él. Dele celos.

—Disculpe mi sinceridad, pero necesito preguntarlo.

—Adelante.

—¿Es por eso por lo que invitó a lord Perth?

—Es una dama inteligente, le irá bien con él. Atorméntelo un poco más esta noche.

—No me atrevo. —Él le seguía dando miedo.

—De acuerdo, yo lo haré por usted. —La apretó de forma escandalosa sobre su cuerpo cuando la contradanza marcaba unirse.

—¡Oh! —El agarre la dejó helada.

La música siguió y Ryan fue cada vez más indecoroso con ella porque era lo que había de hacerse.

—¿Lo ha oído? —preguntó cuando la música cesó.

—¿El qué?

—Los amargos celos, *milady*, los amargos celos. ¿Los celos hacían

ruido? Beth se quedó en medio de la pista de baile tratando de dar sentido a las palabras del teniente.

—Mi turno. —Comenzó a sonar el tercer y último vals de la noche. El capitán no iba a desperdiciar la ocasión.

La joven no tuvo tiempo a negarse. Ese hombre estaba demasiado acostumbrado a imponer su voluntad y ella no tenía aún la costumbre de no mostrarse dócil.

En las últimas semanas Beth descubrió que no callar, es decir, que dar su opinión y hacer ver a los demás lo que uno mismo quería, daba buen resultado. Él no la iba a vencer, decidió Beth en ese mismo instante... pero sería en otro momento.

El baile comenzó y ninguno dijo nada. No hizo falta. Ella disfrutaba de su abrazo, él encantado la sujetaba firme. El capitán decidió que luego tendría unas palabras con su amigo por haber danzado con ella de manera tan poco correcta.

—Te comportas como una desvergonzada. —La intimidad era insoportable y él debía ahuyentarla. No era tonto. Del mismo modo que él estaba eclipsado, sabía que la dama estaba bajo el mismo hechizo.

—Me quedó muy claro el otro día que no soy su prometida. —Trató de sondearlo.

—Nadie sabe que no vamos a casarnos. Estás poniendo en peligro tu reputación y la mía propia. —Beth se tragó un aullido. ¡Si todo el mundo lo llamaba el duque Demente!

—¿Soy su prometida? —preguntó sin ningún temor.

—No. Te lo avisé en su momento. No me casaré contigo.

—Entonces no tiene por qué opinar sobre mi comportamiento. Mi padre o mi futuro esposo son los que tienen legitimidad para tal cosa.

—No está bien que bailes con todos los caballeros de la sala. —Deseó a cada instante llevársela de la fiesta en brazos para que nadie la tocase, la mirase o hablase con ella.

—Soy libre. Lo acaba de decir, capitán.

—No lo eres. Sobre el papel eres mi prometida.

—Una que no desea. —Todavía dolían sus palabras.

—Maldita sea, Beth, no hagas esto más difícil de lo que ya es. —La

joven sintió galopar su corazón cuando él hubo dicho el nombre cariñoso que utilizaban todos para referirse a ella.

—No lo hagas tú, Kirk. —Nunca sabría de dónde había salido la audacia de su petición, pero estuvo satisfecha al ver la cara de asombro de él.

Sí, tal vez los celos sí se oían, altos y claros. El teniente tenía razón, concluyó la joven.

***

La noche fue peor que ir a la guerra. La impotencia se cernía sobre él de forma feroz y sobrecogedora. Estaba preciosa. Verdaderamente ese ángel bajó del cielo para hacer de su vida una pesadilla.

Entró en su casa gruñendo. Bailar con ella fue lo peor que pudo haber hecho. ¡El teniente Ryan y sus maquinaciones! Su amigo era un auténtico temerario porque sabiendo que él estaba perturbado se había atrevido a llevarlo al límite.

Primero invitó a la rata despreciable que la calumnió y luego tuvo la indecencia de permitirse disfrutar de su futura esposa. ¿¡Futura esposa!? ¿De dónde había salido esa afirmación? Esto se le estaba escapando de las manos. Era débil, Beth lo hacía endeble. Beth... Beth... era un nombre casi tan hermoso como ella. Era terciopelo en sus labios y cuando oyó que la muchacha utilizó el suyo... ¿Cómo consiguió darle ese matiz seductor en la réplica?

Algo le daba en la nariz que no era la muchacha dócil y sumisa que creyó conocer hacía cuatro años. Estaba transformada, no únicamente por el vertiginoso vestido que llevaba y que hacía que los demás pudiesen ver sin demasiado esfuerzo el nacimiento de esos dos prominentes pechos que, pese a ser de un tamaño que podría considerarse más bien pequeño, eran perfectos a su juicio.

Entró en su despacho y se sirvió una copa de *whisky*. El alcohol no iba a hacer que él olvidase, pero lo ayudarían a sobrellevar la carga. Unos golpes interrumpieron su agonía.

—¡No me molesten! —Pretendía regocijarse en su desgracia.

—Es urgente, milord —habló el sirviente tras la puerta.

—¡Adelante! —Se rellenó la copa de nuevo.

—Ha llegado una carta urgente para usted.

—¿Quién la manda?

—Es de la duquesa viuda, excelencia.

—¿Qué demonios querrá la bruja? —A veces olvidaba que tenía una madre. La mandó lejos, pero desgraciadamente no lo suficiente. Probablemente le hacía falta más dinero.

Hacía demasiados años que no la había visto. Nunca se llevaron bien. Era una mujer hueca, de alta cuna, rígida, que solo buscaba su propio beneficio. La detestaba. Nunca hizo feliz a su padre y por descontado jamás se comportó como una madre.

Abrió la misiva esperando ver la cifra que ella demandaría. La última vez era escandalosa, pero pagó gustoso con tal de que ella no viniese a pedírsela en persona.

«A su excelencia el duque de Kensington.

Su madre está muy enferma. Precisa su atención.

Siempre suya, lady Darrington».

Así que la otra arpía seguía al lado de la bruja. Curioso. Pensó que la una acabaría matando a la otra o viceversa. Demasiado iguales para llevarse bien. Estuvo equivocado, por lo visto las dos eran uña y carne.

Tener que cumplir la demanda era como pedir una patada en sus partes privadas. El capitán sostuvo unos minutos su copa y miró el líquido mientras pensaba en sus opciones. Tal vez la demanda podría servirle para marcharse de allí por un tiempo y calmar los ánimos.

Esas dos semanas en las que se obligó a no pensar en ella se fueron al traste en cuanto la tuvo delante. Tal vez un viaje al mismo infierno fuese lo que necesitase para salir del abismo en el que se había metido por voluntad propia.

¡Decidido! Se marcharía a ver si era verdad que la reina de las brujas abandonaba ya el mundo de los vivos y después podría acudir a la fiesta campestre que había organizado su buen amigo el conde de Monty. Al parecer, el conde se había cansado de que su hermana fuese soltera y quería proveerla de un prometido. Recordaba poco de *lady* Briana, pero esa joven era como un dolor de muelas para el conde.

Una sonrisa asomó en su cara. Hacía mucho tiempo que no reía. Sí,

iría también a la fiesta que su amigo daba en honor de su hermana y al menos se divertiría con la mala suerte de Monty, porque buscarle un prometido a esa fierecilla iba a ser divertido. Lo malo es que estaría allí Angela, la esposa de Monty y esa mujer le daba pavor a causa de la facilidad con la que manejaba a los hombres.

***

Salió de su casa de la ciudad para poner rumbo al infierno. El camino se le hizo corto pese a ser una larga distancia.

—Madre —saludó el duque al entrar donde estaba la bruja junto a la arpía. No envió una nota avisando de su llegada porque justamente quería encontrarse con esto mismo.

—Kensington —la duquesa viuda lo saludó—, pudiste haber avisado de tu llegada.

—¿Y no poder descubrir el embuste?

—Excelencia —saludó la mujer que estaba junto a su madre.

—Stephanie. —Usó su nombre de pila porque se conocían de hacía años y habían vivido varias desgracias juntos.

—He estado muy grave —expuso la duquesa viuda.

—¿Y se ha recuperado de la noche a la mañana? Lo celebro pues, y ahora si me disculpan, me marcho. Avísame cuando vuelva a estar a punto de expiar.

—¡Kensington! —ladró su madre.

—¿Quiere algo más?

—Juraste que no te casarías.

—Prometí que nunca tendría el matrimonio que usted le dio a mi padre.

—¿Vas a casarte? —Así que por eso había inventado ella la falsa enfermedad. Las noticias habían llegado hasta este lugar inhóspito. Antes de marcharse la instaló todo lo lejos que pudo para olvidarla. Era mala, manipuladora y egoísta. La guerra había desquiciado a Kirk, pero su madre fue la que terminó haciendo que su hermano se quitase la vida y su padre falleció poco después por la pena. El anterior duque nunca superó la muerte de su primogénito. Esa mujer destruía todo lo

que tocaba y tenerla aquí recluida, era la única manera de asegurarse de que el resto del mundo estuviese a salvo de sus malévolas maquinaciones. Todo lo que tocaba lo gangrenaba. Ni él mismo era tan oscuro como la matriarca.

—Mamá. —Un niño pequeño de unos cuatro o cinco años entró en la estancia y se abrazó a *lady* Darrington.

—Creí que lo devolvieron al orfanato del que lo sacaron, ¿o este es otro? —preguntó asqueado.

—Es el hijo de tu hermano. Su verdadero heredero. Tú no mereces ser el duque —espetó con sarna la duquesa viuda.

—No pienso volver a discutir ese punto, madre. Lo aclaré hace años.

—¿Qué opinará tu prometida cuando vea que tienes un bastardo? —La mujer más mayor esbozó una sonrisa de suficiencia cuando él cuadró los hombros.

—Creí que la mentira era que el niño fue engendrado por Charles, no por mí. ¿Ha cambiado la artimaña *lady* Darrington? —preguntó con furia contenida a la joven que mantenía la cabeza baja. Entonces el capitán supo que la madre había conseguido doblegarla a su antojo.

—Tenías que haberte casado con Stephanie y haber cubierto la falta de tu hermano.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi título o mi vida no es asunto suyo. Les desearía buenos días, pero, personas con un corazón tan negro como el de ustedes dos no lo merecen.

Salió de la casa como si en verdad dejase atrás el infierno. Su madre era mucho peor que Lucifer. No había cambiado un ápice. Lo mejor que pudo hacer fue confinarla lejos.

Tal era la sensación gris y deprimente que sentía en su interior que hubiera dado cinco años de su vida por ver el sol. Por verla a ella. Necesitaba su luz en estos momentos más que nunca. Beth. Beth. Beth. Entre esas dos brujas ella era un ángel que le inspiraba calma y sosiego.

Enfocó sus pensamientos hacia un baile. Pero en esta ocasión su mente no se remontó hasta cuatro años atrás. Sus pensamientos se centraron en la fiesta de Ryan de hacía dos días.

Su ángel no era la jovencita tímida que sostuvo en el primer baile. Era toda una mujer desafiante que lo llamaba con un dulce canto de sirena.

Esperaba que en casa de Monty pudiese olvidarse de ella, de la arpía y la bruja. Esas dos malditas mujeres eran unas mentirosas de primer orden.

Definitivamente en casa de Monty encontraría la paz que necesitaba. Solo esperaba que las pesadillas que parecían haber mermado en las últimas semanas continuaran sin aparecer.

Se encerraba bajo llave, pero los gritos en ocasiones eran desgarradores. Bien, Monty era su amigo y tendría que tolerarlo porque amenazó con retirarle su amistad si no se reunían todos allí con motivo de la búsqueda de prometido para *lady* Briana.

Tenía muchas ganas de ver al coronel Frederick Burns, no así al teniente, porque Ryan lo atosigaría con cosas sobre Beth. Al menos ella no estaría allí.

Capítulo 5
Una fiesta para *lady* Briana

Habían pasado cuatro largos años y su amigo Samuel Pierce, conde de Monty, estaba exactamente igual. Incluso parecía más inteligente con ese porte elegante. Probablemente ese detalle debía agradecérsele a su esposa Angela, porque *lady* Monty era una pieza interesante. La historia de ese matrimonio era curiosa.

Aunque todo el mundo pensó que Angela se casaría con un amigo de la infancia, el duque de York, finalmente causó sorpresa que ella eligiera a Monty.

Kirk sacudió la cabeza al tiempo que bajaba de su carruaje para reunirse con los condes y los tres hijos pequeños de estos en la entrada de la casa. Fue una suerte que tanto el coronel Frederick Burns como Monty se olvidasen de una mala mujer de la que se enamoraron al mismo tiempo.

Recordaba a aquella tunanta muy bien. La honorable Amanda Baker era digna rival de la duquesa viuda de Kensington. Durante la boda de los actuales condes de Monty se le insinuó. La hubo de sacar de su habitación a empujones. La muy descarada se metió en su alcoba como la libertina aprovechada que él sabía que era, con el único motivo de seducirlo por su título.

La despachó en menos de cinco segundos. Sinceramente, al contemplar la estampa familiar de los Monty se alegraba de que a su amigo le hubiese ido tan bien.

Se vio sacudido por un gran abrazo sincero nada más llegó a la altura de lord Monty, Samuel.

—Me alegro tanto de verte.

—Yo también, Samuel. —Desde que había regresado de la guerra no había visitado a nadie. Lo único que hizo fue ir a Londres y allí

acabó metido en un buen embrollo del que trataba de huir por todos los medios.

Ambos se separaron y el capitán comenzó a saludar a su esposa y los niños.

—Ryan acaba de llegar hace unas horas. Me alegro de que hayas venido.

—Espero que comprendas que no puedo ser un pretendiente para tu hermana.

—Tranquilo, por consejo de Ryan he escondido todos los cuchillos de la casa. —Kirk se rio sin pudor. Solo a Samuel se le ocurriría bromear con un hombre del que decían que estaba loco. Ciertamente no había cambiado ni un ápice.

—Capitán —terció *lady* Monty, quien recordaba que a él no le agradaba utilizar el título— le señalo que usted ya está comprometido.

—No por mucho tiempo —respondió sincero.

—¿Qué quiere decir? —Angela estaba intrigada.

—¿No le han informado sus espías, *milady*? —Recordaba que esa mujer siempre se enteraba de todo, y por una vez desde que la conocía se alegraba de que ella no estuviera al tanto de una cosa.

—¿De qué debería estar al corriente? —Angela decidió seguirle el juego.

—¡Ah! No quiero desvelar el misterio, tendrá que esperar a ver el desenlace —explicó enigmático y con una sonrisa burlona.

—Bueno, tengo una fuente fiable a la que podría preguntar... —Ella se encogió de hombros despreocupada.

—¿Una fuente? ¿Qué fuente? —Sintió el vello erizársele. Ella tramaba algo. Esa carita de niña dulce que la condesa ponía no presagiaba nada bueno.

—Su prometida desde luego. *Lady* Elisabeth está en nuestra casa. —Le tocó a ella esbozar una gran sonrisa bufona—. De hecho, seguiré su consejo y desvelaré el misterio.

—¡Es imposible que ella esté aquí! ¿Tan desesperada está que me persigue? —expresó en alto sin ser consciente de ello.

—¡Oh, no! —Sacudió la mano derecha negando—. Dudo que ella sepa que su prometido es parte de los invitados. De hecho, cuando

llegó, dijo que se alegraba mucho de poder disfrutar de unos días de paz lejos de Londres. Yo entendí sus palabras... ¿lo hace usted, capitán? —preguntó directa y falta de etiqueta. No importaba, porque ellos se conocían de hacía muchos años y existía confianza. Samuel se rio entonces tal y como su buen amigo había hecho unos minutos antes.

—Sigues siendo una dama con una lengua afilada, Angela.

—No dejaré mi lengua a tu alcance, Kirk, bien se dice que es un héroe gracias a su habilidad a la hora de emplear con destreza elementos afilados.

—*Lady* Monty, creo que es el momento de agradecer la invitación de su esposo para tomar un *whisky*.

—Yo no te he invitado a... —comenzó a decir Samuel. Calló al ver a su excelencia alzar una ceja y comprendió entonces que su buen amigo necesitaba una vía de escape.

Se instalaron en el despacho del conde y al poco apareció el teniente Ryan. Estaban conversando alegremente cuando oyeron un carruaje que se acercaba.

—Creo que el último soldado acaba de llegar.

—Debe ser Frederick, ¿cómo has conseguido que venga? —preguntó el teniente. Ryan, antes de obligar a Kirk a abandonar su vida de agonía en Camp Kent, pasó por la finca familiar del coronel. Pero este se negó en redondo a salir de allí.

—Amenacé con trasladar la fiesta campestre a su casa —expuso orgulloso.

—Creo que no eres tan retrasado como pareces. —dijo Kirk —. El juego de los amigos era molestarse unos a otros. Además, si uno era el manco, el otro el tullido y el último el demente, bien Monty podría ser el retrasado, ¿no?

—No me gusta que me llaméis así. Si me obligáis se lo diré a Angela. —No se sentía menos hombre por utilizar a su esposa como arma arrojadiza.

Todos sus amigos tenían un gran respeto por *lady* Monty. Cierto que él era un poco especial, pero su esposa decía que era por eso por lo que se casó con él. Así que la falta de agilidad de su mente resultó

ser una bendición. ¡Y que él no era retrasado! Únicamente su mente era más relajada de lo normal. ¡Maldito el día que, en Eton, un matón lo llamó retrasado! No pudo quitarse el apelativo ya nunca. Precisamente Kirk y Ryan lo defendieron aquella vez de los puñetazos de aquel niño.

—Vamos, hombre, no te alteres tanto —tomó la palabra Ryan—, sabes que te lo decimos desde la amistad.

—Sí, sí, pero no me obliguéis, porque este retrasado de aquí es muy listo a la hora de echar sus armas contra vosotros.

—Nos comportaremos, tranquilo. —Ryan levantó las manos en señal de rendición. La esposa de Monty podía llegar a ser como una plaga bíblica si la contrariaban—. Dime, Samuel, ¿le has dado las buenas noticias a Kirk? El capitán se alegrará al conocer la lista de tus invitados —expuso divertido.

—¿Has pensado en que Frederick podría ser un buen pretendiente para tu hermana? —preguntó el duque a bocajarro para evitar hablar sobre la dama que se encontraría bajo su mismo techo durante el tiempo que durase la fiesta.

—¿Frederick y Bri? ¡Imposible! —Samuel arrugó la nariz—. Briana no se fijaría en él jamás y el coronel... bien, supongo que, si sabe que Amanda ha enviudado, tal vez podría volver a poner sus ojos ahí, ¿no? Estuvo más encaprichado que yo con ella.

—No lo creo. —El duque no lo haría en un millón de años si fuese él. Esperaba que el coronel fuese inteligente.

Monty se acercó a la ventana para ver por qué tardaba tanto el coronel en entrar.

—¿Vas a entrar de una vez o necesitas ayuda? —preguntó desde allí.

El coronel alzó los ojos en busca de la voz.

—No te quejes tanto que me faltó un pelo para no venir —bufó el coronel. Acababa de llegar y su amigo estaba mofándose de él y de su mal caminar. Se tocó el cuello para acariciar esa cadenita que los últimos cuatro años se había convertido en su amuleto de la suerte. Comenzó a andar y maldijo su cojera.

—¡Entra ya, no te hagas más de rogar, Frederick! —pidió Monty.

—Hubieses sido mejor coronel que yo, Samuel.

—Siempre fui sobresaliente —replicó con una sonrisa.

Samuel se retiró de la ventana, se excusó con sus amigos y salió para ir en busca de su amigo.

—¡Al fin! Dichosos los ojos que te ven, amigo mío. Adelante, vayamos, los demás están esperándote. —Samuel le dio un abrazo y un par de palmadas en la espalda. A Monty le había costado convencerlo para que acudiese, pero al fin podía ver a Frederick. Lo encontró saludable. Más viejo, con sombras grises en los ojos, pero era el mismo de siempre. Eso quiso pensar Samuel.

—Han sido seis meses complicados. —Frederick no mentía. Todavía no sabía qué fue lo que lo impulsó a salir de ese agujero que había construido en su casa. De acuerdo, era un poco consciente de lo que esperaba con esa visita... pero no lo iba a admitir ni en su fuero interno porque... porque no y punto.

—Yo te veo muy bien.

—¿Me has observado caminar desde la ventana? —Evitó decir caminar bien, porque ese bien no era un término que él hubiese elegido para definirse.

—Sí y no me parece tan grave. Creo que perder una mano o la cabeza es peor. —Sí, se vengó de ellos por llamarlo retrasado hacía unos momentos.

—Ryan o Kirk te matarán por decir eso.

—Gracias al cielo que no lo van a saber nunca... dado que tú no lo vas a decir y desde luego yo no pienso confesar que hice tal afirmación. —Ambos se echaron a reír. Monty abrió el camino hasta el despacho y él, antes de seguirlo, se dio la vuelta para mirar por las escaleras para seguir la estela de la joven con la que se había encontrado fortuitamente antes de que su amigo saliera para recibirlo. Se quedó un momento quieto y enfocó la vista. Algo allí arriba se movió. Se paró para tratar de observar mejor.

—Sí, debe ser grave si no puedes ni seguir andando unos pocos pasos más... —se mofó al verlo ahí quieto y examinando el piso superior.

—No, es que me pareció... —dejó la frase en el aire—. Vamos a

brindar por los nuevos tiempos. —El coronel necesitaba una copa de algo fuerte. La primera inclusión no había sido lo esperado, ni mucho menos porque ella estaba en la casa y durante cuatro años lo había atormentado con su recuerdo. «¿Se acordaría Briana de él?», se preguntó el coronel.

—Sí, y luego te enseñaré esa finca por lo que te interesaste, supongo que debería sentirme muy agradecido porque quieras vivir tan cerca de mis tierras. Será como los viejos tiempos. Inseparables.

—Espero que el precio sea justo. —Tenía la firme convicción de comprar una casa, una finca en el campo y cuando su amigo le comentó que el viejo Fergus vendía la suya para trasladarse definitivamente a la ciudad, vio ahí una oportunidad que no estaba dispuesto a desperdiciar.

—¡Cómo si tuvieses problemas de liquidez con todo ese oro español que te has embolsado!

Cuando entraron en el despacho, hubo sonrisas y nuevos abrazos.

—Muchachos —saludó Frederick.

—Coronel. —Kirk y Ryan habían servido bajo su mando, y cada día dieron gracias por haber permanecido juntos.

—Soy el único que no es normal en vuestra compañía —expuso Samuel con lo única idea de romper el hielo. Sabía que los tres no se habían reunido desde su vuelta y que estaban reviviendo la guerra.

—Nunca fuiste muy normal, yo pensé cuando te conocí que eras retrasado. —El tiro le había salido por la culata a Samuel con la afirmación de antes. ¡El demente se volvía a empeñar en señalar eso como un defecto cuando fue una virtud!

—¡Oye, Kirk! Pues tú, muy listo no eres cuando te has dejado enredar y has acabado... —El conde pensó que era hora de darle donde más suponía que le dolería. ¿Por qué estaría él molesto? La amiga de Briana, *lady* Elisabeth era una bonita dama, sincera y agradable... Luego decían que el retrasado era él. De eso nada, porque cuando tuvo a tiro a su esposa decidió agenciársela sin pestañear.

—No me lo recuerdes —lo cortó—. Sobreviví a todo aquel horror para caer en una trampa. —El duque de Kensington aún no entendía cómo había pasado todo aquello. ¿Cómo se había metido en ese lío si

hacía solo seis meses que había vuelto? Esa muchacha... o era muy lista o muy tonta. Otra en su sano juicio habría huido como de la peste, no se habría agarrado a él como un salvavidas. *Pequeña tonta*.

—¿Y la joven no tiene miedo de un demente? —Le sonrió. Monty quería irritarlo. Se lo debía por el insulto.

—Yo en tu lugar tendría cuidado. El loco sabe técnicas de combate que podrían acabar con tu vida en un periquete —soltó Ryan. El teniente todavía estaba asombrado por lo que el duque de Kensington era capaz de hacer con un cuchillo.

—¿Y tú, Ryan? Manco y todo me han dicho que...

—No. No vamos a hablar de eso. —Este amigo tampoco quería examinar más lo que le estaba sucediendo. *Lady* Olivia había resultado ser todo un descubrimiento que él no debería querer seguir conociendo.

—Como desees —concedió Monty.

—¿Quieres un *whisky*, Frederick? —Lo estaba mirando, pero su amigo no parecía que estaba en este mundo... «¿No sería el loco Frederick?», se preguntó Samuel—. ¿Oye? ¿Un *whisky*? —tuvo que volver a llamarlo porque no parecía lúcido.

—Uhm, sí. —El hombre se había quedado parado. Sabía lo de Kirk porque leía el periódico, pero lo del otro... ¿Qué sería eso de lo que Ryan no quería ni mencionar? Luego ya le preguntaría a Samuel.

El conde de Monty sirvió cuatro generosas copas.

—¡Por los valerosos soldados que regresaron con vida y vencieron en el campo de batalla! —dijeron los tres combatientes a la vez.

—Y por el hombre que se ha dedicado estos cuatro años a perpetrar bien a fondo —apostilló con retintín Ryan— su descendencia...

—No negaré que han sido cuatro años... —Samuel buscaba la palabra para definirlos.

—¿Eufóricos? —preguntó Ryan. Con tres hijos... ese amigo había hecho las cosas muy bien.

—¿Placenteros? —El demente, como apodaban al duque se imaginó disfrutando de una mujer todas y cada una de las noches en una cómoda cama... ¿Qué le pasaba? De repente veía como un sueño

ser un esposo... el marido de Beth. Sacudió ligeramente la cabeza para olvidarse de eso.

—¿Lujuriosos? —El cuarto hombre que había en el despacho se

moría por llevar a cabo lo que había planeado. La vida le debía mucho al coronel y era momento de que él se lo comenzase a cobrar. Pero ello, a su debido tiempo.

—Todo eso y mucho más, caballeros. —Hizo una pausa y alzó más su copa—. A su salud y porque pronto puedan... perpetrar ¡hasta el fondo! —Los cuatro se carcajearon a gusto con la gracia. El único que estaba servido y bien servido allí en cuanto a las delicias de la carne era el conde de Monty. Los otros tres pobres hombres no habían tenido ocasión aún de disfrutar de una mujer.

Uno de ellos cayó en una trampa y el segundo y el tercero...

***

Lady Monty nunca tuvo un pelo de tonta. Los hombres no tenían secretos para ella y menos los amigos de su esposo. El capitán Baldrick podía decir que no tenía intención de seguir siendo el prometido de la amiga de Bri —como todos apodaban a la hermana de su esposo llamada *lady* Briana—, pero en sus ojos vislumbró cierto brillo sospechoso cuando desveló que la joven estaba bajo su techo. Cuando leyó los periódicos y vio el escándalo que había protagonizado una de las mejores amigas de Briana se sorprendió gratamente. Angela conocía muy bien tanto a Elisabeth como a Olivia y le resultaban muy queridas y apreciadas.

Decidió que en esta fiesta campestre ayudaría a Briana a conquistar a cierto coronel del que, por lo visto, su joven llevaba años enamorada y del mismo modo le echaría una mano a Elisabeth con el tozudo capitán. Lo que no sabía es si tendría tiempo para ayudar también a *lady* Olivia, porque el teniente parecía bastante interesado, aunque se mostrase reticente. «¿Qué habría entre ambos?», se preguntó Angela, porque Oli escondía muchos secretos...

—Adelante —autorizó una voz tras la puerta del dormitorio contra la que había golpeado.

—Beth, creo que tenemos que hablar.

—¿He hecho algo mal, Angela? —preguntó con preocupación *lady* Elisabeth. No era habitual que la anfitriona de la fiesta llegase a la habitación de una invitada con esa cara de preocupación.

—Nada de eso. Disculpa si parezco una chismosa, pero creo que podrías necesitar mi ayuda con cierto prometido tuyo.

—Oh, no. Él no está interesado en mí. Todo fue una... —¿Cómo seguir la frase?

—Leí los periódicos, conozco la historia, bueno, todas ellas, hubo muchos rumores, y no me importan. Lo que quiero saber es lo que tú deseas que suceda con él.

—¿Mis deseos?

—Sí. La pregunta es sencilla: ¿Quieres casarte con él? —inquirió directa.

—Sinceramente, no lo sé.

—¿No lo sabes?

—¿Puedo hablar con sinceridad?

—Desde luego que sí, Beth.

—Ese hombre me da pánico. Un momento, es... —Se quedó pensando: «¿Cariñoso? No, él nunca lo fue, ¿amable? Definitivamente tampoco. ¿Cómo definirlo?», se preguntó Beth.

—Lo conozco —siguió la condesa al ver que la muchacha no sabía exponer sus conjeturas—. Bueno, lo conocí antes de marcharse a la guerra. Kirk siempre fue un hombre duro. —«Con la familia que tenía era lógico». Angela se ahorró decir el comentario en alto.

—Siendo como es, creo que no podría soportar ser su esposa. Además, que él ya ha dejado claro que no soy la mujer que busca. —Fue mucho más hiriente que eso, pero Beth trataría de no volver a hurgar en la herida.

—Los hombres no saben lo que buscan o necesitan y te aseguro que tú no le eres indiferente.

—Yo también lo sentí cuando me besó y... —Se puso colorada por el desliz cuando fue consciente de que había hablado de más.

—Así que te besó y... ¿Qué más? —preguntó, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—No, no, fue un simple beso.

—No me pareció eso... sobre todo porque te has sonrojado hasta los dedos de los pies.

—Sí, sí, fue un beso, cierto que fue muy... —recordó aquello y pronto tuvo calores— espectacular.

—¿Empezó él o tomaste tú la iniciativa? —Quería confirmar la teoría que tenía sobre lo que ambos habían iniciado de forma accidental en aquellos jardines.

—¡Yo soy una dama! Además, no hubiese sabido cómo empezar en caso de haber intentado... Y no hace falta que te recuerde que nunca he tenido éxito entre el género masculino, sino todo lo contrario.

—De modo que el demente te besó y te llevó hasta la locura. —*Lady* Monty se dio uno toques en la sien tratando de pensar en qué hacer con esa información. Cualquier otra dama en esta tesitura estaría horrorizada por la confesión de la muchacha. Afortunadamente, Angela no era cualquier dama.

—¡No he dicho tal cosa! Y no lo llames así. No me gusta que se refieran a él en esos términos. No está loco, es terrible, pero no está perturbado. —En verdad esperaba que no lo estuviera.

—Y también te preocupas por él. Interesante, realmente interesante —señaló más para ella que su interlocutora.

—¿Qué es tan fascinante?

—¿Quieres casarte con él? —Tuvo que repetir la pregunta porque la cuestión no estaba cerrada.

—Sí —contestó sin dudar, y cuando fue consciente de la respuesta añadió—: No.

—¿Sí o no?

—Quise decir no. —Le daba pánico ser su esposa.

—¿Tanto miedo te da? —Pareció leerle la mente.

—Me aterra. No sabe hablar. ¡Él grita! Es irrespetuoso con todo el mundo y parece amargado.

—Es un buen hombre, y estoy convencida de que necesita una excelente mujer que lo reconcilie con el mundo. —Angela sabía la historia completa de sus desgracias, pero no quería alarmar a la joven. Era mejor ir paso a paso.

—Me dijo que no desea casarse conmigo. Que busca una mujer con la que divertirse y que no soy esa, porque hacer *eso* conmigo sería recitar los votos y no está dispuesto a hacerlo.

—¿Cuándo dices *eso*, te refieres a hacer el amor, verdad?

—No he sido mancillada, pero tampoco es como si no entendiera ciertas cosas. Debo admitir que no sé demasiado con respecto al tema. Tú eres consciente de que me gusta la horticultura, las flores, las plantas, y que conozco todo lo que tiene que ver con la reproducción vegetal. También estudié la animal. Si mi madre lo supiera me enclaustraría en un convento.

—Bien, me alegra saber que no tendré que instruirte desde cero.

—¿Instruirme en qué?

—En el arte de la seducción, porque para conquistar al capitán vas a tener que ser osada y olvidar las normas de etiqueta y comportamiento de una buena dama. Ese hombre necesita mano dura y tú debes aprender a llevarlo.

—¡Me comerá viva!

—Por supuesto que no. Atiende y presta mucha atención, porque si haces lo que te digo y te muestras como la mujer segura que eres, podrás manejarlo. ¿Confiarás en mí, cariño? —La condesa podía ofrecer su apoyo, pero la decisión era de la joven.

—Sí. —Él le gustaba demasiado como para no tratar de intentar todo lo que estuviera en su mano para conquistarlo.

Angela procedió a dar una serie de consejos que ella misma habría agradecido mucho cuando su esposo comenzó a cortejarla. Elisabeth era una seductora nata, lo que sucedía es que ella misma no lo sabía y de ahí que Angela decidiese ayudarla a conquistar al díscolo duque. Ese hombre había sufrido suficiente y se merecía un poco de paz y felicidad. La condesa de Monty veía en ellos a una pareja con mucho potencial. Si salía bien, ambos tendrían que agradecérselo, pero si salía mal…

***

Tal y como Angela le sugirió, Beth se puso el vestido más atrevido

que trajo. Por lo visto, sí era la moda mostrar tanta piel, porque incluso la condesa de Monty opinaba como su madre y su hermana. Su madre confiaba en los condes, pero la muchacha estaba segura de que si la duquesa llegaba a enterarse de los consejos que *lady* Monty le había dado, no la dejaría ni tan siquiera hablar con ella.

Lo vio dirigirse hacia ella vestido de etiqueta y tuvo que tragar saliva, mitad inquieta mitad llena de ilusión por la anticipación. Era el hombre más atractivo que había en la fiesta. La condesa le aseguró que él sería su pareja durante la cena y en el posterior baile. Ella lo dudaba porque ese hombre no quería saber nada... Y así fue. El capitán pasó por su lado y entró después de los anfitriones dejándola sola y humillada. Sin embargo, él no pudo escapar por mucho tiempo porque iban a sentarse uno junto al otro. La joven pensó en que sería mejor ser indiferente.

Beth se asustó mucho al oír rechinar unos dientes a su lado. Creyó que sería el capitán porque estaba incómodo, pero no. El terrible no era el que emitía esos ruidos.

Beth, intrigada, se concentró en el hombre que tenía a su derecha y siguió su mirada. ¡Por Júpiter! Su campo de visión se centraba en su mejor amiga Briana. «¿Qué habría entre ellos?», se preguntó realmente emocionada. De verdad esperaba que su amiga tuviese más suerte que ella con el bárbaro que le había tocado a causa del burlón azar del destino.

La noche iba transcurriendo y Beth estaba harta de permanecer en silencio. Era momento de ser fuerte. El capitán había sido poco cortés, pero ella debía mostrarse por encima.

—Es un placer volver a verlo, milord. —Beth obtuvo un gruñido en forma de contestación. Decidió quedarse callada. La velada iba a ser muy silenciosa y larga, y no solo la cena. Estaba empezando a arrepentirse de la decisión que tomó en su momento. Estaba rodeada por dos hombres insociables. A uno lo conocía mínimamente, al otro en absoluto.

—No le haga caso, *milady*. El capitán siempre ha sido un gruñón. —El coronel Burns se apiadó de la joven cuando consiguió dejar de rechinar los dientes.

Beth pensó que se había equivocado en su juicio de entablar conversación primero con el duque de Kensington, porque en estos instantes en los que ese hombre no parecía enfadado, se le veía muy amigable.

—Soy *lady* Elisabeth MacGlen. —No era correcto presentarse así, pero a ella ya todo le daba lo mismo. Su vida era algo... complicada en estos momentos y desafiar una vez más las normas sociales, no iba a pasarle más factura.

—Un placer conocerla. Me han hablado de usted. —El coronel acababa de comprender el gruñido de su amigo. Él estaba en verdaderos problemas. Ella era la hija de otro duque y también muy bonita.

—Espero que haya sido para bien —señaló ella entusiasta. Por fin la cena sería un acto social y dejaría de parecer un funeral. —De una joven tan hermosa, atenta, espontánea y educada, ¡por supuesto que sí!

Un nuevo gruñido captó la atención de los dos comensales que acababan de entablar conversación. Frederick contuvo las ganas de echarse a reír.

—¿Y quién es el dueño de tan bonitas palabras, milord? —preguntó la joven coqueta. Le agradaba intentar poner celoso al capitán. No estaba segura de que funcionara, pero...

—Soy el coronel Frederick Burns, a su servicio, *milady*.

—Así que usted es el tull... el... el... —«Piensa, piensa, Beth», se dijo a sí misma— el tumultuoso coronel Burns.

—Prefiero tullido a que me llame amotinador, *milady*. —Le sonrió para que no sintiese apuro.

—Lo siento —se disculpó roja hasta las cejas—. No suelo medir mis palabras. Es un defecto que...

—Es algo que yo mismo he comprobado —se quejó el capitán que parecía hacer algo más que gruñir en estos momentos.

—Al menos no le comió la lengua el gato, milord. —La muchacha lo enfrentó y de nuevo Frederick tuvo que tragarse la carcajada que pugnaba por salir de su garganta. Ella tenía agallas.

—Valiente, me faltó señalar cuando enumeré algunos de sus

cumplidos.

—Por favor, soy Beth, coronel.

—Yo soy Frederick. —Ella asintió. Un nuevo gruñido retumbó en la sala. La joven se asustó porque este sonido sí había sido más peligroso que los otros. Otra vez el coronel tuvo que tragarse las ganas de reírse en la cara del capitán—. No tenga temor alguno. Solo es peligroso si lleva un cuchillo en la mano.

—El siguiente plato es ternera —explicó algo temerosa. Beth podía ver las bandejas que se acercaban hasta ella. El duque Demente emplearía ahí un cuchillo.

—Esperemos que la demencia no lo venza entonces. —Una vez más el capitán hizo un ruido, pero ninguno de los allí presentes supo cómo interpretarlo. ¿Era de molestia o de diversión?—. ¿Puedo preguntarle, Beth, qué parentesco entabla usted con la familia?

—¡Oh! Soy la mejor amiga de la hermana de Samuel, digo de lord Monty. Olivia y yo, de hecho, somos sus mejores amigas.

—¿Olivia? —Ese nombre también le sonaba.

—*Lady* Olivia Carrington. Es aquella que está ¿discutiendo con...? —¿Por qué su amiga estaba ofuscada y con cara de pocos amigos mientras asesinaba con la mirada a...? ¡Santo cielo!

—Su amiga parece que tiene una seria discrepancia con el teniente Ryan.

—¿El manc...? ¿El mandón? —trató de improvisar de nuevo. Definitivamente debía meditar antes de hablar. Ella era la sincera, Bri la inquieta y Oli era la desastrosa. Pero Beth se sentía como las tres juntas. ¡Es que ese hombre tan apuesto no parecía el teniente Ryan!

—El manco, sí. Yo soy el tullido, su pro... —un gruñido que dejaría helado a cualquiera se produjo y Frederick decidió cambiar su apelativo— su acompañante es el demente y su amiga está con el manco. Somos los soldados que regresaron con taras del campo de batalla.

—Los soldados valerosos, los llama Bri.

—¿Briana? —preguntó él con curiosidad para estar seguro de que se refería a la hermana de su amigo.

—Sí. Todo el mundo los apoda como usted dice, pero mi amiga y

su hermano los defienden ante todos, explicando que no son más que soldados valerosos que pusieron la vida al servicio de la Corona para que nosotros estuviésemos aquí libres y a salvo.

Frederick se permitió un momento para examinar a la mujer que había nombrado Beth. *Lady* Briana estaba sentada junto a un hombre que no dejaba de atosigarla. Todavía recordaba ese discurso que le dio la muchacha hacía cuatro años antes de partir a la guerra. Pero en ese esbozo que había hecho la prometida del capitán, faltaban cosas más importantes que ella le dijo y que él jamás olvidaría.

—¿Tiene pareja para el baile, Frederick? —Beth volvió a ponerse roja por hacerle esa pregunta porque no era correcto que una mujer fuese tan directa.

—No, *milady*. —«Era osada la jovencita», pensó el coronel.

—¡Él no baila! —El capitán hizo la observación un poco más alto de lo que pretendía.

—No, efectivamente. Mi pierna no es lo que una vez fue. —No quería contrariar a su subordinado más. Se veía que no le agradaba la atención que ella le estaba prestando y no quería enfurecerlo, aunque estaba tentado a hacerlo… pero no, no lo haría porque había más gente en la sala y no se atrevía a que el demente explotase.

—¡Oh! Lo lamento mucho. —Una vez más se puso del color del tomate. ¿Por qué le pasaban estas cosas a ella? Era abrir la boca y estropearlo todo—. No fue mi intención… yo… —El pobre era cojo y ella lo había contrariado. Desde luego, ¿por qué tenía que ser tan torpe? Cierto que el pasado le había hecho merma y aunque nunca fue muy segura, en esta ocasión lo era mucho menos que antaño. ¡Y eso que Angela le había dado unas cuantas clases! ¿Qué había mal con ella?

—¡Basta! —Kirk se maldijo por haberla asustado. Beth había dado un brinco en su silla. Bajó el tono y continuó con la frase—: No es correcto que le prestes tanta atención a un caballero cuando estás con otro.

—¿Ah, no? —preguntó ella con cara embelesada, mientras batía coqueta sus pestañas. La condesa le dijo que un poco de batir de pestañas, un buen abanico y un toque aquí y otro allá podrían obrar

milagro, ¿por qué no intentarlo?

—Se enfría tu carne. Come —le ordenó severo el duque Demente.

Ahí ya la joven dejó de hablar para comenzar a preguntarse en silencio por las reacciones que había estado mostrando el duque Demente. ¿Serían celos? Era imposible, Beth lo sabía, pero es que el hombre la tenía desconcertada por completo.

—Estás jugando a un juego muy peligroso, *milady* —susurró para que solo ella lo oyese.

—Supongo que esperar de usted un «buenas noches» cuando se presentó ante mí, era demasiado por mi parte. —Le echó en cara su falta de cortesía desde el principio de la velada. Presumiblemente presentar batalla ante él no iba a suponer una ardua tarea, porque empezaba a estar muy irritada con su actitud altiva y superior. Beth paró a ver si él se dignaba a ser un caballero y la saludaba como debió haber hecho al inicio de la noche. Eso no sucedió, así que procedió a preguntar lo que él estaba esperando—: ¿A qué estoy jugando, si puede saberse?

—Eres una dulce tentación y lo peor es que eres plenamente consciente de ello. No sé qué tramas, *lady* Monty, pero no te conviene dejarte enredar, porque lo que conseguirás es que te arruine. La última vez me detuve, pero no creas que siempre podré contenerme y recuerda que el matrimonio no entra en mis planes. Quedas avisada.

No, no iba a poder enfrentarse a él. Beth bajó la cabeza tratando de disimular su rubor y siguió comiendo en silencio. La cena estaba resultando un desastre y la hora del baile no presagiaba nada bueno...

Tal y como temió, él no la sacó a bailar. Ningún caballero se atrevió a contrariar al duque Demente y, por lo tanto, los músicos interpretaban las piezas de música y ella las escuchaba desde un rincón sola.

Kirk únicamente era consciente de que ella le calentaba la sangre a un nivel extremo. La joven no estaba indecentemente vestida. Todo lo contrario. Era decorosa en su justa medida y apetitosa en demasía. Ese vestido verde esmeralda resaltaba sobre su piel morena de modo que la hacía parecer elegante y a la vez demasiado seductora. Su frondosa cabellera pedía a gritos ser derramada sobre su espalda y que él la

acariciase para ver si era tan suave como parecía.

El destino era alguien a quien le gustaba reírse de él. Salió de Londres unos días atrás, dispuesto a alejarse de ella y en estos momentos se encontraba buscándola desesperado por todo el salón de baile, los balcones e incluso detrás de los helechos. ¿Dónde se había metido? La tenía bien controlada desde su posición, pero una maldita bandeja cayó al suelo e hizo que él se centrase en el estropicio. El buen coronel Burns llevaba una noche rompedora, porque había sido él quien se cargó la fina cristalería.

Recorrió las dos salitas de la primera planta de la casa de Monty y decidió finalmente buscarla en la biblioteca. Si no estaba allí iría a su habitación para ver si la joven había decidido retirarse. Entendía que una mujer en un baile en el que nadie le solicitase una pieza para danzar era algo aburrido, pero estuvo emocionado por no tener que sentir la amargura de los celos.

Durante la cena estuvo tenso, no solo por ser plenamente consciente de su proximidad y ese olor a lavanda que lo tenía embrujado. Temía la hora del baile porque la última vez aquello fue un verdadero infierno. Gracias a Lucifer nadie le había solicitado una danza a ella.

Finalmente la encontró cómodamente recostada en un elegante sillón de estilo francés en la biblioteca. Ella no se percató de su presencia porque estaba enfrascada en la lectura de un libro. Seguramente sería uno de piratas con damas que eran raptadas y acababan enamoradas de sus captores o ¿tal vez sería uno gótico que tanto se estilaba? No es que Kirk estuviera pendiente de la literatura femenina, pero el periódico siempre traía alguna reseña al respecto y a él le gustaba devorar cada página, como buen lector de la información diaria que era.

—Es peligroso para una dama estar sola en un lugar tan apartado de la fiesta, podrías acabar siendo asaltada por un indeseable.

—Un terrorífico, más bien —susurró Beth.

—¿Has dicho algo?

—¿Qué quiere, excelencia? —A él no le gustaba usar el título y ella sentía la necesidad de molestarlo.

—Regresa a un sitio más público o ve a tu habitación.

—Que yo sepa, no es usted mi padre.

—Soy tu prometido.

—¿Está seguro de querer jugar esa baza? —preguntó ella con un bufido.

—Deberías estar agradecida porque me preocupe por tu seguridad.

—Se lo agradezco, pero, por favor, no se moleste. —Beth volvió a centrar sus ojos en la lectura para ver si él se daba por aludido. Harto de la indiferencia de la joven, Kirk le arrebató de un manotazo el libro que estaba leyendo.

—¡Oiga! —protestó enérgicamente, al tiempo que se levantaba para tratar de volver a coger su libro de nuevo.

—¿Cultivos? —Esa mujer era demasiado peculiar.

—¿Debe autorizar también mis lecturas?

—Hay esposas que deben pedir permiso a sus maridos para leer cierto tipo de libros.

—Es una suerte que yo sea soltera y no tenga previsto casarme a corto plazo, pues. —¿Por qué se tenía que empeñar en jugar a ser su prometido? ¡Si él dejó clara su postura al respecto!

Beth tomó impulso para quitarle el libro que él sostenía sobre la cabeza de ambos para evitar que ella lo cogiese. Sus rostros se encontraron a pocos centímetros. Kirk miró sus labios, ella hizo exactamente lo mismo. Quedaron pecho sobre pecho y con la mano libre, el duque la estaba sujetando por la espalda. No podía dejar que ella se retirase.

El momento era muy íntimo y pese a que el capitán trató de controlarse, cuando la lavanda llegó a sus fosas nasales bajó su cabeza en busca de la boca de la joven sin ningún remordimiento. El libro cayó al suelo. A nadie le importó.

Beth pasó sus brazos por su cuello para aferrarse fuertemente a él. La necesidad se fue haciendo a cada segundo más lujuriosa. Kirk sabía que estuvo perdido en cuanto entró en la biblioteca. Beth no esperaba este desenlace, sin embargo, estaba dispuesta a llevar a la práctica los sabios consejos de una dama casada. Tal y como Angela le indicó, decidió tomar la iniciativa, de tal modo que Kirk se vio superado en

las atenciones que dispensaba.

Beth comenzó a besar el cuello de su acompañante de forma tímida al principio. Después de escuchar el primer gemido de él, decidió dar más ritmo a la seducción. ¡Por Júpiter que ella lo seduciría!

Cuando alcanzó su oreja comenzó a juguetear con ella del mismo modo que él lo hizo semanas atrás. Por lo visto, él era un buen mentor. Las manos del capitán habían pasado por todos los lugares de su cuerpo. Las sintió en su espalda, en sus posaderas y en estos instantes buscaban abrirse hueco para alcanzar sus pechos.

—Necesito verlos. Lo necesito, Beth —la súplica era manifiesta y la muchacha lo dejó apartar las piezas de ropa para descubrirlos—. Magníficos. ¿Me dejarás probarlos, verdad? —preguntó sin dejar de observar esos dos tersos pezones que se revelaban duros como dos granos de café.

La joven no pudo contestar. Echó la cabeza hacia atrás y con ambas manos dirigió la cabeza de él hacia donde debía estar. El capitán se dio un auténtico festín. De uno pasó al otro y del otro al uno. Los amasó con ternura mientras su lengua los adoraba. Sus manos querían tenerlos prisioneros y sus palmas pretendían no desencadenarlos jamás.

—No puedo sostenerme, Kirk. —Las fuerzas comenzaron a fallarle y la muchacha era consciente de la necesidad de tumbarse para disfrutar de las caricias y las sensaciones que él le estaba dispensando.

El capitán la llevó en volandas y la depositó suavemente sobre el sofá. Se posicionó con cuidado sobre ella y comenzó de nuevo a besarla. Las manos no podían dejar libres sus pechos porque era una crueldad tenerlos a su alcance y no mimarlos.

Las manos de él soltaron los pechos para subirle la falda. Cuando sintió la seda de sus medias volvió a gemir. Con suma terquedad y de modo ansioso llegó hasta sus prendas interiores. Sus dedos se abrieron paso entre la abertura para alcanzar aquello que deseaba saber si encontraría húmedo por él, para él.

La humedad estaba más que latente, en esa parte que se escondía entre sus rizos. Un nuevo grito de puro gozo resonó en la habitación. Beth no lo oyó porque no era consciente de nada más que de cubrir la

necesidad que su cuerpo sentía. Notó un dedo invasor en su cavidad mientras que otro rozaba sin sutileza un punto hasta la fecha desconocido en su cuerpo. Los gemidos de ella, continuos y desgarradores, calentaron la sangre del capitán hasta grados que ni el propio sol alcanzaría a transmitir en el día más soleado. Fue imposible no frotarse él mismo la entrepierna sobre la tela que lo estrujaba.

Beth comenzó a mover sus caderas tratando de seguir el ritmo que él imprimía. La columna se le rompería de tanto que la arqueaba en busca de eso, de algo que estaba ahí por descubrir y que instintivamente buscaba su cuerpo en el toque de él.

La muchacha estaba a punto de morir de placer porque eran sensaciones angustiosas y a la vez llenas de vida. Algo nuevo, sobrecogedor, que cuando descargó, hubo de gritar para sacar fuera todo ese placer que amenazaba con inundarla y por el que ella felizmente se dejaría asfixiar.

Su cuerpo quedó laxo tras la liberación. Sus ojos estaban cerrados y una gran sonrisa se dibujaba en su rostro. Fuera lo que fuese lo que había sucedido se sintió gloriosa y sublime.

Abrió los ojos porque Kirk estaba arreglando su ropa y cubriendo sus pechos con la ropa que previamente había retirado. El capitán se hallaba de pie y la estaba levantando a ella.

—Ve directa a tu habitación.

Beth se quedó quieta tratando de encajar las palabras en su cabeza porque no era capaz entender nada. Su inteligencia había sabido por la ventana.

—¡A tu habitación, ya, ahora mismo! —le gritó él.

Beth dio un brinco que —al igual que la otra vez en el club de caballeros— la despertó de la ensoñación de forma cruel y se marchó corriendo del lugar.

Kirk cerró los ojos. Apretó los puños y se odió a sí mismo por haber llegado tan lejos con ella. Demasiados años pensando en aquel baile, mucho tiempo sin estar con una mujer... era débil porque por Lucifer que la habría arruinado de no haber recuperado la sensatez justo a tiempo.

Le dolía el alma y cierta parte de su anatomía estaba muy

enfadada por no haber conseguido su objetivo: hundirse en ella. Gritarle fue lo mejor que pudo haber hecho por Beth. Beth. Beth. Beth. Su nombre retumbaba golpeando como una maza en su mente. Ahuyentarla fue lo más caballeroso, lo mejor que hubo hecho. Algún día ella se daría cuenta y lo agradecería. Hacerla suya sería marcar su destino con el sello de la muerte. «Él no era ningún monstruo por mucho que ella lo considerase así», pensó desolado Kirk.

Capítulo 6
Enredos de pareja

Esa noche consiguió dormir después de derramar numerosas lágrimas, como una niña pequeña a la que pescan cometiendo una falta. Beth fue una tonta al pensar que algo había cambiado. La besó y pensó que sí era posible que él hubiese recapacitado. Cuando le hizo lo que fuese que ocurrió, algo dentro de ella despertó. Fue como si su cuerpo se revelase para hacerle partícipe de ciertas necesidades que hasta el momento nunca tuvo impulso de saciar, porque entre otras cosas todo era nuevo, deliciosamente innovador.

Cuando salió de la cama esta mañana la tormenta había pasado. La desesperanza y la desilusión de ayer parecían haber quedado olvidadas. Angela había insistido en que el hombre por el que se decantó era complejo, rudo y temperamental, y ya la avisó de que la labor no iba a ser ni fácil ni placentera, sino todo lo contrario.

Decidió que la batalla de anoche no había sido del todo una derrota. Aunque se sintió humillada y culpable gracias a la brillante actuación del terrorífico tras darle placer, en estos momentos lo veía todo con aires renovados. Ella no le era indiferente y su excitación punzó sobre su carne en numerosas ocasiones en aquel encuentro... y sí, la condesa de Monty le explicó con pelos y señales lo que ocurría entre un hombre y una mujer, a nivel físico, y Beth vio perfectamente la mancha que se dibujaba en el centro de su elegante pantalón. Él tuvo su liberación también.

Angela dijo que él lucharía para apartarla y era justo lo que estaba sucediendo. Beth tenía ventaja sobre él, conocía su proceder y sus intenciones y aunque no sabía exactamente por qué se comportaba de esa manera con ella, le haría caso a la condesa de Monty y lucharía. Él había ido a la guerra. En Francia luchó por su vida. Beth estaba en

Londres y le había declarado la guerra a él y lo que estaba en juego era el corazón del hombre, porque la joven estaba dispuesta a arrebatárselo.

¿Cómo lo haría? No tenía ni idea, pero algo se le ocurriría.

Por lo pronto llamaría a su doncella para que le ayudase a ponerse su traje de terciopelo verde para salir a montar. Cuando lo viese decidiría su estrategia.

Beth llegó a los establos y vio a un corrillo que discutía nervioso y muy acaloradamente. Tuvo ganas de irse porque, cómo no, el que estaba protagonizando la discusión era él. Por lo visto ese hombre sacaba de sus casillas a todos los que tenían el infortunio de tratar con él.

Cuando vio que su amiga Briana se acercaba hacia ella fue como si le dieran calor en medio de una ventisca. Ninguna de las dos se perdió detalle de la conversación entre los hombres.

—No entiendo esa fobia a los caballos, Kirk. —El conde de Monty estaba harto de las manías de su amigo.

—No pienso montar en uno y es mi última palabra, Samuel. —Era un puñetero duque, un loco y no tenía por qué dar ninguna explicación sobre sus decisiones. Kirk lo tenía clarísimo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Briana a Beth en un susurro para no interrumpir la discusión.

—El duque es un hombre muy obstinado y complicado, Bri. —Tal vez en los jardines de Vauxhall debió haber meditado mejor sus opciones. Beth estaba viendo la cara del hermano de Bri y comprendía exactamente lo que estaba pensando ese hombre. ¡El duque era imposible!

Briana, que era una muchacha muy intuitiva, se hizo una idea del problema que podría haber y decidió tenderle una mano al soldado.

—Al final sí te va a venir como anillo al dedo que te llamen demente. Es un simple caballo, Kirk. ¡Monta! —El conde estaba a un pelo de perder del todo la paciencia.

—He dicho que no lo voy a hacerlo y es mi última palabra.

Cuando Kirk salió de su habitación esa mañana, por inercia fue a visitar las cuadras porque que no montase, no implicaba que no

disfrutase de la compañía de los caballos. Pronto el capitán se vio invitado por Samuel para participar en una visita a caballo para recorrer la finca. Él no iba a subir a un animal. ¡No podía hacerlo!

La tensión entre Samuel y el capitán era más que evidente.

—Ven, vayamos y sígueme la corriente —le ordenó Bri a Beth, mientras tomaba del brazo a su amiga. Ella trató de resistirse. A Beth le daba miedo el demente, porque ese hombre no estaba cuerdo y se veía muy enfadado. No quería que le gritase precisamente a ella delante de todos porque la hundiría en la miseria.

—Caballeros —saludó Beth. ¿Qué? A ella le daba miedo, pero no era una cobarde dado que en los últimos meses había tenido que aprender a ser valiente a pasos agigantados.

—Hemos pensado —tomó la palabra la hermana de Samuel— que sería conveniente dar un agradable paseo hasta el pueblo. Es una distancia corta, pero a Beth y a mí nos gustaría contar con un escolta.

—Ahí lo tienes, hermanita, este terco es todo vuestro —explicó molesto el conde. Su amigo Kirk era extraño para todo. ¿Acaso no entendía que negarse a hacer algo tan simple como montar daría pábulo a más rumores sobre su locura? Sí... ¡luego el corto de entendimiento era él!

—¿Acepta, capitán? —preguntó trémula, Beth.

—No voy a consentir que mi... que dos muchachas —se corrigió rápidamente porque no quería usar la palabra prometida— vayan solas sin la debida protección. —La mirada que el duque le dedicó fue tal, que Beth sintió un escalofrío recorrer su espalda. ¿Qué acababa de pasar?, se preguntó ella. ¿Estaría él rememorando la noche anterior? La joven no había podido dejar de pensar en aquello que le hizo, y en que le encantaría que lo volviese a repetir. Eso sí, esta vez le gustaría que después no hubiese gritos, si no abrazos y besos tiernos.

—Fabuloso entonces. —Bri se giró para buscar a su hermano, pero él ya se había ido en busca del resto de los invitados que lo aguardaban en el claro con sus monturas. Volvió a darse la vuelta y divisó a la pareja que había emprendido el camino sin ella. Sonrió y decidió seguir su estela en un segundo plano, porque por lo que parecía, Briana iba a ejercer de carabina.

—¿Por qué no quieres montar? ¿No te gustan los caballos? —Beth no pudo remediar hacer la pregunta. ¿Tendría algo que ver con la guerra? Además, era momento de un acercamiento y por esto decidió olvidarse de la etiqueta en el trato... después de los últimos sucesos íntimos, bien podía hacerlo, ¿verdad?

—No es asunto tuyo —explicó severo. Beth no se sorprendió ni por el tono ni por las palabras dichas.

Lejos de ofenderse le ofreció una sonrisa seductora a la que siguió un bonito batir de pestañas. En un gesto audaz pasó uno de sus dedos por la mejilla del capitán.

—¿Qué demonios haces?

—Nada, ser cortés y educada, algo que deberías practicar, capitán. —Él la miró sorprendido sin entender nada y Beth siguió con la explicación—. Tenía una hormiguita o un bichito en la mejilla, lo he apartado sin matarlo —mintió porque no hubo tal insecto sobre su piel—. Porque todas las criaturas tienen su misión en la vida. Incluso usted. —Sonrió de nuevo y le ofreció otra mirada seductora.

Kirk se quedó con la boca abierta. Lo sabía y, aun así, era incapaz de cerrarla. Había esperado llanto, gritos, indiferencia o cualquier cosa que no implicase precisamente esto, por parte de ella. Si no fuese porque parecía imposible, diría que Beth estaba coqueteando con él descaradamente, porque era improbable que esto estuviese ocurriendo y más después de cómo se comportó anoche, ¿cierto?

El duque iba a preguntarle qué se proponía cuando al pasar por delante de la entrada principal de la casa de lord Monty, vio a un hombre apostado junto a un carruaje.

—¿Frederick? —¿La fiesta acababa de empezar y el coronel se marchaba? ¿Y además molesto? Kirk no sabía qué había sucedido con el coronel. Supo que el teniente se había ido más que apresuradamente esa misma mañana. De igual modo que *lady* Olivia también había abandonado lo fiesta, ¿qué estaría pasando con sus compañeros de armas?

—Buenos días —saludó el coronel mientras daba una indicación a los lacayos para que cargasen el siguiente baúl en el coche de caballos.

—¿Se marcha tan pronto? —preguntó a bocajarro y nerviosa *lady*

Briana.

Frederick se quedó mirándola con el entrecejo fruncido. Entonces... ¿Ella había batido sus pestañas cuatro veces seguidas? La vio colocarse justo a pocos centímetros de él.

—¡Oh! Disculpen, pero el día está muy caluroso. —Briana sacó su abanico y pasó a utilizarlo del modo en que Angela la había enseñado totalmente ajena a la mirada incrédula de los tres allí presentes. Bri estaba muy concentrada tratando de sacarse partido ante Frederick.

Beth se quedó asombrada porque era justamente eso lo que Angela le había enseñado a ella también. ¿A Briana le atraía el coronel? ¡Por Júpiter! Todo apuntaba que así era.

El capitán Kirk tuvo el buen juicio de continuar el paso y dejarles a ambos intimidad. Asió a Beth para que esta lo acompañase. Ella no se quejó cuando se dio cuenta de que él la estaba empujando dulcemente. Todo lo contrario. La muchacha le sonrió y se dejó agarrar gustosa. El duque se maldijo por verla a ella tan ensimismada con él. Y volvió a maldecir al darse cuenta de que la hermana de Samuel había utilizado los mismos trucos con el coronel que él había presenciado unos minutos antes con Beth. Ellas estaban cazando. ¡Mujeres y sus armas de seducción!

Kirk no era tonto. La mano de la condesa de Monty estaba en ambos coqueteos. Si Angela había tomado parte en los asuntos de las dos jóvenes... Tanto el coronel como él mismo estaban en serios apuros. La mujer de Samuel era muy, pero que muy, muy peligrosa.

Ambas parejas —por descontado que Frederick no abandonó la fiesta esa mañana, sino que se unió al paseo— llegaron a un encantador pueblo con calles estrechas, edificios pequeños y donde la gente transitaba ligera y jovial. Kirk estaba realmente incómodo. La cercanía de Beth lo estaba matando. No podía olvidar la noche anterior y, lo peor de todo, era que el perfume de la joven resultaba más adictivo que el propio opio. Trató de zafarse varias veces del agarre de su mano, mas Beth parecía decidida a no dejarlo escapar. La siguiente parada se realizó en el interior de la iglesia. Los invitados a la fiesta del conde de Monty estaban disfrutando de la explicación sobre la arquitectura de la edificación y los tesoros que allí se

almacenaban, entre objetos, cuadros y otros enseres.

—¿Recuerdas que no eres mi prometida, verdad? —No podía seguir con ella cerca o acabaría cometiendo una verdadera temeridad en la casa de Dios. Kirk necesitaba sacársela de encima.

—Lo tengo muy presente, sí.

—Entonces, haz el favor de soltar mi brazo de una vez. —Era ahuyentarla o saltar sobre ella. Sería mejor hacer lo primero.

—Desde luego. —No iba a llorar. No iba a llorar. Lo dijo hasta cinco veces y no sirvió de nada porque la dureza de sus palabras le había nublado la vista. Se dio la vuelta para salir del lugar. Comenzó el camino cuando oyó que una mujer llamaba a Kirk, sí, Kirk, de forma más que escandalosa. Lo observó conversar con la mujer, que era muy bonita, de manera distraída. A los pocos segundos lo vio ofrecerle el brazo a su nueva acompañante.

Las miradas de ambos se cruzaron antes de que ella se diese la vuelta para marcharse del lugar. El trabajo era arduo y demasiado poco gratificante. Beth no estaba segura de poder seguir ejerciéndolo.

Se marchó del lugar dispuesta a llegar a la casa, empacar sus cosas y regresar a Londres para dar a su madre la noticia de su retirada al campo. Siempre fue su sueño. La tierra era una de sus pasiones, los cultivos. Se había formado desde los catorce años porque ese sector le apasionaba. Estaba lista y preparada para seguir su camino. Ningún hombre se había fijado en ella y lo más importante, nunca un caballero llamó su atención como el capitán Kirk. Perth no contaba porque resultó ser un sapo y no un príncipe, además que ella ya no buscaba ningún hombre que la salvase.

Beth faltaría a la verdad si dijese que una vida sin un esposo y sin niños era lo que quería. ¿Quién no ansiaba tener una familia? Con un poco de suerte encontraría el amor y viviría en respeto con el futuro padre de sus hijos, pensó cuando fue más joven. La vida comenzó a abrirle los ojos lentamente, puesto que las temporadas pasaban y nada sucedía.

¡Por Júpiter! El capitán tuvo que venir a estropear sus designios.

Quería una vida con él. Le gustaba ese terrorífico hombre y no podía sacarlo de su cabeza después del gran descubrimiento del

mundo del placer de anoche. Aun así, ¿cómo mostrarle a alguien que no quiere ver lo buena que podría ser ella? Si tan solo la dejase penetrar en la coraza que él llevaba puesta... Beth no podía obligarlo a que le diese una oportunidad.

La soledad del campo le sirvió para sosegarse, mientras regresaba a la finca de los Monty. Finalmente, las lágrimas no llegaron a escapar porque no valía la pena entristecerse por algo que no tenía remedio.

Pasó junto al pequeño lago de la propiedad de los condes. Su mente se preguntó qué sería estar en una barca con un hombre que la acompañase al tiempo que la cortejaba. Le hubiese gustado montar en una embarcación... ¡Por Júpiter! Beth se dio cuenta de que no necesitaba a un hombre para montar en una pequeña barca con remos. Ella sabía nadar y eso de remar no podía ser demasiado difícil. Si iba a comenzar a valerse por ella misma, este era un magnífico momento para ponerse a prueba.

Con cuidado y destreza se subió al bote y examinó los remos que había dentro.

—¿No te das cuenta de que una dama no puede ir sola por el medio del campo? Eres... eres... ¡eres una inconsciente! Hay salteadores de caminos, hombres peligrosos que te hubieran podido... —No quiso ni imaginar si alguien se propasase con ella—. ¡Por Lucifer! ¿En qué estabas pensando? ¡Y sal de ahí antes de que te caigas al río y te ahogues!

Beth lo miró seria, pero no enfadada ni con ira. Ese hombre no iba a darle miedo mientras viviese. Total, él, como bien se empeñaba en recordarle de forma continua, no era su prometido, ni nada.

—Es un lago, no un río, y haga el favor de seguir su camino. —Beth regresó a la formalidad a la hora de hablar—. Estaré perfectamente bien. Buenos días. —Trató de despedirlo. No tuvo éxito.

—¿Quieres que suba ahí y te baje por la fuerza?

—¡Atrévase! —lo desafió ya molesta.

Ambos se midieron en una mirada desafiante. Kirk vio la determinación en la joven y no se atrevió a enfurecerla. El grito que ella le acababa de dar le dio buena pista de lo que esa fiera le haría si se atrevía a molestarla.

—Subiré contigo —expuso manso. El capitán lamentó no haber traído con él uno de esos utensilios que usaban las sirvientas para colgar la ropa porque ese olor a lavanda le hacía querer ponerse una pinza en la nariz.

—¡Salga de mi bote inmediatamente! —Beth tomó la determinación de comenzar a valerse por ella misma unos minutos atrás y por Júpiter que lo pondría en práctica de inmediato.

Por supuesto, Kirk tomó asiento en el bote sin hacerle caso y comenzó a manipular los remos. Si Beth quería dar un paso por ese río o lago o charca o lo que fuese, él iría con ella. Eso sí, era solo para evitar que acabase ahogándose... no tenía nada que ver con las ganas que tenía de estar a solas con ella en la barca.

¿Ese hombre siempre iba a hacer lo que le diese la gana? Beth estaba al borde de tirarlo al agua y marcharse. «Sería tan fácil», pensó, en tanto que lo veía en el borde de la barca sujetando el remo... un empujoncito y lo tiraría... Beth se tragó un aullido. Él había conseguido que ella fuese una mala persona como lo era el duque, porque en todos sus años no había sentido deseos nunca de hacer algo para avergonzar a otro ser humano...

Dos figuras se acercaban hacia el embarcadero. La joven se puso nerviosa porque ellos dos no deberían estar solos sin supervisión. Realmente estaba temiendo que al final la obligasen a casarse con un hombre al que podría ansiar echar al agua o algo mucho peor. ¡Si es que la sacaba de quicio!

Se levantó y salió discretamente del bote, mientras él estaba de espaldas, dispuesta a escabullirse de allí. Fue sigilosa y él no se percató de que había abandonado el lugar.

—¡Oh, Briana! —La alegría que sintió su corazón al ver a una amiga, fue tal que le dio un abrazo. Beth miró a la derecha y observó al coronel Burns junto a su amiga... Ahí había algo.

—Nos encantaría dar un paseo con ustedes —expuso Briana, aun a riesgo de contrariar más a su excelencia que parecía molesto con la interrupción.

—No van a subir aquí. Este bote es para dos. —Briana trató de no sonreír y lo consiguió cuando vio la cara de pánico de su amiga.

«¿Qué estaba pasando con esos dos?», se preguntó.

—Bueno, Frederick y usted irán en un bote y mi amiga y yo en el otro. —Briana pretendía probar un punto, porque él se veía muy interesado en Beth y quería estar segura de eso que todos, en especial *lady* Monty, daban por sentado.

—No. —«Punto probado», se dijo Briana—. No me acusarán de negligente por dejar que dos muchachas mueran ahogadas en un lago.

—Sabemos nadar, excelencia. —Bri iba a contestarle, pero Beth se adelantó:

—Si él es Frederick, yo soy Kirk. Ahora sube. —El capitán no supo de dónde vino esa orden que le acababa de dar. Tan solo fue consciente de que le molestaba que ella no lo llamase por su nombre después de lo que habían vivido anoche.

—¿Montas conmigo entonces? —El coronel estaba en otro bote, pues había previsto que su buen amigo, a quien en vez de demente deberían llamar el cabezota, no permitiría que nadie alejase a su dama... O sí, esa muchacha era su dama por más que él no quisiera admitirlo. Frederick no era tonto.

Lady Briana cogió la mano que le ofertaba su compañero y subió a bordo de la barca con el coronel. Beth hizo lo mismo a regañadientes con Kirk. Se sentó en el banco con los brazos cruzados sobre su pecho con cara de pocos amigos. Su disgusto era más que evidente.

—Estás adorable cuando te enfadas. —Por algún extraño motivo, verla como si fuese una niña pequeña a la que no le habían comprado su helado preferido le hacía mucha gracia.

Beth no se lo podía creer, ¿él tenía ganas de irritarla más? Esa sonrisa burlona le dieron ganas de... no sabía de qué, pero eran ganas de hacer algo muy malo para castigarlo.

—Estoy harta de usted. Me gustaría no haberlo conocido jamás, olvidar aquel estúpido baile de hace cuatro años y por descontado la noche que todo se torció en los jardines de Vauxhall. —No, ella no iba a renunciar a la experiencia de la biblioteca.

—Yo no podré olvidarlo jamás —dijo con una sonrisa el duque. Beth se enfureció al ver que encima él se estaba burlando más todavía de ella.

—Lo odio —sentenció bufando.

—Mentirosa. —Kirk era consciente de que sonreía, pero realmente es que no podía controlarlo.

—Lo odio con todas mis fuerzas. Es un hombre terrorífico.

—Anoche no fue precisamente miedo lo que sentiste. Te recuerdo que, si hubiese querido, te habría deshonrado por completo. —No quitó tampoco ahí la sonrisa.

—¡Será grosero! —Beth se levantó del banco del bote para enfrentarlo. Ya no podía seguir tolerándolo.

—Nada de eso. Deberías estar agradecida de que no seas el tipo de mujer que calienta mi sangre —mintió, porque verla colorada, furiosa y con las pupilas dilatadas le resultó un dulce tormento. Si estuvieran a solas, él...

—Apuesto mi dote a que esa mujer con la que alegremente estuvo hablando en la iglesia sí es del tipo que le gustan. ¡Vaya pues con ella! —gritó alterada y presa de los celos.

—Celosa estás aún más irresistible. —Se puso de pie porque necesitaba tocarla—. Me iría gustoso con otra mujer si no estuviese hechizado por ti. Eres una hechicera. No sé lo que me has hecho, si es tu perfume, o simplemente tu persona, pero no consigo... —La frase no pudo ser concluida porque Beth al sentirlo cerca decidió dar rienda suelta a su ira, a su desazón y le dio tal empujón que acabó tirándolo por la borda. No. Ella no estaba dispuesta a oír más sandeces, estupideces que seguramente estaban encaminadas a burlarse de ella. Verdad o mentira, no quería saber lo que él tuviese que explicar.

La joven se quedó de pie orgullosa de su acto y a la vez aterrada por la posible reacción de él. Beth respiraba agitadamente y tenía el corazón en un puño. ¿Sabría nadar? Cuando lo vio emerger sintió alivio. Lo vio ir hacia la barca y agarrarse del borde.

—Tienes agallas, hechicera. —En esta ocasión no osó reírse. Sus sentimientos se debatían entre la admiración de la fierecilla y el orgullo herido.

—No vas a subir —dijo con informalidad. Beth solía cambiar el tono con él según su estado de ánimo.—. Me parece que he dejado más que claro que no deseo tu compañía.

—Te prometo que ajustaremos cuentas. —Beth vio un brillo en sus ojos que le hizo erizar la piel de todo su cuerpo. Tenía la réplica en los labios cuando el coronel que también estaba en medio del lago nadando, habló:

—Kirk, es hora de darles una lección. Te veo en la orilla. Que se apañen para salir ellas solitas. —Briana lo habría tirado al agua también, ¿o él se habría caído?

—¡Buena idea! —El duque estuvo de acuerdo con el plan. Si subía a la barca cometería una verdadera locura porque se moría por quitarse la ropa mojada, desnudarla y usar la cálida piel de la muchacha para entrar en calor.

Los dos militares se desentendieron de las mujeres. La ropa pesaba y los zapatos molestaban, pero querían mantener el orgullo intacto frente a ambas y nadaron sin descanso hasta alcanzar la salida del estanque.

—¿Estarán bien? —preguntó Kirk cuando consiguieron salir del agua.

—¿Estás preocupado? —la pregunta le pilló desprevenido. Creyó que su amigo estaría furioso con la muchacha.

—Me ha tirado al agua. —Kirk aún no se lo creía. La Beth sumisa y tranquila lo cautivó, pero esta mujer impredecible se había ganado todo su respeto.

—A mí también me han invitado a darme un remojo —ironizó.

—Yo lo merecía, pero ¿y tú? —Kirk sabía que no debió hacerla enfadar. La creyó más dócil. Se alegraba de que no fuese así. Esto no se lo esperaba. Tampoco es como si fuese la primera vez que ella lo tomaba por sorpresa, pero, aun así…

—Imagino que ha sido por tu culpa.

—¿Disculpa? —preguntó sin mirarlo. Esa jovencita lo tenía… no sabía qué, pero algo estaba pasando y no era algo bueno. Iba a ser imposible salir del embrujo de Beth.

—Briana ha debido pensar que te enojarías menos si yo compartía tu destino. Recuerda que eres el duque Demente y que la hermana de Samuel se ha propuesto salvar a todos los que se cruzan en su camino. Es su mejor amiga la que ha derribado a un duque, ella ha derribado a

un conde —sí, el militar también tenía título nobiliario— para intentar estar a la par y evitar tu ira. Deberías ser más amable, Kirk.

El duque se carcajeó.

—¿De qué te ríes?

—Estás en problemas, amigo mío. Lo supe en cuanto la dama sacó su abanico cuando te disponías a largarte de casa de Monty a hurtadillas. —Esta vez sí, el duque dejó de mirar a Beth y dirigió la mirada hacia su amigo con mucha suspicacia.

—No sé entonces por qué vienes a reírte de mí. Tú estás en mayores complicaciones que yo. Te recuerdo que esa muchacha es tu...

—Sí, sí. De acuerdo. ¿Las ayudamos? —Los amigos se giraron para verlas. Ellas estaban compartiendo confidencias mientras situaban los remos para comenzar la marcha. Definitivamente no eran dos jovencitas al uso. Sabían defenderse y apoyarse entre ellas. Los dos hombres sacaron pecho, orgullosos.

—Estarán bien. Saben remar y también nadar. Lo sensato será regresar y quitarnos esta ropa mojada. —Al coronel le dolía en el alma dejar ahí a Briana. Le gustaba mucho estar en compañía de ella.

—Si algo le sucede... —dijo suspirando y muy pensativo el duque. Le tocó el turno de explotar de la risa a Frederick.

—Estás ena... —comenzó a decir incrédulo Frederick.

—¡Calla! Pienso librarme de ella cueste lo que cueste —lo dijo absolutamente en serio.

—Vamos a ponernos algo seco. —No tenía sentido discutir con él ese punto. No había quien comprendiese a su amigo.

—¿Qué vamos a decir que nos pasó?

—Que rescatamos algo o a alguien en el lago. Somos soldados valerosos, amigo mío, y no vamos a admitir que dos jovencitas nos derribaron de un bote.

—Me gusta tu plan. —Sacudió la cabeza. Por algo Frederick había sido el director del regimiento.

—Por eso soy el coronel.

—Por eso fuiste el coronel.

Dos amigos salieron de allí en dirección a la casa de su amigo

Samuel. No fueron muy rápidos en el carruaje con el que el coronel había llegado acompañado por Briana a fin de poder comprobar que ambas muchachas conseguían salir ilesas del estanque.

Pero antes, mientras los dos amigos compartieron confidencias, las dos jóvenes hacían lo propio en el lago.

—¿Qué te ha hecho? —Bri estaba preocupada. Su amiga estaba enfurruñada y aún iba criticando por lo bajo mientras remaba.

—Nada —mintió. Ese hombre era desagradable hasta la médula.

—¿Por eso él se ha llevado un buen baño? —preguntó socarrona.

—¿Qué te ha hecho a ti el otro? —Quiso averiguar Beth.

—Nada.

—Estamos igual entonces. —No quería hablar sobre el tema. Su excelencia se había llevado su merecido y ella debería estar satisfecha. Beth no era una mujer violenta, pero ese hombre sacaba lo peor de ella.

—De acuerdo.

Llegaron al embarcadero y aseguraron los botes y los remos. Beth seguía con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres hablar del tema? —Volvió a insistir Briana. Se veía perfectamente que su amiga estaba disgustada y quería sacar lo que fuese que llevaba dentro. Olivia y ella le habían dado cierto margen, pero Beth era testaruda también.

—No hay nada de qué hablar, Bri. —Ella solita se había metido de lleno en este embrollo y sola habría de salir.

—Como quieras. —Era su vida y su decisión. Briana lo respetaría —. Pero recuerda que estaré siempre a tu lado. —La joven no contestó, pero asintió en señal de gratitud ante la oferta de su mejor amiga.

Briana y Beth pusieron rumbo silencioso hasta la casa.

—Habéis llegado al fin. Estaba preocupada. El coronel y el duque han llegado empapados y han hablado sobre algún rescate. Temí lo peor. No me dieron más información. —La condesa de Monty estaba muy segura de que los consejos que había dado a ambas muchachas estaban siendo aplicados, porque los hombres se veían muy contrariados, pero de una manera muy especial… como Samuel

cuando... ¡Uf! Tendría que hablar con ellas para que no hicieran una locura antes de pasar por el altar.

—Nosotras no sabemos nada al respecto. —Bri fue la que habló.

—¿Seguro? —Miró evaluadora a los dos jóvenes que se notaba a todas luces que estaban conteniendo la risa.

—Si nos disculpas. Hemos de ir a cambiarnos para la cena. —Briana no podría aguantar las técnicas de interrogatorio de la condesa, era mejor irse cuanto antes.

—¡Acabaré enterándome de lo que ha pasado! —Tuvo que alzar la voz más de lo correcto porque ambas ya se iban sonriendo y tratando de aguantar las ganas locas de reír que tenían. Tanto Bri como Beth estaban recordando lo estupefactos que los dos hombres se quedaron cuando se cayeron, con ayuda, al fondo del lago.

—¡No sabemos nada! —repitió Beth.

La cena transcurrió extraña. Él se comportó de una manera galante. ¿Increíble, cierto? Tramaba algo. Beth lo supo nada más bajó de su habitación y lo divisó vestido de gala esperándola. En aquel momento, Kirk avanzó cortés, le dio las buenas noches, al tiempo que cogía su mano y la besaba. Posteriormente le ofreció su brazo y entraron al comedor. Tomaron asiento uno al lado del otro y en esta ocasión el capitán conversó civilizadamente con ella y con Frederick, dado que estaban sentados en la misma disposición que la noche anterior.

Fue mágico, placentero y sublime. Su prometido estaba comportándose como tal y más aún, se atrevería a decir que la estaba cortejando. ¡Por Júpiter! Si lo hubiese sabido antes, le habría dado un remojón hace semanas.

¡Incluso la había citado en el invernadero para un encuentro clandestino, tras la cena! ¿Quién era este hombre y qué había hecho con el terrorífico? Beth estaba en verdaderos problemas porque después de ver su faceta agradable y civilizada volvía a correr el peligro de querer más de él.

Sintió a alguien a su espalda. No le hizo falta girarse para comprobar que era él. El lugar estaba oscuro salvo por la luz de la luna que alumbraba de forma mágica. Olía a naturaleza, fragancias

frescas de flores y hierbas. Desde las primeras visitas a casa de Briana consiguió contagiarlas con su pasión por la tierra. Ese invernadero lleno a rebosar de vida vegetal era una prueba palpable.

—Ven. —Le tendió la mano, caballeroso. Kirk había planeado con antelación el lugar exacto al que la llevaría dentro de ese gran espacio.

—Lavanda —dijo Beth cuando llegaron hasta el rincón privado.

—Me vuelves loco, Beth. Más de lo que estoy. Es por eso por lo que necesito que comprendas que hago lo que hago porque es mi obligación y mi deber. Es por tu bien. —La tenía entre sus brazos y sus labios iban tocando enérgicamente la piel de su cuello.

—¿Qué estás queriendo decir? —No estaba segura de poder seguir una conversación tan importante si él le dormía los sentidos. Trató de separarse. Él no lo permitió. La pegó completamente a su cuerpo y la besó en la boca.

—Que espero que puedas perdonarme cuando te haga daño. —Detuvo los besos para hacer la confesión.

—Si no me lo haces, no tendré que perdonarte —consiguió decir antes de que él la volviese a besar.

—Sé que acabaré haciéndotelo. Todo lo que me rodea acaba muriendo.

—No lo permitas, Kirk. —Amaba a ese terrorífico hombre. Le rompía el corazón ver su dolor. Su tormento. Él estaba dolido, Beth lo vio, lo escuchó en cada una de sus palabras de desesperación.

—Esto. Esto entre nosotros no puede ser, Beth. Apártate de mí. Párame, no me permitas continuar.

—Tócame como anoche —suplicó.

—¡No! No puedo hacer eso. ¡Por Lucifer! No me pidas eso, Beth. Mi Beth. Mi dulce perdición, mi tormento más placentero, no me pidas eso.

—Lo necesito. Me despertaste, Kirk. He de sentir tu toque, tus manos sobre mí, tu lengua acariciando la mía. Necesito ser tuya, soy tuya. Hazme tuya.

—No, no, no, no puedo hacerlo. —La frente de él reposó en la de ella. Las manos varoniles recorrían con suavidad la espalda de la

muchacha en caricias tiernas.

—Te necesito. ¿Me necesitas tú?

—Como el aire para respirar, como el agua para beber. Eres mi alimento.

—Deja entonces que te dé de comer, que respire a tu lado, que sacie tu sed.

—Mi preciosa hechicera. Si yo fuese otro... si mis circunstancias fuesen otras.

—Te amo, Kirk. Me he dado cuenta de que no quiero a otro hombre, eres tú. Me tienes si me quieres. Tan solo has de alargar tu mano y tomar lo que ofrezco.

—Te envenenaré.

—No lo harás.

—No puedo correr el riesgo.

—¿No me deseas? Quiero ser tu esposa, tener a tus hijos, ser parte de ti. Déjeme entrar en tu mundo.

—No puedo, no puedo.

—No lo entiendo, ¿hay algo mal conmigo?

—No, tesoro. Soy yo. Estoy podrido, te llevaré a un mundo de oscuridad.

—Deja que sea tu luz.

—Desde hace cuatro años eres mi luz. En mi mundo de terror tú eres mi luz. Cierro los ojos y te veo bailar y todo se calma, la muerte desaparece.

—Te necesito. —Volvió a insistir desesperada.

Beth comenzó a besarlo y a tocarlo por todas partes. Lo oyó gemir y se animó a seguir adelante. No sabía muy bien qué se suponía que tenía que hacer, pero ejecutar algo similar a lo que él le había hecho anoche parecía una buena idea. Tomó toda la valentía que creía tener en su interior y lo acarició por encima del pantalón.

Lo vio echar la cabeza hacia atrás al tiempo que jadeó. Tomó la presilla de su pantalón dispuesta a inspeccionar eso que se antojaba duro y prieto. Se veía grande en estos momentos, pero nunca se percató de que estuviera de ese tamaño las otras veces, ¿qué secreto tendría esa parte del cuerpo masculino? Se moría por descubrirlo.

—Nooo. —Kirk agarró su mano para no dejarla continuar.

—Quiero tocarte. —Kirk le sostuvo el rostro entre sus manos para que ella prestase atención.

—Esto es una despedida, Beth. No quería que te fueras odiándome. Lo intenté, pero no puedo. Quédate con el recuerdo de esta noche. Debes conseguir olvidarme.

—¿Qué? —La sentencia le cayó como un jarro de agua fría. Definitivamente algo estaba mal con ella.

—Te lo dije desde primera hora. Lo nuestro no podía ser. No eres lo que necesito.

—Pero acabas de decir…

—Sigue tu vida. Olvídate de mí.

La furia comenzó a prender en el interior de Beth de tal forma que sintió ganas de estrujarle el cuello... ¿A qué estaba jugando él? ¡No podía decir esas cosas maravillosas que acababa de decir y a continuación soltarle que rehiciese su vida!

—Tienes razón. Seguiré con mi vida, ¡porque estoy harta de ti! Olvidaré que te conocí y ¿sabes qué?

—Beth... —Vio la ira que destilaba y se sintió mal. El capitán no quería hacerla enfadar.

—Regresaré a Londres, y buscaré otro esposo, un hombre que me valore y me quiera.

—Yo te valoro, pero no puedo quererte.

—¡Ja! Mejor aún, buscaré un amante. Uno que quiera tocarme cuando yo lo exija.

Salió a la carrera de allí hecha un basilisco. Él se apresuró a interceptarla. ¿Un amante? La sola mención de que ella se casase con otro hombre lo llevaba a tener pensamientos asesinos, pero imaginarla con un hombre que disfrutase de sus atributos y no la hiciera una mujer decente... ¡No lo consentiría jamás!

Beth observó que algo se movía a un lado de ella. Le pareció ver... No, era imposible que su amiga Briana estuviera en el lugar a estas horas. Probablemente sería su imaginación, ¿verdad?

—¿Estás loca? —Kirk paró su avance.

—No es a mí a quien apodan así. —Beth estaba harta de ese tirano.

No había estado nada acertada en su decisión y tendría que pagar las consecuencias hasta el fin de sus días.

—Deberías tener cuidado entonces. Soy muy peligroso. —El duque estaba realmente a un paso de... de hacer algo. No tenía la menor idea de qué, pero algo haría.

—No tienes ningún cuchillo en la mano. —Estaba hasta la coronilla de que él siempre la amenazase con la misma cantinela.

—Te lo advierto.

—¡Yo te lo advierto a ti! —Beth puso los brazos como jarras.

—No voy a consentir que me levantes la voz.

—¿Y qué harás? —lo desafió segura de sí misma. No iba a ser nunca más un corderito. No con el duque Demente.

—¡Por lo pronto irme a dormir y olvidar este maldito día! —Él alzó más de lo debido la voz, pero es que esa jovencita lo tenía hasta las narices.

—¡Pues ya somos dos!

La pareja se marchó cada uno en la dirección contraria del otro. A cada cual más desconcertado e insatisfecho. La situación se había torcido de un modo fatídico y ninguno de los dos sabía cómo proceder al respecto.

***

¿Dormir? El terrorífico capitán se había metido en sus sueños para atormentarla. Su cuerpo estaba enfadado por no recibir anoche lo que esperaba haber sentido en esa cita clandestina. ¡Por Júpiter! No era justo que la despertase de su letargo y que la dejase sin lo que ella necesitaba.

Eran poco más de las siete de la mañana. No podía seguir en la cama. La luz del sol era apenas visible, pero había claridad suficiente para salir a montar.

Kirk se pasó la noche en vela. Las pesadillas seguían sin aparecer, pero la hechicera se colaba en su mente para hacerlo desear... anhelar una vida común con ella. Estaba cansado de dar vueltas en la cama y decidió levantarse.

Se acercó a la ventana para descorrer las cortinas y masculló una maldición. Se vistió a toda velocidad y abandonó la habitación.

—¿No puedes comportarte como las damas de tu posición? —preguntó el capitán cuando llegó al establo y la vio subida a una yegua. Se quedó sin aliento al contemplarla con un traje de terciopelo negro y el sombrero a juego. Estaba preciosa montada sobre esa preciosidad de animal. A Lucifer gracias que ella no estaba montada a horcajadas o desearía ser él quien estuviese bajo las piernas de ella... Era inútil. Kirk no dejaría de pensar en Beth mientras viviese. Las imágenes del baile que compartieron antaño estaban siendo sustituidas de modo alarmante por instantáneas eróticas donde la muchacha estaba vestida únicamente con unas medias de seda.

—Esta dama sale a dar un paseo para calmar el deseo que cierto duque Demente no consiguió satisfacer anoche. Es una lástima que no le guste montar. —La última parte la dijo risueña. Arreó la yegua para que saliera de allí rauda. No solo lo había insultado, sino que se había permitido el lujo de hacerle ver que ella estaba insatisfecha por su causa. La etiqueta y la educación se habían perdido en algún punto. Beth no se reconocía. Y lo más preocupante del asunto era la falta de remordimiento, puesto que se sintió bien al espetarle las frases.

Cuando se supo segura de su alcance descendió la velocidad de la cabalgata. La distancia recorrida a toda velocidad le había dado satisfacción y consiguió que la ansiedad se camuflase. Respiró libre y se encontró liberada.

Algo en ella había cambiado. Se sentía fuerte, diferente, más audaz, atrevida. Lista para enfrentarse a lo que le deparase el futuro. Continuó al trote a un ritmo pausado. Contempló la vista que tenía al frente. Los árboles crecían fuertes a su derecha y a la izquierda se divisaban lejanas montañas cuyas nubes hacían desaparecer los picos.

Percibió paz y tranquilidad. Cerró los ojos unos instantes para disfrutar de su nuevo renacer. Suspiró orgullosa de ser la mujer en la que se había convertido. Estaba preparada para emprender la marcha hacia un futuro incierto, pero que era lo que deseaba. Se retiraría y cumpliría su voluntad. Tierra, huertos, árboles, plantas... se imaginaba su nueva existencia con ilusión.

Captó el sonido de una cabalgata intensa. Un jinete se acercaba muy rápido. Se dio la vuelta tranquila porque era imposible que fuese él. Tal vez Briana se había levantado y también sintió ganas de salir a montar.

Beth se quedó con la boca abierta observando a ese hombre. El caballo y él eran uno. Nunca vio montar a ningún jinete de esa forma tan magistral. Ni los propios joqueis en las carreras de Londres conseguían sacar tanto partido a un animal. Ese hombre era magnífico en casi todo lo que hacía, porque con ella no daba una.

Estaba tan impresionada que en vez de salir a la carrera se quedó observando la danza hasta el punto de quedar encandilada.

—No vuelvas a marcharte cuando te hablo. —Kirk tuvo que vencer su temor y romper su promesa porque no estaba dispuesta a dejar la conversación a medias.

—Haré lo que considere que deba hacer.

—Por Lucifer que lo harás, ¿verdad?

—Puede apostar su fortuna. —El corazón le iba a toda velocidad porque estaba aparentando un control que realmente no tenía. Beth no sería nunca débil ante él. Ni ante nadie.

—¿Qué quieres de mí, *milady*? —dijo en tono cansado, apenas le quedaban fuerzas para luchar contra ella.

—¿Ayer no era Beth?

—No puedes ser Beth, no para mí.

—Entiendo. —Hizo una pausa para tomar aliento—. En estos momentos no quiero nada. Anoche era cuando necesitaba... ya sabes lo que quería de ti.

—No me atormentes más. No me pidas que te haga mía, no me digas que vas a tomar un amante. Te lo ruego, ten compasión de mi demencia y no me tientes más.

—Si tú estás loco, yo soy la reina de Inglaterra —explicó bufando. Ese hombre estaba cuerdo del todo, lo que le gustaba era hacer creer que estaba perturbado. Una buena muestra de su punto es que el otro día él parecía que acabaría muerto si se subía a un caballo y en estos momentos lo tenía frente a ella manejando de forma excepcional a su montura.

—Beth... —El nombre salió como una súplica y ella sintió que se derretía.

—¿Vuelvo a ser Beth?

—Eres demasiado dura, *milady*.

—He salido a montar —lo cortó— y es lo que voy a hacer. —Se giró y comenzó el galope. Rezó para que él no la siguiese. No tuvo suerte.

Pasados unos minutos, Beth vio a dos jinetes a la derecha y cambió el rumbo para encontrarse con su amiga Briana y ¿el coronel? Daba igual si los estaba interrumpiendo en una salida íntima. La joven necesitaba refuerzos. Esta mañana tenía que haberse largado de la casa de lord Monty y seguir su camino, pero algo se lo impedía. Ese algo estaba montado a su lado y le hacía desear... ¡cosas en las que una dama no debería estar pensando!

—Buenos días, Bri.

—Hola, Beth. Excelencia. —Briana hizo una breve reverencia con su cabeza, después de todo él era un duque.

—Soy Kirk o capitán —la corrigió él—, es muy temprano para cabalgar. —Miró a su amigo con una ceja levantada.

—Me alegra ver que has superado tu fobia a los caballos. —Frederick hizo caso omiso a su apreciación, pues también era prematuro para que esa pareja estuviese a solas y en mitad del campo.

—No he tenido nunca fobia a los caballos —señaló Kirk enigmático mientras le daba una mirada desconcertante a su acompañante.

—No es eso lo que parecía el otro día. —El coronel sabía que jugaba con fuego, pero ya que su amigo había contrariado su buena mañana, él le devolvería el favor.

—Ayer simplemente me negué a cabalgar. Soy el duque Demente, puedo hacer lo que me plazca sin dar explicaciones a nadie. — Kirk nunca lo había hecho y no iba a comenzar en estos momentos.

—Ya estamos —susurró Beth.

—¿Has dicho algo? —El duque se giró poderoso desde su montura para enfrentarla.

—Vamos, Bri. Dejémoslos conversar. —Beth cualquier día lo asesinaría y nadie la culparía por ello. ¡Ese hombre era imposible! Las

jóvenes se adelantaron en el paseo. Ellos las seguían de cerca, pero les dejaron intimidad para que compartiesen cuchicheos. Tal y como iban a hacer ellos mismos.

—¿No podías haber elegido otro camino para estar con ella? —preguntó Frederick al duque con malhumor.

—No sé de qué me hablas. —Como había dicho antes, no iba a dar ninguna explicación sobre su proceder.

—Supongo que ambos hemos tenido la misma idea, ¿cierto? —Estaba divertido viendo que el duque también se mostraba molesto por haberse topado con ellos.

—No sé de qué me hablas —reiteró severo. Kirk no admitiría nunca nada que lo comprometiera y menos que estaba totalmente enamorado de ella.

—Espero que hoy no la molestes, no me gustaría acabar empapado o algo peor. Briana suele apoyar a los desfavorecidos y siempre que apareces me meto en líos por tu culpa.

—Ella no es ninguna desfavorecida. —La afirmación lo había

ofendido. Su Beth era una mujer fuerte, demasiado para su gusto. La transformación probablemente era obra suya, pero no se quejaba. Le encantaba verla furiosa.

—Contigo a su lado... —Al coronel le encantaba molestarlo.

—No moriste en la batalla, no hagas que te asesine aquí. —La amenaza estaba falta de un tono cómico. Era sincera, porque ese era un tema espinoso. Tenerla a su lado significaría que una noche mientras durmiera podría levantarse a hacerle daño sin darse cuenta.

—Haya paz, capitán. —Frederick no escondió la sonrisa que se formó en sus labios. Su amigo sabía que el duque estaba enamorado.

—No me gusta que me tomen el pelo. Deberías saberlo ya.

—A esa muchacha parece que se le da bastante bien. —*Lady* Elisabeth era la horma del zapato de su amigo. Solo faltaba que Kirk se diese cuenta.

—Definitivamente quieres morir y reunirte con Satanás en el infierno.

—Admite que te gusta. —No quiso entrar al trapo, pero eso no evitó que él quisiera seguir incordiándolo.

—Admite que a ti te gusta *lady* Briana. —Una buena defensa siempre empieza por un buen ataque, se dijo el noble.

—Lo admito. No es difícil, pruébalo tú. —Lo animó, aunque sabía que iba a ser inútil.

—Samuel te matará si le tocas un solo pelo de la cabeza sin pedirle antes permiso para cortejarla.

—No voy a comprometerla.

—Te vi ayer en el invernadero, coronel.

—Si me viste, es porque tú también estabas allí —contraatacó—, y no creo que quieras explorar ese punto.

—A mí me da igual. Mi situación, como bien sabes es completamente diferente a la tuya. —Frederick suspiró, era cierto. Ellos estaban comprometidos por lo que podían hacer ciertas cosas que de ser descubiertas acabarían con una boda rápida gracias a una dispensa especial por parte de la Iglesia.

—Necesito que me conozca primero. Ha pasado demasiado tiempo y no quiero cometer un nuevo error. La última vez fue... —No quiso calificar aquello porque las palabras eran demasiado malsonantes para ser dichas en alto. Una mujer de la que se enamoró hacía años lo dejó en la inmundicia y si no llega a ser por esa joven que iba unos pasos por delante de ambos montando grácil...

—¿Has olvidado a la otra al fin? —Kirk no entendía cómo un hombre podía sufrir por amor. A él no iba a sucederle eso jamás. Bueno, que no le sucedería después de lo de Beth... porque él no se enamoraría de otra en lo que le quedase de vida.

—No sé de qué me hablas. —Fue Frederick quien no tenía nada que compartir en estos momentos.

—Estamos en un buen embrollo los dos. —Por lo visto, él no era el único que había caído fulminado por... no, no estaba dispuesto a admitir nada ni en su fuero interno. Aunque el amor flotaba en el aire y tenía aroma de lavanda.

—Yo no. —Frederick tenía muy claro en qué punto estaba.

—Oh, sí, lo estás. —«Y mucho más que yo», quiso advertirle, porque el duque ya tenía lo más difícil hecho y eso fue comprometerse para casarse. ¡Por Lucifer! ¿Él acababa de pensar realmente en casarse

con ella? Debía cortar la idea de inmediato antes de que fuese demasiado tarde... aunque sonaba bien...

—No lo creo.

—Espera a que Samuel se entere de que vas tras las faldas de su hermanita. —Rio con la escena que se presentaba en su mente.

—Yo le gusto. Sería diferente si el pretendiente fueses tú. —Frederick lo fulminó con la mirada. Bastante inseguro se sentía en estos momentos como para que el demente pusiese en duda un buen final.

—Supongo que tienes razón, pero, aun así, me gustaría verte cuando le digas que has elegido a su hermanita pequeña para casarte.

—¡Estará encantado! —Se dio cuenta que alzó la voz más de lo debido cuando las dos jóvenes se dieron la vuelta para observarlos.

—Dejará de estarlo cuando reaccione con lo que eso implica.

—¿Y qué, si puede saberse, implica eso?

—La noche de bodas, Frederick, la gran noche de bodas... —Y soltó una buena carcajada.

***

Unos pasos más alejadas, dos amigas entablaban una conversación en términos similares.

—¿Qué tienes con el coronel? —Beth no era tonta y había percibido el interés de ella en el amigo del demente. Briana era reservada y ya era hora de que su buena amiga cantase como un canario.

—¿Qué tienes tú con el duque? —Intentó esquivar la pregunta del mejor modo que se le ocurrió, no obstante, aquello era un secreto a voces.

—¿Hace falta que te conteste a eso, Bri? No es como si toda Inglaterra no estuviese al tanto de lo que ocurrió.

—Lo siento. —Tuvo que señalar cuando oyó el suspiro de impotencia de su mejor amiga.

—No lo sientas. Tomé una decisión y debo vivir con ella. ¿Ahora vas a decirme qué sucede con el coronel?

—Te prometo, Beth, que no lo sé a ciencia cierta. Un momento, parece que él... —¿Cómo seguir la frase? Era muy complicado.

—¿Es el hombre más maravilloso de la tierra y al otro es peor que un demonio? —Beth sabía muy bien de lo que hablaba al terminar la pregunta por ella.

—No sé si le intereso. —«A veces sí lo parece, pero otras...» Bri suspiró. ¡Caramba! Todo era muy frustrante, se dijo la joven.

—Sé lo que es, Bri. Solo el tiempo nos sacará de dudas.

—No me queda mucho tiempo. Samuel está empeñado en casarme esta temporada y mis opciones se acaban.

—Al menos yo ese problema ya no lo tengo. —Trató de sonreír.

—Mi hermano tiene sus miras puestas en Lemory.

—Sí, nos hemos dado cuenta. Es un buen partido. —Ese hombre al que su amiga se refería era muy apuesto y respetado. Todo un buen partido.

—Lo es, pero no es... —No quería desvelar dónde estaban puestos sus verdaderos sentimientos, porque Briana llevaba toda una vida ocultándolos a todos.

—Te entiendo, Bri. No es él. —Beth se volteó para vislumbrar la figura del duque. Volvió a buscar los ojos de su amiga y colocó una falsa sonrisa.

—Siento lo que te hizo. Nos engañó a todos. —Briana estaba al tanto de que su mejor amiga estaba enamorada de Perth y cuando en una carta le contó que estaba prometida con él se alegró muchísimo. Luego, las misivas de su amiga comenzaron a traer noticias sobre una amante y sobre ciertas cosas que era mejor olvidar.

—Eso es el pasado y no quiero cosas tristes ahora. ¿Por qué no aumentamos el ritmo? Me apetece hacer una buena carrera. — Beth no quería recordar aquello. Dolía demasiado para rememorarlo. La humillación que sintió al enterarse lo que aquel hombre opinaba de ella... Y pensar que alguna vez se creyó enamorada de ese patán de Perth. ¡Qué despropósito!

—¿Cómo puedes hacerlo sobre esa silla? No comprendo cómo hay mujeres que la dominan. Yo no lo consigo. ¡La odio! —La silla lateral para amazonas era molesta.

—Asumí mi papel hace mucho tiempo, Bri. Esa silla es la prueba, si sobre ella debo montar porque así lo deciden otros por mí, al menos me esforzaré por hacerlo lo mejor que pueda.

—¿Desde cuándo eres tan sabia y tan audaz? —La transformación de su amiga en los meses anteriores había sido increíble y por lo visto Briana no se había enterado... ¡todo este tiempo temiendo por ella!

—Uno de los dos hombres que viene por detrás tiene gran parte de la culpa. ¿Lista para la carrera, amiga?

—Lo intentaré.

Comenzaron a montar con más ligereza y los caballeros que las seguían también apretaron el paso.

El resto de la jornada siguió sin incidentes, entre otras cosas porque cuando llegaron a casa de Samuel, el capitán empacó sus baúles y se marchó sin despedirse de nadie.

Al poco, Beth hizo lo propio. Los caminos de los cuatro se separaron en este punto. Tal vez fuese lo mejor... o tal vez no...

Capítulo 7
Una boda demencial

Lady Elisabeth volvió a formar parte de la sociedad. Los primeros meses fueron agradables. Las madres no dejaban que sus hijas casaderas se acercasen a ella, pero las mujeres casadas y los caballeros resultaron ser una buena compañía. Entre teatros, bailes, cenas y paseos, los días pasaron de un modo más o menos placentero.

Beth se sentía sola, porque de Olivia no había rastro y de Briana... de ella mejor no hablar. El capitán tampoco se había dejado ver y si estaba o no en la ciudad era algo que ella desconocía.

Los rumores sobre el compromiso de ambos también habían quedado en el tintero. La sociedad la veía como una mujer comprometida, por más que ella supiera que eso no era cierto. Tal vez no hiciese falta romper el compromiso con el duque, dado que al final de la temporada ella se marcharía y nadie recordaría nada acerca del suceso. El único motivo por el que no lo había hecho ya era por su bendita madre.

Un día, mientras ella y la duquesa tomaban el té por la tarde tuvieron una visita de lo más desconcertante.

—Elisabeth, tenemos compañía —explicó desconcertada la duquesa de Shepar.

—Sí, madre, lo supongo porque he visto al lacayo entrar y darle una nota —puntualizó—. ¿De quién se trata? Porque parece que está esperando la entrada de un fantasma. —Beth estaba algo preocupada porque su madre no era una mujer que se asustase fácilmente y por la expresión de su cara, parecía que la visita era alguien ciertamente desagradable.

—Supuestamente es la madre de tu prometido.

—¿Cómo dice?

—La tarjeta anuncia a la duquesa viuda de Kensington y a una mujer llamada *lady* Darrington.

—Pensé que el duque no tenía familia.

—Esa mujer es... complicada. —Era mucho peor que eso, pero la madre no quería preocupar a su hija.

—¿Qué querrá?

—Hace años que nadie sabe de ella, es extraño que haya regresado a la sociedad.

—Averigüemos qué desea.

—Elisabeth, esa mujer... verás, no la conocí, pero he oído historias…

—Madre, no hay tiempo ahora. Están en la puerta aguardando a que las recibamos. Sea lo que sea que quieran debemos atenderlas de inmediato, ¿no cree? —Beth tenía mucha curiosidad por conocer a la madre del hombre que nunca conseguiría olvidar.

—Es una mujer temible.

—Como el hijo, pues... —dijo, más para ella misma que para su madre.

—¿Cómo has dicho? —La duquesa no alcanzó a oírla.

—Mande que pasen. Salgamos de dudas.

—Por favor, señor Forrester —pidió al sirviente que aguardaba instrucciones—, hágalas pasar y traiga una tetera nueva y unos pasteles. Gracias.

Tanto la madre como la hija se pusieron de pie en señal de respeto para recibir a las dos mujeres.

Beth las observó entrar en silencio. Ciertamente era la madre del hombre terrible. Físicamente era muy parecido a ella, pero la duquesa viuda tenía los rasgos más duros aún que él. Era una mujer bastante mayor y todo en ella destilaba prepotencia y desdén. La otra dama era más joven, sería un poco más mayor que ella, era bonita, de cabello castaño y al lado de ese dragón de mujer se veía endeble y sin fuerza. El niño que las acompañaba fue lo que más llamó la atención, tanto de Beth como de su madre. Era rubio, con los ojos azules, muy parecido a...

—Buenos días, excelencia —saludó primero la anfitriona de la

improvisada fiesta para el té.

—Excelencia, *lady* Elisabeth, permítanme presentarles a la futura duquesa de Kensington y… a su hijo, mi nieto. —La mujer mayor tenía un semblante muy austero y esbozó una leve sonrisa al ver que Beth se sentó de golpe en el sillón más cercano.

La madre de la joven entendió perfectamente las connotaciones de la frase, entre otras cosas porque estaban muy claras, y lejos de acorralarse sacó las uñas.

—Es una presentación poco ortodoxa, porque hasta donde yo tengo entendido, mi hija es oficialmente la prometida de Kensington. —No les ofreció asiento, porque se veía a las claras que las visitantes venían en pie de guerra.

—Hemos venido con el único propósito de poner fin a esa pantomima sin sentido. Mi hijo tiene una obligación con esta mujer por razones que saltan a la vista. —La anciana señaló al niño.

—Ese es un tema entre usted y su hijo que a mi Elisabeth y a mí no nos atañe. Ponga orden en su casa.

—En el periódico de la tarde vendrá todo explicado. Hemos venido a informarlas por pura cortesía. Si su hija se empeña en mantener la condición de usurpadora del título, no vamos a tener piedad.

—¿Y su hijo sabe de sus planes, excelencia? —La duquesa de Shepar se alegraba de no haber conocido a esa mujer hasta la fecha, todo en ella era desagradable.

—El duque sabe cuáles son sus obligaciones y corregir un error es su prioridad. Dado que es un caballero, es por lo que no ha roto el compromiso con su hija, algo que desde luego es necesario y debe ser subsanado a la mayor brevedad posible. Y más porque él cayó en una trampa. —La madre de Kirk había seguido toda la historia del compromiso de cerca.

—Entonces, esperaremos la decisión de su hijo al respe...

—¡Madre! —tomó la palabra Beth— es suficiente.

—Pero, hija mía...

—Madre, el punto ha quedado más que aclarado —sentenció sin que la duquesa de Shepar se atreviese a volver a intervenir. Beth se levantó y miró directamente a la madre del terrorífico, que daba

mucho más miedo que él—. Como bien dice, su hijo sería incapaz de dañar el honor de una dama y no corregirlo. Si el problema radica en nuestro compromiso, su excelencia queda liberado de su palabra conmigo en este preciso instante. No habrá reproche alguno por mi parte. Ni se exigirá compensación de ningún tipo.

—¡Desde luego que no lo habrá, puesto que le tendió una trampa al duque! —apuntó la anciana ofendida.

—¡Oiga! —Su madre iba a enseñarle a la mujer lo que era una mujer ofendida cuando su hija le apretó ligeramente el brazo para que no lo hiciera.

—No tenemos más que añadir. Esta tarde toda la sociedad conocerá el compromiso entre mi hijo y su futura esposa, *lady* Darrington. Diría que ha sido un placer, pero no lo ha sido. —Salió airada de la sala seguida por su pequeño séquito.

Las dos mujeres se quedaron calladas hasta que escucharon que la puerta central se cerró.

—¡Cielo santo! Esa mujer es aún mucho peor de lo que había imaginado. —Todo en la duquesa viuda era un insulto manifiesto hacia ellas. La forma de mirarlas, de hablarles... había menosprecio en cada gesto, en cada palabra.

—Madre, esto es el fin. No voy a poder seguir con la farsa.

—¿Farsa?

—Mi última temporada tenía un propósito, me pidió que intentase buscar un nuevo pretendiente.

—¡Pero Kensington quiere casarse contigo! —La duquesa de Shepar estaba al tanto de que entre ellos había habido un cortejo en casa de los Monty. Cierto que él no aparecía por ningún lado desde que su hija regresó de la fiesta campestre, pero tal vez es que era un hombre muy ocupado o tuvieron una pelea de enamorados. Trató de preguntar en varias ocasiones lo sucedido a Elisabeth, pero su hija siempre cambiaba de tema hábilmente.

—Usted sabe que eso no iba a suceder. Ya se lo dije en su momento.

—Pues debes buscar otro pretendiente y rápido.

—Madre, teníamos un acuerdo, la temporada está por terminar y

no quiero casarme. Debe aceptar que tendrá una hija solterona.

—No lo entiendes, Elisabeth. Esa mujer es el diablo en persona, según tengo entendido le gusta obrar el mal de forma gratuita, por el mero placer de infligir daño.

—No nos hará nada. Le he dado lo que vino a buscar, la libertad de su hijo.

—No, hija mía. Ella te odia.

—¿Odiarme? ¡Pero si me acaba de conocer! No ha habido tiempo suficiente para que ella pueda manifestar un sentimiento como el que asegura que siente por mí.

—Me conoces muy bien, Elisabeth. Soy dura e inflexible en multitud de ocasiones, pero sabes que yo entiendo de estas cosas. No me equivoco con las personas.

—Creyó que Perth sería un buen marido.

—¡Y lo hubiera sido!

—Madre, él se paseaba con su amante y alardeando de que iba a conseguir toda una fortuna al casarse con una insípida mujer que le proporcionaría una fortuna.

—Por eso lo elegí. Tú lo querías y a la vez deseabas tener tu granja de verduras.

—No es una granja de verduras.

—Como sea. Yo había negociado con él las condiciones de tu matrimonio. Conseguí para ti un matrimonio con el hombre en el que habías puesto los ojos y con la única esperanza de que os enamoraseis.

—Muy arriesgado, madre.

—De igual modo, tenía previsto un posible fracaso. Tú tendrías tu parte del dinero de tu dote para tu uso, ¿acaso crees que tu madre es una pobre mujer sin cerebro?

—No lo entiendo. ¿En qué se diferencia su plan del mío? Porque considero que ser libre es mucho mejor partido que atarme a un hombre que tal vez no me quisiera jamás.

—Cielo, tal vez algún día cambien las cosas, pero la sociedad dice que gozar de la protección de un título, y más en el caso de una mujer, es lo mejor que podemos dejarte tu padre y yo. Nosotros no estaremos aquí para protegerte siempre. Las normas sociales son las que son y no

podemos luchar contra ellas. Tal vez no lo entiendas, pero siempre he hecho por mis hijas lo que he considerado mejor para ambas.

—Lo entiendo, madre, pero no lo comparto. Ser la esposa de un hombre que dejó muy claro que me aborrece no sería la solución. Perth era un patán.

—Has pasado demasiado tiempo con el duque Demente. —Su hija no osaría decir palabras tan duras si no hubiese tenido un buen mentor. «Se veía ahí algún germen de Kensington», pensó la duquesa de Shepar.

—No me gusta que lo llamen así. Él no está loco. —Era un tirano y terrorífico, pero dudaba que estuviese perturbado... aunque habiendo conocido a la madre que lo engendró...

—Tienes que casarte.

—¡Ya estamos! —¿Es que la duquesa no cejaría en su empeño jamás?

—No, no lo entiendes. Esa mujer te destruirá. No tuvo reparo en hundir a su hijo mayor, y eso que era su propia sangre. Hará de tu vida un infierno porque sí.

—¿Qué le hizo a su hijo?

—No sé los pormenores, pero según lo que recuerdo, ella hizo que él se quitase la vida. Es lo que se rumorea.

—¡Por Júpiter! —Se apiadó de Kirk y dio gracias a Dios porque él no hubiese corrido la misma suerte.

—Sí, y he visto su ira cuando te miraba. Irá a por nosotros, a por todos nosotros. Busca esposo, hija mía. Te lo suplico. He oído que Perth sigue en la ciudad.

—¡No puede estar hablando en serio!

—Si ella ve que te casas y que no eres un estorbo para sus planes se olvidará de ti, pero si siente que eres una amenaza... no sé lo que será capaz de hacer. —Las historias que había oído de esa mujer eran muy macabras, dignas de ser recogidas en las novelas góticas.

—Por favor, no soy una molestia en los planes de la duquesa viuda. Me iré al campo y nadie recordará que alguna vez existí.

—¿Estás segura de que Kensington se olvidará de ti? —Levantó una ceja cuando hizo la pregunta.

—Por si no lo ha notado, ese hombre se ha olvidado de mí, ¿o acaso ha venido a verme o hemos sabido algo de él?

—¿Estás dispuesta a apostar el bienestar de toda tu familia? ¿El tuyo propio?

Beth se tomó unos minutos para pensar. En más de una ocasión el duque había intentado distanciarse de ella, pero el destino se empeñaba en que uno y otro acabasen compartiendo su compañía. Él había insistido muchas veces en que lo hiciese a un lado y ella era incapaz de hacerlo porque lo amaba. Lo mismo le debía suceder a él, conjeturó la joven o simplemente era un capricho pasajero para él... no lo sabía.

—No lo sé, madre.

—Piénsalo detenidamente porque si la duquesa viuda sospecha que puedes ser un lastre para sus planes no va a tener compasión, esa mujer es el mal personificado.

—No creo que sea tan grave.

—Elisabeth, hizo que su hijo mayor se pegase un tiro delante de toda la familia.

—¿Kirk también estaba presente?

—¿Kirk? —preguntó con la ceja levantada.

—No está siendo justa.

—Siendo la mujer de otro hombre es cuando lograrás apartarlo por completo. Si no lo haces, prepárate para la ira de *lady* Kensington.

—¿Es su hijo, verdad? —No hizo falta especificar más porque ambas sabían a lo que se referían.

—El parecido es asombroso, pero el único que lo puede asegurar o desmentir es el duque.

—¿Qué voy a hacer, madre? —Esa mujer le daba mucho miedo. La madre de Kirk consiguió hacerle sentir... no sabía lo que era exactamente, pero se veía como una bruja, no una de cuentos de hadas, sino más bien como la esposa de Lucifer.

—Pediré al señor Forrester que compre el periódico y veremos lo que pone en él.

Contaron las horas hasta que al fin salió la edición vespertina. La noticia era mucho peor de lo que temieron. En el periódico se hablaba

de cómo la tal *lady* Darrington se casó hacía cuatro años con el difunto conde Darrington, cuando el joven capitán salió rumbo a la guerra para combatir contra Napoleón. Ella estaba embarazada previamente y su difunto esposo le brindó protección. La historia explicaba que la dama quedó viuda cuando el amor de su vida regresó al reino y que ambos iban a casarse al fin, sin embargo, la trampa de la traicionera *lady* E., hija del duque S., volvió a frustrar los planes de amor de la dulce pareja que estaba destinada a seguir separada a causa del cruel destino.

El periodista que escribió la historia consiguió que Beth fuese la mala en una historia de amor romántica, donde un niño estaba a punto de recuperar, al fin, a su verdadero padre, y su madre, al amor de su vida.

La joven sintió romperse su corazón en mil pedazos. ¿Cómo la iba a querer él? Era natural que sintiese deseo por otra mujer, por ella, pero su corazón estaba con la madre de su hijo. Beth empezaba a comprender que el capitán quisiera olvidarse de ella por el bien del verdadero amor. Unos besos o caricias robados no era rival para el amor de toda una vida.

Ambos podían estar al fin juntos y Beth era el último obstáculo. Entendía que el duque pudiese haberse encaprichado con ella y que por eso la madre de él la viese como el enemigo.

La muchacha estaba cansada de luchar contra el mundo. Tan solo quería una vida sencilla en el campo. Deseaba olvidarse de todo y que todos la olvidasen.

Unos golpes a la puerta hicieron que sus pensamientos se detuvieran. El lacayo entró de nuevo en la salita en la que seguían la duquesa de Shepar y ella para ofrecerle a la duquesa una tarjeta de visita.

—Ha venido.

—¿Quién ha venido?

—¿Tú quién crees?

—¿La duquesa viuda de nuevo?

—No, su hijo.

—¿Qué querrá?

—Elisabeth... debes tomar una decisión. Su madre te odia, lo he visto y tú debes haberlo sentido. Te arruinará hasta que no quede nada de ti. Tu padre tratará de protegerte, pero esa mujer es el mal hecho carne.

—¡Pero si no estoy haciendo nada!

—Su hijo está ahí fuera pidiendo verte a ti.

—Esa mujer no puede tener poder sobre mí porque me voy a vivir al campo.

—¿Quieres un negocio, verdad? Trabajar con la tierra.

—Exacto.

—Cuando deje tu reputación hundida, ¿quién crees que querrá trabajar para ti? ¿O hacer negocios contigo? Por ser mujer te costará mucho levantar tu proyecto, pero ser una mujer calumniada por una duquesa... No te lo digo únicamente porque quiero que tengas un marido que te proteja, te lo sugiero porque es una solución perfecta. Tener un marido hará que él te deje en paz. Recuerda que son hombres, que pueden tener al amor de su vida en casa criando a sus hijos y luego buscar atender su lujuria en otros lugares fuera de casa. ¿Eres lo suficientemente fuerte para resistirte a él? Y antes de contestar, ten presente que te conozco y sé que Kirk —hizo especial énfasis en el nombre de pila que su hija había utilizado horas antes— te gusta mucho.

—No veo cuál es su solución. ¡No tengo candidatos!

—Perth.

—Ese hombre…

—Es la solución perfecta para el problema —la cortó la duquesa—. Busca dinero y el contrato que redacté y que él aprobó con el visto bueno de tu padre, estipula que te dejará tranquila a no ser que tú, y solo tú, cambies de idea.

—¿Y los herederos? Él necesita un hijo.

—¡Mejor aún! Tendrás tu negocio, tu tierra y un hijo al que amar.

—Un hijo no nacido del amor. —Su madre tenía razón hasta cierto punto, pero no lo veía claro.

—El amor puede llegar con el tiempo. Tu padre y yo nos casamos en un matrimonio concertado sin conocernos y no nos ha ido

demasiado mal.

—Yo... —¿Casarse con Perth? Los puntos que había expuesto su madre tenían mucho sentido. Demasiado. Casarse con otro permitiría que él fuese feliz con la madre de su hijo y que ambos se olvidasen del bobo encaprichamiento en que habían caído presos—. Sí, madre. Me casaré con Perth si él acepta.

—Claro que aceptará, está a un minuto de ir a la prisión por los deudores.

—¿Qué hacemos con el invitado que hay en la puerta?

—Echarlo a patadas para que no regrese.

—¡Madre! —Beth no quería echarlo, no quería herirlo... es que lo amaba tanto…

—Es lo mejor, no puede volver a pensar en ti, ni tú en él. Recuerda a su madre, es mejor que esa bruja maldita nos olvide. ¿Sí, Elisabeth? —pidió permiso para actuar.

—Sí, es lo mejor. —Pero dolía como la muerte.

—Yo me encargo. Aguarda aquí.

La duquesa de Shepar se levantó. Se alisó la falda, irguió la espalda y salió al vestíbulo. Beth se colocó detrás de la puerta intentando oír la conversación. Fue inútil, solo se oían susurros indescifrables.

—Buenos días, Kensington.

—He pedido hablar con su hija.

—Lo sé, pero ella no está.

—¿No está? —preguntó bufando. Sabía que era mentira.

—¿Qué quiere?

—Creo que lo he dicho ya.

—Mi hija no está.

—Lo dudo mucho.

—No olvide con quién está hablando, joven. —Él era un duque, pero ella le igualaba el rango y era más mayor y una dama, por lo que le debía respeto.

—Es urgente que hable con ella.

—Eso no va a poder ser posible.

—¿Cuándo regresará?

—Para usted... nunca.

—Debo explicarle que...

—Oh, no, no hace falta ninguna explicación. Su madre ha tenido la... bondad, por decir algo, de venir en persona a explicarlo todo. —Él masculló una ristra de improperios sin ningún disimulo.

—Es muy urgente que hable con Beth.

—¿Con quién?

—Ya sabe con quién.

—No. Y ahora haga el favor de marcharse y no regresar. Aquí no es bien recibido, no se le volverá a abrir la puerta.

—Cualquier acusado tiene derecho a un juicio justo.

—Cualquiera en su lugar estaría contento. Mi hija lo ha liberado de su compromiso para que pueda cumplir con su deber y por lo que dice *lady* Elisabeth —la duquesa utilizó el título y el nombre de su hija como si estuviesen compuestos por una veintena de palabras— nunca tuvo probabilidades de convertirse en su duquesa.

—Yo nunca he dicho que...

—No se atreva a negarlo, porque mi esposo me informó de la charla que mantuvieron y de cómo él le aseguró que tendría que casarse con ella por haberla... en fin, mi hija no será la amante de nadie.

—¡No he propuesto semejante cosa! —expuso alterado. De la misma furia aplastó el sombrero que sostenía en las manos y de haber podido hubiese partido por la mitad el bastón.

—Sea sincero, excelencia. Usted nunca tuvo la decisión de convertirla en su esposa. Elisabeth lo sabe y yo lo adiviné tras una charla con ella. Es libre de continuar con su vida, pero aléjese de mi hija.

—Pero debo explicar que...

—No me importan sus comentarios. —La duquesa alzó una mano para detener la conversación—. Me importa mi familia, mi hija. No regrese jamás a esta casa, no la busque y olvide que alguna vez la conoció. De hecho, es lo mejor para ambos. No quiero el futuro que usted pueda haber planeado para mi hija. —Imaginar a Elisabeth siendo la amante de un hombre... era algo que ella nunca dejaría que sucediese.

—¡Esto no quedará así! —tronó—. ¿¡Me oyes, Beth!? ¡No he dicho mi última palabra al respecto! —gritó todo lo alto que pudo con la esperanza de que ella lo escuchase y a continuación se marchó de la casa furioso.

El corazón de Beth amenazaba con salírsele por la boca. No oyó más que el final de la conversación. Su corazón se estremeció.

Tal vez su madre tuviese razón y él quisiera hacerla su amante. La tensión física entre ambos era más que evidente. Por primera vez en su vida, Beth sintió que debía escapar de un hombre. Si él le pidiese cualquier cosa, ella se la daría, entre otras cosas porque ella ya le pidió que la tomara en casa de los Monty. Lo mejor era pasar a ser la posesión de otro para evitar la tentación. Si lo que su madre había dicho sobre el patán de Perth era cierto, tal vez podría estar protegida, de Kirk, de ella misma y de la madre del duque, porque de los tres, esta última era la que se veía más peligrosa.

***

La catedral de Saint George estaba abarrotada. No cabía ni un alfiler más allí dentro. La sociedad al completo, desde los más influyentes hasta los modestos, había acudido para presenciar el desenlace de su vida como prometida de dos hombres diferentes. Corrieron ríos de tinta sobre un nuevo arreglo matrimonial entre *lady* Elisabeth y el conde de Perth.

La opinión pública estaba dividida. Unos pensaban que la joven tenía derecho a ser feliz con el duque Demente, mientras que el resto se refería a ella como una oportunista que tenía que volver a su prometido inicial porque ambos se necesitaban... el conde para evadir la cárcel y ella para caer en una desgracia aún mayor.

La otra boda que se esperaba, la de *lady* Darrington con el duque de Kensington no había sido anunciada hasta el momento. Desde que explotase el escándalo de que el duque tenía un hijo con la viuda de Darrington, había pasado una semana justa.

Lord Perth pidió y se le concedió una licencia especial para tener una boda rápida, sin embargo, la duquesa de Shepar no estaba

dispuesta a que su hija se casase de cualquier modo. Quería una boda espectacular. Las malas lenguas hablarían largo y tendido sobre los infortunios de su hija, pero al menos mostrarían su mejor cara y galas ante la galería. Elisabeth no tenía nada que esconder, puesto que peores matrimonios se habían producido en situaciones más escabrosas y finalmente habían salido maravillosamente bien... en verdad, así lo esperaba la duquesa de Shepar. Amaba a sus hijas y quería que ambas fueran felices.

La novia ataviada con un vestido de corte clásico sencillo, pero muy elegante, examinaba su atuendo frente a un espejo en la sacristía. No se sentía ni dichosa ni hermosa.

Junto con su familia, Beth había llegado a la catedral y el novio no aparecía por ninguna parte. La habían metido en una habitación con la excusa de arreglarle el pelo, que por el aire se había despeinado, lo cual en parte era verdad.

Sus padres entraron en la estancia y su hermana, junto con su esposo, se habían ido a buscar a Perth a su casa, por si acaso había ocurrido un accidente... porque era lo que esperaban que hubiese sucedido para que el novio estuviese tan retrasado en la hora de aparecer a su propia boda.

—Cariño —habló su padre—, nadie encuentra a Perth.

—¡Oh! —Beth no sabía si alegrarse con la noticia o ponerse a llorar. La última semana se negó a ver a nadie, ni tan siquiera al que se suponía que iba a ser su marido. Tampoco recibió al capitán que había ido cada día a su casa desde que salió publicado el enlace de ella. Como era de esperar, Kirk armó varios escándalos, pero lo echaron de la entrada de la casa todas las veces. Así pues, la joven esperaba con ansias la llegada de su boda para poder olvidarse del militar y a la vez la temía porque sería tener que olvidarse definitivamente de él. Se sentía humillada por él y despreciada. No tenía derecho a sentirse así porque el corazón de él era de otra. ¡Él tenía un hijo del que nunca le habló! ¿Y por qué iba a hablarle de él si ellos no compartían confidencias?

—Iré a preparar el carruaje para organizar una salida discreta. ¿De acuerdo, pequeña? —ella asintió.

—¿Han venido mis amigas? —preguntó a su madre cuando su padre se marchó. Deseaba ver a Briana y a Olivia para pedir auxilio.

—Briana y la condesa de Monty están en la iglesia.

—¿Olivia no está?

—Me temo que no la he visto.

—De acuerdo. —Beth entendía que su amiga tenía bastante con sus enredos con cierto hombre—. Por favor, vaya a buscarla, necesito a Bri.

—Enseguida.

La duquesa de Shepar salió de la sacristía para entrar en la zona central de la catedral donde aguardaban todos los invitados. Vio a *lady* Monty y a Briana en los primeros bancos de la iglesia y se acercó. Todos la miraban y susurraban.

—Disculpad. Mi hija ha pedido verla, *lady* Exeter. Es algo urgente. —La mujer dijo la frase con la mayor discreción. La mirada de todos los allí presentes estaba sobre ella.

—Las acompañaré, excelencia. —Angela se sumó.

Las tres salieron en busca de Beth. Briana y Angela estaban preocupadas, algo debía pasarle a la novia, y ya puestos, al novio, porque en la catedral no había aparecido y pasaba más de media hora del momento anunciado para comenzar con la ceremonia del matrimonio.

***

Momentos antes, tres hombres compartían confidencias. Frederick, Samuel y Kirk estaban de pie observando la gran multitud que había acudido a presenciar el enlace. Los tres dudaban de que la mitad de los allí presentes no hubiese asistido con la única finalidad de saciar su curiosidad. El morbo estaba servido. ¡Ah!, el cuarto hombre, el teniente Ryan, estuvo callado y ausente. Tenía sus propios y grandes problemas.

—Pensé que no vendrías, Kirk. Yo en tu lugar no hubiese acudido. La gente no para de mirarte y murmurar —se mofó Samuel.

—¿Y perderme una hermosa boda? —Se veía divertido y esto

contrarió a sus amigos.

—Creí que estarías peor. —Comenzó Frederick. Aún recordaba lo que le costó animarlo la última vez que Kirk lo invitó a su casa. Creyó que él acabaría muerto de pena.

—Tal vez pueda ser de ayuda llegado el caso —dijo enigmático el duque Demente con una sonrisa aún más amplia que la que esbozó cuando se plantó delante de ellos, antes de ingresar en la catedral.

—¿Qué tramas, capitán? —Esa sonrisa sincera que asomaba en Kirk no presagiaba nada bueno. Además, que estaba elegantemente vestido, impecable, y el demente no se esmeraba tanto en su vestuario nunca. Un escalofrío atravesó la columna vertebral del coronel. Esperaba que su conjetura no fuese correcta o…

—¿Yo? ¿Qué voy a tramar? Recibí la invitación a la boda, por lo que soy un invitado más —dijo inocentemente Kirk.

—Dudo mucho que recibieses esa invitación a la que aludes. —Monty no se creía ni por un momento que él fuese un invitado.

—Pues como la mitad de los aquí presentes. ¿Y qué coronel? ¿Cómo te va la perpetración de tu linaje con la hermana de Samuel? —Quería quitarse de encima la atención de sus amigos y el punto le pareció infalible. Frederick lo enfrentó furioso, a su vez Samuel miró ardiendo de ira al coronel… Que no se quejasen tanto que había omitido lo de a fondo, que daba mayor énfasis a su sutileza… Bien, sí, sí, no era una sutileza.

—¿Mejor hablemos de cómo te la han robado, Kirk? —contraatacó Frederick.

—No me la han sustraído porque nunca la quise —explicó airado.

—Ya. —«Mentira», lo pensó, pero no lo dijo.

—¿Está embarazada *lady* Exeter? A estas alturas yo creo que sí, que podría estarlo, ¿verdad, Samuel? —Kirk no se iba a rendir sin pelear.

—¿Tendrás tú pronto descendencia? Lo dudo mucho porque no vas a casarte. —A este juego podían jugar dos pensó Frederick. Eso si Samuel no lo mataba, claro, por imaginarlo tocando íntimamente a su hermana.

—Puedes apostar a que no tardaré demasiado en hacer ambas

cosas —dijo Kirk con una brillante sonrisa. Era su momento de actuar. La señal que esperaba acababa de ser dada. Se marchó de allí sin mediar palabra siguiendo la estela de la madre y la amiga de Beth y de la entrometida condesa de Monty. Los dos hombres se quedaron estupefactos.

—Empiezo a pensar que realmente está demente.

—Yo lo supe el primer día que llegamos a la frontera de Francia con España. —Ese hombre se deshizo de cuatro enemigos con un solo cuchillo como arma.

—Damas. —El duque de Kensington abrió la puerta de la sacristía por la que acababan de ingresar las tres mujeres sin ningún tipo de pudor o cortesía. Estaba seguro de lo que había de hacerse ahí.

—¡Excelencia no puede estar aquí! —La madre de Beth estaba indignada y alarmada a partes iguales. Los nervios los tenía a flor de piel, pero esto ya no podía soportarlo.

—Deje que se quede —terció Angela. Algo le daba en la nariz a que él era el responsable de muchas cosas de las que había oído hablar.

—La han dejado plantada, *milady*. —Se acercó a la novia para señalar lo obvio.

—No veo que sea asunto suyo, excelencia. —Ella lo fulminó con la mirada.

—Soy la solución a sus problemas.

Angela apretaba en el brazo a Bri para que no hablase. Había visto la intención de la hermana de su esposo para intervenir y evitó que se metiese en medio del fuego cruzado. La duquesa de Shepar permanecía atenta a lo que él acababa de decir. Si el conde de Perth no se presentaba, Beth estaría completamente arruinada y no tendría salvación posible. Esta vez sí sería su ruina. La pobre madre de Beth no sabía cómo su hija había podido salir indemne la primera vez que su reputación fue arrastrada por el fango.

Por su parte, Kirk se había olvidado del público que tenían delante. La observaba detenidamente deslumbrado. Parecía un ángel con su vestido gris perla. Oyó un carraspeo, se giró y observó a las tres mujeres mirándolo. Era hora de deshacerse de ellas.

—¿Podrían permitirme un momento a solas con *lady* Elisabeth, por favor? —Fue una pregunta que se oyó como una orden atronadora. Ese hombre no era capaz de pedir nada sin demostrar que era un poderoso lord. Aunque no fuese un duque hubiese sido igual de intimidante.

—No creo que eso sea apropiado. —La madre de la novia no iba a poder consentir eso. La duquesa de Shepar no se preocupaba por la reputación de Elisabeth, temía que él le pidiese algo muy deshonesto y que ella aceptase. Además, tenía furor al recordar la visita de la duquesa viuda. La forma en que esa mujer miró a su pequeña…

—Su hija está completamente arruinada porque él no va a aparecer. Creo que no pasará nada porque un duque —no le gustaba utilizar el título, pero esta era la primera vez que le iba a servir de algo— pida audiencia. —Miró a la madre de su futura esposa con tal sagacidad que la mujer supo que no podría combatir con él. No esta vez.

Beth suspiró y él se giró para enfrentarla.

—¿He dicho algo que no sea cierto, querida? —preguntó y regresó la mirada a las tres que seguían ahí expectantes.

Angela se las llevó de allí a las dos. Bri estuvo tentada de decirle un par de cosas a ese tirano arrogante. El duque Demente se merecía una buena reprimenda por todo lo que había hecho. Angela la mandó callar nada más la vio abrir la boca. Ellos dos tenían que hablar. La amiga de Briana iba a estar bien porque la condesa de Monty conocía esa expresión que la muchacha estaba poniendo y si el duque creía que iba a salirse con la suya… «¡Menos mal que había venido a la boda!», pensó Angela. Monty había tratado de impedir que acudiese porque estaba nuevamente embarazada, pero ella necesitaba ver el desenlace de esta historia.

Cuando oyó que la puerta se cerraba, Kirk regresó su atención a la joven.

—Beth.

—¿Ahora soy Beth? —preguntó ella bufando. Ese hombre no tenía el menor sentido de la oportunidad.

—Beth. —El nombre salió como terciopelo entre sus labios. Kirk

volvió a intentarlo una vez más. Que la joven estuviese tan a la defensiva iba a ser un problema, con eso no contaba—. Estás en un aprieto muy peliagudo. —Se colocó de rodillas delante de ella. Trató de cogerle la mano. Ella la apartó nada más sintió el contacto de él.

—Lo sé. Las he llamado para que me saquen de aquí. —Lo miró a los ojos y lo que vio la asustó. Giró la vista en busca del paisaje que se veía por la ventana.

—No vas a poder huir de lo que esto va a implicar. Esta vez no conseguirás reponerte. —Beth se giró para enfrentarlo. ¿Eso en su voz era lástima? ¡Era el colmo de los colmos! Se levantó. No quería tenerlo delante. Se movió hacia la ventana.

—También lo sé. Soy plenamente consciente de lo que va a implicar y lo que debo hacer. —Altiva era quedarse corto para definir la actitud de la muchacha.

—Estoy aquí. —Kirk se acercó con sigilo hacia ella. Se colocó a su espalda mientras depositaba sus manos en sus antebrazos. Beth se removió para apartarlo. Esta vez él no le permitió liberarse y con el movimiento, la espalda de ella quedó recostada sobre su pecho.

Ella no pudo moverse.

—Me da igual. —No entendía la frase que él acababa de decir, pero la verdad es que en estos precisos instantes era la pura verdad.

—¿No me lo vas a poner fácil, verdad tesoro? —Su aliento le hacía cosquillas en la nuca. Sentía la cabeza de él apoyada en su pelo, su nariz más bien.

—¿Me lo pusiste tú a mí fácil? —El corazón iba a toda velocidad y su respiración estaba entrecortada. Estaba sintiendo una mezcla de... de ira. ¡Tenía que ser ira porque lo otro era demasiado humillante para reconocerlo!

—*Touché*. —Sintió que él se reía y eso la enfureció aún más.

—Vete y déjame tranquila. Diles que entren o mejor se lo diré yo. ¡Estoy segura de que están con la oreja pegada a la puerta! —Alzó la voz para que la oyeran alto y claro.

—¡No estamos oyendo casi nada porque habláis muy bajo! —la que gritó fue Briana. Angela la regañó. La madre de la joven también permanecía atenta a la situación y del mismo modo que las dos que la

acompañaban, se lamentó de no poder oír nítidamente la conversación.

—Te ofrezco una vía de escape —continuó el duque. Le daba igual que los oyeran. Olfateó más profundo su olor. Lavanda. Esa esencia lo volvía loco desde el momento en que la conoció, ¡y la había echado tanto de menos!

—No estoy segura de quererla. —Por instinto fue por lo que ladeó la cabeza cuando sintió los labios de él acariciar su nuca. ¿Qué? Ella era débil. Ese maldito siempre la había puesto frenética con su sola presencia. Sentir esa caricia la hacía vulnerable. Toda la piel se le erizó cuando él depositó un húmedo beso en el lugar donde brotaba su pulso.

—¿Merecen tus padres lo que vas a reportarles? —La reputación de ella caería, pero también la de su familia. Kirk estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo.

—Porque no lo merecían fue por lo que tomé la decisión primera y mira dónde nos llevó. —Ella recobró el sentido en ese preciso momento. Se separó de él a la fuerza. Puso distancia entre ambos y se giró para enfrentarlo. Ella ya no era tan débil como lo fue una vez. Kirk tenía un hijo y una mujer que esperaba por él. Beth no iba a ser tan egoísta de apartarlo del lugar al que pertenecía.

—Beth, por favor. —La súplica fue tan cruda que ella casi se sintió tentada a creerlo.

—Por favor, ¿qué? —preguntó más soberbia. Lo mejor era ahuyentarlo como él tantas veces intentó con ella.

—Te has vuelto una dama muy dura —expuso a su pesar.

—Tuve un buen mentor. —Estuvo satisfecha porque esas cuatro palabras consiguió que parecieran diez por lo menos. Las dijo arrastrándolas.

—Por lo visto al mejor —comentó por lo bajo mientras se reía.

—¡Fuera! —le escupió a la cara cuando le escuchó la broma y lo vio sonreír orgulloso.

—Espera, mujer. No te alteres.

—¡Fuera he dicho! —La joven vio algo brillante y muy pesado y lo sostuvo para lanzárselo. El objeto se estrelló violentamente contra la

pared.

—¿Estás loca, mujer? ¡Has podido matarme!

Beth divisó algo de plata. También parecía contundente. Quería herirlo, que se marchara, que la olvidase definitivamente. Lo empuñó, dispuesta a repetir la acción de hacía unos momentos. Esta vez el hombre se tuvo que agachar para evitar que le diera de pleno en la cabeza.

—¡Fuera he dicho! —Beth estaba muy alterada. Estaba acusando la tensión de los últimos meses; desde que lo conoció, su vida había sido un altibajo y era momento de que todo cesara.

—¡No salga, capitán! —le ordenó una voz tras la puerta. Fue Angela. *Lady* Monty sabía que la muchacha estaba tirándole objetos, pero él debía ser fuerte y resistir.

—Ya lo has oído. No puedo marcharme. —Entendía lo enamorado que estaba Samuel. Esa mujer era muy lista. Kirk se abalanzó sobre Beth para evitar que se hiciese con un nuevo objeto para tirarle. Ella forcejeaba. Él era un experto combatiente capaz de contener a una dama. Sus bocas quedaron muy juntas. Se miraron a los ojos. Beth paró de pelear contra él.

—¿Desde cuándo haces caso a una mujer? —La joven recordó todas las veces en las que en el invernadero le pidió que la tomase, que le diera placer, lo necesitaba y él no lo hizo.

—No estás siendo justa. —El aliento de él olía a licor. El de ella a limonada.

—Yo diría que tirarte ese ramo de rosas a la cabeza nada más entraste por la puerta hubiese sido la única justicia que merecías.

—Hubiese dolido menos. Esos objetos eran pesados.

—Vete, por favor.

—Te lo he regalado con todas mis mejores intenciones. Las rosas negras siempre me recuerdan a mí, a ti que me viste. —Sí, el ramo era de Kirk. Había sido entregado en la vicaría nada más la vio ingresar allí con su familia. El repartidor que estaba con él recibió la orden de inmediato. También figuraba una tarjeta que contenía bellas palabras e iba su firma para que ella no se llevase a engaño. Ella merecía que supiera cuánto la amaba.

—¿Cuál era el propósito? —Él siempre estaba jugando con ella y sencillamente no podía más.

—¿Hacer las paces? —No entendió porque le salió como una pregunta. Era una afirmación.

—¡Hágalo de una vez, capitán! —Lo incitó una voz tras la puerta. Esta vez fue Bri la que habló. ¿Qué? Ella quería ganar la apuesta que había en marcha. Cuando la esposa del coronel lo explicó, allí tras la puerta en la que estaban espiando, *lady* Monty la juzgó severa... como si Bri no supiera que Angela también había apostado sobre con quién se casaría Beth finalmente.

Kirk hincó la rodilla, le sujetó las manos más fuerte de lo normal porque no quería que ella escapase o, peor aún, que alcanzase la estatua de Jesús que había en la mesa contigua y le atizase con ella.

—*Lady* Elisabeth MacGlen. ¿Me haría el favor de consentir en ser mi esposa, mi duquesa?

—¿La duquesa demente? ¡Qué gran atractivo! —señaló llena de ironía. Debía seguir implacable. ¡Él tenía un hijo, por amor de Dios! Su lugar estaba con el niño rubio de ojos azules.

—Estás siendo cruel.

—Agradézcaselo a mi mentor. —Cambió a la formalidad aposta.

—Soy tu única salida.

Beth se tomó un momento. La cosa se había complicado hasta extremos imprevistos. Su vida estaba siendo un desastre. Cada decisión que tomaba se convertía en algo peor que lo anterior. Ya empezaba a pensar que estaba maldita. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Va a ser un error. —Lo miró, tratando de ver algo en su mirada, algo que le indicase que... no sabía lo que estaba buscando... un resquicio de algo... ¿De humanidad? ¿De amor? De... de... no sabía, pero algo, ¡necesitaba una señal!

Beth estaba en una auténtica encrucijada. De esa decisión dependía el resto de su vida. No iba a tener más oportunidades. Los compromisos se rompían, pero los matrimonios eran para toda la vida... ¿Qué iba a hacer? ¿Qué decisión era la más acertada?

La joven alzó la vista y divisó una gran cruz en el centro de la

estancia. Pidió y rezó a Dios para que le llegase alguna señal. El Altísimo tenía que ayudarla. No podría acarrear con otra mala decisión... y, peor aún, era incapaz de privar a un hijo de su padre.

Sí, lo mejor era sacrificarse. Su amor por él era tan grande, que tentada como estaba a aceptar su oferta y a casarse con el hombre al que amaba, decidió ser una buena persona y hacer lo correcto. Beth no podía separarlo de ese bonito niño, además, si la madre del duque era tan malvada como todos aseguraban, lo mejor era que él se llevase del lado de la duquesa viuda a la mujer y a su hijo.

Era momento de cerrar la puerta definitivamente para que no se volviese a abrir. Romper definitivamente con él era lo que había de hacerse.

—Este es un dulce momento —señaló con una radiante sonrisa llena de ira la joven.

—¿Disculpa? —No le agradó la pose que ella estaba adquiriendo. Las alarmas se le dispararon.

—Tan desesperada como estoy, tal acabada como estaré cuando salga de esta iglesia sin un esposo...

—No lo hagas, Beth, te lo suplico. —Kirk no era tonto y sabía el camino que ella había decidido emprender. La rudeza en sus oraciones le hizo suponer lo peor.

—Nunca. Atiende bien, excelencia, nunca seré tu esposa, no eres lo que busco en un hombre, lo que quiero o necesito. ¿Qué mujer en su sano juicio se convertiría en la esposa del duque Demente? Yo desde luego no estoy tan desesperada, prefiero ser repudiada, condenada al ostracismo social antes que convertirme en tu mujer. Me repugna la sola idea de que me besases o tocases. A Dios doy gracias por haber escapado de tus garras, porque serías el último hombre al que ni tan siquiera volvería a permitir que bese mi mano. No, ciertamente no eres adecuado para mí. Vete, márchate lejos, porque si me creí enamorada una vez de ti, pronto comprendí que prefería ser la esposa de un hombre en bancarrota a ser tu duquesa. Vete, olvida que me conociste, porque yo hace meses que te borré de mi mente. Me avergüenza lo que tuvimos y agradezco haber escapado de ti, de tu locura.

Tragó saliva cuando acabó el discurso. Fue la mentira más dura que una vez ideó y recitó. Ver la cara de dolor de él hizo que tuviera ganas de abrazarlo y consolarlo. Se contuvo, al tiempo que sentía cómo con cada palabra mataba el cariño que entre ellos surgió una vez.

—Vive con tu decisión, pues, *milady*. —Se levantó del suelo pasó por su lado sin tocarla. Abrió la puerta y vio a las tres mujeres mirarlo con lástima. No dijo una palabra. Se marchó silencioso.

—¿Por qué has hecho eso, Beth? —Briana fue la primera en abrir la boca cuando las tres accedieron a la sacristía—. Es obvio que estás enamorada de él. Lo vi en la fiesta.

—¡Todas lo vimos! —señaló incrédula Angela al ser testigo de aquello.

—Él tiene un hijo que necesita a su padre. —Tal vez no sea verdad. —Angela conocía el asunto.

—¿Tiene un hijo? —preguntó Briana con los ojos como platos.

—Te lo contaré luego. —Angela movió la mano queriendo decir que eso no era importante en estos momentos—. Él te ama y tú estás terriblemente enamorada de él. ¿Por qué lo has hecho? —volvió a repetir la pregunta.

—Lo acabo de explicar —alegó cansada.

—Tal vez él no es el padre del niño. La historia del periódico podría no ser cierta. —*Lady* Monty estaba casi segura de que todo era una gran farsa.

—Entonces, ¿cuál es el motivo por el que él no lo ha mencionado? —rebatió Beth.

—Eso se lo tenías que haber preguntado a él en vez de lanzarle objetos voladores, ¿no crees? —*Lady* Monty estaba disgustada con la amiga de Briana.

—No tiene caso recordar el pasado. Lo he ahuyentado por completo. Él no regresará a mí.

—Ciertamente no lo hará. Ningún hombre se sobrepondría a esas palabras. —Fue el turno de hablar de la duquesa de Shepar. Su hija era más dura de lo que parecía. Ella estaría bien con la vida que había elegido.

Su hermana Violet atravesó la puerta de la sacristía respirando apresuradamente.

—Lord Perth se ha marchado del reino esta mañana a primera hora. Cogió un barco rumbo a América.

—Así que prefirió huir a ser mi esposo. ¿Ves, madre, cómo nadie quería casarse conmigo ni por mi dote? —Beth estaba destruida.

—No, no, el conde dejó pagadas todas sus deudas y a sus criados. Me lo ha contado el ama de llaves que aún permanece en la residencia de él. Por lo visto es un hombre rico y ha decidido emprender una nueva vida.

—¿Rico? —preguntó la duquesa. Ese hombre era más pobre que las ratas. No tenía ni un penique.

—Eso he podido saber. Creo que es hora de irse. Padre está fuera esperando para sacarte de aquí, Beth.

—Sí, será mejor que nos marchemos y olvidemos este día. — Beth comenzó a andar. Dio unos pocos pasos cuando frenó en seco—. Madre, ¿comprende que voy a ser una solterona y que a partir de este momento padre me dará mi dote para emprender una nueva vida, verdad?

—Sí, hija mía. Lo harás y no me opondré. Casi, fue un juramento.

Capítulo 8
Un refugio lleno de espinas

El corazón de Beth era un músculo fuerte, pero sentía una espina clavada que cada cierto tiempo se movía, molestaba y dolía. Los meses habían sucedido con presteza y pese a que estuvo entretenida poniendo en marcha su proyecto de agricultura, no había podido olvidar el dolor que le infringió al capitán.

Fue dura, estuvo carente de compasión y empatía, pero era necesario cerrar esa puerta a cal y canto. Había una mujer y un niño que lo necesitaban y si bien lo amaba con todo su ser, no estaba dispuesta a que él se desviase del camino de la honorabilidad por ella.

Deseó tantas veces decirle «sí, quiero casarme contigo...» anheló estar entre sus brazos mientras sellaba el pacto con un beso... No debía ser así, no podía quedárselo cuando una criatura necesitaba a su padre, por más que todo la impulsase a entregarse a su petición.

Beth no debería estar triste; al fin, tenía lo que quería. Su padre la ayudó a comprar una gran finca cerca de los terrenos de los condes de Monty, puesto que un viejo conde al que todos llamaban Fergus puso a la venta la edificación para marcharse a Londres. Era una casa señorial preciosa, con un tamaño no demasiado ostentoso, con quince habitaciones. Las cuadras estaban en buen estado, no así la casa, que necesitaba arreglos.

La finca era de una extensión magnífica y contaba con diez familias arrendadas que a partir de la compra pasaron a depender de una mujer. Algunos hombres no se lo tomaron demasiado bien, pero que su padre, un duque, la hubiese acompañado en las presentaciones, suavizó mucho las cosas.

Estaba empecinada en hacer de ese terreno un negocio próspero. Desde pequeña se había dado cuenta de que lo de cultivar en el jardín

de su madre las flores se le daba bien. Con el paso de los años investigó más libros sobre el tema y comenzó a devorar nociones sobre la siembra de calabazas, papas, legumbres, árboles frutales, plantas aromáticas. Todo lo que pudiera ser plantado y prosperase en la tierra llamaba su atención.

Contaba con un buen número de semillas y había organizado los campos por cultivos según la temporada, además los había provistos de cerramientos y se había informado también sobre cómo evitar ciertas plagas. Aunque esto último era más un tema de suerte que de prevención.

Los vestidos se habían quedado apartados en un armario y se paseaba por sus dominios en pantalones, botas y camisas. Había mucho trabajo para hacer si quería tener una granja, una explotación agraria fructífera.

Dos capataces se ocupaban de ayudarla. Uno estaba al mando de los animales y el otro de las cuestiones vegetales. Su padre aprobó la contratación tras tener los informes oportunos.

Los sábados iba a ver a *lady* Monty, porque el acuerdo con el duque de Shepar para ayudarla con sus proyectos, radicaba en que ella estaría bajo la tutela de los condes de Monty. Puesto que las familias tenían mucha relación desde hacía años, confiaban en que Beth estuviera bajo su amparo.

Ese día llegó a la casa de Angela dispuesta a hablar sobre lo que la que era a todas luces hermana de Briana siempre le preguntaba y ella se negaba a hablar, porque tal vez así, abriendo su corazón, esa espina que la atormentaba se aflojaría un poco, dado que desaparecer, no desaparecería nunca. Perder al amor de su vida era algo que tenía que dejar una señal en el alma. El estigma, Beth lo llevaba también en el corazón.

—Buenos días, veo que hoy has venido con un vestido.

—Siempre vengo con un vestido, Angela.

—No es verdad, la última vez te vi en pantalones.

—Estaba en medio del campo plantando las patatas, ¿querías verme en falda?

—Tú ya me entiendes. Me considero una mujer progresista, pero

no me acostumbro al trabajo que haces... es tan varonil.

—No te creía por una *snob*.

—¡No lo soy! —se defendió ofendida ante la observación.

—¿No vas a invitarme a un té?

—Por supuesto, disculpa mis modales. ¿Quieres unos bocadillos?

—Estoy famélica. Estos dos días hemos plantado limones de dos variedades y he probado a combinar las especies juntando varias varas de uno y otro árbol. Espero que dé resultado.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Estoy lista para hablar del capitán. —Cambió drásticamente de tema porque se sentía capaz de hablar sobre la cuestión con una amiga cercana sin ponerse a llorar. El tiempo la había hecho un poco más... ¿dura? No era la palabra para definir aquello, pero sí estaba más tranquila.

—¿Al fin vas a explicarme todo lo que pasó?

—Sí.

—Espera, ordenaré el refrigerio antes. —La condesa se levantó para tocar la campanilla y solicitó la merienda. Cuando estuvieron servidas continuó la conversación.

—Creo que al fin me he repuesto.

—¿Qué pasó realmente entre vosotros?

—Fue algo extraño. Verás, nos conocimos antes de que él se marchase a la guerra en la boda de mi hermana. Ese día él se veía autoritario y seguro de sí mismo.

—¿Apuesto? —Quiso indagar *lady* Monty.

—Como el que más. Bailamos un vals que con el paso del tiempo olvidé. El destino lo trajo de regreso a mi vida cuando Olivia y yo nos escabullimos hacia los jardines de Vauxhall.

—¡Espero que fuese una fiesta decente!

—No, en absoluto. Nos vimos en medio de una cosa... bueno, era una fiesta de amantes y allí nos encontramos con el capitán y el teniente. No sabíamos que eran ellos, de igual modo que también desconocían nuestra identidad porque íbamos con máscaras. Lord Perth se encontró con nosotros y el capitán comenzó a discutir con él. Comenzaron a calumniarme, cierto que Kirk no sabía que yo era la

dama que estaba prometida a Perth...

—¿Qué emocionante verdad?

—Lo fue, sobre todo cuando ante todos los presentes dije que aceptaba casarme con el duque de Kensington.

—¡Así que era verdad que le tendiste una trampa!

—Exacto, se la tendí a él y no a Perth, lo del conde fue obra de mi madre, yo no lo sabía. Sobra decir que el capitán no estaba contento con su prometida, es decir, conmigo. Se mantuvo alejado de mí cuanto pudo.

—Pero me dijiste que te besó.

—Sí, lo hizo y supe que era él —suspiró ensoñadora.

—¿Estás enamorada de él? —Eso sí que Angela no se lo esperaba, porque el hombre estuvo de rodillas y ella lo despreció.

—Con toda mi alma lo amo.

—¡Pero no te casaste con él! ¿Fue un escarmiento por lo que decidiste no ser su esposa?

—No. Yo consideré que era mejor sacrificarme para que él estuviese con su hijo. Era necesario que él se casase con esa mujer y el capitán tenía una historia de amor y yo no estaba dispuesta a interferir. Simplemente no podía dejar que, por reparar mi honor ante el abandono de Perth, él quedase unido a mí.

—¡Oh, Beth! No sabes lo que has hecho...

—Sí, lo sé. Estoy tranquila con mi conciencia, tengo mi libertad, soy feliz en el campo y pese a que sé que nadie en sociedad hablaría conmigo, no me importa en absoluto.

—No lo digo por eso. Simplemente es que Monty está muy preocupado por el capitán.

—¿Por qué habría de estarlo? A estas alturas lo imaginaba ya casado y feliz junto a su familia.

—Nada más lejos de la realidad. El teniente Ryan le envió una carta a mi esposo en la que le pedía ayuda para atenderlo.

—¿Está enfermo? ¿Qué le pasa? —La joven se alarmó ante la mueca que acababa de hacer la condesa.

—Enfermo de amor, me temo.

—Explícate, por favor, Angela, porque no entiendo nada.

—No sale de casa, ha despedido a buena parte de su servicio y el resto se ha marchado porque no soporta más su agrio carácter. Me temo que la bodega de su casa también está menguando porque se pasa el día borracho.

—¿Por qué? —Beth no comprendía la situación de él. ¡Si le había dado la libertad para ser feliz! Y si estaba así por ella, bien que le dijo hasta la saciedad que no se casaría con ella nunca...

—Desde tu negativa a convertirte en su esposa, él ha estado hundido.

—¿Y qué pasa con la mujer, y con su hijo?

—Envió a su madre al campo de inmediato y le dio una buena suma de dinero a la dama para que se fuese con su hijo a otra parte y empezasen una nueva vida.

—¿Por qué haría eso? ¿Se avergüenza del niño? —La joven se mostró escandalizada de que un padre no quisiera a su hijo.

—El capitán niega su paternidad. Según me explicó Monty, niega que el niño sea suyo y que estuviera enamorado de esa mujer alguna vez. —Su esposo le había enviado una carta recientemente.

—¡No puede ser! Yo leí el artículo en el periódico... yo…

—¿Le preguntaste alguna vez a él?

—No, no lo hice porque no me atreví a que me confesase que la amaba. Traté de protegerme. Yo... —La espina que tenía clavada se hundió más adentro perforando sin piedad su corazón.

—Debiste preguntarle y aclarar las cosas.

—Supongo que sí, pero eso no quita que él desde el principio no quisiera casarse conmigo.

—¡Te pidió matrimonio de rodillas en una iglesia y tú le tiraste objetos a la cabeza!

—No. Él vio que Perth no se presentó y trató de volver a salvarme como cuando no negó mi mentira sobre la petición de matrimonio. De una manera u otra yo debía dejarlo libre. Él no me ama. Debe ser únicamente deseo.

—¡Por supuesto que te ama! Ese hombre ha caído por un precipicio desde que te negaste a casarte con él.

—¡Yo lo liberé de una obligación! No tengo la culpa de que él...

bueno, tal vez él no esté mal por mi causa, simplemente porque... por... que... —No era capaz de idear una excusa creíble—. Como sea, yo estoy bien ahora y confío en que sus amigos conseguirán que se reponga. Cada uno seguirá su camino y viviremos todos en paz.

—Pero...

—¡No! —trató de frenar lo que intuía que *lady* Monty iba a proponer. El destino había dicho su última palabra.

—De acuerdo, pero, aun así, opino que cometes un grave error.

—Entonces será mío y solo mío. Viviré con las consecuencias. —De hecho, ya lo estaba haciendo y aunque dolía, podría soportar la angustia.

Cambiaron de tema para aligerar el ambiente y la visita social terminó con Beth llevándose de la biblioteca de los condes un ejemplar sobre las ventajas del uso del estiércol de animales para abonar la tierra. Así eran ellas, mujeres poco corrientes ávidas de tomar enseñanzas nuevas.

***

Una visita a altas horas de la madrugada irrumpió en su finca de forma alarmante. Los golpes en la puerta despertaron al personal al completo. Beth salió al recibidor en bata y con su trenza a medio hacer.

—¿Teniente?

—Siento la intromisión, *lady* Elisabeth, pero es imperativo que me acompañe a Londres. El capitán Baldrick ha caído enfermo y entre el delirio solo su nombre es entendible. La necesita a su lado, *milady*.

—¡Dios mío! —La espina se multiplicó en su corazón y sintió una correa de alambres punzando en su alma. No podría soportar que él falleciese. Tenía que ponerse bien—. Me cambiaré de inmediato. Señor Collins —se giró hacia su lacayo—, diga a los capataces que están al mando de la finca, confío plenamente en ellos.

—Por supuesto, *milady*.

Beth tardó una escasa media hora en poner a punto sus enseres y emprender el viaje en el carruaje en el que el teniente había llegado,

tras cambiar los caballos.

Entró en tromba en la habitación de Kirk sin ninguna ceremonia. Junto al capitán estaba el conde Monty.

—¿Han llamado al médico?

—Se ha negado a que lo reconozca. Dice que quiere morir, que no tiene nada por lo que vivir —expuso lord Monty.

—Sí, sé que puede ser un auténtico tirano. Llamen al médico de nuevo.

—No creo que sea buena idea —dijo el teniente recordando el día de ayer cuando el doctor llegó y lo amenazó con degollarlo si no se iba de inmediato.

—¡Ahora! —ordenó Beth. El teniente salió en busca del galeno. «Eran tal para cual», pensó Ryan.

—Abra la ventana, lord Monty.

—Pero está ardiendo de fiebre y tiembla. Va a tener frío.

—Lo sé, pero necesitamos enfriarlo para bajar la calentura y que respire aire renovado. Hágalo. Y mande también que suban agua hirviendo y unos paños. Tengo eucalipto. —La joven percibió su dificultad al tomar el aire, sus pulmones no iban bien.

—¿Qué tiene?

—Unas hojas que lo ayudarán a respirar. Haga lo que le digo. El conde no rechistó e hizo lo que la dama solicitó.

Beth se acercó a él para quitarle las sábanas y la manta. Estaba empapado en sudor.

—Dejadme en mi miseria —tartamudeaba.

—Lo dejaré, capitán, pero solo cuando haya despertado.

—Beth, Beth, Beth... —susurró sin ser consciente.

—Estoy aquí, Kirk, y te prometo que te pondrás bien.

Un recipiente de agua caliente llevó y ella colocó las hojas de eucalipto cerca de la cama. Con agua más tibia comenzó a pasar trapos por su frente y su pecho. Sentía que él estaba molesto por el frío que debía sentir.

Beth le dijo palabras de aliento y le ofreció caricias para tratar de tranquilizarlo. Lord Monty los dejó a solas en la habitación y subió de nuevo cuando el teniente Ryan acudió con el médico.

El hombre fue reticente volver a ver al enfermo, pero el teniente lo convenció con una buena suma de dinero.

Tras examinarlo se decretó que el hombre acusaba cansancio, mala alimentación y un exceso de alcohol que habían deteriorado su salud. El doctor aconsejó esperar y aprobó los métodos que estaba siguiendo la muchacha para hacer las curas del paciente.

***

El duque de Kensington estaba tocado y hundido. Salió de la catedral Saint George sintiéndose morir. Ella no lo quería. Bien podía entender su posicionamiento sobre ser la mujer de un hombre demente. Llevaba varios meses en Londres sin verla, aunque seguía sus pasos de cerca.

Desde que dejó la fiesta de los Monty su mente estaba perturbada, atormentada por el recuerdo de ella. Beth, Beth, Beth. La añoraba como nunca pensó que echaría de menos a otro ser humano. Trató de distanciarse y cayó en la bebida para tratar de olvidar a su ángel.

Kirk se enteró de que su amigo Frederick estaba en problemas similares con otra mujer y decidió ocupar su tiempo en ayudarlo a recuperar a la dama. Porque esos días, tras el regreso de la finca de Monty, en los que las pesadillas habían regresado, comprendió que la bebida no era la solución a sus problemas. El teniente Ryan insistía en que ella podría sanar sus heridas internas. Su amigo le hizo ver que él estaba mejor desde que Beth se volvió a cruzar en su camino. Así pues, dejó el brandy y el *whisky* apartados y se centró en ayudar al coronel.

Envió varias cartas a Frederick hasta que al fin este se dignó a ir a su casa de Londres. Una vez lo tuvo allí, organizó una fiesta en su mansión e invitó a la mujer por la que el coronel sentía debilidad. Aquello se torció un poco, hubo malos entendidos y discusiones serias, incluso dos huidas, pero finalmente se arregló. Se consiguió enmendar la situación del coronel porque la de él seguía siendo catastrófica. Envió una invitación a la casa de los duques de Shepar, pero ninguno de ellos y en especial su hija, se presentó a su fiesta.

La cosa se complicó sobremanera cuando aparecieron en su puerta

la arpía y la bruja, con el niño. Su madre exigió que rompiese el compromiso con la dama, pero eso él no lo iba a hacer porque estaba más que decidido a casarse con ella. Despachó a la bruja en poco menos de cinco minutos. A su madre la regresó a su confinamiento, y la amenazó con bloquear su asignación si no obedecía. La duquesa se fue echa una auténtica furia, pero antes dijo que se iba porque había hecho lo que vino a hacer.

Retuvo a *lady* Darrington y al niño. Averiguó la verdad sobre todo lo sucedido con el pequeño. Ni tan siquiera era hijo de la mujer. Lo había reclutado su madre en un hospicio, tal y como él imaginaba, porque su hermano no hubiese podido tocar a una mujer, ni aunque la vida le fuese en ello. Le dio un buen montante de dinero a ambos, porque Stephanie se había encariñado mucho con el niño y lo sentía como suyo y ambos al fin estuvieron libres de la influencia de la bruja. La invitó a ponerse en contacto con él si necesitase algo en el futuro. Aunque el niño no era hijo de su hermano, la duquesa viuda lo había elegido porque guardaba muchas similitudes con Harris. Y era por eso, por ver a su hermano Harris reflejado en el pequeño por lo que decidió obrar como lo hizo.

Liberado de ese yugo, Kirk determinó que era momento de cortejar a la dama adecuadamente y hacerle saber que la amaba.

Lamentablemente el día que se decidió a ser valiente se enteró de que su madre había ido a visitarla a su casa antes de enfrentarse a él. No tenía idea de la gravedad de lo dicho por la bruja. Pero cuando averiguó que *lady* Elisabeth se había vuelto a prometer con Perth supo que el asunto era irreparable.

Él no había llegado tan lejos para detenerse. Así que se plantó en casa del susodicho para explicarle la situación.

—No quiero problemas —expuso el familiar del duque cuando lo tuvo delante sin que mediase ni invitación ni anuncio de su visita, puesto que Kirk entró en tromba y se metió en el despacho del conde para intimidarlo.

—No vas a casarte con ella.

—Debo hacerlo porque de lo contrario acabaré en la cárcel y su madre me ha ofrecido un acuerdo muy beneficioso para ambos.

—¿Con qué engaño has embaucado a la duquesa?

—¡Ninguno! No me lo creí cuando me llegó la carta informándome de que renovaba las condiciones en caso de que me casase con su hija.

—Imposible.

—Sospeché que algo le habías hecho a la dama.

—¡Cuidado, Perth!

—No me malinterpretes, no me importaría criar al bastardo de otro, y más si fuese tuyo, porque llevamos algo de sangre común.

—Nombra a tus padrinos.

—Los duelos están prohibidos.

—Puede ser, pero se siguen haciendo.

—¿Qué quieres que haga? Mi situación es extrema y me han ofrecido la dote... no puedo ir a la cárcel —trató de excusarse.

—Te daré 50.000 libras si desapareces del reino. Ve a otra parte de Europa o prueba suerte en América. Con ese dinero bien puedes empezar una nueva vida.

—Si tú la querías... ¿por qué me han pedido a mí que la tome por esposa? ¿Qué le has hecho? Algo más grave que yo ha tenido que ser cuando, después de lo que dije, volví a ser un candidato válido.

—Eso no te incumbe —lo atajó—. ¿Aceptas el trato o no?

—Debo 30.000 libras a mis acreedores.

—Entonces podrás disponer de 20000.

—70.000 libras y me iré.

—60.000 y no te retaré a duelo.

—¡Hecho! —Se dieron la mano para cerrar el acuerdo—. Habría aceptado las 50.000 libras.

—Y yo te habría ofrecido hasta 100.000.

—¡Maldición!

—Te quiero fuera de Inglaterra antes de mañana.

—Pero mañana es la boda.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer? —Quiso indagar Perth cuando vio la amplia sonrisa del capitán... sí, él verdaderamente parecía el duque Demente.

—Lo que tuve que haber hecho hace cuatro años: casarme con ella. —Y se marchó de la casa de igual modo que llegó. Satisfecho con su

actuación.

Al día siguiente se vistió con sus mejores galas porque sin ser invitado a la boda de Beth, esperaba convertirse en el novio. Sus acciones pueden ser aludidas como de despreciables, pero él no estaba dispuesto a olvidarse de ella. Esa muchacha era la cura para la enfermedad que él tuviese. Al teniente le había costado mucho convencerlo, pero en estos momentos en los que lo veía tan claro, no iba a resignarse.

No esperaba que ella endureciera su corazón ante él, y mucho menos que lo rechazase de forma tan cruel. ¿Se lo merecía? Probablemente sí, porque lo había hecho todo mal con Beth.

Tras salir de la catedral acabó en el club de caballeros de Northwest donde disputó una lucha en la que el contrincante le dejó varias costillas fracturadas. El dolor físico no era comparable al que sentía mentalmente.

Se encerró a partir de ahí en su casa y se fue apagando. Con un poco de suerte su vida se terminaría. Las noches eran insoportables. De nuevo dormir era un calvario lleno de pesadillas, muerte, enemigos abatidos, su hermano, su madre y su padre... El pasado había despertado feroz para arrinconarlo. La solución estuvo clara: brandy y *whisky*. Ambos fueron sus dos mejores amigos hasta que el teniente Ryan y Monty se inmiscuyeron en su vida. Trató de echarlos, pero ni sus gritos, ni su desprecio, ni sus groserías —que no eran pocas— consiguieron que se marcharan de la casa y lo dejasen tranquilo con su agonía autodestructiva.

Con el paso de los días comenzó a sentirse peor. Supo que estaba enfermo cuando cayó en redondo en medio de la entrada de la casa tratando de expulsarlos nuevamente de su hogar con un cuchillo en mano.

Llegó un médico y cuando se despertó amenazó al matasanos con el puñal que tenía bajo su cama. Él no quería vivir sin ella, no podía seguir sufriendo su ausencia y las miserias de su vida. Sin Beth, nada tenía sentido. Mejor acabar ya que seguir sufriendo sin sentido. El mundo no lo necesitaba, ella no lo quería.

Kirk se removió en la cama sintiendo unas manos que le

acariciaban el rostro. No eran suaves, pero agradeció el contacto. Nadie lo solía tocar y estaba necesitado de contacto físico. Oyó una voz, de un ángel que lo regañaba y le prohibía abandonar el mundo de los vivos. Quiso responder, pero no halló fuerzas para hablar.

Luego sintió frío. Cosas húmedas en su pecho y en la frente. Sin embargo, unas caricias en su pelo le impedían alborotarse y maldecir su incomodidad. Nuevas palabras dulces llegaron a su oído. El capitán quería abrir los ojos, pero después de tantas semanas sufriendo pesadillas no quería despertar de este dulce momento que le transmitía estima y sosiego. Cayó en un sueño profundo por el que se dejó vencer en su lucha. Se sentía protegido y atendido, por lo que se abandonó a su suerte.

Había pasado una noche inquieta. Beth lo veía moverse, calmarse y volver a inquietarse. Abandonó la silla que había colocado al lado del lecho y comenzó a acariciarlo y susurrarle palabras dulces para apaciguarlo. «¿Ese hombre no era capaz de estar en paz ni mientras dormía?», se preguntó la muchacha.

Una mano agarró la suya mientras la tenía en la mejilla de él.

—Beth, no me dejes. No quiero estar solo —balbuceó con los ojos cerrados.

—No me iré. Estoy aquí. —Se sentó en la cama a su lado y lo observó dormir.

Era el hombre perfecto. El mundo se obstinaba en separarlos, y cuando no era el mundo era él, y cuando no era él, era ella. Beth sonrió ante las vueltas de la vida. Pero en estos instantes estaba con Kirk, junto a él. La muchacha se inclinó un poco sobre él en busca de su oreja:

—Te amo, hombre terrorífico, y necesito que te repongas.

Beth supo que tenía que volver a transgredir todas las normas cuando su cuerpo la impulsó a tomar un lugar en la cama junto a él. Lo sintió con menos temperatura y decidió acurrucarse a su lado. Tal vez sería la última vez que tendría la posibilidad de llevar a cabo una acción tan temeraria como esta, así que… además, ella era un auténtico escándalo, ¿qué iban a hacer? ¿Mandarla al campo expulsada? Ella ya estaba en esa situación.

Se colocó con la cabeza apoyada en el brazo extendido que él tenía. En un abrir y cerrar de ojos se vio envuelta por el cuerpo de él sin posibilidad de huir. Sintió la barbilla de él apoyada en su cabeza. Los brazos de él la aprisionaron más y casi se quedó sin aliento por la presión que él ejercía.

—Kirk, no me voy a ir a ninguna parte, necesito que no seas tan brusco. —Tal vez la oyó, o no, pero la fuerza que él estaba ejerciendo disminuyó.

Se acomodó para que el vello del pecho de él no le molestase y decidió dormir un poco. Beth no pensó en que debería despertarse antes de que alguien entrase en la habitación, porque a estas alturas de la escena, le tenía sin cuidado qué dijesen de ella. Estaba en el paraíso.

***

Tenía a alguien sobre él. No hizo falta abrir los ojos para saber quién era. El aroma a lavanda inundó sus fosas incluso antes de despertar del todo. La tenía sujeta con la mano derecha, al tiempo que medio cuerpo de Beth estaba situado sobre el de él. Le acarició la espalda en un acto reflejo para tranquilizarla porque ella se removía. La observó acomodar mejor su cabeza sobre su brazo y sonrió.

No sabía si estaría muerto, vivo, en el infierno o en el cielo, pero sí ansiaba que la sensación no terminase nunca. Su corazón bombeaba tan fuerte que temió despertarla.

Alguien abrió la puerta. El capitán cruzó los ojos con el intruso.

—¿Molesto? —preguntó con una sonrisa el teniente en un tono muy bajo para no incordiar el descanso de la dama.

—¿Las has traído tú? —Habló de igual forma que su amigo.

—No pude resistirme a tus exigencias mientras estabas inconsciente.

—Me alegro de que lo hicieras.

—Puedo verlo.

—Ahora fuera. —Lo despachó. Kirk quería disfrutar de ella, de esa nueva intimidad que nunca tuvo con ninguna mujer.

—Espero que te comportes como un caballero —señaló ya en la puerta, divertido, antes de marcharse.

Beth trepó un poco más y alcanzó el hueco hasta su cuello. Él giró su cuerpo para volver a atraparla entre sus brazos. La oyó suspirar y pudo cerrar los ojos para intentar dormir un rato más. Si esto era lo que tenía con ella, disfrutaría cuanto pudiese.

Horas después se despertó sintiendo un vacío pronunciado en su lecho. Despertó y examinó lo sucedido hacía un rato. Bien podía haber sido un sueño, si no fuera porque a su alrededor seguía persistiendo el aroma a lavanda de ella. Sonrió sin ser consciente de lo que hacía.

—¡Demonios! —exclamó Monty cuando entró en la habitación y lo descubrió contento.

—Buenos días a ti también.

—Me has hecho perder 10 libras.

—¿Yo? ¿Un pobre moribundo?

—Sí, tú.

—¿Y cómo he sido capaz de orquestar tu derrota, Samuel?

—Aposté con Ryan a que si despertabas y ella no estaba a tu lado comenzarías a gritar como el demente que eres y en vez de hacer lo que creí que harías, estás ahí como un niño en la mañana de Navidad.

—¿Dónde está? —preguntó sin perder la sonrisa. Por primera vez en meses no tenía ganas de gritar a todo el mundo. Estaba tranquilo y sosegado. Ella era la razón.

—Ha ido a asearse y me ha mandado a ver cómo estabas. Es más tirana de lo que tú eres y eso es... decir muuuucho.

—Necesito asearme también.

—Veo que estás mejor. Supongo que la enfermera ha tenido que ver en tu recuperación.

—No, sigo muy enfermo.

—No te veo enfermo, nadie diría que estuviste dos días con fiebre muy alta.

—No, Monty. Atiende bien, sigo enfermo, muy débil y con fiebre —dijo, moviendo la cabeza de forma afirmativa para ver si su amigo se enteraba y entendía lo que realmente quería decir.

—No, yo pienso que estás recuperado. Es más, nuca te vi con mejor

aspecto.

—¿Ves cómo eres re...?

—No te atrevas a decirlo —lo cortó furioso—, o haré que venga Angela a cuidarte en persona. —Samuel esbozó una sonrisa torcida. Su mujer infundía mucho respeto entre sus amigos. El coronel mismo se cuadraba ante ella cuando la veía.

—Bien, te lo diré de forma para que tú lo entiendas.

—Adelante —concedió Samuel.

—Me encuentro bien, pero no quiero que ella sepa que he mejorado, por lo que le dirás que sigo enfermo porque necesito que se quede.

—¡Ah! No es que yo sea retrasado, es que tú no sabes explicarte. ¿Tanto te costaba decirme eso desde el principio?

—¡Oh, Samuel!

—Pediré que traigan ropa limpia y un poco de agua y jabón para que puedas comenzar a conquistarla.

—¿Le costó mucho a Ryan traerla? —Quiso averiguar.

—No. La dama estuvo lista en media hora y se presentó en tu casa dirigiendo a todo el personal como si hubiese nacido para ser tu duquesa.

—No quiso ese puesto.

—No entiendo muy bien porqué. Ella no se ha separado de ti un solo momento desde que vino, hasta esta mañana, claro, y ha sido porque estaba famélica.

—Entonces, entiendes que debes decirle que sigo necesitando una enfermera, ¿verdad?

—Sí, pero no vas a poder estar enfermo por el resto de tus días. Tendrás que idear otro plan para conseguir que se quede a tu lado... y no estés tan sonriente o se dará cuenta. ¿Y desde cuándo sonríes tú? Creo que en toda mi vida te he visto enseñar los dientes si no era para ladrar como un perro fiero.

—Tal vez sí pueda estar unas semanas enfermo... —expresó, sin hacer caso a la última apreciación de Monty, pues Kirk se dio cuenta de que su amigo no era duro de entendimiento, sino más bien demasiado listo, porque lo que había dicho tenía sentido...

***

Beth se levantó azorada porque al abrir los ojos comprobó que lo tenía a su espalda y que una de sus manos estaba agarrando firmemente su seno. Hizo malabares para tratar de salir de la cama sin despertarlo. Su estómago rugió y creyó que lo despertaría debido al fuerte ruido. Él se dio la vuelta para el otro lado y ella pudo salir sin mayor complicación del lecho y de la habitación. Necesitaba comer y un baño templado, dado que tenerlo tan cerca le hacía sentir demasiadas cosas en cierta parte de su cuerpo que había comenzado a humedecerse al recordar la última vez que las manos de él... Cortó ese pensamiento porque no era momento de pensar en cómo sería hacer el amor con él, entre otras cosas, porque Kirk estaba convaleciente y tal vez no pudiese...

Pidió el baño primero, pese a que estaba realmente necesitada de alimento... sí, bueno, de alimento y también de... ¡Por Júpiter!

Se había vuelto una mujer impúdica que no podía más que pensar en...

Cuando Beth consiguió calmar sus ardores y su hambre, preparó una bandeja ella misma para el paciente. Colocó tostadas, huevos y un buen trozo de tocino. El médico dijo que él necesitaba alimentarse bien.

Entró en la habitación como si lo hubiese hecho de forma habitual los últimos años.

—Buenos días. —Beth pensó que lo mejor sería ser cordial.

—Buenos días.

—Es hora de tomar el desayuno.

—Huele delicioso. —Al parecer, iban a actuar como si todo entre ellos fuese normal.

La muchacha dejó la bandeja en la mesita cercana a la cama y fue hasta él para acomodar los cojines y que estuviese en buena posición para tomar la comida.

—¿Cómo te sientes?

—Débil —mintió. Se sentía fuerte como un toro español, listo

para...

—Debes alimentarte. El médico dijo que no estás comiendo bien y que la bebida ha estado consumiéndote —señaló, al tiempo que le colocaba la bandeja sobre las piernas.

—He vivido mejores momentos, o no. —Toda su vida era tan sombría que nunca estuvo feliz—. ¿Qué es este libro? —Vio un ejemplar sobre... ¿árboles?

—He pensado que tal vez podría leerte.

—¿Y no has encontrado nada mejor para entretenerme que esta versión de árboles frutales? —Sostuvo el libro entre las manos para dárselo a ella.

—¿Quieres que te lea o no?

—Si no hay otra cosa... —expuso como un niño consentido. Ella tuvo ganas de agarrarle los mofletes a ese tunante y apretárselos como hacía con sus sobrinos y los hijos de los Monty.

Beth comenzó a leer interesada. Estaba en medio de un proyecto para cruzar variedades de limones y no esperaba encontrar algo tan interesante en la biblioteca del capitán.

—¿Por qué lees ese tipo de libros?

—Me gusta la tierra —contestó y siguió leyendo.

—¿Qué es lo que te gusta de la tierra?

—Cultivarla —respondió y de nuevo siguió con la lectura.

—¿Es a lo que te dedicas ahora? ¿Dónde lo haces?

—¿No quieres que lea, verdad? —Cerró el libro porque estaba claro que él no iba a dejarla seguir. Lo depositó sobre su regazo. Él deseó ser ese libro.

—Siento más interés por conocer tu afición por la tierra.

—Tengo una granja, un campo.

—Eso explica por qué tus manos están callosas. —Lejos de avergonzarse, Beth se las mostró.

—Me gusta trabajar con mis manos en aquello que me apasiona.

—Tú no tienes necesidad de trabajar.

—¿Acaso debería quedarme en casa durmiendo hasta bien entrada la mañana, después de haber asistido a una elegante fiesta en la que he hablado sobre el tiempo con mis amistades?

—Es lo que hacen las damas. Y lo que deberías hacer.

—Entonces supongo que no soy una dama y que no recuerdas que… —Se calló por precaución.

—La boda fallida. Lo recuerdo perfectamente. Cada palabra.

—No debí hacer mención a eso. No fue cortés por mi parte recordar aquel episodio, lo lamento.

—No te disculpes. Lo he superado.

—Me alegra.

—Creí que me acusarías de mentir, puesto que es evidente que estoy en este estado por… —Le tocó el turno a él de cerrar la boca porque no se atrevía a confesar que era por ella por lo que estaba hecho un desastre.

—No tiene caso hablar del pasado. —Ella no quería abrir viejas heridas.

—¿Por qué viniste? —Él deseaba que le aclarase su decisión de no casarse con él.

—Estabas enfermo y el teniente me pidió mi ayuda.

—Dime por qué has venido, Beth.

—Te lo he dicho.

—No lo has hecho.

—Sí, el teniente…

—Te he escuchado perfectamente, pero lo que te estoy preguntando es tu motivo para venir a mi casa a atenderme. La última vez que hablamos dejaste bien claro que me detestabas. Creí que incluso si moría no lo sentirías.

—¡No digas eso! No deseo mal a nadie y a ti menos que a todos. —Las miradas de ambos se sostuvieron.

—Te negaste a ser mi esposa.

—Tú nunca me quisiste.

—¿Fue despecho? ¿Me rechazaste por eso?

—No. Fue sensatez.

—Sé más clara.

—Eres un hombre terrible.

—Eso no fue un problema nunca para ti.

—Tal vez comencé a vislumbrar mi futuro con un hombre que se

pasa gruñendo la mayor parte de su vida y no me gustó.

—Mientes, no fue por eso. ¿Qué hizo mi madre? —Algo muy grave había sucedido para que ella regresase con Perth.

—Estás recuperándote de tu enfermedad. No creo que sea momento de hablar de estas cosas. Debes reponerte.

—¿Te irás cuando deje de estar enfermo?

—Tengo trabajo que hacer. He contraído deberes y obligaciones al comprar la finca del viejo Fergus.

—¿La casa que está junto a la de Monty?

—Sí.

—¿Todo este tiempo has estado viviendo allí? —Eso explicaba por qué no había sabido nada de ella. No la buscó, pero sí paseó por delante de casa de los Shepar para tratar de verla, aunque fuese a lo lejos.

—Sí.

—Necesito saber lo que hizo mi madre para que tú…

—Me llevaré la bandeja a la cocina —lo interrumpió porque no quería seguir hablando de ese tema.

—No he terminado todavía.

—¿Es que acaso vas a comerte los platos? —Beth se levantó dispuesta a retirar la bandeja que ya estaba vacía y a batirse en retirada. Kirk la asió por la muñeca.

—Dime lo que dijo.

—Te veo muy recuperado, casi eres incluso el mismo de antes. Tal vez sea hora de regresar a mi casa. —La soltó como si quemase. No quería que se marchase, así que tosió como si en verdad estuviera enfermo y cerró la boca.

Ella se marchó con la bandeja. Kirk esperó pacientemente su regreso durante una hora y media. La puerta se abrió y vio al teniente Ryan acceder a su habitación.

—¿Dónde está ella?

—En la biblioteca leyendo. Dijo que necesitaba algo de paz y que parecías estar bien.

—¿Qué sentido tiene que la trajeras para hacer de enfermera y que ella no cumpla con sus deberes?

—¿Qué le has hecho?

—Quise averiguar qué demonios le dijo mi madre para que ella se comprometiese con el patán de Perth.

—¿Sabe ya que fue obra tuya que el conde la abandonase el día de su boda?

Un precioso juego de té cayó al suelo y los dos hombres se giraron para ver quién había sido tan torpe. Ryan miró creyendo que habría sido un criado despistado, y Kirk deseó que el estropicio fuese obra de Frederick, porque al coronel, cuando se enfadaba, le gustaba destrozar las cosas disimuladamente si estaba en compañía y de forma descarada si estaba solo.

Beth había subido un poco de té y unos bollitos de canela para intentar hacer las paces por el tira y afloja de hacía un rato. Lo que menos esperó fue descubrir que él había propiciado la catástrofe que sucedió en la catedral. Ser repudiada por romper un compromiso era una cosa, pero tener que irse avergonzada porque un hombre la hubiese dejado plantada en el altar, vestida de novia, era una humillación de la que una mujer no se sobrepondría jamás, por mucho que le disgustase el futuro esposo.

—Dime que no es verdad.

—No es verdad. —¿Qué? Él quería complacerla y no había forma de que aquello se estropease más, ¿verdad?

—Definitivamente tú no eres el demente. La que está loca, seriamente perturbada soy yo —comenzó a decir, al tiempo que daba vueltas por la estancia sintiéndose como una leona enjaulada—. Deberían encerrarme en Bedlam. Después de todo lo que me has hecho, de todas las ofensas que he soportado, sabiéndote enfermo dejé todo, todo. Mis obligaciones, mis deberes para con diez familias que están a mi cargo para venir a ayudarte. A ti, el hombre que me coronó como la solterona abandonada en el día de la boda.

—No creo que...

—Me llaman así por tu culpa. Mi hermana tiene que soportar que la miren con desdén, mi padre perdió tres contratos por mi causa, porque los *snobs* con los que hacía negocios dijeron que no querían saber nada de él. Mi madre, que ha sido un modelo de decoro toda su

vida, vio reducidas las invitaciones sociales a la mitad porque tú hiciste... —Se encaminó hacia él, subió a la cama y se colocó a escasos centímetros de su cara amenazadora—. ¿Qué fue lo que hiciste con Perth? —Lo vio a él achicarse en la cama y se temió lo peor— ¡Dime por Dios que no está muerto! —Salió del lecho y comenzó a moverse en círculos no sabiendo qué hacer con la ira que sentía en su interior.

—Desde luego que no le he matado. ¿Por quién me tomas?

—Me descubro culpable de tenderte una trampa en Vauxhall, ¡porque ese fue mi único crimen!

—No creo que fuera lo único malo que hiciste —él bufó.

—Me pediste que te liberase del compromiso y lo hice. No te exigí nada más.

—Recuerdo una petición muy íntima que como un caballero me negué a complacer.

—¿Vas a sacar eso a colación y además usarlo en mi contra?

—Te he hecho un favor alejando a Perth de ti. Ese botarate estará mejor en América que siendo tu esposo.

—¿Así que también sería una mala esposa? ¡Esto es el colmo de la desfachatez!

—No quise decir eso y lo sabes. Él no te merece.

—¿Y tú sí? —preguntó bufando.

—Te pedí que te casases conmigo.

—No. Te aseguraste de que no hubiese nadie más al que recurrir en el día más humillante de mi vida y, aun así, no quise atarme a ti. ¡Es la mejor decisión que alguna vez tomé! —Salió de la habitación dando un portazo que retumbó en toda la casa.

Comenzó a dar instrucciones al lacayo y a la criada que habían viajado con ella para que empacaran todas sus cosas. No podía quedarse en esa casa ni un minuto más o lo asesinaría ella misma sin necesidad de ningún cuchillo. ¡Con sus propias manos sentía el impulso de hacerlo!

El teniente Ryan que salió de la habitación al primer grito de ella, se sentía terriblemente culpable por su amplia bocaza. Se encontró con ella en la entrada de la casa del duque cuando estaba a punto de marcharse.

—Tienes que entender que él lo hizo porque está enamorado de ti.

—Sí, lo entiendo —ironizó—. En su inmenso egoísmo decidió que no podía o no quería casarse conmigo, pero tampoco estaba dispuesto a que otro lo hiciese.

—Deja que te explique sus motivos. No te vayas. Si lo abandonas en estos momentos no se repondrá.

—Estáis vosotros para ayudarlo. Samuel y tú deberéis atenderlo. Yo no puedo. Estoy demasiado enfadada.

—Lo entiendo, pero de verdad que él te necesita.

—Verás, teniente, yo estaba comprometida con él y me aseguró que no se casaría conmigo. Creo que se debe ser consecuente con las acciones que uno emprende. Yo lo he sido. Me he desterrado al campo y no visito a mi propia familia para no traer más vergüenza. Fue mi elección, pese a que me hubiese casado gustosa con ese hombre terrible, lo dejé libre para que pudiese estar con la mujer que ama y con su hijo.

—*Milady*, está todo dispuesto. —El lacayo de Beth los interrumpió.

—Suerte con su amigo, teniente. La va a necesitar —se despidió la muchacha hecha un basilisco.

El teniente suspiró. Kirk no iba a estar contento. Se encaminó de nuevo a la habitación.

—Te dije que no regresases si no la traías contigo.

—Y yo te aconsejé que te levantases para ir en su búsqueda —se defendió Ryan.

—¡No puedo salir de la cama! Ella vería que estoy recuperado y se marcharía.

—Se ha marchado, Kirk.

—¡No! —Se levantó de un brinco y bajó las escaleras de dos en dos con la esperanza de detenerla. El teniente fue detrás de él. Ambos se quedaron en la entrada de la casa—. Llama que traigan mi caballo. Tengo que ir tras ella.

—Por amor de Dios, entra en casa. Estamos dando un espectáculo.

—Ya me consideran un demente, no pasa nada por afianzar la opinión de la buena sociedad. —Era consciente de que la gente que pasaba por la calle lo miraba y susurraba. Era comprensible porque el

capitán iba en camisa de dormir.

—Entra, Kirk. No vas a conseguir que regrese. No así, sin un plan.

—¿Qué sucede? —se presentó Monty comiendo un bollo.

—Entremos —repitió Ryan, al tiempo que empujaba sutilmente a su amigo hacia la casa.

Los tres se dirigieron hacia el despacho del duque. Esta vez se sirvió té. No hubo alcohol para ninguno de ellos. Kirk no debía beber, y los otros dos se solidarizaron.

—Todo esto es por tu culpa —señaló realmente molesto el capitán a su subordinado.

—¿Yo? ¿Yo tengo la culpa? Nada de eso. Tú no has sabido hacer las cosas bien con ella desde el principio. Diría que, desde aquel baile de hace cuatro años, porque ten por seguro que recuerdo que ella te rehuía como si fueses un leproso.

—Tú has descubierto lo de Perth y ella lo ha oído.

—¿Qué pasó con tu...? ¿Era primo tuyo? —Quiso saber Monty.

—Un primo muy, muy, muy lejano —aclaró el duque.

—¿Lo mataste? Si es así, no diré nada —dijo en actitud cómplice Samuel.

—¿Qué clase de tipo os creéis todos que soy? Yo no voy matando a quien no me gusta a la primera ocasión.

—No, solo les gritas, los insultas y los desprecias —El conde de Monty tenía frescos los últimos acontecimientos. Tanto el teniente como él mismo llegaron a su casa hacía unos días con el único fin de animarlo y ayudarlo y recibieron un sinfín de descortesías.

—¡No podía dejar que se casase con ella!

—¿Lo mataste sí o no? Recuerda que somos tus amigos, no diremos una palabra ni Ryan ni yo, pero tenemos que confabular una misma versión para cuando las autoridades vengan a preguntarnos.

—¡Por Lucifer, Monty! Ese hombre se marchó del reino siendo 60.000 libras más rico.

—¿Entonces no lo mataste? —preguntó de nuevo el conde.

—Ya basta, Monty —terció Ryan—. Kirk le dio dinero para que no acudiese a la boda con *lady* Elisabeth.

—No lo entiendo.

—¿El qué no entiendes? —inquirió bufando Kirk.

—¿Qué te hizo ella para que quisieras humillarla con tanta crueldad? —La joven debió hacerle algo extremadamente malvado para que él le hiciese algo semejante.

—Yo no quería mortificarla, no quería que él se casase con ella. —No lo entiendo.

—Por supuesto que no lo entiendes, Samuel, ¿y sabes por qué? —aludió Kirk molesto por las tonterías que estaba diciendo su amigo.

—Si vas a decir que es porque soy retrasado, ahórratelo. Porque soy consciente de que si yo soy retrasado, tú lo eres más.

—¿Y eso por qué?, si puede saberse.

—Porque yo le quité a mi mujer a un duque, a uno de los más atractivos del reino, se la robé a York delante de todos. Yo, un hombre al que siempre estáis criticando por no ser inteligente, me agencié a una mujer bella que estaba destinada a un hombre al que probablemente no hago ni sombra. Me casé con ella y tengo tres magníficos hijos, cuatro con el que viene de camino. He conseguido casar a mi hermana, algo que parecía una misión imposible. ¿Y sabes cómo logré casarme con mi esposa, duque Demente?

—¿Cómo, Samuel? —Quiso saber con cautela, se adivinaba que iba a darle su merecido en la conjetura.

—Por lo pronto, cuando me comprometí con Angela, no permití que ella se escapase de mis garras. Le hice saber que era la mujer perfecta, la más maravillosa del mundo, que a mi lado estaría protegida y feliz. No hice que huyese despavorida de mi lado para acabar comprometida con otro hombre al que luego tuviese que sobornar para que desapareciese. Eso, amigo mío, es justo lo contrario a lo que tú has hecho, por lo que el único retrasado de esta habitación eres tú.

Se hizo un silencio incómodo. Ryan tomó la palabra:

—Tiene razón, Kirk.

—¡Pues claro que la tiene! Pero tú mejor que nadie, teniente, debería saber por qué hice todo lo que hice para apartarla. Y es por tu culpa que actué así, Ryan.

—¡Ya estamos! —señaló cansado Monty.

—Sí, Samuel. Es culpa del teniente. Tengo pesadillas, pesadillas tan reales que a veces me despierto creyendo que estoy en casa de mis padres o en la batalla. La última vez casi estrangulé a mi valet. Dime qué me pasaría si en una de mis pesadillas le hago daño a ella.

—Hace tiempo que no acusas ese trastorno. Apuesto mi fortuna a que es desde que ella irrumpió en tu vida.

—Volvieron hace unas semanas.

—¿Cuándo te enteraste de que ella se iba a casar con Perth? —se aventuró el teniente.

—Sí —afirmó con la boca pequeña.

—La necesitas en tu vida.

—Y por eso digo que tú tienes la culpa de que yo hiciera lo que hice. Me había conformado con permanecer solo, pero tú te empeñaste en señalar que Beth sería mi cura y no pude más que idear un plan para que no me la arrebatase precisamente el mentecato de Perth. Y ahora por haberme descubierto ante ella, es por lo que se ha marchado de mi casa. ¡Tú tienes la culpa de mis males! —Sabía que la afirmación no era correcta del todo, pero a alguien había que estigmatizar y no iba a crucificarse él mismo.

—Bien. Asumo mi desliz, pero es momento de que tú hagas lo propio con tu parte de culpa.

—Lo sé. ¡Por Lucifer que lo sé! ¿Qué se supone que voy a hacer para recuperarla? Está muy enfadada.

—No es para menos —apuntó Monty. —Ella vive cerca de tu casa. —Sí, Kirk. ¿Quieres que te acoja, verdad?

—Sería un detalle, Samuel.

—Discúlpate por todas las veces que me has ofendido. —Monty no pudo desperdiciar la ocasión.

—Tú también me molestas muchas veces a mí. Me llamas demente cuando te place.

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué debo pedirte disculpas? ¿Lo harás tú también?

—No. Yo no.

—¿Y por qué demonios debo hacerlo yo?

—Porque quiero sentir la satisfacción de que por una vez en tu vida me pidas disculpas por ser un auténtico hijo de una mala mujer. Y quiero que sean sinceras.

—Mi madre no era muy buena.

—Ah, eso me recuerda que... —comenzó a decir Ryan.

—Ahora no, Ryan, un momento —lo cortó Monty que estaba disfrutando del momento.

—No voy a disculparme, todos nos decimos cosas con el evidente motivo de lastimarnos. Somos hombres, es lo que hacemos. —Kirk no tenía intención de ser doblegado por Samuel.

—Entonces no te acogeré.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Discúlpate, Kirk —le aconsejó el teniente.

—Lo siento —dijo el capitán con la boca pequeña.

—No me sirve. Quiero una buena disculpa.

—Creo que hay una posada cerca de la finca de Fergus que... —comenzó a decir Kirk.

—Sí, pero la posadera no es mi esposa Angela, quien es la única que puede tenderte una mano... Ya viste lo que obró con Frederick y con Briana.

—¡Diablos!

—Exacto.

—De acuerdo, tú ganas. Verás, Samuel, me disculpo de todo corazón —realmente necesitaba la cooperación de la condesa de Monty—, por todos estos años en los que te he gritado, insultado o te he hecho sentir menospreciado.

—De acuerdo. Angela y yo te ayudaremos. —Hubo unos minutos de silencio porque ninguno de los tres esperó esas palabras, ni el mismo que las había dicho creyó que diría algo como aquello.

—Samuel…

—No te pongas sentimental, Kirk... —El conde vio la cara seria que llevaba su amigo y temió que quisiera un abrazo o algo peor.

—Eres uno de mis mejores amigos. No te digo esto porque necesite desesperadamente que tu esposa me eche una mano. Yo te aprecio, a todos, a Ryan, a Frederick, a ti y a Thomas, aunque a este último no lo

veamos a menudo. Os quiero. Somos los cinco, los mejores amigos. —Kirk creyó que era momento de empezar a desvelar sus sentimientos y qué mejor manera de hacerlo que con aquellos que sentía como sus hermanos.

—Lo somos.

—¿Vais a besaros o habéis acabado ya? —Ryan tenía información importante que compartir con ellos.

—¿Qué te pasa, Ryan? —preguntó el duque.

—Sé lo que le dijo tu madre para que ella se lanzase a los brazos del primero que tuvo a tiro para casarse.

—¿Qué le dijo la bruja?

—No estoy seguro del todo, pero ella dijo antes de marcharse algo así como que se echó a un lado para que tú estuvieses con la mujer que amabas y con tu hijo.

—Esa mujer es el diablo reencarnado. ¿Cómo pudo ser capaz de decirle que el niño era mío y que yo amaba a Stephanie? ¡Maldita sea! —Comenzaba a comprender la situación.

—Sabes cuál fue el problema, puedes explicárselo —terció Ryan.

—Los tres sabemos que es mucho más que eso.

—Sí —tomó la palabra el teniente—, ella dijo que eras el hombre terrible y que, pese a ello, se hubiese casado gustosa contigo.

—¿Beth dijo eso? —Era algo esperanzador, ¿no?

—Así lo entendí yo.

—Entonces, ¿por qué no se casó conmigo cuando supo que Perth no iba a aparecer? —preguntó más para él que para el resto.

—Eso deberá decírtelo ella.

—¿Crees que me perdonará?

—Tendrás que intentarlo, pero te advierto que estaba muy enfadada. Lo que le hiciste no tuvo repercusiones para ella únicamente. Su familia parece estar pagando los platos rotos. —Ryan chasqueó la lengua.

—Lo sé, me lo dijo. Su padre ha perdido varios contratos, su madre no está siendo invitada a muchas veladas y su hermana soporta demasiadas suspicacias.

—Tienes trabajo, Kirk. —El teniente imaginaba que no bastaría

con ponerse de rodillas. El duque debería mostrarle todo su amor, pero era algo que no iba a decir en voz alta.

—Lo sé. ¿Cuándo salimos hacia tu casa, Samuel?

—Me parece que es un buen momento hacerlo ahora —respondió el inquirido.

—Perfecto.

Capítulo 9
¿Esposos?

Estaba enfadada. Él y solo él sería capaz de urdir un plan tan ruin y vil. Nada más llegó a casa se cambió y se puso la ropa para ir a trabajar al campo. Esa tarde la azada le ayudó a descargar la ansiedad. Removió bien la tierra para plantar los perales que llegaron a tiempo.

Se miró las manos. Eran como las de un hombre. Estaban maltratadas y callosas. ¿Qué más daba? ¿Quién iba a disfrutar de sus caricias?

—Disculpe, jovencito, estoy buscando a la señora de la casa. —Oyó una voz a su espalda. Beth se giró y se quitó el sombreo.

—¡Por Dios! —El teniente no se esperaba eso.

—Buenas tardes a usted también, teniente.

—La última vez que hablamos no usaste la cortesía. Te agradecería que no regresásemos a las formalidades.

—Y yo agradecería que dejase de perseguirme, ¿qué ha hecho esta vez?

—No. No ha hecho nada. Está perfectamente bien.

—Me alegra oírlo.

—Bueno, ciertamente está nervioso y ansioso porque no sabe cómo disculparse y conquistarte.

—¡Grandioso! —expuso con socarronería—. Es como un niño al que le dan un caramelo.

—¿Qué quieres decir? —Eso llamó la atención del teniente.

—Kirk es como un niño caprichoso al que le dan un dulce, lo guarda porque no le gusta o no le apetece comérselo, pero cuando lo pierde es cuando lamenta no habérselo comido.

—Interesante observación… y dime Beth —se permitió gastar su diminutivo por la pregunta tan escandalosa que iba a hacerle—, ¿te

arrepientes de que él no te comiese?

—¡Oh! Olivia tiene razón, ambos sois iguales. —La joven rodó los ojos.

—Kirk no sabe que he venido a verte. Tengo que hablar contigo.

—Ha quedado todo dicho esta mañana.

—Tú estás enamorada de él tanto como él de ti, ¿vas a ser tan tozuda como lo fue el capitán?

—No me vas a dejar tranquila hasta que escuche lo que has venido a decir, ¿cierto?

—Exacto.

—Vayamos a la casa —dijo resignada. Ambos comenzaron a andar el camino.

—Estás interesante en pantalones.

—Es mi atuendo de trabajar.

—Muy interesante. —Quitó los ojos del trasero de la joven porque pese a que lo tenía bonito, no era el que deseaba.

Entraron en la casa y Beth pidió un mejunje que ella misma preparaba con una planta de Aloe Vera a fin de calmar las rojeces de las palmas de las manos. Se sentaron en la salita de recibir visitas y como buena anfitriona pidió té y unos pasteles.

—Deberías llevar guantes, así no fustigarías tus manos tan severamente. O mejor, no hagas ese trabajo para lastimarte.

—Es lo que soy, es lo que hago —expuso belicosa.

—No he venido a pelear.

—¿Qué quieres?

—El niño no es su hijo y desde luego él no estuvo jamás enamorado de *lady* Darrington.

—No es eso lo que tengo entendido.

—La madre de Kirk mintió. Es lo que hace. Envenena a todos los que hay a su alrededor.

—¿Los periodistas también inventaron la historia?

—¿Qué historia?

—Salió en los periódicos. Me calificaron con la intrusa, la que estorbaba para que el amor verdadero triunfase.

—La madre de Kirk hizo eso, estoy seguro.

—¿Los periódicos mienten?

—Los chismes venden más que la propia verdad.

—No entiendo nada. —Estaba harta y cansada de tener que luchar contra el mundo, contra sus sentimientos y contra él.

—Kirk tuvo una infancia muy complicada. Has conocido a su madre. Ella es... —Si dijese que es la novia del diablo, ¿heriría la sensibilidad de la joven?

—Mala —terminó Beth por él. Sintió la maldad de la mujer nada más le echó la primera ojeada.

—Peor. Verás, el hermano de Kirk era muy especial en cuanto a sus gustos de alcoba, él prefería otro tipo de compañía.

—No comprendo.

—A Harris, el hermano de Kirk, le gustaba yacer con hombres.

—¡Oh! —Se quedó sorprendida.

—Su madre lo desprestigió por ello y fue destruyéndolo hasta que él se quitó la vida. La duquesa viuda siempre quiso más a un hermano que al otro, fue Harris su ojito derecho y a Kirk lo despreciaba. Nunca lo consideró suficiente y cuando estalló el escándalo de Harris, la duquesa viuda armó un plan. Inventó que *lady* Darrington tuvo un hijo con el hermano de Kirk, algo así como que lo habían tenido escondido con una familia para que el difunto marido de ella no se enterase de que tenían un hijo, y lógicamente lo recuperó al fallecer el esposo. Bueno, esta es una de las versiones que la madre de Kirk inventa porque suele cambiarla según le place.

—¿Pero el niño era hijo de alguno de los hermanos? —¿Alguna relación debería haber, verdad? Porque el pequeño era parecido a Kirk.

—No, no, la mujer confesó que lo sacaron de un hospicio antes de que Kirk regresase a su madre al campo tras haber hablado contigo. La duquesa decía que Kirk no era suficientemente bueno para ser duque y que su primer hijo era una abominación de la naturaleza, por lo que dijo que prefería entregar el ducado a un extraño.

—¡Por Dios!

—Así de malvada era. No te aburriré con todas las maledicencias que le hizo a Kirk y a su padre, pero demasiado bien ha acabado mi

querido amigo para haber sobrevivido a una mujer como esa. Ni la guerra fue tan dura como toda su niñez y adolescencia.

—Pero si el duque era Kirk, ¿cuál era el papel del niño? No lo entiendo. ¿Qué ganaba la duquesa viuda con la mentira?

—La bruja se empeñó en decirle al capitán que ese niño era hijo de su hermano y, por tanto, el heredero verdadero, instó a Kirk a que se casase con la supuesta madre y que nombrase como heredero del ducado al pequeño.

—¡Qué mente más retorcida!

—De hecho, Kirk quería terminar con el ducado para siempre, olvidarse de sus raíces. Por eso, hace cuatro años, cuando nos conocimos los cuatro en la boda de tu hermana, él iba convencido de nombrar a Perth como heredero en caso de que pereciera en la guerra.

—Pero no lo hizo.

—No, supongo que creyó que tú acabarías casada con el conde y mi amigo no quiso premiarlo además con un título superior y la fortuna que comporta.

—Yo creo que fue porque supo la verdadera naturaleza de Perth. —A ella no la iba a convencer con esa lisonja que tanto le gustaría creer de verdad.

—Eso es lo que él dijo, pero mi teoría es la que te acabo de exponer. Estuvo prendado de ti nada más te conoció.

—Pues fue una suerte que quedase prendado porque no quiero ni parar a razonar sobre lo que hubiese sucedido si no hubiera sido de su agrado.

—La ironía no te sienta bien, Beth.

—¡Es un hombre terrible!

—Tú lo haces ser mejor persona, querer ser mejor. No puedes culparlo después de haber conocido a su madre. —La joven suspiró.

—Supongo que debes tener razón.

—No supongas nada. La tengo. Esa mujer intentó por todos los medios que Kirk siguiera los pasos de Harris, incluso le dijo cuando se marchó a la guerra que esperaba que no regresase. Imagina estar al cuidado de una madre así.

En ese punto, Beth deseó tener a su madre cerca para darle un

fuerte abrazo y agradecerle todo cuanto hizo por ella. Debió ser horrible ser un niño y tener a esa bruja cerca. No quería sentir lástima por él porque estaba enfadada, pero su corazón se removió y sintió unas ganas inmensas de consolarlo por todo el dolor que él tuvo que conocer de pequeño.

—¿Por qué haría algo así una madre? —Si Beth tuviese hijos se desviviría por ellos. De pronto se imaginó rodeada de tres o cuatro traviesos angelitos de ojos claros y pelo bruñido como el oro.

—¿Por celos? ¿Por locura? ¿Por ser simplemente malvada? No vas a poder averiguarlo. Kirk no ha podido descifrar a su madre en todos estos años.

—¿Qué quieres que haga?

—Ya lo sabes.

—No depende de mí.

—Sí. Tú tienes la última palabra.

—No querrá casarse conmigo. No, después de lo que le dije.

—No va a rendirse contigo.

—Lo que nos lleva a mi gran enfado.

—Perth.

—Efectivamente. Humilló públicamente a toda mi familia, no solo a mí.

—Estaba desesperado.

—No es excusa.

—Es lo que iba a decir. No tiene excusa, pero deberías saber algo más sobre Kirk.

—¿Más?

—Sí. Cuando estuvimos en la guerra, él nos cuidó a todos. Tu hombre...

—No es mi hombre... —lo cortó ella como una niña malcriada. Más quisiera Beth que él fuese suyo. ¡Pero es que estaba tan enfadada!

—Bueno, el hombre que quieres que te coma.

—¡Teniente! —lo regañó.

—¿Acaso he dicho una mentira?

—Siga con su exposición. —No se iban a poner de acuerdo ahí y ella no quería mentir.

—Es único. Tiene un don con las armas, en la lucha. Caímos en una emboscada y él solo acabó con cuatro hombres mientras yo atendía al coronel Burns que había sido herido.

—¿Con un cuchillo? —preguntó con la ceja alzada.

—Sí.

—Lo imaginaba.

—Fue por él que sobrevivimos. No consigo recordar el número de veces que me salvó la vida y si le preguntas al coronel te dirá lo mismo. No hallarás hombre más protector, decente y fiel que él.

—Tiene muy malas pulgas.

—Vamos, vamos, tú has aprendido a manejarlo. —Trató de restar importancia al asunto.

—Dudo que alguien pueda manejarlo, como tú dices —explicó escéptica.

—Lo estás haciendo bien. Dale una oportunidad. ¿Qué pierdes? Tan solo podrías conseguir al amor de tu vida...

—¡Por Júpiter! No le creía yo tan apasionado.

—Bien. Yo he cumplido en mi visita.

—¿Él está bien? —Era necesario saber si había tenido una recaída.

—Está en casa de Monty.

—¿Todos habéis venido en persecución?

—Tiene claro lo que quiere. Dependerá de ti que lo consiga. Os deseo suerte.

—Creo que la vamos a necesitar.

—Espero que todo salga bien.

—Yo también, teniente, yo también.

Ryan se marchó con el corazón ligero. Su trabajo concluía, les tocaba a ellos iniciar lo que tuvieran que comenzar.

Beth tenía clara una cosa. Ella no iba a ir en su busca, entre otras cosas porque no sabía ni cómo digerir la información aportada por el teniente ni cómo comportarse con él. Seguía enfadada, pero a la vez sentía una misericordia por Kirk que le hacía querer abrazarlo y sanar su corazón.

La joven siempre se andaba quejando de la familia con la que le había tocado emparentar. Era tan diferente a su madre y a su

hermana... las veía juntas y sentía celos de ambas por llevarse tan bien. Daba gracias a Dios por haber sido parte de ese círculo del que tanto se quejaba, y sí, en especial por su padre, con quien congeniaba algo más que con las mujeres de su sangre.

Entendía que su madre había transgredido su confianza cuando intentó casarla con el conde de Perth, pero después de conocer la historia del capitán, entendía que su madre verdaderamente quería garantizar su futuro y su bienestar.

Beth tenía en estos momentos su futuro en sus propias manos. Por un lado, se había establecido por su cuenta, porque aunque contaba con la tutela de su padre y del conde de Monty, los dos se habían comprometido en respetar sus deseos a la hora de manejar la finca. Por otro lado, si el teniente estaba en lo cierto, podía ser la esposa de Kirk.

¿Le interesaba ese papel? Mentiría como una bellaca si dijese que no lo amaba, pero al mismo tiempo le daba pavor casarse con él. Su carácter era difícil de tolerar y más allá de esto estaba la obligación que la joven acababa de contraer con las personas que vivían en sus tierras.

Tenía dos caminos ante ella. O bien seguía siendo una mujer de negocios o bien se convertía en la esposa de un duque. Porque seamos sinceros, por más que a él no le gustase el título, era una obligación que debía atender.

Su lugar como duquesa de Kensington le impediría vivir como ella deseaba. Sería degradar a su esposo que alguien se enterase de que ella labraba la tierra y que trabajaba al igual que un jornalero.

Habría de regresar a la ciudad y tomar su papel si se casaba. Y no solo eso, tendría que educarlo a él para que se convirtiese en un buen noble. Si tenían hijos, quería que fueran tratados con respeto y la sociedad los aceptase, por lo que ambos tendrían que cambiar radicalmente su forma de entender la vida. El ducado sería lo primero.

Como hija de otro duque, siendo *lady* Elisabeth, comprendía, sin lugar a duda, que su comportamiento pasado no iba a ser olvidado por la sociedad. Tardarían en aceptarla en fiestas selectas, bailes y demás eventos, si es que alguna vez lo hacían. Kirk podría contar con la

ayuda de su buen amigo Frederick, que más allá de ser coronel, era el conde de Exeter y también del teniente, que era conde de Albemarle, y por supuesto estaban lord y *lady* Monty, además de su propia familia quienes también ostentaban un título nobiliario.

Reformar a Kirk iba a suponer mucho trabajo, casi más que hacer de la finca un lugar próspero que diese beneficios para todos los que labraban los campos.

Se levantó para mirar por la ventana. Estaba oscureciendo y las nubes se arremolinaban como si viniese una gran tempestad. Vientos de tormenta era lo que ella sentía en su interior. ¿Qué iba a hacer? Por lo pronto tomar algo ligero para cenar, darse un baño caliente y meterse en la cama. Mañana sería otro día.

***

Por mucho que intentasen engañar al capitán, él sabía que Samuel y Ryan tramaban algo. El conde de Monty lo había estado entreteniendo y el teniente había salido a montar, y él intuía por dónde exactamente se había paseado con su montura. Así que lo esperó en las cuadras debatiéndose entre ir a por ella o esperar las novedades. A sus casi veintiséis años se sentía como un niño de catorce aguardando por la sonrisa de una bonita mujer.

—¿Vas a salir a montar? —preguntó el teniente desde lo alto del árabe en el que estaba montado.

—No.

—¿No me digas que vuelves a tener fobia a los caballos? Creí que eso quedó superado en tu última visita, porque Frederick me explicó que finalmente te subiste a un caballo, seguramente ella también tuvo la cura para eso.

—No he tenido miedo a los caballos jamás. Bien sabes por qué me negué a volver a subir a un animal. Y te ruego que te dejes de pamplinas y me digas si has ido a verla.

—¿Qué te hace suponer que he hecho semejante cosa?

—Porque Monty se ha pasado la tarde enseñándome las obras de arte de la familia.

—¿Y has aguantado?

—Angela puede ser muy persistente cuando se empeña. Así que no ha sido difícil encajar las piezas. Ellos me han entretenido para que tú realices una primera aproximación.

—Siempre fuiste un buen estratega.

—Pero no fui el coronel.

—No, eres el duque Demente.

—Ryaaaan...

—Vas a tener que comenzar a tomarte las cosas con más calma si quieres que ella te acepte. Tu temperamento agrio es lo que está frenando a la dama.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Eso sí que no me lo esperaba.

—Soy consciente de quién soy, de mi mal carácter. Ahora dime, ¿lo de la duquesa viuda fue como tú dijiste?

—Sí, la bruja le dijo que el niño era tuyo y que amabas a la supuesta madre.

—¿Qué debo hacer?

—La dama sabe que estás aquí. Creo que sería conveniente que le des un tiempo para ver lo que ella quiere.

—No creo que sea lo más acertado. Podría sopesar los pros y los contras de ser mi esposa y ambos sabemos que acabarían venciendo los inconvenientes.

—Pongamos por caso que vas a su casa ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Es lo que pensaba hacer.

—¿Qué le dirás cuando llegues?

—Que la necesito en mi vida. —¿El teniente se había dado un golpe en la cabeza o qué?

—La muchacha ya sabe que la necesitas. Ha visto en primera persona el estado en el que estabas porque ella no se quiso casar contigo.

—Kirk entendió el punto de su amigo.

—Entonces le diré que... —¿Qué le diría?

—Sabes lo que tienes que decirle, pero si no te atreves a expresarlo, vas a tener que esperar a que ella se decida.

—¡No puedo hacer eso! No vendrá.

—Entonces más vale que estés preparado para hacer lo que tienes que hacer.

—¡Infierno!

—Exacto. —Se marchó del lugar, no sin antes palmearle la espalda y dedicarle una sonrisa.

El duque se quedó en el establo contemplando al magnífico animal que el mozo estaba cuidando. Tratar con animales era más fácil que hacerlo con las personas. Un caballo, por ejemplo, no necesitaba más que un gesto para saber que la persona que lo iba llevar era de una determinada manera o de otra.

Le quedó muy claro, cristalino de hecho, que lo que su amigo había insinuado trataba sobre sentimientos. ¿Cómo lo haría él? Con una madre que se había pasado la vida diciendo que expresar amor, dolor, llanto o risa era algo vulgar y prohibido para los hijos de un duque... lo tenía complicado.

Recordó aquella vez que abrió ante Beth un poco su alma, cuando le imploró que se apartase de él. Esa conversación tuvo lugar en la misma casa en la que se encontraba en estos momentos.

Entrar en la biblioteca le hizo sentir... ¿Cómo decían las mujeres? ¿Mariposas en el estómago? Pues eso no le sucedió. Él sintió su ingle saltar al recordar su tacto entre sus dedos, sus pechos, sus jadeos, su liberación.

Dar un paseo por el invernadero fue una ardua tarea. Allí le confesó parte de lo que sentía por ella. Si hubiese sucumbido a sus instintos primarios la habría tomado y Beth no hubiese tenido más remedio que casarse con él. Sí, sí, bien, él le dijo que no se casaría con ella si hacían el amor, pero era un farol de primera. Él la hubiese tomado por esposa en el momento en que la hubiese hecho suya. Si no lo hizo fue para intentar que ella alcanzase la felicidad con otro hombre.

¿En qué demonios estaba pensando cuando ideó semejante conjetura? Beth era suya, suya y de nadie más, porque la sola idea de imaginarla siendo tocada o amada por otro que no fuese él, le consumía las entrañas. Era un estúpido, un bobo que no supo darse

cuenta de lo que tenía hasta que lo perdió. Ella fue un regalo, un tesoro que con paciencia podría enmendar todo lo que la bruja había comenzado a hacer con él y que la guerra había acabado de completar.

***

—*Milady*, siento importunarla. —La criada entró en la habitación de su señora discretamente y con temor.

—Betsy, ¿qué ocurre? —Se levantó de sopetón y muy inquieta.

Estaba tan cansada que se acostó muy temprano y temía que algo con la cosecha estuviese mal.

—Hay un caballero que asegura que no se irá hasta que la señora de la casa lo reciba.

—¡Cómo no! —El hombre terrorífico había llegado a su hogar para ponerlo patas arriba. Probablemente él había aterrado a toda la casa con la inclusión.

—Hágalo pasar a la salita azul. Bajaré enseguida.

—Ambos sabemos que no tengo la suficiente paciencia para esperarte. —Kirk había entrado en la habitación. Ella no se sorprendió con su comportamiento. A estas alturas, nada de lo que él hiciera le iba a venir de nuevo.

—¡Oh! —Dio un respingo la sirvienta al saberlo detrás de ella. Verdaderamente él le daba miedo a la sirvienta.

—No temas, Betsy. Retírate, por favor.

—Como guste, *milady*. —Su patrona se veía segura de poder tratar con él, así que se marchó.

Beth se levantó de la cama un poco somnolienta y buscó su bata. El fuego de la chimenea aún estaba en su punto álgido. Lo observó y él parecía mucho más fiero con esta luz. A ella no le daba ni un ápice de temor su actitud ni su conducta. Ya no.

—Es de buena educación anunciarse correctamente antes de hacer una visita y especialmente hacerlas con la luz del día.

—No podía esperar.

—Me ha quedado perfectamente claro cuando te he visto

adentrarte en mi habitación.

—¿Vas a ser mi esposa o no?

—¡Por Júpiter! Realmente sabes cómo encandilar a una mujer con dulces y bellas palabras, capitán.

—No me hicieron falta bonitos poemas para hacer que te derritieses, Beth.

—No sé qué contestar a eso.

—No hace falta que señales nada, porque no era una pregunta, sino un recordatorio. ¿Vas a ser mi esposa o no?

—La última vez que lo preguntaste dejé clara mi posición.

—Después de dejar clara tu posición viniste a mi casa para cuidarme.

—Soy una buena persona.

—Una buena persona no se acuesta en la cama junto a su paciente.

—La silla era muy incómoda para pasar la noche. —Era una pobre excusa, pero fue la primera que se lo ocurrió.

—¿Mis brazos fueron más cómodos?

—Todo tú eres rústico y duro.

—Y eso no te importó lo más mínimo a la hora de suplicar que te hiciera mía en el invernadero de los Monty.

—Pero sigo intacta.

—Únicamente porque fui un necio y quise ser un caballero.

—Así que si pidiese lo mismo ahora… ¿obtendría una contestación diferente? —Se desanudó la bata tratando de parecer una mujer mundana. Puso su mano derecha sobre su propia cintura y alzó la barbilla para desafiarlo a fin de parecer más seductora.

—Te deshonraré sin remordimiento.

—Tal vez no te lo consienta.

—Mentirosa… —se burló de ella, al tiempo que se acercaba como un león a su presa.

La sostuvo entre sus brazos y buscó su aprobación. Cuando ella no se retiró fue cuando la besó con pasión. Necesitaba besarla desde que la vio en su cama junto a él, pero por no despertarla fue por lo que se contuvo. En estos momentos no se contendría.

Antes de alzarla en brazos le retiró la bata y el camisón. Ambas

piezas de ropa cayeron al suelo. Fue entonces cuando la sostuvo para llevarla hasta el lecho. Se retiró para ver el cuadro completo y se le secó la boca ante lo que veía. La trenza medio hecha que llevaba le confería un aspecto salvaje que le hizo ponerse duro al instante.

Se apresuró a retirar su propia ropa y fue una verdadera suerte que no acabase por hacer trizas todo lo que cubría su cuerpo. Llevaba años pensando que cómo hubiese sido bailar un vals con ella estando desnudos y al fin iba a hacer realidad su fantasía... lo de bailar ya lo harían más tarde, porque lo principal era saciar el hambre que ambos sentían el uno por el otro.

—¿Sigues queriendo que te toque, ángel?

—Más que nunca.

—Igual que la última vez.

—Como quieras, pero ven a mí.

Kirk avanzó hacia ella sigiloso y la obligó a tumbarse sobre la cama. Cubrió su cuerpo con el suyo propio.

—¿Me dejarás tocarte también?

—Hoy no, Beth, si me tocas me pondré en evidencia.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ya te lo explicaré más adelante. —Comenzó a besar su boca con verdadera devoción. Bajó por su cuello y sus manos amasaron dulcemente los pechos de su ángel. Los duros pezones lo invitaron a pasar la lengua a fin de probar su consistencia y su sabor. Deliciosos, a cada cual más gustoso que el anterior. Se dio un auténtico festín con los dos botones y se encaminó ansioso hacia su tercera víctima. No sin antes besar cada trozo de su piel que tuvo a su alcance. Su ombligo sufrió la siguiente tortura, puesto que su lengua se hundió en él.

La joven arqueó su espalda porque una parte de su cuerpo requería atención inmediata. A Beth le daba igual ser descarada, entre otras cosas porque más no lo podía ser y peor no le podía ir.

Ansiosa por su toque comenzó casi a sollozar suplicante. Sintió su aliento entre sus rizos y se tensó. Él no iba a... ¿verdad? Porque eso no se hacía, ¿no?

—¡Por Júpiter! —exclamó cuando sintió la lengua de él sobre su sexo.

—Tan dulce como imaginaba que serías y estás completamente a mi antojo.

—¡No puedes hacer eso! —Se incorporó con el propósito de regañarlo.

—Ah, ah, ah, ah. Exigiste que te tocase.

—Pero lo que has hecho es... —Glorioso, sí, pero eso no debería decirlo en alto una dama, ¿cierto?

—Voy a degustarte como si fueses un pudin de chocolate, ángel, y te quedarás quietecita hasta que yo termine mi comida, ¿de acuerdo? —No le dio opción a contestar porque bajó la cabeza para colocarla entre sus piernas y por si acaso la sujetó fuertemente apostando sus manos en su abdomen. Ella no se iba a ir a ninguna parte.

—¡Oh! —Cayó de nuevo sobre la cama y no pudo hilar un solo pensamiento coherente. Esa lengua sobre sus pliegues la había dejado fuera de combate. Las piernas convulsionaban cada vez que él masacraba ese botón tan sensible.

No podía soportarlo más. Comenzó a luchar contra él para que la dejase libre. Eso era una tortura que no podía seguir soportando. Kirk sonrió sin dejar de trabajarla con su lengua cuando la sintió retorcerse. Estaba cerca, Beth estaba a punto de alcanzar la liberación y él necesitaba que ella lo consiguiera para lo que le haría después de proporcionarle placer. Hundió un dedo en su profundidad para tantear la estrechez y aquello fue sublime. Decidió incrementar el ritmo de sus lamidas mientras un segundo dedo se deslizó en compañía de su hermano.

Un gran grito se fundió con el crepitar de las llamas.

Fue aún mejor de lo que lo recordaba. Beth respiró agitada tratando de volver a respirar con normalidad. Fue agónico y a la vez liberador, pero, sobre todo, extasiante.

Con los ojos cerrados y una sonrisa lo sintió trepar por su cuerpo para estar a su altura. La joven le echó los brazos al cuello.

—Va a doler.

—Uhmm —Beth no era capaz de manejar la realidad en estos instantes. Acusaba cansancio por las labores de la tarde y agotamiento por lo que él le acababa de hacer.

Estaba tan absorta en la maravillosa sensación que aún dormitaba en su cuerpo, que no fue consciente de que él apoyaba la punta de su miembro en su entrada... cuando trató de entrar fue cuando toda esa paz reinante se esfumó.

—¡Detente! ¡No, no, no! ¡Duele, no! —Trató de moverse, de escapar a esa invasión. Kirk frenó su avance, pero no desanduvo el camino recorrido.

—Ángel, mírame. Tranquila, soy yo, preciosa. Sé que te duele, eres muy estrecha, y me detendré si es lo que me pides, pero deseo hacerte mía, te suplico que no me detengas. Trata de ser fuerte, lo haré lo más rápido posible. Te prometo que solo dolerá hoy, y serán unos instantes. —La besó, le dio besos cortos en la boca y le acarició el pelo —. ¿Serás fuerte por mí, Beth? ¿Podrás hacerlo?

—Duele mucho.

—Lo sé, mi ángel. —Kirk se movió para tratar de salir. La joven subió sus piernas hacia sus nalgas y lo mantuvo prisionero.

—No, quiero hacerlo.

—Si no vas a poder soportarlo es mejor que lo dejemos.

—No... es que no esperaba ese dolor tan agudo, dado que me habías mandado previamente al paraíso.

—Lo siento, ángel.

—Hazlo, seré fuerte.

—Eres tan valiente. —Se deslizó poco a poco con una paciencia inmensa, porque todos sus instintos le pedían hundirse hasta el fondo para sentir esa estrechez en cada parte de su cuerpo.

Beth no podía aguantar el dolor. Pese a que él iba despacio creyó que lo mejor sería acabar de una vez. Movió sus caderas, al tiempo que lo apretó con sus piernas y quedó totalmente empalada por su miembro.

Dos gritos, uno de placer y otro de dolor, resonaron en la habitación.

—¿Por qué has hecho eso? —Quiso indagar él.

—Haz que sea bueno ahora, Kirk.

—Lo haré.

Beth pasó sus manos por su espalda y él agachó su cabeza para

colocarla sobre su cuello. El capitán comenzó a mecerse primero de modo pausado, pero cuando ella comenzó a salir al paso, los envites fueron creciendo.

—Kirk, Kirk... —La sensación era enloquecedora para Beth. Él lo interpretó como algo doloroso y decidió terminar con la agonía de la dama, por lo que no se contuvo y dejó ir su liberación. Se enterró tan profundo en ella al dejar correr su semilla que otro sollozo de puro éxtasis rompió el silencio.

Cansado y saciado se dejó caer sobre la joven. Las manos de Beth le acariciaban la espalda y él consideró que al fin había llegado a casa.

Se dio cuenta de que ella no era demasiado grande y que él podría estar haciéndole daño, por lo que salió de su interior y la colocó entre sus brazos mientras los tapaba a ambos con las sábanas y las colchas.

Los dos se durmieron con una sonrisa en el rostro.

La que primero se despertó después de unas horas tras el deporte de cama fue ella. Se sentía juguetona y con ganas de explorarlo. Comenzó a tocar su pecho y fue bajando su mano porque se moría por saber cómo era él ahí.

Palpó algo que estaba... ¿blando? ¿Cómo era posible que algo pequeño y laxo la hubiese hecho sentir igual que si la partieran por la mitad? Bajó un poco sus manos y hubo otra cosa más flácida aún y también con vello, igual que las partes de ella. Curioso, muy curioso. Volvió a subir la mano y... ¡Por Júpiter que la cosa había doblado su tamaño!

Tenía que mirar. Quitó las sábanas. Las brasas de la chimenea aún daban suficiente claridad para ver eso por lo que sentía tanta curiosidad. Decidió agarrarlo para probar su consistencia. Era duro y a la vez suave. Extraño.

¿Qué le daría a él placer? ¿Cómo se manejaría ese instrumento para hacer que él se volviese igual de loco que ella cuando la tocaba en ese botón tan especial? ¿Tendría algún botón él?

Las caderas de él se movieron y por consiguiente su miembro se deslizó entre la presión de su mano.

Kirk se debatía entre la diversión de observarla —con un ojo medio abierto para que la joven no adivinase que estaba despierto— y la

excitación que ella estaba provocándole. No osaba arruinar la clase de aprendizaje de Beth.

Cuando la vio indecisa sujetando su miembro decidió ayudarla un poco en su investigación y por ello fue por lo que movió las caderas a ver si ella intuía lo que había que hacer. «Chica lista», pensó Kirk cuando Beth comenzó a subir y bajar la piel de su miembro. Su erección estaba más que lista para un segundo asalto.

Beth estaba maravillada al ver ese órgano tan grande. ¿Le haría daño si lo masajeaba como él había hecho cuando estaba dentro de ella?

Comenzó a subir y bajar con sumo cuidado porque no estaba segura de si le dolería. La agitada respiración que él comenzaba a mostrar, le dio buena prueba de que mal no lo estaba haciendo.

Se concentró en su trabajo y animada por las exhalaciones masculinas dio algo más de ritmo a su juego de muñecas. Se mordió el labio inferior sintiéndose poderosa.

Una mano atrapó sin previo aviso la suya.

—Harás que me derrame si sigues y tengo planes para ti.

—¿Cuánto hace que estás despierto? —preguntó con el entrecejo acusador.

—El suficiente para saber que deseo hundirme en ti de nuevo.

—¿Será como hace un rato?

—¡Por Lucifer! Me olvidaba de que hace poco tiempo que te arrebaté la virtud.

—¿Y qué importa eso?

—Pues que no debo volver a tomarte hasta que pase un tiempo prudencial. Estarás dolorida.

—¿Tienes mucha experiencia con jóvenes virginales, capitán?

—Imaginarlo con una mujer era duro, pero hacerlo con otra que al igual que ella necesitase sus cuidados le hacía hervir la sangre.

—No es cortés que un caballero hable de sus conquistas.

—¡Así que ahora precisamente te da por ser caballeroso! —expuso bufando.

—Ven aquí, pequeña arpía y no estés celosa. Ninguna mujer es como tú.

—¡Yo no estoy celosa! —mintió. La tumbó sobre la cama y le abrió las piernas.

—¿Qué diantres haces? —Se sintió tan expuesta, débil y vulnerable que cerró las piernas de inmediato.

—Lo que debería haber hecho nada más terminamos antes, cuidar de ti —sentenció, mientras iba en busca de un poco de agua de la jarra y cogía unos pañuelos que había visto sobre una mesa. Cuando regresó con los utensilios la vio mirando hacia otro lugar y con las piernas fuertemente sujetas entre ellas.

—Puedo hacerlo yo misma si me das un poco de intimidad.

—¿Te avergüenzas ante mí?

—Son cosas muy íntimas.

—He tenido mi lengua en feminidad, Beth, ¿qué más íntimo y personal hay que eso?

—¿Y tú hablas de caballerosidad?

—Soy todo un caballero.

—¡Me estás avergonzando!

—No quiero que sientas vergüenza conmigo, ni en nada de lo que hagamos juntos. No soy uno de esos hombres que tiene una esposa para que críe sus hijos y otra mujer para que lo satisfaga en la cama. —Con delicadeza la limpió y aseó. Beth miraba al techo mortificada y con los mofletes al rojo vivo—. ¿Cómo te sientes?

—Me duele. Siento molestia.

—No te tocaré entonces.

—Pero yo deseo disfrutar. —Esa sensación cuando explotaba era fantástica.

—No puede ser ahora. Lo haremos cuando estés recuperada. Además, tal vez sea mejor así, porque debemos guardar algo para nuestra noche de bodas.

—¿Disculpa?

—¿Qué no has entendido?

—No he entendido nada.

—Más claro no he podido ser —apuntó totalmente serio. No le gustó ni una pizca la cara que ella puso cuando mencionó lo de la boda.

—¿Es que vas a casarte?

—Por supuesto que vamos a casarnos. —Puso especial énfasis en la última palabra.

—No recuerdo haber consentido en eso.

—Lo has hecho cuando has permitido que me hundiese en ti.

—No, de eso nada. Recuerdo perfectamente una ocasión en la que me dijiste que…

—¡No te atrevas a decirlo! —la cortó enérgico.

—¿El qué? ¿Que si me deshonrabas no te casarías conmigo?

—Has tenido que decirlo. —Él aún sentía vergüenza por aquella falsa promesa.

—No voy a casarme contigo.

—¿Por qué no? Hemos hecho el amor y eres mía. A todos los efectos eres mi mujer, solo queda que recitemos nuestros votos ante un hombre de Dios.

—No, no me convence tu explicación.

—¡Por todos los infiernos, Beth! Vas a casarte conmigo quieras o no.

—¡Ja!

—¿Ja? ¿Cómo que ja? ¿Qué significa ja?

—Dame una buena razón por la que quiera casarme contigo.

—¡Acabamos de hacer el amor! Me he llevado tu virtud, ¿qué razón más poderosa hay que esa? —Se levantó de la cama inquieto, enfadado y nervioso por el cariz que estaba tomando la conversación.

—No es razón suficiente. Ten en cuenta que no soy una joven casadera, sino una mujer repudiada en el campo.

—¿Sigues enfadada por lo de Perth? Si es por eso, tienes que entender que hice lo que hice porque no podía dejar que te casases con él.

—Y lo conseguiste.

—Maldita sea, Beth, ¿qué quieres de mí? ¿A qué estás jugando?

—¿Yooo? —Puso su mejor cara de inocencia—. A nada, no estoy jugando a nada. Simplemente te he recordado que tú dijiste que no te casarías conmigo, aunque me hicieses el amor, lo cual deberías agradecer porque te estoy liberando de tu responsabilidad.

—¡Yo quiero esa responsabilidad!

—Pero yo no deseo ser la responsabilidad de nadie. Tengo independencia y soy capaz de decidir por mí misma.

—¿Me estás castigando, verdad?

—En absoluto.

—Esto se siente como una vil venganza, mujer.

—Pues no lo es. —La joven seguía tranquila en la cama sin inquietarse por la conversación o la reacción de él.

—¡Tienes que casarte conmigo, tú no eres una falda ligera!

—Tal vez me guste serlo.

—¡Beth!

—¿Sí, Kirk?

—Te ordeno que entres en razón.

—¡Ja!

—¡Beth!

—¿Qué?

—Vamos a ir a la iglesia del pueblo a primera hora de la mañana y tú te convertirás en mi duquesa.

—¿Por qué?

—¡Hemos hecho el amor! ¿Eres dura de entendimiento?

—Soy una persona muy inteligente y por eso declino tu propuesta de matrimonio nuevamente.

—¡No puedes hacer eso!

—Lo acabo de hacer.

—Podrías estar embarazada. ¿Condenarás a ese niño a ser un bastardo? Sería mi heredero, un futuro duque.

—Ya veré qué hacer si llegase el caso.

—¡Beth! Esto... esto es una pesadilla aún más auténtica que las que suelo tener —dijo más para sí que para ella—. ¿Acaso lo tenías todo planeado? ¿Te da gusto burlarte de mí?

—En absoluto y lamento sinceramente que esa sea la opinión que tengas de mí.

—Dime lo que quieres de mí, te daré cualquier cosa que me pidas con tal de que seas mi esposa. No me hagas esto, Beth, no ahora.

—Dime por qué debo casarme contigo.

—¡Es tu obligación!

—Ya estamos. —Beth rodó los ojos—. Mejor vete, Kirk.

—¿Me estás echando de tu lecho?

—No, te estoy invitando a marcharte amablemente porque no quiero discutir más contigo. Has dejado clara tu posición y yo he hecho lo mismo.

—Entonces comprendes que debes casarte conmigo.

—No. Mientras la decisión dependa de mí, decido no hacerlo.

—¡No te lo pediré una tercera vez! Me niego a suplicarte más.

—La parsimonia de ella lo tenía colérico. ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Ella se estaba burlando de él? ¿Era una venganza? No le parecía ese tipo de mujer, entonces, ¿qué era lo que se le estaba escapando?

—Lo comprendo.

—¡Malditos infiernos! —Recogió sus ropas y comenzó a vestirse de mala gana. Estuvo medio decente y salió dando un portazo aún mayor que el que ella dio cuando se marchó de su habitación estando enfadada con él.

Beth sintió unas ganas enormes de llorar. ¿Qué no entendía él? ¿Que ella merecía a alguien que declarase su amor incondicional? ¿Que no se casaría con él solo por haber yacido juntos?

No, Beth no le impondría ese deber a él y bajo esa misma regla tampoco se impondría la obligatoriedad de contraer matrimonio con un hombre del que no estaba segura de si sería capaz de soportar. ¡Porque él era un ser difícil!

Ni una sola vez le dijo que la amaba. De acuerdo que ella tampoco lo había hecho per...

Se levantó corriendo y se detuvo para coger su bata antes de seguir a la carrera. Bajó lo más rápido que pudo las escaleras y lo vio en el umbral de la puerta.

—Kirk, espera, ¡Kirk! —gritó más fuerte para hacer que él se detuviese en medio de la gran entrada.

—¿Has entrado en razón? —Él se apartó de la salida y se giró para enfrentarla.

—Te amo.

—¡Al fin! Me tenías preocupado, por un momento creí que no te atendrías a razones. —Comenzó a andar hacia ella para abrazarla y darle un beso. Beth retrocedió—. ¿Qué sucede ahora? —Vio dolor en su cara y supo que algo de lo que había dicho no era lo adecuado... ¿pero el qué?, si él no había dicho nada inadecuado...

—Nada. Vete. —Levantó una mano para indicarle que no siguiera acercándose.

—¿A qué demonios estás jugando, Beth? No te creí una niña mimada y consentida.

—Yo tampoco.

—Ya basta de juegos. Regresemos a la cama, durmamos un poco y vayamos a ver al vicario a primera hora de la mañana, ¿sí? —preguntó con una calma que no estaba sintiendo.

—No. —Fue tajante.

—Recuerda que no habrá una tercera vez. Sé consecuente con la decisión que tomes —le advirtió en tono severo.

—Buenas noches. —Miró un instante por la ventana y vio los primeros rayos de sol—. O, mejor dicho, que tenga un buen día, excelencia. —Lo despidió dispuesta a darse la vuelta y olvidarse de él.

—Como guste, *milady*. —Salió por la puerta principal dando otro sonoro portazo.

No, Beth no iba a llorar. ¡Ni pensarlo! Había demasiado trabajo en la finca como para ponerse a lagrimar por un hombre que no le había dicho que la amaba. Él no valía ni una lágrima.

Subió a su habitación, se colocó su uniforme de trabajo, sus botas y salió al campo para volcar su tristeza, su decepción y su rabia de una forma productiva.

Kirk montó sobre su caballo y llegó a casa de Monty sulfurado.

Al abrir la puerta la mala fortuna quiso que se encontrase con la última persona a la que quería ver.

—Excelencia. —Angela subió su ceja de modo acusador y usó el título para mofarse de él, puesto que sabía que odiaba que le recordasen que era un duque.

—*Lady* Monty.

—¿He de suponer que vienes de ver a cierta dama?

—No estoy de humor para hablar.

—¿Harás lo correcto y te casarás con ella al fin, verdad? —La última vez perdió 100 libras porque hizo que Monty apostase en el club Nothwest a que el duque sería el futuro esposo de Beth y aquello no salió bien. En estos momentos quería ganarle 20 libras a Briana porque la condesa de Monty aseguró que tarde o temprano se casarían y su Briana dijo que Beth ya no tomaría esposo. Quería ganar porque ella no solía perder, pero más allá de eso, pretendía unir a dos cabezotas que estaban destinados el uno al otro.

—Yo he sido un caballero y le he vuelto a proponer matrimonio. Ella no quiere casarse.

—¿Qué le has hecho esta vez?

—Angela, ha sido una noche dura.

—Apuesto a que lo fue, ¡eh, bribón!

Kirk suspiró.

—Estoy cansado y muy enfadado, no tengo ganas de hablar con nadie y menos contigo.

—Me lo imagino, pero esta es mi casa, soy la anfitriona y si digo que vamos a hablar, lo haremos o te echaré a patadas.

—¿Cómo te soporta Monty?

—Mi esposo me adora.

—No entiendo por qué. Eres peor que un grano en el c... —Se detuvo a tiempo.

—La que entiende perfectamente por qué no quiere casarse Beth, soy yo. Eres un amargado, Kirk.

—¡Vaya, gracias! —ironizó.

—Sígueme y no rechistes más. —Los dos entraron al comedor donde estaban dispuestas las bandejas para el desayuno.

El teniente se había marchado temprano porque su labor había concluido y su esposo seguía durmiendo porque habían tenido una noche muy... sí, muy excitante, así que podrían hablar con serenidad ellos solos. Angela pidió al servicio que se retirase.

—¿Por qué no quiere casarse contigo, capitán?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—Dime exactamente qué le dijiste para enfadarla y que te volviese

a rechazar.

—Eso ya no importa porque no pienso volver a pedírselo. La dama ha dejado claro, una vez más, que no tiene ningún interés en ser mi duquesa.

—Las has ofendido, de algún modo lo has hecho. Estoy segura.

—Yo no he hecho semejante cosa.

—Con tu historial, sé que lo has hecho.

—Esta vez no. —Repasó mentalmente las conversaciones y en ningún momento fue hiriente. Le hizo el amor con devoción y en ningún momento dijo nada que pudiera ofenderla.

—Cuéntamelo todo.

—¡No puedo hacer eso! Soy un caballero.

—Así que la has deshonrado.

—No lo negaré ni lo confirmaré.

—Lo has hecho, tu ropa me lo ha dejado claro nada más te he visto entrar por la puerta.

—Entonces, ¿por qué demonios preguntas?

—¿Y perderme la diversión de ponerte en un aprieto?

—En serio, Angela, ¿cómo te soporta Samuel?

—En serio, Kirk, ¿cómo has hecho para que la misma mujer te rechace dos veces?

—*Touché*.

—¿Le has hecho el amor, verdad?

—No me hagas decirlo.

—De acuerdo. ¿Has sido brusco con ella? —preguntó, creyendo que tal vez la hubiese traumatizado con su instrumento viril…

—He sido amable y gentil. Todo lo que pude y más, créeme. —Jamás pensó que tendría ese tipo de conversación con una mujer y menos con la esposa de Monty.

—Has tenido que decirle algo que la ha molestado, no hay otra explicación posible para que una mujer que te ama no te acepte como esposo.

—Eso es lo que no entiendo, ella misma me confesó que me amaba.

—Entonces, ¿por qué no quiere casarse?

—¡Y yo qué sé! Tal vez ella sea la que está demente.

—Si ella te confesó su amor y tú le correspondiste... ¿Qué falla ahí, Kirk? No lo entiendo... —Angela lo vio tragar saliva y una luz prendió en su mente—. ¿Correspondiste a su amor? ¿Verdad que lo hiciste?

—¿Qué quieres decir?

—¡Por amor de Dios! Dime que le dijiste que la amas.

—Se lo demostré con creces.

—¡Santo cielo bendito! Eres un auténtico patán.

—No creo que ella se niegue a ser mi esposa porque yo no le haya dicho que la amo.

—No se lo has dicho.

—No con palabras.

—Regresa de inmediato y díselo. —Alzó un brazo y su dedo apuntó hacia el lugar donde se encontraba la casa de Beth.

—Yo no hablo de sentimientos. —«Si Angela hubiese comandado al ejército la guerra hubiese concluido con rapidez», pensó Kirk.

—Tu madre no tiene poder sobre ti, capitán.

—Samuel tiene la boca muy amplia.

—Y gracias a eso es por lo que puedo ayudarte a conseguir la felicidad. Regresa a su casa y dile que la amas.

—Tengo mi orgullo, ¿sabes?

—¿Y ese orgullo te hará plácidamente el amor como ha hecho ella, capitán?

—Una dama no tiene semejantes conversaciones con un hombre.

—Cuando el hombre eres tú, una dama tiene la obligación moral de tragarse la etiqueta y las normas sociales por el bien de la paz del mundo. Kirk, ve por ella, arrodíllate y clama tu amor, ninguno de los que nos consideramos tus amigos viviremos en paz hasta que no la hagas tu esposa. La última vez, Samuel tuvo que estar una semana en tu casa para cuidarte y te recuerdo que casi te mueres de pena.

—El médico dijo que fue un enfriamiento que se complicó debido a la falta de alimento y el exceso de alcohol —trató de defenderse.

—Ambos sabemos que fue una enfermedad producida por amor, más bien por falta de él.

—¡Maldición! —Se levantó dispuesto a obrar lo que había que

hacer.

—¡Capitán! —lo llamó cuando él ya estaba alcanzando la puerta.

—¿Qué sucede ahora, Angela?

—Dime que le diste un anillo.

—No me acordé de cogerlo cuando fui a su casa. Lo olvidé

—¡Eres un auténtico patán! Mejor, llévalo ahora. Necesitarás todas tus armas.

—Me siento un tonto de aquí para allá.

—Vete, no tardes más.

Subió hasta la habitación donde la condesa lo había acomodado y sacó de uno de sus baúles un estuche de terciopelo azul. Dentro contenía un anillo con un bonito rubí rodeado de dos esmeraldas y pequeños diamantes. No era una joya de la familia. Él la había comprado especialmente para ella antes de seguirla hasta el campo.

Regresó a la casa de la que se había ido hacía poco tiempo y le dijeron que la señora estaba labrando el campo. Se quedó estupefacto con lo que oyó. Entendía que sus manos se sintieran tan ásperas... ¿ella cultivando la tierra? ¿En qué estaba pensando el duque de Shepar cuando la puso al mando de una finca así? Beth estaba llevando demasiado lejos sus atribuciones.

La buscó como si fuese un mapa del tesoro, porque de un jornalero fue preguntando a otro hasta que le indicaron al fin dónde estaba ella.

—Muchacho, ¿has visto a tu patrona?

—Lo invité a irse esta mañana, creí que el mensaje «no vuelva a aparecer por mi casa», quedó implícito en la petición.

—¿Qué haces vestida como un hombre? —La examinó de arriba abajo. Esos pantalones no dejaban nada a la imaginación. Sus caderas, sus redondeadas posaderas... ¿En camisa? ¿Ella iba en camisa con sus pechos ahí sin sujeción donde cualquiera pudiese admirarlos?

El capitán se quitó la chaqueta y trató de ponerla sobre sus hombros. Pese a que Beth no estaba desnuda, él la sintió como si fuese en cueros. Su cuerpo era demasiado evidente para cualquier hombre con dos ojos en la cara.

—No tengo frío. —Se sacudió la prenda que él se empeñaba en ponerle.

—Haz el favor de taparte. Cualquiera puede adivinar sin esfuerzo tus atributos.

—Al teniente Ryan no le molestó verme vestida de hombre como tú dices.

—¿Él te vio así vestida? —Lo mataría por no decírselo y luego le sacaría los ojos por atreverse a mirarla.

—Todos mis trabajadores me ven así habitualmente, ¿o esperas que venga a trabajar la tierra con un bonito vestido?

—Mi duquesa no va a trabajar el campo en pantalones.

—¡Que no quiero ese papel! No sé cómo explicártelo.

—Te amo, te amo, te amo, eres lo que quiero, lo que necesito, lo que ansío cada día al despertar, lo que anhelo antes de dormir. Quédate a mi lado, Beth, sino por mí, por compasión hacia mis amigos, porque mi vida sin ti a mi lado será tan fría como un mañana de invierno, porque mi vida sin ti a mi lado carece de todo sentido. Si no lo haces por mí, apiádate de los que me rodean, serán ellos los que me verán perecer sin poder salvarme, porque moriré de amor por ti. Estoy enfermo, mi amor, y tú eres la única cura capaz de salvarme, dime, mi ángel, ¿me salvarás? —Se colocó de rodillas y sacó la cajita de su bolsillo para abrirla y mostrarle una prueba física del amor que sentía por ella.

Lloró de gozo, lloró de alegría porque en estos momentos él si valía cada lágrima derramada fruto de la emoción y dicha. Ese hombre terrible había confesado sus sentimientos al fin y era lo más maravilloso que alguna vez había oído. Palabras llenas de ternura, poesía para alimentar el alma, júbilo para sus sentidos.

Se abalanzó sobre él para abrazarlo y comérselo a besos. Los dos acabaron tirados sobre la tierra recién removida. Él no trató de levantarse. Ella no lo permitió, siguió besándolo, al tiempo que sus lágrimas rodaban libres.

—Sí, sí, sí. Te amo, Kirk, con todo mi ser y me convertiré gustosa en tu salvadora si me lo permites.

—Así que la arpía mayor tenía razón —susurró por lo bajo. ¿Esa *lady* Monty no erraba en ninguna de sus suposiciones? El capitán sintió la humedad de sus mejillas—. ¿Por qué lloras?

—Porque me amas, realmente me amas.

—¡Por supuesto que lo hago!

—Nunca lo dijiste antes.

—Te hice mi esposa con mi cuerpo, Beth. No soy un hombre de palabras. Eso lo hace bien el teniente, yo soy un hombre de acción. Debiste adivinar que te amaba cuando te veneré en la cama.

—A una mujer le gusta oír los sentimientos de su hombre.

—No puedo prometerte tal cosa porque desde pequeño me enseñaron que eso estaba mal. No es algo natural en mí y confieso que aún no sé cómo conseguí decir todo eso de antes...

—Odio a tu madre. Pero estoy muy orgullosa de tus palabras.

—Ya somos dos.

—¿Me dejarás hacerte feliz?

—Contigo a mi lado, lo soy.

—Kirk... —Hizo un puchero adorable.

—¿No irás a decirme que no quieres casarte conmigo, verdad?

—Me casaré contigo, aunque tenga que llevarte al altar a punta de pistola, querido.

—Así que tú puedes hacer eso, pero yo no podía.

—¡Evidentemente!

—Creo que has pasado demasiado tiempo con Angela.

—*Lady* Monty es un cielo.

—Lo es, pero no lo admitiré nunca en su presencia.

—Kirk... —Volvió a hacerse la remolona.

—Dime lo que quieres y levantémonos del suelo o haremos un escándalo mayor del que ya somos.

—No puedo dejar la finca ahora.

—¿Qué?

—Necesito que vivamos aquí hasta que todo esté encauzado.

—Soy un duque.

—No te gusta ser un duque.

—Eso era antes de que decidiese casarme y engendrar hijos con la mujer que amo. —Le dedicó una sonrisa. Ella lo premió con otro beso.

—Unos meses, por favor.

—¿Te casarás hoy mismo conmigo?

—Por supuesto que sí, temo que puedas cambiar de idea, eres propenso a huir del matrimonio —expuso con una amplia sonrisa burlona.

—Pequeña arpía, te negaste a casarte conmigo en la iglesia, preferiste huir al campo antes que concederme tu mano.

—Hasta este momento no he sido consciente de la profundidad de tus sentimientos hacia mí. Además, tu madre me engañó.

—Lo sé y me disculpo también por ser un patán, como dice *lady* Monty.

—La condesa es una mujer muy sabia.

—Te deseo, Beth. —Se moría por devorarla.

—Creí que querías casarte lo antes posible.

—Necesito hacer el amor contigo, luego iremos al pueblo para hacer uso de la cara licencia especial de matrimonio que llevo en mi bolsillo.

—¿Y viviremos un tiempo aquí?

—Lo justo hasta que compruebes que la granja va bien. Tengo un buen administrador, excelente, en Camp Kent que podrá ocuparse de que todo vaya bien. Debemos pensar en el futuro. Pretendo recuperar mi papel en sociedad y que tú y mis hijos seáis plenamente aceptados.

—Lo comprendo. He pensado mucho en el futuro junto a ti.

—¿Y aun así no querías casarte conmigo? ¡Mujeres! —se quejó bufando.

—Eso está solucionado, mi amor.

—Sí. Es momento de ir a la cama.

—Pero es temprano para marcharse a dormir —apuntó con fingida inocencia.

—No vamos a dormir, ángel. Voy a enseñarte un par de cosas.

—¿Como qué?

—Vas a cabalgarme y te tomaré recostada sobre tu barriga y...

—¡Kirk!

—Tú preguntaste, simplemente te contesté —se defendió.

—Lo sé, lo sé, vayamos rápido a casa, te lo suplico, no puedo esperar más.

—Beth estaba sintiendo encenderse un fuego en cierta parte de su

anatomía que solo él era capaz de sofocar.

Salieron al trote dispuestos a gozar el uno del otro sin inhibiciones, dispuestos a disfrutar de su amor como dos enamorados que al fin habían podido superar las complicaciones del destino.

La boda se celebró al día siguiente y de puro milagro. La pareja se encerró en su habitación y fue *lady* Monty, acompañada por su marido, quien tuvo que obligarlos a ir en busca del vicario del pueblo para que ambos se convirtiesen en una pareja decente y Dios diese el visto bueno a la unión.

Epílogo
Una visita inesperada

—Nuestra situación es muy poco ortodoxa.

—Lo sé. No todos los días se casa una con el duque Demente y se instala en la casa de la esposa. —Fue una ceremonia íntima pero preciosa, hecha con prisas y en la que la condesa de Monty y ella misma, miraron a cada segundo de reojo a Kirk, por si se le antojaba huir despavorido. Tanto había costado que él al final aceptase que quería casarse, que todavía aún, cuando habían pasado tres horas desde que recitaran los votos, Beth no se creía que estuviera casada con el hombre terrible.

—Tus posesiones son ahora mías, querida —le recordó con una sonrisa.

—Yo soy toda tuya, tú eres todo mío.

—Gustoso. ¿Sabes que temí que salieras huyendo, Beth? No estuve seguro de si de verdad aceptarías casarte con un hombre como yo.

—¿Que tú temiste que yo intentase escapar? —Explotó en risas.

—No lo encuentro gracioso.

—Lo es, amor mío, porque yo pensé lo mismo de ti. Incluso Angela estuvo situada detrás de ti por si acaso echabas a correr.

—¡Por Lucifer! Le dije a Samuel que se colocase de igual modo por si eras tú la que corría por el pasillo de la iglesia.

—¡Vaya dos estamos hechos! —Beth estaba convencida de que lograrían ser felices.

—Ángel, voy a necesitar una habitación mientras residamos aquí.

—Y por eso es por lo que está preparada la contigua que hay junto a la mía, pero creí que te gustaría dormir conmigo.

—Hay algo que debes saber sobre mí. —Él se puso serio.

—Me estás asustando, Kirk…

—Verás, desde pequeño no duermo demasiado bien, y el paso por la guerra hizo que mis noches fuesen muy conflictivas, hasta tal punto que una vez ataqué a mi valet y casi lo estrangulé.

—Oh, Kirk, lo siento tanto. El teniente me contó todo acerca de tu madre, bueno, todo no, pero me hago una idea de lo que has tenido que pasar y luego la espantosa guerra.

—Antes de marcharme no es que estuviese muy cuerdo, si Ryan te contó... —Se le hizo un nudo en la garganta.

—No lo revivas, hoy no, mi amor, porque hoy es un día feliz y no quiero empañarlo.

—Está bien, pero debes saber que es habitual que me despierte gritando por las noches. Los sirvientes hablan y de ahí que todos me catalogasen como el duque Demente.

—Olvidas que dormí contigo una noche y no hiciste nada extraño.

—Fue una única vez, no puedo estar tranquilo sabiendo que tal vez te hiciese daño mientras duermo, ese motivo fue determinante para que tratase de apartarte de mi lado. Aunque ya ves que me fue imposible.

—¡Yo no quiero dormir sin ti!

—Muchos matrimonios tienen sus propios aposentes y no yacen en una cama juntos más que para cumplir con los deberes de engendrar un heredero.

—Kirk... —Puso morritos.

—Beth, es muy arriesgado que duermas toda la noche conmigo.

—¿Podemos llegar a un acuerdo?

—¿Vas a querer salirte con la tuya siempre, verdad esposa?

—No siempre, solo cuando tú no tengas razón y yo sí.

—Es decir, siempre —aclaró, negando con la cabeza derrotado.

—Podríamos probar lo que sucede un par de noches y si vemos que...

—Es arriesgado —la cortó—, tu seguridad es lo que está en juego y me ha costado mucho llegar hasta aquí para perderte. Si algo te pasase, no podría soportarlo y si encima fuese yo el responsable... —Sintió el corazón saltarse un segundo su ritmo al imaginar que Beth pudiese sufrir algún daño por su propia mano.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste pesadillas?

—Cuando regresé a la ciudad después de la fiesta campestre de Monty.

—Es decir, cuando no me viste más... —El teniente tuvo a bien darle alguna indicación sobre este tema en particular. Ella le estaba agradecida.

—No sigas por ese camino. —Veía hacia donde iban sus conjeturas —. Ryan dice que tal vez tú seas mi cura, para mis pesadillas también, pero no estoy dispuesto a ponerlo a prueba.

—Pues vas a tener que hacerlo porque esta es mi casa y estoy decidida a escabullirme hacia tu lecho.

—Te has casado conmigo, en estos momentos todo lo tuyo ha pasado a ser mío. Además, tengo la pretensión de encerrarme con llave por las noches.

—Lo comprendo, pero no sabes dónde están las llaves de las habitaciones y te garantizo que acabaré en tu cama de una manera u otra.

—¡Beth, lo hago por tu bien!

—¡Y yo lo hago por el tuyo! —No la volvería a ahuyentar.

—Eres terca como una mula.

—Logré casarme contigo, ¿verdad?

—Supongo que no hay nada que yo pueda objetar... —Esa mujer gobernaría el mundo si la dejasen unos días con el rey de Inglaterra.

—Oigo un carruaje. ¿Quién será?

—Sea quien sea, despídelo. Somos recién casados y tengo mucho que hacer contigo en esta cama, y dormir no es uno de mis planes.

Beth se acercó envuelta en una sábana hasta la ventana de su habitación para observar quién había llegado. Efectivamente vio un carruaje y tras él venían... ¿tres caballos atados?

—¿Quién es? —Desnudo como estaba, Kirk salió de la cama para acercarse a la ventana.

—¡Es Olivia!

—¿Qué hace tu amiga con tres de los mejores ejemplares del teniente Ryan?

—¿Los caballos son del teniente?

—Los reconocería en cualquier parte porque son árabes perfectos, además, él pone una pintura especial roja en una de las uñas, ¿la ves? —señaló hacia el lugar donde la joven debería mirar.

—Sí. —Era cierto, desde esa distancia veía algo brillante en una de las patas.

—Iré a ver qué sucede.

—Me parece que Ryan la ha hecho enfadar.

—¿Sabes algo que yo no sepa, Kirk?

—Mis labios están sellados, esposa. —El asunto era muy complejo para debatirlo. Nunca hubiera pensado todo aquello de esos dos. Pero fue divertido participar en una ocasión en...

—Eres malvado —ella lo sacó de sus pensamientos—, pero no me molesta, le preguntaré a ella qué ha sucedido. Tendrás que ejercer de doncella, ¿te importa?

—En absoluto, pero disfruto mucho más desvistiéndote.

Así el duque ayudó a adecentarse a su esposa y Beth bajó a recibir a su amiga un poco ansiosa. Entró en la salita y la vio con la cara enrojecida por haber llorado.

—¿Qué sucede, Oli?

—Necesito tu ayuda.

—Por supuesto, ven, siéntate, enseguida nos traerá un poco de té. Dime lo que ocurre.

—No puedo soportarlo más, necesitaba marcharme. ¿Puedo quedarme aquí un tiempo? —pidió suplicante.

—El que necesites, pero me agradaría saber qué ha ocurrido para que llegues en estas condiciones.

—Es una larga historia, y en estos momentos no quiero hablar sobre el tema. —Ciertamente no podía pensar en el tema sin ponerse a sollozar.

—¿Hay un hombre implicado, Oli?

—Siempre hay un hombre, Beth, tú mejor que nadie debería saberlo —expresó en un tono que salió demasiado severo de lo que pretendía.

—Así que... te has enterado de que me he casado.

—¿Te has casado sin avisarme?

—No es como si hubieses venido a mi primera boda... si bien es cierto que aquello se torció de una manera alarmante. —Beth se alegró de que el capitán se hubiese inmiscuido en sus asuntos, pero no lo confesaría tan fácilmente.

—Sí estuve, pero... —Olivia no quería recordar tampoco.

—¿No vas a contármelo? —preguntó curiosa.

—No puedo hablar sobre lo sucedido. Te suplico que no me hagas más preguntas. Espero que te hayas casado con el capitán... —tanteó con miedo a equivocarse.

—Ha supuesto un esfuerzo divino, pero hoy mismo pasamos por la vicaría para recitar nuestros votos.

—Me alegro de verdad.

—¿Al menos tengo derecho a saber por qué has llegado con tres magníficos caballos?

—Bueno, es que me he convertido en una especie de criadora de caballos y voy a empezar mi propio proyecto aquí, si me lo permites, por supuesto.

—¡Oh! —Eso sí que no se lo esperaba.

—Exacto.

—Desde luego que tienes mi casa a tu disposición, es más, será magnífico porque Kirk quiere que nos traslademos a su finca de campo, por lo que si tú te ocupas de todo...

—¿Confiarías en mí para llevar toda la carga de tu preciosa finca?

—Por supuesto que sí.

—¡Te adoro, Beth! —Oli se levantó para darle un sincero abrazo a la duquesa de Kensington.

—Eres mi mejor amiga, lo haría todo por ti y por Briana.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Pero me contarás lo que sucedió, Olivia?

—Es una larga historia y no sé si tendrá un final feliz, desde luego no tiene buena pinta.

—Nunca nada es lo que parece, ¡fíjate en Briana y en Frederick!

—¡O en ti y el duque Demente!

Las dos explotaron en risas al recordar las historias de una y otra, pero la alegría de Olivia fue mitad amarga porque…

Fin.

No te pierdas
la siguiente historia

Lady Olivia y el teniente

Acción, intriga y sorpresas en la nueva historia de estos soldados destinados a enamorarse.

Lady Olivia entró en un apasionante juego de espías sin haberlo esperado. Dos hombres pusieron sus atenciones sobre ella y solo uno debía ser considerado para enamorarse. Trató de ser fría, calculadora… No lo consiguió y perdió su corazón por el camino. El desengaño fue duro y cruel, y no tiene tiempo que perder porque no debe arriesgar lo que más quiere en este mundo. Así que en sus planes no entra el amor, solo se dejará guiar por la protección y el coraje para acabar con el villano que amenaza a su familia.

El teniente Ryan ha regresado, contra todo pronóstico, vivo de la

guerra. Manco, pero dispuesto a hacer lo que haga falta para desentrañar la verdad que tiene ante sus ojos y no consigue resolver. Aprovechará cada ventaja, y si eso incluye hacer uso del título que no había esperado heredar, lo hará sin pestañear. Si ser el conde de Albemarle le facilita las cosas con Olivia, usará esa baza también, porque sabe que ella oculta muchos secretos y él va a descubrirlos todos…

Llega la tercera entrega de unos libros que son el inicio de mucho más. Pues «la bruja de hielo», Amanda, da el paso a la trilogía ***Bajo la Luna*** y el querido y vanidoso York da comienzo a los ***Disolutos sin Corazón***.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

Os adoro, preciosas liVertinas mías.

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1